

227
DAD AU
CIÓN GE

DUMAS

LUIS XV

I.

PO2227

.L85

S6

V.1

C.1

ALLI

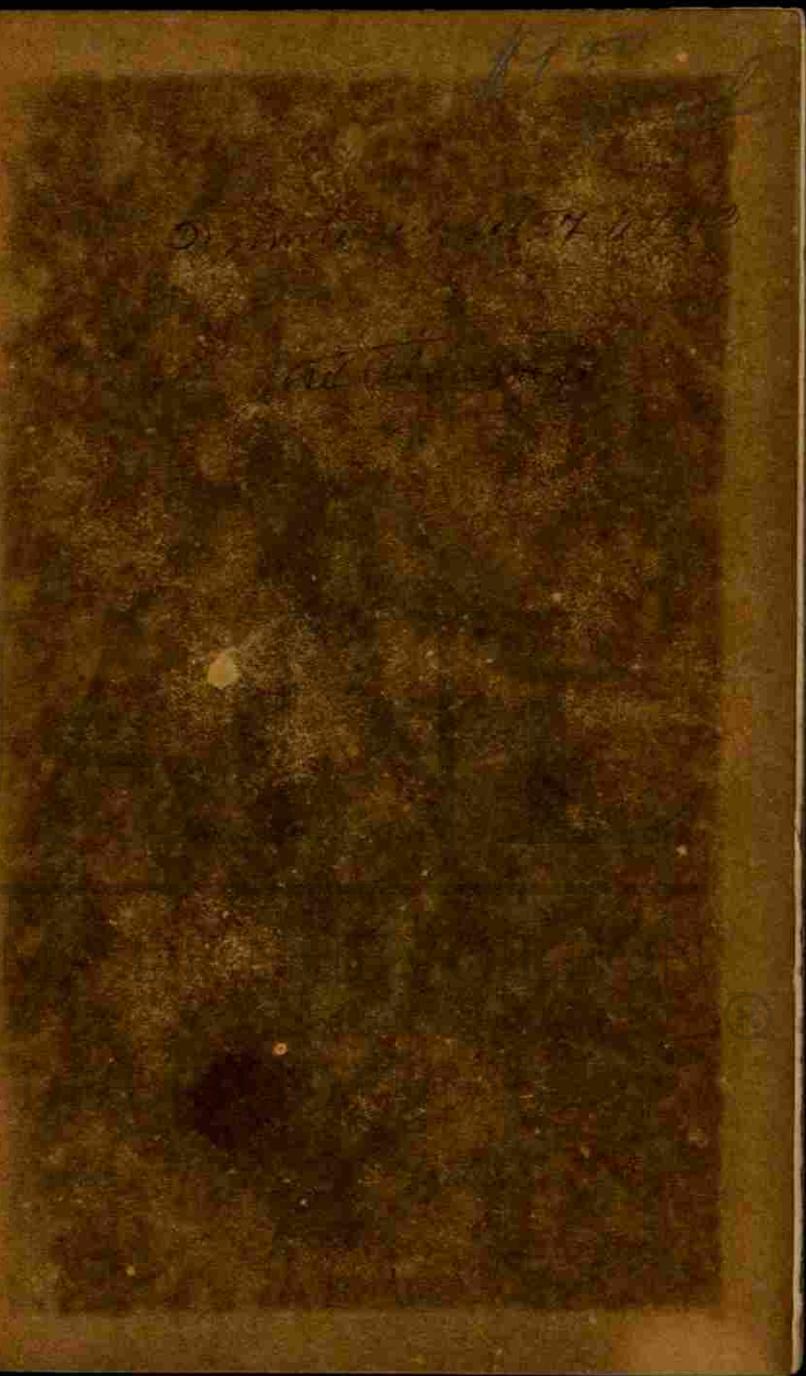


1080073506

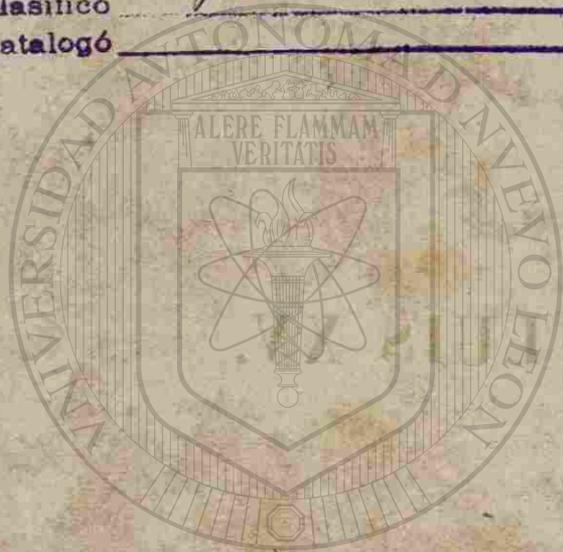


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL



Núm. Clas. _____
Núm. Autor _____
Núm. Adg. 55042
Procedenci. _____
Precio _____
Fecha agosto de 1965
Clasificó _____
Catalogó _____



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARIS,

LIBRERÍA DE ROSA Y BOURET.

1860

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

LUIS XV

NOVELA

POR ALEJANDRO DUMAS.

TOMO PRIMERO.



55042 ®

P0227
-L85
56



LUIS XV.

CAPITULO PRIMERO.

Das palabras de recuerdo acerca del joven rey. — Lo que pasó cuando murió el duque de Orleans. — Cómo Mr. de Borbon fué nombrado primer ministro. — Su origen. — Su retrato físico y moral. — La duquesa, madre del duque. — Sus canciones. — Mr. de Charolais. — El rey. — Etiqueta de Luis XV. — Rumores injuriosos al rey. — La moneda falsa de Mad. de Condé. — El alma de Duchaufour.

El sábado 13 de febrero de 1710 despertaron á Luis XIV á las siete de la mañana, esto es, una hora antes que de costumbre, porque la duquesa de Borgoña se sentía con dolores de parto.

Vistióse el rey de prisa y se trasladó á la habitación de la duquesa. No tuvo que esperar Luis XIV en esta ocasion, ó esperó poco á lo menos.

A las ocho y tres minutos y tres segundos, dió á luz la duquesa de Borgoña un príncipe, á quien se dió el nombre de duque de Anjou.

El cardenal de Janson echó el agua del bautismo al recién nacido, que fué llevado en una silla de manos á las faldas de Mad. de Ventadour.

Mr. de Boufflers y ocho guardias de corps fueron escoltando la silla.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

APRO 1852 MONTREUX, SUIZA
"ALFONSO REYES"
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Al medio día, Mr. de la Vrilliere le trajo el cordon azul, y toda la corte acudió á verle en aquel mismo día.

Este niño que acababa de nacer, tenia ya un hermano primogénito que usaba el título de delfin; como hemos dicho, recibió el título de duque de Anjou.

Ambos niños cayeron enfermos con sarampion el 6 de mayo de 1711, de cuya ocurrencia se dió parte inmediatamente á Luis XIV. Los dos principes no habian recibido mas que el agua de socorro; y mandó el rey que al momento fuesen bautizados. Mad. de Ventadour quedó autorizada para tomar por padrinos y madrinas á las primeras personas que la viniesen á las manos; debiéndose poner á ambos principes el nombre de Luis.

Mad. de Ventadour tuvo en la pila al pequeño delfin con el conde de la Motte.

El duque de Anjou tuvo por padrino al marqués de Prie, y por madrina á Mad. de La Ferté.

El 8 de mayo murió el mayor de los dos niños, y entonces sucedió el duque de Anjou á su hermano, y tomó á su vez el título de delfin.

A la muerte de Luis XIV, fué Luis XV á Vincennes, de donde le vimos volver á París para celebrar el acto de justicia que anulaba el testamento de su abuelo, y hacia regente al duque de Orleans. Hemos dicho los principios que le daba Mr. de Villeroy, su ayo, su amistad á Mr. de Fleury, su preceptor; su antipatía á Dubois; hemos referido los temores de la Francia, y la ansiedad del duque de Orleans, cuando una nueva enfermedad le condujo á la puerta del sepulcro: y hemos contado, en fin, como la firmeza de Helvecio le salvó la vida.

En seguida asistimos á la declaracion de su mayoría, despues á su coronacion, y últimamente al nombra-

miento del duque de Orleans como primer ministro despues de la muerte de Dubois. En fin, á la muerte de este último, atacado de apoplejía en los brazos de Mad. de Phalaris, el 2 de diciembre de 1723. La Vrilliere, hijo de Chateaufort, secretario de estado bajo Luis XIV, el mismo que habia escandalizado tanto á la señorita de Mailly, su mujer, cuando ella supo que solamente se casaba con un simple particular; La Vrilliere, que habia llegado á ser secretario del consejo de regencia, fué el primero que supo la muerte del duque de Orleans.

Inmediatamente se dirigió al cuarto del rey, despues al de Mr. Frejus, y por último, á casa del duque de Borbon, y pensando que este principe podria heredar los titulos de primer ministro, se dió prisa á extender á todo evento el nombramiento, tomando por modelo el del duque de Orleans.

El obispo de Frejus habria podido desde luego apoderarse del ministerio; aconsejábanselo sus amigos, y acaso él mismo pensó un instante en ello. Pero Mr. de Frejus era un hombre dotado de paciencia y de ambicion, reunion rara y que hace que los hombres políticos que la poseen sean tan dificiles de derrocar. Por otra parte, él sabia contentarse con la realidad del poder, dejando á los demás las apariencias; cosa rara todavía. Él creyó que aun no debia manifestar el deseo que mas adelante realizó, y fué el primero en declararse por el duque de Borbon, cuya profunda incapacidad conocia perfectamente.

Sabida la muerte del principe, se dirigieron todos los cortesanos á palacio, precedidos del duque.

Luis XV estaba muy triste; y en sus ojos encarnados y húmedos, se echaba de ver que habia llorado.

Apenas se cerró la puerta despues de haber entrado

el duque y los cortesanos, cuando el obispo de Frejus dijo en alta voz al rey: que atendida la gran pérdida que sufría con motivo de la muerte del duque de Orleans, cuyo elogio se encontró hecho en dos palabras, nada mas acertado podía hacer S. M. que suplicar al duque, que allí se hallaba presente, tuviese á bien encargarse del peso de todos los negocios, y aceptar el cargo de primer ministro que acababa de vacar por fallecimiento del duque de Orleans.

El rey miró al señor duque de Frejus, como para leer en sus ojos; despues echando de ver que sus ojos estaban de acuerdo con sus palabras, hizo con la cabeza un movimiento aprobando la propuesta.

Inmediatamente dió el duque las gracias al rey. En cuanto á La Vrilliere, trasportado de alegría por el pronto resultado de este gran negocio, sacó de su faltriquera el juramento de primer ministro, copiado por el del duque de Orleans, y propuso en alta voz á Mr. de Frejus que se lo hiciese prestar en el acto.

Mr. de Frejus volviéndose hácia el rey, le dijo que era cosa muy conveniente, y el duque prestó el juramento acto continuo. No bien se hubo evacuado la ceremonia, cuando salió el duque del gabinete. Seguíale la multitud, de modo que una hora despues de la muerte del duque de Orleans y antes que su hijo, que estaba en casa de su querida en París, hubiese tenido noticia del acontecimiento, todo se habia concluido.

Consagremos algunas lineas al príncipe á quien La Vrilliere y Fleury acababan de dar de un modo tan repentino la herencia del duque de Orleans.

Era hijo de Luis de Borbon Condé, á cuyo padre habia dado Luis XIV en 1660 el ducado de Borbon, en cambio del de Albret.

Su madre era aquella espiritual señorita de Nantes,

hija de Luis XIV y de Mad. de Montespan, heredera tambien del talento de los Montmart. Ya hemos dicho dos palabras de las canciones sorprendentes que improvisaba, y ya volveremos á tratar de ella y de sus canciones.

Tenia el duque en la época de que vamos hablando, treinta y un años cumplidos. Era alto y delgado como alma de vizcaino; era cargado de espaldas como un jorobado, tenia las piernas largas y delgadas como de cigüeña, las mejillas hundidas, los labios gruesos y la barba tan caprichosamente puntiaguda que se habria creído, segun decia la duquesa su madre, que la naturaleza le habia dado aquella barba para agarrarle por ella.

Así pues, como hay un proverbio que dice: que basta que haya algun defecto para agarrarse á él, el señor duque de Borbon, que tenia ya, segun queda dicho, un defecto muy grave en la cara, habia adquirido una nueva deformidad.

Un dia de invierno le convidaron el señor delfin y Mr. de Berry á echar una batida con ellos. Era justamente lunes 30 de enero, y helaba mucho; quiso la casualidad que Mr. de Berry se hallase al extremo de un gran charco de agua helada, al paso que el señor duque se hallaba en la parte opuesta, cuando salió una pieza que tiró Mr. de Berry, pero como un grano de plomo resbaló sobre el hielo, fué á dar en un ojo al señor duque, dejándosele saltado.

El señor duque se resignó bastante con esta desgracia, pero Mr. de Berry jamás pudo consolarse de haber sido autor de esta desgracia involuntaria de que siempre se mostró afligido.

Cuando el príncipe fué nombrado primer ministro, sacaron partido los cópleros de la desgracia que le habia

ocurrido, y cantaron canciones improvisadas alusivas á la falta de su ojo, y al de cristal que se habia colocado en su lugar, las que expresaban que con este último era con el que examinaba la justicia de los negocios que tenia que decidir, mientras que el natural lo empleaba con sumo cuidado para no poder engañarse en lo relativo al acrecentamiento de sus intereses.

Lo dicho se refiere al físico del señor duque; en cuanto á lo moral, era un hombre cortés, que sabia vivir, que tenia grandeza, poco talento é instruccion, pero mucha política y avaricia. Habia ganado de cuenta y mitad con su madre, que vivia públicamente con Lassé, mas de 250 millones.

Mostrando un dia un paquete de acciones del Misisipi á Brancas, cuya codicia creia excitar de este modo: Monseñor, le dijo este, una de las acciones de vuestro abuelo vale mas que todas esas.

El abuelo de quien se trataba era el gran Condé.

El señor duque era muy apasionado, y habia estado loco perdido por Mad. Nesle, que puso en su lugar al príncipe de Soubise, de cuyas resultas se puso desesperado en términos de que llegaron los rumores á oídos del nuevo amante.

¿De qué diablos se queja el señor de Borbon, dijo el príncipe de Soubise, puesto que he dado licencia á Mad. de Nesle que duerma con él cuando se le antoje?

No consoló este permiso al señor duque, y fué necesario todo el amor que le inspiró Mad. de Prie para que olvidase el que le habia inspirado Mad. de Nesle.

El duque de Borbon estaba casado por autoridad de Luis XIV, quien dispuso un dia el matrimonio del susodicho con la señorita de Conti, y el de Mr. de Conti con la hija primogénita de la señora duquesa: fué vivisima la oposicion de ambas partes, pero inútil, porque harto

sabido es que cuando Luis XIV queria una cosa, la queria de veras. Mandó como árbitro soberano, y Mad. de Conti, lo mismo que la duquesa, no tuvieron mas recurso que bajar la cabeza, y someterse al real mandato. Sin embargo, le costó al rey la cantidad de 500,000 libras, 150,000 que dió á cada uno de los príncipes, y 100,000 á cada princesa.

Antes de la union de sus respectivos hijos, se aborrecian ambas princesas; mas despues de haberse verificado llegaron á execrarse.

Algunas canciones de la señora duquesa en contestacion á algunos insultos de la señora princesa de Conti, dan testimonio de este odio.

La señora duquesa se embriagaba; esta era una costumbre adoptada por las princesas de la corte de Luis XIV. Mad. de Conti la llamaba *Pellejo de vino*.

Madama la duquesa contestó con su respuesta acostumbrada, esto es, con una cancion, en la que usando de la mordacidad acostumbrada, le preguntaba á la de Conti, porqué la tomaba con ella cuando no le habia quitado ninguno de los guardias del rey que le servian de amantes: que no valia tanto como el vino que ella bebia la bajeza de sus inclinaciones; y añadia que su carácter se habia hecho insufrible á medida que la vejez le habia hecho perder el mérito, y que le hacian todos ya poco caso por lo raso que se habia quedado su pecho, diciéndole además, que los desprecios que habia sufrido de Cominges y Clermont, debian hacerla ya mas modesta.

Además, para devolver á su prima el cumplimiento completo, le habia puesto el nombre de *Saco de andrajos*.

Inútil es decir que Cominges habia dejado á Mad. de Conti, la cual puso á Clermont en su lugar.

Por lo demás, la duquesa era conocida por esto cancionero, y este estro que hacia las delicias de Luis XIV, era el terror de cuantos rodeaban á la señora duquesa. Cada cual tenia en la corte su cancion; Dangeau tenia la suya, Mr. de Beauveau tenia otra, la misma Mad. de Montespan tenia la suya particular que concluia con un extraño refran que la insultaba y humillaba por su situacion como querida del rey.

No era menos lógica la de Mr. de Beauveau, porque ha de advertirse que las canciones de la señora duquesa brillan por su rigurosa lógica, y que llevaba hasta el último extremo las deducciones.

En la copla de Mr. de Beauveau, haciendo un calembourg de su nombre, que significa *Hermosa ternera* comparándolo con Deveau, que significa ternera solamente, expresaba que si Deveau fuera mas bonito y Beauveau no lo fuera tanto, este nada seria, mientras el otro pudiera ser el becerro de oro.

Por lo demás, pretendia siempre la princesa Palatina que la señora duquesa no era hija de Luis XIV, sino del señor mariscal de Noailles, y ella aseguraba que lo sabia por un brigadier de guardias de corps, llamado Belten-dorf, que estando de guardia en Versalles, habia visto entrar á Mr. de Noailles en casa de Mad. de Montespan.

Habiendo entrado por la tarde Mr. de Noailles no salió hasta por la mañana del dia siguiente, y nueve meses despues, dia por dia, decia siempre la princesa Palatina, parió Mad. de Montespan á la duquesa.

En la época en que estamos, los amores de las princesas eran los siguientes:

La duquesa de Borbon, despreciada por su marido, que vivia públicamente con Mad. de Prie, se consolaba por su parte con Duchayla.

La princesa de Conti, hija del rey, aunque medio devota, vivia con su sobrino La Valliere.

La jóven princesa de Conti, á pesar de los celos y amenazas de su marido, se componia á medias con La Fare y con Clermont.

La señorita de Charolais perseguia al duque de Richelieu hasta en la Bastilla.

La señorita de Clermont era la querida del duque de Melun; la señorita de La Roche-sur-Yon, tenia una especie de pasion por Mr. de Marton.

En fin, Mad. de Maine, desde la conspiracion Cellamare, honraba con sus favores al lindo cardenal de Polignac.

Ahora, antes de entregarnos al curso de los acontecimientos, diremos cuatro palabras acerca de los príncipes, á fin de que nuestros lectores queden tan enterados como es posible de la crónica escandalosa del año de gracia 1724, en que acabamos de entrar.

Hemos dicho del señor duque todo cuanto habia que decir, sobre poco mas ó menos, en cuanto á lo pasado.

Al principio de nuestro libro de la Regencia, consagramos un capitulo entero al señor príncipe de Conti.

Ahora casi no tenemos de que ocuparnos mas que del famoso conde de Charolais, que mandó dar de puñaladas á uno de sus lacayos, porque su mujer no quiso ceder, y que mataba á escopetazos á los albañiles que cubrian los tejados, para tener el gusto de ver cómo rodaba un hombre desde lo alto á la calle.

Sabido es el dicho de Luis XV, con motivo de una chanza por este estilo.

— Por esta última vez os perdono, caballero, dijo al conde de Charolais; pero os empeño mi real palabra que el que os mate tambien gozará la misma ventaja.

El último atentado del conde de Charolais habia te-

nido por cómplice á este mismo duque que acababa de ser nombrado primer ministro. Una mujer encantadora, llamada Mad. de San Sulpicio, fué la víctima. Una tarde, durante una bacanal, en que consintió, la embriagaron; y para que no faltase nada en la funcion, quemaron unos fuegos artificiales de cuyas resultas tuvo mucho que padecer la pobre mujer.

Una cancion salió en aquel tiempo, que corrió por París, contra el duque de Borbon, al que se le decia en ella que en nada se parecia al gran Condé; porque á los treinta años de edad no habia jamás visto el fuego, sino en la brecha de San Sulpicio; aludiendo á que se habia prendido fuego á propósito con un petardo por diversion ó pasatiempo de un descendiente de los Condés al frontispicio de una cortesana muy bella, llamada la señora de San Sulpicio, la que tuvo bastante que padecer por la ridícula diversion del duque.

En cuanto al jóven rey, que acababa de entrar en la mayoría, apenas aparentaba saber que era rey de Francia. Era tímido hasta el extremo de parecer desgarbado; reservado hasta llegar á ser descortés: el único placer que al parecer amaba apasionadamente era la caza; y la noche inmediata al dia en que habia una de estas partidas, habia cena á que asistian, no todos los cazadores, sino aquellos que aparecian convidados por una lista, que se leia al regreso del rey delante de todos los cortesanos, quedándose los convidados y retirándose los que no lo estaban. Uno de los caprichos de Luis XV, era el de dejar vacilantes á las personas cuanto mas tiempo podia, complaciéndose en su inquietud y perplejidad.

El rey agregaba á la etiqueta de su abuelo, que habia heredado, la distincion de diferentes entradas en sus aposentos. Estas eran las *entradas familiares*, las gran-

des entradas, las *primeras entradas* y las *entradas de la cámara*.

El que tenia las *entradas familiares*, iba hasta la cama del rey hallándose acostado y despierto. Todos los príncipes de la sangre, excepto Mr. de Conti, tenian esta prerrogativa, de que disfrutaban el obispo de Frejus, el duque de Charost, Mad. de Ventadour y la nodriza del rey.

Los primeros gentiles hombres tenian las *entradas de la cámara* cuando el rey queria levantarse.

En las *primeras entradas*, se admitian á las personas únicamente para hacer la corte al rey cuando estaba levantado y con bata.

En fin, los cortesanos presentados tenian la *entrada de la cámara*, cuando el rey estaba sentado en su sillón, frente á su tocador.

Por la noche, estas diversas entradas eran iguales en prerrogativas al acostarse el rey; solamente que los que se hallaban en la *cámara* tenian que salir cuando se decia en alta voz: SALID, SEÑORES. Entonces, habiendo salido de la cámara, el rey daba la palmatoria á uno de ellos.

Este era un gran favor, y el que lo habia logrado, no dejaba de correr al dia siguiente toda la ciudad publicando á gritos:

— ¿Saben Vds. que el rey me ha dado la palmatoria? Este favor que recibia mas particularmente que otros, el apuesto La Tremouille dió margen á ciertos rumores, á que prestaba cierta consistencia su timidez con las mujeres.

« En la corte, dice el mariscal de Villars, no se trata de otra cosa que de caza, juego y buena mesa; poco ó nada de galanteria, porque el rey no ha fijado aun sus bellos ojos sobre objeto alguno. — Todas las damas

están dispuestas; pero puede decirse que el rey no lo está. »

Estos rumores llegaron á oídos del señor de Fleury que para preservar la reputacion de su discípulo, bajo este concepto, hizo practicar las mas prolijas diligencias contra los sospechosos de semejante vicio, á que se decia que el rey se mostraba inclinado. Con este motivo se formó causa pública contra un acusado llamado Duchaffour, que fué condenado á ser quemado en la plaza de Greve.

Causó mucho ruido la sentencia y el suplicio del delincuente que la mandó publicar en alta voz por las calles de París: de manera que para castigar un escándalo se causaba otro. Los pregoneros entraban hasta en los patios de las casas grandes y palacios. — También penetraron en el de Mad. de Condé.

— Madre mia, le preguntó su hija, ¿qué delito ha cometido ese hombre que están quemando en la plaza de Greve?

— Señorita, respondió la princesa: ha hecho moneda falsa.

La noche misma del dia del suplicio, se quejaba el rey de la obstinada comezon que experimentaba en cierta parte en que no es decente rascarse delante de gentes, y se proponia preguntar á su médico lo que esto quería decir.

— Sire, le respondió el príncipe de Conti: es el alma de ese pobre Duchaffour que os pide vuestras oraciones.

CAPITULO II.

La corte de España. — Felipe V abdica en favor de su hijo. — Muere Inocencio XIII. — Enfermedad del rey. — Adopta el duque la resolucion de casarle. — Vuelta de la infanta. — Se busca una mujer al rey. — Mad. de Prie. — Su influencia. — Los hermanos París. — La señorita de Vermandois. — María Leczinska. — El conde de Estrées. — Casamiento del rey. — Amenazas de escasez. — Intriguilla de Mr. de Borbon y de Mad. de Prie contra Mr. de Frejus. — Caída de Mr. de Borbon y de Mad. de Prie. — Mad. de Prie desterrada. — Cae enferma. — Muere. — El marqués de Prie.

Mientras que todo el mundo á cual mas podia se divertia en la corte de Francia, se fastidiaba sobradamente en la de España.

Felipe V, este rey á quien no le hacia falta mas que un reclinatorio y una mujer, segun decia Mr. de Alberoni, habia acabado por cansarse de los dos objetos que acabamos de citar, que le unian al mundo; sombrío, taciturno, haciendo por toda diversion algunas visitas á las tumbas del Escorial; deseaba, el que habia costado á la Francia veinte y cinco años de guerra para mantenerle en el trono, la calma, el reposo y las oraciones del claustro: en fin, el 15 de enero de 1724, cediendo al atractivo de la vida religiosa que le atormentaba hacia ya mucho tiempo, abdicó su corona en don Luis, príncipe de Asturias, y se retiró á su palacio de San Ildefonso, sombrío monumento que nada tenia que envidiar al claustro mas severo.

Mientras que Felipe V se retiraba momentáneamente

del mundo, el papa Inocencio XIII salió de él para siempre, despues de tres años de pontificado; era un excelente hombre que se hallaba constantemente atormentado por la simonía de que se habia hecho reo en el momento de su exaltacion á la cátedra de San Pedro; es verdad que para espiar el capelo que habia dado á Dubois, lo habia negado constantemente á su digno discípulo Tencin, pero esta reparacion á la vista de la moral religiosa no habia podido restituir la calma á su conciencia, y estaba muy atormentado por la idea de que abriendo él las puertas del cielo á los otros, podria quedarse tristemente á la entrada del paraíso.

El 28 de mayo, Vicente María Orsini fué elegido papa, poniéndose el nombre de Benedicto XIII.

Diez dias antes, la famosa Catalina, la huérfana que un pastor luterano habia criado por caridad, la prisionera que Tcheremetof habia hecho en la toma de Mariemburgo, esta mujer de un soldado sueco que desapareció sin que jamás se haya vuelto á saber de él; esta esclava del favorito Menzikoff, esta querida de Pedro I, que vimos visitar á Paris en los últimos tiempos de la regencia, habia sido coronada emperatriz de todas las Rusias.

Tales eran los principales acontecimientos de la Europa, cuando el rey Luis XV que gozaba de una débil salud, cayó otra vez enfermo.

El mal se presentó como la primera vez con síntomas peligrosos, hizo rápidos progresos, pero cedió á dos sangrias. Durante tres dias se temió por su vida.

Pero el hombre que habia experimentado las mas vivas angustias durante esta enfermedad, era el duque, no porque tuviese que temer como el regente de que le acusasen de envenenamiento, y por consiguiente ver perecer su honor al mismo tiempo que el rey; pero con

el rey concluía su poder, y el duque estimaba en mucho ser primer ministro.

Así es que una noche, creyendo el duque (que dormia debajo del cuarto del rey) oír mas ruido y movimiento que de costumbre, se levantó precipitadamente en bata y subió al aposento del rey.

A semejante aparicion, fué grande la sorpresa de Marechal, primer cirujano que dormia en la antecámara, quien levantándose salió á recibir al príncipe, preguntándole cuál fuese el motivo de su susto; pero no obtuvo por respuesta mas que palabras entrecortadas y semejantes á las que profiriese un loco: *He oido ruido, el rey está enfermo! ; Qué será de mí!* exclamaba el duque fuera de sí. En fin, Marechal logró tranquilizarle; pero era tan profunda la impresion, que Marechal que acompañaba al duque despidiéndole, oyó que se decia á sí mismo: *no me volverán á pillar, y si se restablece yo lo casaré.*

En efecto, es necesario tener presente que la futura esposa de Luis XIV tenia ocho años, lo que diferia el matrimonio del rey seis años á lo menos. En siete ú ocho años solamente podria el rey tener un hijo. Así, pues, en caso de muerte del rey, era necesario un del fin para que la corona no pasase al duque de Orleans, y que el duque permaneciese en el poder.

Desde entonces, el regreso de la infanta fué negocio concluido en el ánimo del duque, y el 5 de abril de 1725 se llevó á cabo esta gran resolucion.

La infanta encontró á Felipe V en el trono que momentáneamente habia dejado, pero que la muerte del rey su hijo, á los ocho meses de reinado, le obligó á ocupar nuevamente. Luego, como el matrimonio de la infanta con el rey Luis XV habia sido uno de los sueños cuya realizacion habia alimentado con la mayor alegría,

Felipe V recibió como un grande insulto este retorno, y á su vez volvió á Francia la reina viuda de Luis I, y á Mdle. de Beaujolais, su hermana, destinada al infante don Carlos.

Pero no consistia todo en haber dejado libre al rey con la devolucion de la infanta, era necesario reemplazarla con alguna jóven. El duque echó una mirada sobre la Francia y sobre la Europa, para buscar una princesa que cuanto antes pudiese ser mujer del rey.

Sus miras se dirigieron primeramente á Mdle. de Vermandois, su hermana. Por este medio llegaba á ser cuñado del rey, y en caso de regencia hallaba su ambicion un nuevo apoyo en la viuda del rey.

El duque consultó á Mad. de Prie, sin cuyo parecer nada importante hacia, y esta dama se decidió por Mdle. de Vermandois.

Acabamos de decir cuál era la influencia de Mad. de Prie; digamos ahora de qué modo la habia adquirido.

A principios del siglo cuya historia escribimos, habia una hosteria al pié de los Alpes, la cual habitaba un hostelero llamado Páris, y cuatro mozos robustos y bienhechores que le ayudaban á servir á los pasajeros.

En el año de 1710, buscando un proveedor algun camino practicable en la montaña para conducir inmediatamente viveres al ejército del duque de Vandome en Italia, que escaseaba mucho de ellos, se detuvo en la tal hosteria de Páris, á quien comunicó el aprieto en que se hallaba. Este se ofreció á sacarle de apuros con la ayuda de sus cuatro hijos, que conocian todos los pasos de los Alpes.

Gracias á ellos, cumplió la palabra que habia dado. Los cuatro montañeses llegaron sin dificultad al ejército de Italia, con el convoy que habian dirigido, y fueron presentados al duque de Vandome, que los colocó á

todos cuatro en el ramo de provisiones. Desde este momento caminaron hácia la fortuna que su inteligencia les habia mostrado siempre en perspectiva.

Quiso la suerte que además de esta proteccion del duque de Vandome, adquiriesen aun la de la señora duquesa de Borgoña. Habiéndose quedado enferma en la hosteria una doncella de la servidumbre de la duquesa, fué asistida con el mayor esmero; y habiéndose restablecido fué á París á reunirse con su señora, á quien contó el buen trato que habia recibido. Desde entonces la duquesa de Borgoña se constituyó protectora de los hermanos Páris.

En 1722 su fortuna era ya considerable, pues que el mayor de ellos era uno de los guardias del tesoro real...

Habia algun tiempo además que Mad. de Prie, previendo la llegada del duque al manejo de los negocios, habia puesto los ojos en los hermanos Páris, en quienes habia descubierto agilidad, ambicion y deseos de adelantar sin reparar en los medios.

Así es que desde que el duque obtuvo la sucesion del duque de Orleans, se creó un consejo con los cuatro hermanos, y los presentó en casa del duque.

Este tenia ya una alta idea de lo que valia su querida, que como ya queda dicho, era una mujer de gran talento. El consejo de los Páris cambió la estimacion del duque por Mad. de Prie en verdadera admiracion.

Antes de presentar proyecto alguno al príncipe se discutia con ella; se cuidaba expresamente de dejar alguna rectificacion que hacer sobre este proyecto, que fuera muy superior á la capacidad del príncipe para que no la echase de ver. Entonces esta rectificacion, indicada anticipadamente por los cuatro hermanos á Mad. de Prie, su protectora, le hacia sobresalir. Los

Páris ponderaban el talento innato que hacia de madama de Prie una mujer política, exageraban la fortuna que tenia el duque en ser aconsejado por semejante Egeria; y el señor duque por su parte se daba el parabien de hallar en su querida una superioridad que ni aun habia sospechado en ninguna mujer.

De esta manera habia llegado Mad. de Prie á adquirir aquella enorme influencia que tenia sobre el duque.

Así es que los poetas satíricos no dejaron escapar la ocasion de lanzar pullas al duque, á Mad. de Prie y al consejo de los Páris. Se vendian por todo Paris unos versos en que se tachaba al duque de Borbon de debilidad é ignorancia, y en los que refiriéndose á su cualidad de tuerto, se decia que no podia verse y gobernarse un país como la Francia con solo un ojo.

Se consultó con la marquesa, segun dejamos dicho, el matrimonio del rey con la hermana del duque, y se habia decidido que Mdlle. de Vermandois fuese reina de Francia.

Al decidirse Mad. de Prie por Mdlle. de Vermandois, llevaba la mira de que una reina hechura suya no pudiese negarle cosa alguna; pero á la primera entrevista que la marquesa tuvo con la princesa adquirió la certidumbre de que no tenia que pensar en tener sobre la hermana la décima parte de la influencia que tenia sobre el hermano. Así es que al separarse de ella, lo hizo jurando allá en sus adentros, que Mdlle. de Vermandois no seria reina de Francia.

La cosa no era difícil para Mad. de Prie, quien hizo al duque la observacion, que ella misma no habia hecho en un principio; y es que casando á su hermana con el rey, quedaba él absolutamente bajo la dependencia de su hermana y de su madre. El carácter absoluto de estas dos mujeres era por lo demás harto cono-

cido del príncipe, y por lo tanto no tuvo que emplear mucho trabajo, á pesar del honor que debia resultarle, en hacer desistir al duque de esta ilustre alianza.

Momentáneamente dirigió el primer ministro sus miradas á la Rusia. Al primer rumor del retorno de la infanta, habia escrito el príncipe Kourakin esta noticia á la czarina que acababa de suceder á su marido, muerto como mueren los czares. El 8 de febrero de 1725, ofreció la czarina á su hija Isabel para reemplazar á la infanta; pero el duque quiso hacer una obligacion de su nombramiento al trono de Polonia por muerte del rey Augusto, y se levantó mano de está negociacion.

Entonces fué cuando Mad. de Prie puso los ojos en María Leczinska, hija de Estanislao Leczinski, rey de Polonia destronado y retirado en Wissemburgo, en la Alsacia.

Vamos á manifestar cómo se introdujo en la cabeza de la marquesa esta idea de casar á Luis XV con la hija de un rey proscripto.

Un año antes poco mas ó menos de la época á que hemos llegado, se habia casado el señor duque Luis de Orleans con la princesa de Baden: su representante en todas las negociaciones que precedieron á esta union y que duraron mucho tiempo, era el conde de Argenson, hijo segundo de Mr. de Argenson, que habia sido lugarteniente de policia y guarda-sellos.

El conde de Argenson habia visto en Strasburgo al rey Estanislao y á su hija, y á su vuelta á Versailles habia hecho el mayor elogio de la jóven princesa, cuyo nombre habia penetrado así en medio de los graves acontecimientos que ocupaban á la corte de Francia.

Entretanto llegó á Versailles el conde de Estrées, que era oficial en uno de los regimientos que se enviaron á Wissemburgo para hacer los honores al rey Estanislao.

Siendo de alta nobleza, buena presencia y gran valor, habia agrado á la jóven princesa, que habia hablado de él á su padre, y habia dejado entrever que estaria dispuesta á recibir favorablemente sus rendimientos; el rey Estanislao se aprovechó entonces de la primera ocasion de hablar aparte al conde de Estrées, y le dijo que gracias á los grandes bienes que algun dia debian recaer en él en Polonia, podia conservar la esperanza de casar á su hija con algun soberano, pero que apeteciendo antes que todo la dicha de aquella hija á quien adoraba, él consentiria en aquel enlace siempre que pudiese agregar á su nacimiento, ya ilustre, alguna dignidad notable como la de duque ó par, por ejemplo. Esta insinuacion del padre de la que amaba casi sin atreverse á confesarse á sí mismo semejante amor, colmó de alegría al conde de Estrées. En aquel mismo dia salió para Paris, se presentó al regente, le manifestó su posicion, le indicó la dignidad que se ponía por condicion de un enlace que haria toda su felicidad, y suplicó al regente se dignase concedérsela; pero el regente, á quien no agradaban los Estrées, eludió la pretension diciendo que el conde no estaba suficientemente elevado para casarse con la hija de un soberano, aunque este no hubiese debido su corona mas que á la eleccion, y que en aquel momento estaba destronado.

El jóven coronel acababa de salir desesperado de la vista del regente, cuando entró el duque de Borbon: el regente que no sabia negar, estaba aun incomodado por la repulsa que acababa de hacer. Habló al duque de este matrimonio proponiéndoselo al mismo, puesto que Mdle. de Conti, su mujer, habia muerto el 21 de marzo de 1720. El duque manifestó al regente que vendria esperar antes de dar paso alguno hasta ver el rumbo que tomaban los negocios del rey Estanislao;

pero la verdadera causa de su negativa era el amor que profesaba á Mad. de Prie.

Ya hemos visto en qué términos Mad. de Prie habia propuesto á Mdle. de Vermandois, y cómo despues la desechó, bien decidida á hacer que se casase el rey, en cuanto de ella dependiese, con una princesa que, recibiendo de ella su fortuna, le estoviese enteramente reconocida.

La hija del rey Estanislao reunia estas circunstancias, y por lo tanto propuso á Maria Leczinska al duque, que la propuso al consejo, y la hizo aceptar por el rey.

En efecto, era difícil encontrar un rey en una posicion mas humilde que la del rey Estanislao. Huyendo con su mujer y su hija de la persecucion del rey Augusto, habia sido proscrito; un decreto de la dieta de Polonia habia pregonado su cabaza; se habia refugiado en Suecia, en Turquía y despues en Dos Puentes. En fin, habiendo muerto Carlos XII, su último apoyo, viéndose siempre amenazado, sin dinero, sin seguridad, sin esperanzas, hizo presente su desgraciada posicion al duque de Orleans, regente, quien, compadecido, le permitió que se retirase á un lugar cerca de Landaw. En fin, habiendo sabido que aun bajo la proteccion de la Francia, no estaba seguro, y que le amenazaban con llevárselo, se retiró á Wissemburgo, á una vieja encomienda, cuyas murallas estaban medio arruinadas.

Empezaba Estanislao á gozar de algun reposo en este retiro, cuando Mr. Sum se presentó quejándose en nombre del rey Augusto de la hospitalidad que la Francia concedia al rey destronado.

— Señor embajador, contestó el regente, decid á vuestro amo que la Francia ha sido siempre el asilo de los reyes desgraciados.

Allí fué donde supo una mañana por una carta particular del duque, la inesperada fortuna que se le presentaba, con cuyo motivo se arrojó inmediatamente al cuarto de su mujer y de su hija diciendo :

— Prosternémonos y demos gracias á Dios.

— ¡ Oh, padre mio, exclamó la princesa María, os vuelve Dios vuestro trono de Polonia !

— No, hija mia, hace mas que eso, pues que te hace reina de Francia.

Ambas partes tenian prisa en que se concluyese el matrimonio : ocho dias despues de haber recibido la carta, el rey de Polonia, su mujer y su hija estaban en Strasburgo, donde debia hacerse segun la etiqueta la peticion por los embajadores del rey, el duque de Antin y el marqués de Beaveau.

El duque de Antin era hombre de talento, y sin embargo cometió una grave falta en su arenga.

— Sire, dijo él, el duque pensó en un principio en una de sus hermanas ; pero no habiendo buscado mas que la virtud, ha puesto los ojos en la princesa vuestra hija.

Desgraciadamente para el pobre embajador, la señorita de Clermont, hermana del duque, nombrada superintendente de la casa de la reina, se hallaba presente y oyó el cumplimiento.

— ¡ Oh ! dijo ella bastante alto para que la oyesen ; de Antin nos hace poco favor á mis hermanas y á mí.

Quince dias despues llegaba Maria Leczinska á Fontainebleau, y el 4 de setiembre el cardenal de Rohan, dándole la bendicion nupcial, la hacia reina de Francia.

El señor duque de Richelieu no pudo asistir al matrimonio, porque el 8 de julio habia sido nombrado embajador en Viena.

A su tiempo hablamos del proceso de Leblanc, del

caballero y del conde de Belle-Isle : en el sumario no se halló cosa alguna contra ellos, y plenamente justificados de todo cargo, salieron de las fortalezas de la Bastilla y de Vincennes en que se les habia encerrado.

Este fué el primer golpe que descargó al poder del señor duque á influencia de la marquesa de Prie.

Muy pronto empezó á amenazarles una acusacion grave.

El año de 1725 habia sido malo, pues apenas se dejó ver el sol en los mas bellos dias de la primavera y del verano ; en cambio las tierras estaban como desleidas por las continuadas lluvias, de lo cual resultó que anegadas las mieses no pudieron los granos madurar.

Amenazadas de este modo las cosechas, se empezó á temer el hambre, lo cual produjo una subida en los trigos y harinas, y el pan subió hasta nueve sueldos la libra, cosa inaudita hasta entonces.

Se acusó descaradamente á Mad. de Prie y á sus consejeros, de haber monopolizado los granos.

Felizmente se padeció engaño acerca del resultado de las cosechas, abonanzó el tiempo, el sol reapareció, la cosecha fué abundante, y como el trigo demasiado impregnado de agua no estaba á propósito para guardarlo, bajó hasta lo último.

Con la hambre se formó la tempestad, y con los dias serenos se disipó : el señor duque salió de este primer peligro que amenazó su fortuna.

Para dar un ejemplo mejor á la Francia, debia el señor duque caer por si mismo, y esta caída debia ser ocasionada por la insaciable codicia de Mad. de Prie.

No se habia engañado esta haciendo recaer la corona en la pobre Maria Leczinska : ella habia hallado en la jóven reina un corazon recto y agradecido, tan agradecido, que prescindiendo de la etiqueta, la reina recibia

familiarmente á la marquesa , á pesar de que era hija de Mr. de Pleneuf y querida del señor duque.

Verdad es que para disminuir la falta de decoro , ó para que este fuese mayor , se le habia dado un cargo en la corte.

Contando con esta proteccion creyó Mad. de Prie que podia aventurar lo que se suele llamar un golpecito de estado.

Su odio á Mr. de Frejus traía de fecha todo el tiempo que el señor duque llevaba de administracion. Esperando las contribuciones que bajo los diferentes pretextos que su activa imaginacion debia proporcionarle , Mad. de Prie calculaba sacar de la Francia , habia empezado por apoderarse de la pension de cuarenta mil libras esterlinas que la Inglaterra daba á Dubois para que le fuese favorable : como se reclamaba esta subvencion en nombre del señor duque , como al fin y al cabo Mr. de Frejus tenia mas ambicion de poder que de dinero , el obispo los dejó hacer ; pero no sucedió lo mismo cuando Mad. de Prie quiso poner la mano sobre la lista de los beneficios.

El obispo llamó aparte al duque , y con la mayor religiosidad y el mayor respeto , pero con mucha firmeza al mismo tiempo , le dió á entender que sometiéndose á sus luces en punto á los negocios temporales , no le permitia su conciencia abandonar los espirituales , añadiendo aun que la reserva que hacia era un alivio para el príncipe agobiado ya bajo el peso de tantos negocios ; que siendo los negocios de la Iglesia muy numerosos y complicados , no era demasiado una persona que únicamente se ocupase de ellos.

Bien conocia el señor duque toda la importancia de la cesion que se le pedia ; pero , no atreviéndose á descontentar á Mr. de Frejus , dejó en consecuencia que el

preceptor del rey se apoderase completamente de este ramo de la administracion.

Desde aquel momento los ministros juzgaron la posicion ; Mr. de Fleury era el colega invisible , pero real del señor duque de Borbon.

Así es , que antes de presentarse al rey , no dejaban de llevarle secretamente sus despachos , y él con el mismo secreto tomaba conocimiento , y los guiaba en la marcha que debian seguir , y que él se encargaba de hacer que el rey los aprobase.

Mr. de Fleury era realmente , como se está viendo , mas que el primer ministro , puesto que creyendo el señor duque que lo dirigia todo , no hacia mas que obedecer.

Mad. de Prie se puso hecha una furia al ver que la lista de los beneficios se le escapó de las manos , aunque muy desde luego comprendió que sola y aislada como estaba , no le quedaba mas remedio que tener paciencia y unir al poder del señor duque otro poder tan grande , si era posible.

Con esta intencion se habia manejado ella haciendo á Maria Leczinska reina de Francia.

Muy tenebroso era el corazon de esta mujer de veinte y cuatro á veinte y cinco años.

Llegada al fin que ella queria conseguir , apoyada en la amistad que le profesaba la reina , y en la indiferencia con que el rey miraba los negocios , creyó que si podia alejar á Mr. de Frejus de los que tenia á su cargo , adquiriria todo el poder que deseaba.

En efecto , á ejemplo del regente , iba el señor duque á trabajar diariamente con el rey , ó por mejor decir á trabajar á su vista . El obispo de Frejus no dejaba nunca de asistir á este trabajo , lo cual incomodaba , no al señor duque , pues él por sí con todo se avendria , sino á

Mad. de Prie. Esta inventó un medio de desembarazarse de este testigo importuno: el medio era el de persuadir al rey de mandar que el trabajo se hiciese en el cuarto de su mujer, como Luis XIV le hacia hacer en casa de Mad. de Maintenon; no teniendo el preceptor que dar lecciones al marido, sino solo al jóven príncipe, es probable que no le seguiria á las habitaciones de la reina, y allí, ella, Mad. de Prie reemplazaria á Mr. de Frejus.

Una vez conformes yo con el proyecto, no se hizo esperar la ejecucion: en la primera ocasion que el señor duque tuvo de ver al rey, le incitó á que fuese á trabajar en el cuarto de la reina; el rey aceptó, y Mr. de Borbon previno á S. M. que él se trasladaria directamente al nuevo local que se habia destinado para trabajar.

Mr. de Frejus, que ignoraba todo este enredo, se dirigió al gabinete del rey á la hora acostumbrada, y el rey estaba allí todavía; mas al cabo de diez minutos salió y se fué al cuarto de la reina: no se inquietó el obispo por esta salida y esperó algun tiempo, mas viendo que no concurría el duque á la hora acostumbrada sospechó lo que pasaba, se informó y supo que el rey trabajaba en las habitaciones de su mujer con el señor duque. Inmediatamente se dirigió á su casa, escribió á su discípulo una carta llena de sentimiento, á la par que tierna y afectuosa, anunciándole que se retiraba de la corte, y que se iba á acabar sus dias en un retiro.

Niert, primer ayuda de cámara, fué el encargado de entregar al rey esta carta.

Diez minutos despues Mr. de Frejus iba camino de Issy, con direccion á la casa de los Sulpicianos, adonde iba algunas veces á descansar.

Cuando el rey dejó el trabajo, pasó á su cuarto bastante inquieto acerca del modo con que se compondria con Mr. de Frejus.

Pero en lugar del obispo se encontró con su carta.

La retirada habia producido ya otra vez un buen efecto para Mr. de Frejus, y este resultado le habia manifestado que el medio era bueno. No se afligió menos esta vez Luis XV que la primera; él lloró, y para ocultar sus lágrimas y su pena á todo el mundo, se metió en su guarda-ropa. Pero Niert, que tenia sin duda sus instrucciones, fué á dar cuenta de lo que pasaba al señor duque de Mortemar, primer gentil hombre. Diez minutos despues estaba este señor al lado del rey.

Este continuaba metido en su guarda-ropa sin dejar de llorar.

— En verdad, señor, dijo Mortemar, y ruego á V. M. que me perdone, pero yo no comprendo que un rey lllore; una intriga separa á Mr. de Frejus de vuestro lado, decid simplemente yo quiero volver á ver á Mr. de Frejus y enviadle á buscar.

— Pero ¿por qué conducto, quién se atreverá á encargarse de esta órden, y ponerse mal con el señor duque?

— ¿Quién se atreverá? yo, señor; poned dos líneas y ya lo veréis.

— ¡Pues bien! vé, Mortemar, dijo el rey, todo cuanto tú hagas lo daré por bien hecho, con tal de que Mr. de Frejus vuelva.

No dejó Mortemar que se lo dijera dos veces. Apoyado en los plenos poderes del príncipe se fué derecho al señor duque, y le participó la voluntad del rey, no como un deseo, sino como una órden. Trató el duque en un principio de oponerse, pero Mortemar conoció que si no conseguia vencer aquella resistencia, se veia perdido:

exigió, pues, en nombre del rey, que el extraordinario que debía ir á buscar á Mr. de Frejus á Issy, partiese á su vista, y no se separó del señor duque hasta que vió que el correo se alejaba á galope.

Luego que Mortemar se despidió del señor duque, llamó este á madama de Prie y reunió su consejo de los cuatro. El negocio era urgente. Uno de los hermanos París fué de parecer de apoderarse del obispo en el camino de Issy á Versailles y de llevarsele á alguna provincia distante, donde una orden de encierro le tendria desterrado. Cuando preguntase el rey por él, se le contestaria que el obispo iba á volver. Entonces se emplearian todas las seducciones de la reina, se emprenderian grandes batidas, se inventarian, si era posible, nuevas diversiones para distraer al rey. El jóven olvidaria al preceptor, y el ausente seria el culpable.

Atrevido era el proyecto, pero por la misma razon podria lograrse. El expreso hizo mas diligencia de la que se esperaba, el obispo por su parte, en lugar de hacerse de rogar, partió inmediatamente; de manera que Mr. de Frejus estaba ya en el cuarto del rey, cuando estaban todavia tratando el mejor modo de impedirle que volviese.

Durante su retirada de medio dia en Issy, Horacio Walpole, que desde el 25 de mayo de 1724 residia en París como embajador de la Gran Bretaña, era el único á quien Mr. de Frejus vió venir; además supo la marcha del obispo cuando salió á visitarle, llegando casi al mismo tiempo, y le aseguró de su amistad.

Mr. de Frejus no echó jamás en olvido esta visita.

Fácilmente se comprende que de vuelta á Versailles, la lucha era entre el señor duque y Mr. de Frejus; así es que en vano se esforzó aquel en manifestar á este toda clase de consideraciones, imitándole Mad. de Prie,

pues se decidió la despedida del primer ministro.

Entretanto, aunque sintiéndose amenazados el señor duque y madama de Prie, no creian tan inmediata su caída, pues que Mr. de Frejus seguia haciendo al señor duque los honores debidos á su alto puesto. En cuanto á Mad. de Prie, él no la veia ni mas ni menos que antes, sin que apareciese que en manera alguna se ocupaba de ella, ni haber conservado el menor resentimiento por lo que habia pasado.

El 11 de junio debía partir el rey para Rambouillet y se habia nombrado al señor duque para que le siguiese: el rey marchó primero, recomendando al príncipe que no se hiciese esperar.

Bien se écha de ver que Luis XV no desempeñaba mal su papelejo.

Disponíase á marchar el señor duque, cuando se presentó un capitan de guardias en su casa, y le intimó en nombre del rey que se retirase á Chantilly y permaneciese hasta que el rey tuviese á bien comunicarle otras órdenes en contrario.

En cuanto á Mad. de Prie, fué desterrada en virtud de una orden, á su hacienda de Courbe-Epine.

Creyó en un principio la pobre desgraciada que este accidente era instantáneo, que era una nube pasajera que momentáneamente le ocultaba los rayos del sol; hizo llamar á uno de sus amantes cuyo nombre no dice la historia, á fin de despedirse de él, ya que no podia hacerlo de Mr. de Borbon. Esta despedida fué de las mas tiernas, segun dijeron los vecinos, que estaban iniciados en este secreto íntimo por olvido de Mad. de Prie, quien por efecto del trastorno en que se hallaba su cabeza olvidó correr las cortinas de las ventanas de su alcoba.

Ella se puso en camino con semblante risueño y ofre-

ciendo á sus amigos que pronto volveria, porque efectivamente ella misma no creia en lo prolongado de aquel destierro.

Pero su esperanza no se sostuvo cuando, no bien hubo llegado á su hacienda, supo que se le habia exonerado de su empleo de dama del palacio, y que se le habia dado á Mad. de Halaincourt: entonces conoció claramente que la habian echado de Versalles para siempre, y desapareció con la esperanza toda aquella filosofa que habia manifestado.

Sin embargo trató de luchar ayudada por la distraccion contra el pesar que la devoraba; dió convites en Courbe-Epine, tuvo reuniones y festejos, se representaron comedias, ella misma desempeñó algunos papeles, segun dice el marqués de Argenson, y declamó trescientos versos de memoria con el mismo sentimiento y penetracion que si se hubiera hallado colmada de satisfacciones.

Mas á pesar de todo, la tristeza se apoderó de ella tan tenaz, obstinada y violentamente que empezó á desmejorarse sensiblemente, sin que los médicos pudiesen atribuir su mal á otras causas que á los nervios y vapores. Entonces conoció muy bien que todo se habia acabado para ella, pues que el favor y la hermosura la abandonaban; resolvió en consecuencia envenenarse, y señaló con anticipacion el dia y hora, bien decidida á no cambiar nada de esta resolucion.

Entonces anunció su muerte como una profecía, diciendo que tal dia á tal hora habria dejado de vivir, pero como fácilmente se comprende, nadie queria dar crédito á las palabras de la que llamaban: la nueva Cassandra.

Tenia entonces por amante á un jóven de talento y corazon, de excelente figura, llamado Amfreville: á

este como á los demás habia anunciado Mad. de Prie su muerte, profetizando, como ya hemos dicho, dia y hora.

Dos dias antes del momento indicado le regaló un diamante que valia cien luises poco mas ó menos, pero al mismo tiempo le encargó que fuese á llevar á Ruan á una persona que le indicó, haciéndole prometer que no revelaria el nombre, mas de ciento cincuenta mil escudos en diamantes.

Cuando volvió de esta comision, ya Mad. de Prie no existia, pues habia muerto en el dia y hora que habia indicado.

La inspeccion del cuerpo no dejó la menor duda sobre el género de muerte: se habia envenenado, y los dolores de su agonía habian sido tan terribles que las puntas de sus piés se habian torcido hácia los talones.

Ha quedado de ella un lindo retrato pintado por Valor y grabado por Chereaud el jóven: el pintor la ha representado con un canario en el dedo enseñándole á hablar.

En cuanto á Mr. de Prie, siempre aparentó ignorar las relaciones de su mujer con el señor duque, relaciones que nada le valieron. Cuando fué desterrada al mismo tiempo que el principe detenia á todos sus amigos para decirles:

— Mad. de Prie comprometida en la desgracia del señor duque, ¿entiende Vd. esto? ¿Qué diablos tiene que ver en esto, pregunto á Vd? ¿Qué hay de comun entre mi mujer y el señor duque?

Sin embargo, por colosal que fuese esta ignorancia, ó por impudente que fuese aquella gravedad, el pobre marqués se vió obligado un dia á comprender á su pesar que le habia sucedido alguna cosa extraordinaria en el paraje de su honor conyugal: hallándose en la cámara del rey apoyado en una mesa vuelto de espaldas,

se acercó tanto á una bujía que se incendió su peluca ; pero felizmente estaba enfrente de un espejo y fué uno de los primeros en apercibirse de aquella ocurrencia , por lo cual se quitó precipitadamente la peluca , y habiendo apagado el incendio con sus piés se la volvió á poner. A pesar de lo poco que duró el fuego , se esparció por toda la cámara un hedor muy grande , y en este momento entró el rey .

— ¡ Puf, puf! dijo, ¡ qué mal huele aquí, qué detestable hedor! señores, huele á cuerno quemado.

Por grande que fuese la seriedad de los circunstantes, no fué posible contenerse al oír semejante apóstrofe, y soltaron todos una carcajada : el pobre marqués no pudo sustraerse de aquella desesperante hilaridad sino marchándose á todo correr.

CAPITULO III.

Fleury ministro de Estado.— Calma general en Europa. — Muertes.
— El gran prior de Vandome.— Voltaire y Mr. de Rohan-Chabot.
— El doctor Iser.

Al morir el cardenal Mazarino aconsejó á Luis XIV que no tuviese jamás primer ministro. Mr. de Fleury era sin duda de la misma opinion de Mazarino, porque aunque él lo fué despues de la revolucioncilla que acabamos de contar, no se pudo mas fácilmente hacerse nombrar en lugar del señor duque, se contentó con la entrada y el título de ministro de Estado.

Con la entrada ostensible de Mr. de Fleury en el po-

der, empezó para la Francia, y aun para la Europa, un período de paz menos parecido á la calma que á la atonía ; los historiadores empezaron entonces á registrar una serie de hechos sin importancia, que parece que interrumpen la vida de la nacion.

Ya es un temblor en tierra de Palermo, un incendio en el bosque de Fontainebleau, ya una aurora boreal en París, una peste en Constantinopla : despues muertos.

La duquesa de Orleans, princesa de Baden-Baden, muere de parto á la edad de veinte y un años.

Sofía Dorotea, hija única de Jorge Guillermo, duque de Brunswick-Zelt, reina de la Gran Bretaña, muere en el palacio de Ahen.

El duque de Parma Francisco Farnesio, muere sin hijos á la edad de 49 años y le reemplaza su hermano.

Luis Armando de Borbon, príncipe de Conti, de quien hemos hablado mas de una vez, muere á los 54 años de edad.

En fin, Mr. de Vendome, gran prior de Francia, muere de edad de 74 años.

Digamos algunas palabras acerca de este último, en quien quedó extinguida la raza de César de Vendome, hijo natural de Enrique IV y de Gabriela de Estrées, duquesa de Beaufort.

El gran prior era hermano del famoso duque de Vandome, que mostraba tan fácilmente la cara á sus enemigos y el trasero á sus amigos. Habia empezado la carrera de las armas contra los turcos en Candía, á las órdenes de su tio ; este héroe de la regencia de Ana de Austria, este rey de los mercados de la Fronda que se escapó de Vincennes para hacer su inútil expedicion á Gigeni, é irse á morir de una manera tan misteriosa en Candía.

El gran prior no tenia mas que 47 años cuando volvió

de aquella cruzada ; despues se distinguió en la conquista de Holanda , y fué herido en la batalla de Marsella , y nombrado teniente general en 1693 ; sirvió con su hermano , y algunas veces á sus órdenes , hasta el año de 1705 solamente , tan valiente como él , menos perezoso y acaso mas libertino .

En efecto , una mujer fué la causa de que no asistiese á la batalla de Casano , falta que le valió quedar en desgracia del rey ; entonces se retiró á Roma , y pasó algunos años viajando . Furioso el rey por esta indiferencia , le amenazó con que le privaria de sus rentas : inmediatamente el gran prior las renunció por sí , sin reservarse mas que una pension ; habiendo sido hecho prisionero por los imperiales cuando atravesaba el país de los grisonos , no volvió á entrar en Francia hasta el año de 1712 , esto es , el mismo año en que su hermano murió de indigestion en Vinaroz , en España .

De resultas de esta muerte quedó el gran prior de último de la casa de Vendome , que su hermano , el ilustre duque , jamás se había ocupado de perpetuar : en cuanto á él , desde su juventud habia profesado en la órden de Malta , y por consiguiente no podia tener hijos .

En 1715 fué nombrado generalísimo de las fuerzas de su órden , con encargo de ir á defender á Malta , amenazada de un sitio por los turcos ; pero el gran prior hizo un viaje inútil . Malta no fué sitiada , y volvió á acabar tranquilamente aquella admirable existencia que habia tenido siempre en su delicioso retiro del Temple .

Allí vivia rodeado de literatos que componian su sociedad habitual , Chaulieu y Lafare eran los convidados diarios , Voltaire le llamaba su alteza cancionera , y en una de estas reuniones se le escapó este dicho agudo :

— Somos todos príncipes , ó todos poetas .

El gran prior murió en medio de sus *templeros* (asistentes al Temple) , como él llamaba á sus amigos , el 24 de enero de 1727 .

Puesto que hemos pronunciado el nombre de Voltaire , digamos por qué motivo habia dejado la Francia , y viajaba por la Inglaterra .

Hemos manifestado su familiaridad con el gran prior de Vendome , que era igual á la que tenia con Mr. de Conti , con el duque de Sully y con todo el mundo .

Cenando en casa de este último tuvo con Mad. de Rohan-Chabot aquella cuestion que le obligó á salir de Francia .

Mr. de Rohan emitia una opinion á que Voltaire se oponia con su acostumbrada libertad : sorprendido de verse contrariado de esta manera por una persona á quien no conocia , y que le pareció no era de los suyos , preguntó Mr. de Rohan con tono insolente , quién era aquel jóven que tan alto hablaba .

— Un jóven , respondió el poeta , que es el primero de su nombre , mientras que vos sois el último del vuestro .

El negocio se quedó así por entonces .

Pero ocho dias despues , hallándose Voltaire comiendo en casa del duque , le dijeron que un sugeto lo llamaba á la puerta para un negocio de importancia , con cuyo motivo bajó Voltaire .

Efectivamente , vió á la puerta un coche con la portezuela abierta y bajo el estribo en el que se propuso entrar ; mas al mismo tiempo un hombre que estaba dentro del coche le aseguró y retuvo por el cuello , sin que pudiera defenderse , mientras otro hombre le sacudia con un palo .

Durante esta escena , Mr. de Rohan-Chabot estaba allí inmediato diciendo á voces á sus criados :

— No olvideis que ese es Voltaire, no le deis en la cabeza, porque aun puede salir de ella algo de bueno.

Este insulto duró hasta que Mr. de Rohan dijo: — ya basta.

Voltaire, hecho una furia, subió á casa de Mr. de Sully, suplicándole le ayudase á vengarse de un ultraje que recaía sobre él mismo, porque Voltaire era su huésped cuando le hicieron bajar. Mr. de Sully se negó á ello.

Voltaire se vengó borrando de la Henriada el nombre de su abuelo.

Al saber esta aventura, que pasaba en 1725, Mr. de Conti dijo:

— Hé aquí unos garrotazos bien recibidos; pero mal dados.

Entretanto Voltaire habia resuelto vengarse; se encerró en su casa durante tres meses, y durante ellos aprendió al mismo tiempo la esgrima y el inglés; aquella para batirse con Mr. de Rohan, y el inglés para vivir en Inglaterra cuando se hubiese batido.

Al cabo de tres meses citó al caballero de Rohan-Chabot, en términos que no permitian á este excusarse.

Fué aceptado el duelo, y los testigos aplazaron el día para efectuarlo; pero la familia de Rohan entretanto dió pasos cerca del duque, pidiendo la prision de Voltaire, á que en un principio no accedió aquel; mas los que la promovian insistieron tenazmente y presentaron al príncipe una cuarteta de la mano y pluma de Voltaire, en la que este atacaba al señor duque y hacia una declaración á Mad. de Prie.

Preso Voltaire fué conducido por segunda vez á la Bastilla, donde estuvo seis meses.

El día mismo en que le pusieron en libertad, le intimaron la orden de salir de Francia.

Voltaire se hallaba, pues, en Inglaterra en aquella época, de modo que parecia tan dormido el teatro como la política, tan vacío como los acontecimientos.

Así es que la sociedad parisiense se ocupaba de dos aventuras bastante extrañas que acababan de verificarse, la una en París, y la otra en Villers-Cotterets.

Empecemos por París, al César lo que es del César. El doctor Iser, regente de la facultad de medicina, habia recibido un billete convidándole á pasar, á las seis de la tarde, á la calle del Pot-au-Fer, cerca del Luxemburgo.

En los medios de la calle, encontró á un hombre que le hizo señas indicándole que era él quien le esperaba. El doctor se apeó inmediatamente de su carruaje y siguió al desconocido, que le condujo á diez pasos del sitio en que le habia detenido y llamó á una puerta.

Abrióse esta, el desconocido hizo señas al doctor para que pasase primero, lo que este obedeció; mas apenas lo efectuó, cuando se cerró la puerta detrás de él.

El doctor buscó á su guía, pero esta se habia quedado en la calle.

Esta singular manera de obrar causó alguna sorpresa al doctor; pero entonces se presentó el conserje y le dijo:

— Suba Vd., señor, en el piso principal le están esperando á Vd.

Iser subió.

Habiendo llegado al primer piso, vió una puerta que tenia delante de sí, y habiéndola abierto se encontró en una antecámara colgada de blanco. Todavía no habia vuelto en sí de la sorpresa que le habia causado esta singular colgadura de finisima lana, cuando un lacayo vestido de blanco, peinado y empolvado, con una bolsa blanca y dos servilletas en la mano, le dijo que era

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

55042

necesario que se dejase limpiar los zapatos. Iser le contestó que era una precaucion completamente inútil, porque él acababa de salir de su carruaje y no habia mediado tiempo para ensuciarse; pero el lacayo no hizo caso de la observacion, y respondiéndolo que reinaba el mayor aseo en aquella casa, hincó una rodilla en tierra delante del doctor y le limpió los zapatos. Hecha esta operacion, abrió el lacayo una puerta é hizo entrar al doctor en una segunda cámara colgada de blanco como la primera. Otro lacayo vestido como el primero, peinado y rizado como él, esperaba al doctor, recibiéndole de manos de su compañero, y le condujo á una tercera cámara, blanca como las otras, y donde, como en las otras, todo era blanco, tapicería, camas, taburetes, sillas, canapés, mesas y suelo: cerca del fuego, recostada en una poltrona, estaba una grande figura blanca, con gorro de dormir blanco, bata blanca, y con un antifaz ó máscara blanca en la cara.

La gran figura, al divisar á Iser, hizo señas al lacayo para que se retirase.

El lacayo obedeció.

— Doctor, dijo la gran figura á Iser, prevengo á Vd. que tengo el diablo en el cuerpo, y se quedó callada.

Entonces Iser le preguntó para saber cómo habia entrado el diablo en posesion, pero á todas las preguntas del doctor, la gran figura se mantuvo muda, y, como si hubiera sido sorda, se ocupó, sin prestar al doctor la menor atencion, en ponerse y quitarse, unos despues de otros, seis pares de guantes blancos que tenia sobre una mesa á su lado.

La singularidad de los objetos empezaba á obrar en el sistema nervioso del doctor; lo menos que podia sucederle, era el estar encerrado con un loco. El miedo empezó á apoderarse de él, y el miedo se aumentó aun

mas, cuando habiendo tendido la vista en derredor vió que la habitacion estaba cubierta en diferentes sitios de fusiles y pistolas que, aun cuando pintados del mismo color que todo lo demás, no por eso dejaban de ser en realidad armas de fuego.

La impresion que este exámen produjo en el doctor obró tan vivamente, que tuvo que sentarse para no caerse.

En fin, haciendo un esfuerzo y dirigiéndose á la figura blanca:

— Espero vuestras órdenes, le dijo, y os suplico me las comuniquéis lo mas pronto que sea posible, mediante á que mi tiempo es del público.

— ¿Qué importa vuestro tiempo, respondió la figura blanca, con tal de que se os pague bien?

No habia que responder á esto, y por lo tanto el doctor no respondió nada, y esperó el beneplácito de la figura blanca.

Un nuevo cuarto de hora trascurrió en un nuevo silencio.

Despues la fantasma tiró de un cordon blanco, sonó una campanilla y se presentaron dos lacayos blancos.

— Dos vendas, dijo la figura blanca á los lacayos.

— ¿Se trata, pues, de una sangría? preguntó el doctor.

— Si vais á sacarme cinco libras de sangre.

La sorpresa de Iser se redobló.

— ¿Quién os ha mandado semejante sangría? preguntó él á la fantasma.

— Yo, vamos, obedeced.

Los dos lacayos estaban allí, y no habia que resistirse. Sacó Iser su estuche y se dispuso á satisfacer el extraño capricho del enfermo. Sin embargo, como la mano le temblaba mucho, prefirió hacerle la sangría

mas bien en el pié que no en el brazo, en razon á ser mas fácil.

Se trajo cuanto era necesario para la operacion; el fantasma blanco se quitó un par de medias de hilo blanco muy fino, despues otro, en seguida otro, y en fin, hasta seis pares.

El último cubria el mas lindo pié del mundo, y al verlo el doctor empezó á creer que tenia que habérselas con una mujer.

Quiso hacer otra observacion, mas la figura blanca tendió la pierna diciendo:

— ¡Sangrad!

Esta pierna era tan fina, tan delicada, tan aristocrática como el pié.

El doctor hizo la sangría; solamente á la segunda taci-lla de sangre, el sangrado ó la sangrada se desvaneció.

Iser quiso aprovechar esta ocasion para quitarle la máscara con pretexto de que la diese el aire, pero los lacayos se opusieron.

Tendieron en el suelo al enfermo, y el doctor le vendó el pié durante el desmayo. Pasados algunos segundos, volvió en sí la figura blanca y mandó que le calentasen la cama, lo cual se hizo al punto.

Entonces se acostó, y se retiraron los criados.

Iser se aproximó á la chimenea para limpiar su lanceta, y estaba entregado enteramente á esta operacion cuando vió de repente en el espejo á la gran figura blanca que se levantaba, y que saltando á la cozeojita, en dos ó tres saltos se le acercó.

Por esta vez, creyó el doctor que en efecto se las habia con el diablo, y trató de huir; pero no venia la fantasma con objeto de perseguirle, venia sí para tomar de la mesa cinco escudos que le presentó, preguntándole si quedaba satisfecho.

Iser, que nada deseaba tanto como marcharse, respondió que quedaba muy contento.

— ¡Pues bien! dijo entonces la figura blanca, váyase Vd.

El doctor, á quien nada podia serle entonces mas grato, no esperó á que se lo repitiese, y salió con bastante prisa.

En el cuarto inmediato á la alcoba se encontró con los lacayos que le acompañaron alumbrándole, y que en seguida se volvieron riéndose.

Iser, á quien se le acababa la paciencia, y que tenia menos miedo de los lacayos que de las fantasmas, les preguntó qué significaba aquella chanza.

— Señor, respondieron los lacayos, ¿tiene Vd. algun motivo para quejarse?

— Pero... dijo el doctor.

— ¿Le han pagado bien á Vd?

— Sí.

— ¿Le han hecho á Vd. algun daño?

— No.

— ¡Pues bien! entonces, síganos Vd. y no diga nada, puesto que nada hay que decir.

Los dos lacayos acompañaron al doctor hasta su carruaje, para que no se pudiese decir que le hubiesen faltado á lo que exige la política.

Harto y aun sobrado tenia Iser para aquella noche. Mandó al cochero que le llevase á casa, resuelto á no contar á nadie lo que le habia pasado. Pero al dia siguiente fueron á su casa á preguntar cómo se hallaba de la sangría que habia hecho el dia antes. Él contó entonces la aventura, que, como dejamos dicho, se esparció por todo el mundo, dando margen á muchas conjeturas y causando grande ruido.

La segunda aventura habia tenido un fin mas trágico,

y como el *Deus ex machina* de la antigüedad, habia tenido que intervenir el rey en el desenlace.

Viajaba un caballero por el bosque de Villers-Cotte-rets acompañado de un criado, cuando repentinamente, en un recodo que formaba el camino, se vió detenido por un jóven que, con un par de pistolas en la mano, le amenazó con que le levantaria la tapa de los sesos, si no le entregaba inmediatamente el dinero y alhajas que tenia. El caballero le entregó el bolsillo que contenia veinte y cinco luises, su reloj, que era de oro, con cadena y sello tambien de oro.

Creía que con esto estaba libre; pero el ladron le quitó además sus dos caballos, habiéndole dejado á pié, y en libertad de continuar su camino ó de volverse á la poblacion, de donde habia salido hacia hora y media.

El caballero y su criado entraron en consulta, y entonces el caballero se acordó de que debia tener en aquellas inmediaciones un amigo que habitaba en una casa de campo. Era este amigo un bizarro oficial, con quien él habia servido en los últimos años del reinado de Luis XIV.

Se orientó, y en efecto, al cabo de un cuarto de legua, halló la casa que buscaba.

El recibimiento fué franco y cordial. El caballero contó entonces su aventura, y su compañero de armas le ofreció, como él esperaba, caballos y dinero, y de cenar ante todo.

En el momento en que ambos amigos iban á sentarse á la mesa entró un jóven.

El caballero ahogó un grito de sorpresa, reconociendo á su ladron en el jóven que acababa de entrar.

Pero el viajero quedó mucho mas sorprendido todavía, cuando su amigo le presentó aquel jóven como hijo suyo.

No aparentó el jóven conocer á su huésped, le saludó cortesmente, y cenó sin el menor embarazo.

Concluida la cena, solicitó el caballero retirarse á descansar. Su amigo le hizo acompañar al cuarto que le habia destinado, y su criado se quedó con él, so pretexto de desnudarle.

No bien quedaron solos, cuando el criado dijo á su amo:

— ¡Oh! señor, nos encontramos en una madriguera de ladrones; el hijo de la casa es el que nos ha robado, y he visto á nuestros dos caballos en la cuadra.

Pero en el recibimiento que el caballero del campo habia hecho á su amigo habia una cordialidad que no se limita, y en su acento una lealtad que es imposible fingir. El viajero habia conocido todo esto. No vaciló, y dirigiéndose al cuarto de su amigo, á quien encontró ya acostado y dormido, le dijo que el hombre que le habia robado cuatro horas antes era su hijo, que habia estado indeciso mucho tiempo en decirle una cosa tan terrible; pero que, en fin, habia creído que en conciencia tenia obligacion de revelarle un secreto que, cuando lo pensase, le revelaria la justicia de un modo terrible.

Fácil es el comprender cuán grande seria la desesperacion del padre, que cayó inmediatamente desmayado; pero recobrando pronto el conocimiento y la cólera, saltó de la cama y subió al cuarto de su hijo, á quien encontró dormido ó fingiendo dormir.

Encima de la mesa del jóven estaban la bolsa, el reloj y sello de su amigo; y al lado de estos objetos, las pistolas cómplices del delito.

Al ver tomar á su padre los diferentes efectos de que acabamos de hablar, se impuso el hijo en que su padre lo sabia todo, y quiso huir; pero en el momento en que saltó de la cama, tomó el padre una pistola, y al mismo

tiempo que el jóven pasaba por delante de él dirigiéndose hácia la puerta, salió el tiro.

El hijo, herido de muerte, cayó, lanzó un grito y espiró.

Al día siguiente, el caballero del campo marchó á Versailles, donde confesó al rey todo cuanto habia pasado; el rey no vaciló un momento, y concedió el perdón.

Pero el acontecimiento de que la capital se ocupó muy pronto para no ocuparse mas que de él, fué la muerte del diácono Páris, y de los milagros que se obraban sobre su tumba.

Era Francisco Páris un pobre diácono, hijo de un consejero del parlamento de Paris, donde nació el 30 de junio de 1690. Semejante á san Agustin, habia empezado bastante mal. Confiado por su madre, mujer piadosa, á los canónigos regulares de la congregacion de Santa Genoveva, empezó por olvidar el leer; despues, sugerido por sus compañeros, resolvió una noche pegar fuego al colegio, con ayuda de una porcion de materias combustibles que habia reunido al intento. Aunque no llegó á consumarse este delito, el diácono Páris no se lo perdonó jamás; y acaso fué una de las causas de la austeridad en que acabó sus dias. En fin, vuelto á la casa paterna, confiado á un preceptor, con quien simpatizó, se aficionó al trabajo, y recuperó el tiempo que habia perdido. Habiendo concluido sus estudios de humanidades y filosofía, entró en los benedictinos de San German-des-Prés, cuyos ejercicios solitarios y piadosos le agradaban. De allí entró en el seminario de San Magloire, donde se entregó al estudio del hebreo y del griego, queriendo leer los libros santos en sus originales. En sus momentos perdidos se dedicaba á la enseñanza del catecismo, y compraba con su

dinero los libros necesarios para la educacion cristiana de los niños. Así es, que su padre, que murió en 1714, teniéndole por loco, no le dejó mas que la cuarta parte de sus bienes. Pero no era este el solo revés que debia sufrir el pobre apóstol. Law le obligó á recibir en papel un reembolso considerable, en que perdió mas de la mitad. Todas estas desgracias financieras no impedian á Páris que se ocupase de teología. Se estaba en lo mas fuerte de la famosa disputa sobre la bula *Unigenitus*. Páris, con el fuego que caracterizaba sus convicciones religiosas, no solamente apeló, sino que reapeló de la bula. Entonces fué cuando se le propuso para el curato de San Cosme; pero fué necesario transigir con su conciencia, y firmar el formulario que se exigia. Rehusó, pues, contentándose con la dignidad de diácono, que se le habia conferido dos años antes. Entonces resolvió consagrarse al retiro, y estableció un nuevo Port-Royal, si le era posible. De consiguiente, se echó á buscar una soledad, cosa bastante difícil de hallar en las cercanias de Paris. Visitó el monte Valeriano, la Trapa, una ermita cerca de Melun, y acabó, en fin, por retirarse á una casita que aun se enseña hoy dia, al principio del arrabal de San Marcelo. Allí fué donde estableció su Port-Royal, reuniendo consigo muchos eclesiásticos, aun mas pobres que él, á quienes alimentaba con el resto de su patrimonio, mientras que él no vivia mas que de su trabajo. Su salud habia sido siempre endeble, y este trabajo incesante, acompañado de ayunos y penitencias, acabó de destruirla. Su conviccion era que él padecia por el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, que él miraba como ultrajado por la bula *Unigenitus*. Por exceso de humilde, y hallándose indigno de recibir el cuerpo de Nuestro Señor, estuvo una vez dos años sin comulgar. En fin, agobiado por la austeridad, cayó

enfermo y recibió el viático, que le administró el cura de San Medardo, y murió el 1.º de mayo de 1727, de edad de 37 años.

Por lo tanto, la reputacion de santidad del diácono París era grande. Habia mucho tiempo que no se habian hecha milagros, y se imaginó que despues de los dias de disolucion por que se acababa de pasar, no pegarian mal algunos milagros.

A los cuatro dias de sepultado el cadáver del diácono París, empezaron los milagros sobre su tumba.

Fué el primero un tal Lero, que llegó enfermo al cementerio de San Medardo, donde estaba enterrado el bienaventurado París, y que salió por su pié, dejando sus muletas sobre el sepulcro del santo. El tal sepulcro, formado con una gran piedra levantada á la altura de un pié, era el teatro ordinario de las piadosas evoluciones de sus devotos. Desde la mañana hasta la noche, se hallaba sitiada esta piedra por una multitud de gente que no cesaba de aumentarse, que acudian de veinte leguas á la redonda, para verla, tocarla y besarla. Los enfermos se acostaban sobre ella, y se sentían sobrecojidos inmediatamente por una agitacion nerviosa, que con frecuencia degeneraba en convulsion. De esto provino el nombre de convulsionarios que dió el pueblo á los sectarios del diácono París. Los unos se torcian, se revolcaban en todos sentidos á manera de epilépticos; los otros se agitaban, se meneaban, saltaban y hacían cabriolas, como los que en otro tiempo se suponían atacados del mal de San Gui. Las mujeres proporcionaron naturalmente los primeros actores de aquella extraña comedia, que se representó sin interrupcion, durante cinco años y medio, en el recinto del reducido cementerio de San Medardo. Al principio habia seis ú ocho jóvenes histéricas que un clérigo de Troyes, llamado

Vaillant, excitaba con sus predicaciones místicas; aun no se habian pasado cuatro meses, y ya contaba la obra de las convulsiones seiscientas personas entre hombres y mujeres.

Hecho un milagro, diez, veinte mas se hicieron en el mismo escenario, á la vista de un pueblo dispuesto á creerlo todo, sin sujetar nada al juicio de la razon. Cada milagro levantaba un grito de sorpresa y de entusiasmo, que introducía la fe en todos los corazones. Los cojos andaban, los ciegos veían, los sordos oían, los moribundos revivían, y hay veinte testigos, abogados y médicos, que formaron proceso verbal de cada sesion milagrosa. Entre estos testigos, benévolos ó convencidos, se halla un tal Luis Baple Carré de Montgeron, consejero del parlamento de París, cuya vida entera va á consagrarse en adelante á la glorificacion de los milagros del bienaventurado diácono; entre los corifeos activos de la secta convulsionaria se halla un ilustre táctico, un hombre consumado en el arte de la guerra, el caballero de Folard, el sabio comentador de Polibio.

Debia ser una singular representacion la de aquellos movimientos causados por la gracia del santo; así es que la curiosidad purísima subió al mas alto grado, y se iba, por via de paseo, al cementerio de San Medardo, que era muy reducido para que pudiesen caber en él los actores y los espectadores.

La fe, por otra parte, hacía maravillosos progresos: se vendía una multitud de cruces, de medallas, de escapularios, que habian sido bendecidos sobre la tumba del santo; se vendía tierra escogida preciosamente al derredor de aquella tumba; se vendían también millares de grabados y de libros jansenistas, que esparcían hasta en las provincias distantes el culto del diácono

Páris, al mismo tiempo que las doctrinas del jansenismo.

Bien pronto se organizó la sociedad de los convulsionarios, y tomó proporciones colosales que inquietaban á la religion y al Estado. El clérigo Vaillant, cuyos discípulos se daban á sí mismos el nombre de *vaillantistas*, pretendia que él era el profeta Elías en persona, bajado expresamente del cielo, adonde fué conducido estando en la tierra; su teniente Juan Agustín Housset, se dió entonces naturalmente por el profeta Eliseo, y tuvo á su vez discípulos que se llamaron *eliseanos* ó *agustinianos*. Un tercer jefe de secta, Alejandro Darnaud, se hizo tambien profeta, y manifestó en alta voz que él era Enoc. Los tres profetas fueron encerrados uno tras otro en la Bastilla, donde el primero permaneció preso veinte y dos años, antes de ir á morir, siempre en calidad de preso, á la atalaya de Vincennes. Pero sus lecciones habian producido su fruto, y sus prosélitos apostaron á quiénes serian mas extravagantes. Los agustinianos, en particular, pasaron los límites de la locura religiosa: ellos hacian procesiones nocturnas con una soga en el cuello y una antorcha en la mano; ellos se disponian por la disolucion mas excéntrica, á sufrir en la tierra el martirio, y á gozar del paraíso en el cielo.

Los convulsionarios se calificaban de *hermanos* y de *hermanas*: ellos comunicaban entre sí á consecuencia de una especie de iniciacion que tenia sus signos, su lengua y sus usos secretos. La caja social, llena por manos desconocidas, estaba abierta para todos los fieles. Estos partian entre sí los papeles en el ceremonial de las convulsiones: los *discernientes* eran los profetas, los que veian; tenian encargo de anunciar los decretos de la Providencia, en estilo del Apocalipsis: los figuristas representaban, en pantomima, las escenas de la

pasion de Jesucristo y del martirio de los santos: los *socorristas* administraban á los convulsionarios, propriamente dichos, los *grandes* y los *pequeños socorros*: los grandes socorros ó socorros mortíferos, consistian en sacudir fuertemente al paciente, pisotearle y martirizarle de mil modos; los pequeños en recibirles en su caída, en protegerles de los choques demasiado fuertes, y en vigilar la modestia de sus vestidos. En cuanto á los convulsionarios, eran los *saltadores* y *saltadoras*, los *ladradores* y las *maulladoras*, los *extáticos* y los *iluminados*. El icterismo, el magnetismo, el mal caduco, la imitacion, la bribonería, tales eran las causas y el origen de las convulsiones.

Ellas se propagaron como una epidemia; duraron cuatro años toleradas en cierto modo por la policía, que les permitia mostrarse en medio del dia en el cementerio de San Medardo; no cesaron, pero mudaron de carácter, cuando el arzobispo Vintimille prohibió el culto del diácono Páris, cuando se cerró el cementerio en virtud de decreto de 7 de enero de 1791, cuando los convulsionarios de profesion fueron presos. Entonces, lo que se llamaba el culto del bienaventurado Páris, se refugió en las cuevas y en los desvanes del barrio de San Medardo; entonces las pruebas de los adeptos se hicieron terribles, atroces, sanguinarias, repugnantes. Se remedaron sin faltar ápice los últimos episodios de la pasion, se presentaron pacientes á porfía para ejecutar estas convulsiones y para experimentar los padecimientos de Cristo: se les enclavaba en las cruces, se les clavaban lanzas en los costados, se les ponian coronas de espinas, y se les azotaba hasta derramar sangre. Todo esto no era para ellos mas que goces y delicias que se manifestaban con espasmos, suspiros y deliquios. Las mujeres, sobre todo, se entregaban con delicias á

estos tormentos. Unas veces se les daban cien palos en el cráneo, en el vientre ó en los riñones; ellas pedían que se les diesen mas palos, gritando *nanan*: otras veces se hacían colgar por los piés y la cabeza hácia abajo; otras veces se les torcian los pechos con tenazas ó se les apretaban entre dos tablas. Todos estos horrores se practicaban á vista de un cenáculo entregado á la oracion y meditacion.

El señor Carré de Montgeron, que habia quedado muy edificado por las convulsiones y por los milagros que se referian, compuso un grueso tomo en cuarto, lleno de estampas, con el título de: *La verdad de los milagros obrados por la intercesion del bienaventurado Páris*. Referia en este libro los hechos menos deshonestos de que habia sido cómplice y testigo, agregando á su narracion los certificados de los facultativos y otros documentos justificativos. Envanecido con haber revelado al mundo tantas lindas cosas, dedicó el tomo al rey, al duque de Orleans, al primer presidente y á muchos. A la noche siguiente le prendieron, le encerraron en la Bastilla, y despues lo desterraron á Aviñon y otras partes. No por eso dejó de continuar recogiendo y compilando los hechos y gestos de los convulsionarios. En 1741 publicó un segundo tomo, y en 1748 otro tercero. La muerte no le dejó tiempo para que diese á luz el cuarto, pero no dejó, mientras vivió, en su celo fanático, de alentar á los *maulladores* y *saltadoras* que él instigaba y que *tapaba* con sus propias manos. El reino de las convusiones no ha hecho mas que añadir la palabra *buquer* (sacudir con un leño) al lenguaje popular. ¿No debia Carré de Montgeron resucitar mas adelante bajo las facciones del marqués de Sade?

Entretanto el cementerio de San Medardo estaba cerrado, y la tumba del diácono no hacia ya milagros que

justificasen la famosa inscripcion que se puso en la puerta el dia que se cerró.

Por orden del rey se prohíbe á Dios hacer milagros en este lugar.

A pesar de las órdenes del rey y del parlamento, continuaban las reuniones misteriosas de los convulsionarios, sin que produjesen efecto tampoco las continuas pesquisas de la policia dirigida por Herault, inflexible y formidable agente de los jesuitas. La persecucion mantenía este fuego encubierto en lugar de extinguirle. En vano se hacían registros en las casas y enviaban por todas partes espías y vigilantes; en vano se pagaban las denuncias, se inquietaba á las familias, se maltrataba y prendia á los sospechosos, todos los dias se sabia que habia sido crucificada una devota con mucha satisfaccion; que los *grandes* y los *pequeños socorros* habian obrado maravillas en un corazon endurecido; que el diácono Páris habia curado á un desabuciado, habia enderezado á un paralítico, vuelto el oido á un sordo y la vista á un ciego. Grande era la edificacion de los jansenistas, grande tambien la indignacion de los jesuitas.

Los jansenistas y los convulsionarios tenían un periódico oficial intitulado *Noticias eclesiásticas*, que salía á luz todas las semanas. Servía de auxiliar y de trompeta á los *apelantes* de la bula *Unigenitus*; daba asilo á las quejas y á las esperanzas de los perseguidos. Dios sabe cuántos medios se emplearon para suprimir, detener ó paralizar este periódico anónimo que redactaban los jefes del jansenismo y del convulsionarismo. Con bastante frecuencia se apoderó el gobierno de las prensas y de los caracteres, de la edicion entera del número,

pero en el mismo día se reimprimia el número en otra parte, en una sacristía, en el fondo de un convento, á bordo de un barco en medio del río, en un desvan del palacio, ó del Louvre, ó del Temple, y hasta en la casa del comisario de policía que se habia apoderado de él. Despues se enviaba el periódico segun costumbre, á los suscritores y afiliados. El lugarteniente de policía redoblabá su vigilancia y severidad; se procuraba descubrir el escondrijo en que se habia refugiado el Proteo que se escurria; muy pronto se sabia por buen conducto, que el periódico se imprimia en tal calle y en tal número. Cercaban la casa y la calle, los espías y agentes disfrazados guardaban todas las salidas, el comisario penetraba en la casa, la registraba desde los sótanos á las boardillas, y no se encontraba nada que se pareciese á las *Noticias eclesiásticas*. Se retiraba confuso y desorientado; mas en el momento en que salia del dintel de la puerta, le echaban sobre la cabeza un paquete de números, húmedos todavía de la prensa, y él no podia adivinar de dónde salia aquel diluvio de gacetas jansenistas que parecia que el diablo habia hecho volar desde el infierno.

Durante este tiempo, el rey, así como el diácono París, habia hecho milagros por su parte, la reina estaba en cinta, y la Francia, en la ansiedad, esperaba el parto.

Por esta vez, los votos de la Francia fueron oídos; la reina dió á luz dos princesas.

Semejante fecundidad daba esperanzas para en adelante; sin embargo, Luis XV resolvió hacer entrar á Dios en sus intereses. El 8 de diciembre de 1728 comulgaron ambos en público con tal intencion, y nueve meses despues dió la reina á luz el primer delfin.

Esto causó un delirio no solamente en Francia, sino

en toda la Europa, cuya paz aseguraba este fausto alumbramiento; se tributaron gracias á Dios públicamente, porque habia mostrado de un modo tan patente su intervencion en las cosas humanas: el rey asistió al *Te Deum* que se cantó en la catedral, y despues cenó en el ayuntamiento con los príncipes de su sangre y principales magnates de la corte; se acuñó una moneda en que estaban representados el rey y la reina, y en el reverso la tierra sentada sobre un globo, teniendo al delfin en sus brazos con esta leyenda: *VOTA ORBIS*, los votos del universo.

A principios del embarazo de la reina, murió en San Petersburgo Catalina, emperatriz de Rusia; y á Newton le llevaban á enterrar en Westminster.

Seis pares del reino llevaban las orillas del paño mortuorio.

CAPITULO IV.

Vuelta del duque de Richelieu. — Muerte de Mad. de Nesle, del mariscal de Uxelles, del duque de Villeroy y de Adriana Lecouvreux. — Pormenores sobre la muerte de esta última. — Revolución de la Córcega. — Nacimiento del duque de Anjou. — Las Noticias eclesiásticas. — Arresto y exposicion de tres redactores. — Victor-Amadeo abdica en favor de su hijo. — Historia de Mad. de Verrue. — Victor-Amadeo conspira para volver al trono. — Es arrestado y conducido al castillo de Rivoli. — El rey de Prusia hace arrestar á su hijo. — El duque de Orleans se separa de los negocios. — El rey se hace jardinero.

El principio del año de 1729 se señaló con un grande acontecimiento de que París tenia gran necesidad para salir del letargo en que se hallaba.

El duque de Richelieu volvió de su embajada en Viena.

Habia ya tres meses que el rey, en recompensa de los importantes servicios que le habia prestado cerca del emperador, le habia autorizado á usar el corden de la orden de Santi Spiritus.

El primero de enero fué recibido en el capítulo, y el rey le dió la placa.

Los únicos acontecimientos importantes, si se exceptúa el que acabamos de citar, se redujeron á nacimientos y defunciones.

Mad. la condesa de Nesle muere, y su hija, Mad. la condesa de Mailly, á la que veremos muy pronto hacer un papel importante, recibe el nombramiento de dama del palacio en su lugar.

Los mariscales de Uxelles y Villeroy mueren, y tambien Mdlle. Adriana Lecouvreur.

Las tres muertes primeras no causaron grande impresion; Mad. de Nesle estaba enferma ya hacia mucho tiempo; Mr. de Uxelles tenia 79 años, y Mr. de Villeroy 76 ó 77.

Pera Mdlle. Lecouvreur estaba en todo el brillo de su juventud, de su belleza y de su talento, y despues circunstancias extrañas intervenian en esta catástrofe.

En aquel tiempo se decia lo siguiente; pero antes de llegar á su muerte diremos algunas palabras acerca de su vida.

Adriana Lecouvreur era hija de un pobre sombrerero de Fisme, en Champagne, que habia venido á establecerse en París; habia escogido el lugar de su establecimiento en las inmediaciones del Teatro Francés, y esta vecindad habia metido en la cabeza de la jóven Adriana ideas de comedia, que realizó, saliendo por primera vez á las tablas el 14 de marzo de 1717, haciendo el papel

de Monima, y posteriormente de Electra y de Berenice. Un mes despues de haber desempeñado estos papeles fué recibida actriz ordinaria del rey para los papeles trágicos y cómicos.

Su carrera dramática fué de trece años, que vió trascurrir en medio de triunfos progresivos y sin cesar fomentados por el público.

Ella pertenecia á aquella rara escuela de artistas dramáticos que habla la tragedia, y que rompiendo la medida de los versos, saben conservar al período su armonía poética.

Sin ser de elevada estatura, sabia tan bien aumentarla que parecia siempre que sobresalia de las demás mujeres en toda la cabeza; así es que se decia de ella, que era una reina extraviada entre cómicas.

Su repertorio mas familiar, el que representaba con una superioridad marcada, eran los papeles de Jocasta, de Paulina, de Atalia, de Zenobia, de Rojana, de Hermione, de Erifile, de Emilia, de Mariana, de Cornelia, de Fedra.

Una de las aventuras de Adriana hizo mucho ruido en el mundo. Cuando el 28 de junio de 1726, el conde de Sajonia su amante, por una voz unánime habia sido duque de Curlandia, ella empeñó su vajilla por la cantidad de diez mil libras para ayudarle á conquistar su ducado que le disputaban la Rusia y la Polonia.

Y el conde de Sajonia, que reunia en este momento todos sus recursos personales y todos los de sus amigos, no tan solamente habia aceptado, sino que contó en las principales casas este rasgo de su querida.

Desgraciadamente para Adriana la empresa no tuvo éxito.

Obligado á dejar la Curlandia en 1727 volvió á París el conde de Sajonia, y duque en embrion reanudó sus

relaciones con una princesa cuya dignidad aunque mas efímera era mas durable que la suya.

Hasta aquí los hechos : ahora entran las conjeturas.

Uno ó dos meses antes de la muerte de Adriana Lecouvreur, se habia enamorado del conde de Sajonia Luisa Enriqueta Francisca de Lorena, cuarta mujer de Manuel Teodoro de la Tour de Auvernia, duque de Bullon.

La duquesa de Bullon, que entonces tenia 23 años, era una mujer violenta, arrebatada, caprichosa, y sobre todo excesivamente galante, pues la crónica escandalosa aseguraba que sus gustos no tenian límites y que se extendian desde los príncipes hasta los cómicos.

La duquesa, segun ya hemos dicho, se habia prendado del conde de Sajonia, pero este, no se sabe por qué, hizo el Hipólito y no quiso corresponder á aquel capricho, no porque se picase de fidelidad á Adriana, sino sin duda por un capricho semejante al que experimentaba Mad. de Bullon.

Una mujer despreciada busca siempre al desprecio de que ella es objeto, la razon menos humillante posible : la que adoptó la duquesa de Bullon fué que los compromisos que el conde de Sajonia habia contraido con Adriana no le dejarian la libertad de tener otra querida.

Ella vió, pues, en Adriana el obstáculo que impedía que el conde de Sajonia le correspondiese, y resolvió vengarse deshaciéndose de su rival.

No somos nosotros de los que creen en la culpabilidad de los príncipes, por la sola razon de que siendo príncipes deben ser culpables. No, no somos nosotros de los que registran todos los rumores, y por consiguiente repetimos lo que se dijo en aquella época, no á

la manera de un acusador público, sino como un mero narrador del hecho.

La Bastilla sin velo señala en el número de las personas encarceladas en 1730, al señor abate Bouret, por el *negocio de la duquesa de Bullon y de la cómica la Lecouvreur*.

Hé aquí el negocio por que estaba preso el abate Bouret. Hemos tomado los pormenores que van á leerse de una carta de Mdlle. Aisse á Mad. de Calandima. Esta carta tiene la fecha de marzo de 1730. Las noticias que contiene tenian toda la frescura de la novedad, puesto que Mdlle. Lecouvreur murió el 20 del mismo mes.

Decidida á suprimir el obstáculo que la molestaba, la duquesa de Bullon mandó preparar unas pastillas envenenadas; y despues como era necesario hallar un medio de entregar las pastillas á Mdlle. Lecouvreur, escogió á un jóven abate que gozaba de la reputacion de pintar agradablemente para que fuese el instrumento de su venganza.

El abate era pobre, y un dia que se paseaba en las Tullerías sin saber cómo haria para comer, se le acercaron dos hombres, que despues de una conversacion bastante larga, le propusieron un medio de salir de la miseria : este medio consistia en introducirse, á favor de su habilidad para pintar, en casa de la Lecouvreur, y de hacerle comer las pastillas que ellos le darian : el pobre abate se negó á ello y se obstinó en negarse á las grandes instancias que le hicieron, manifestándoles él la enormidad del crimen; pero los dos hombres le respondieron que mediante á que él era ya depositario de aquel secreto, no habia medio de retroceder, y que si no ejecutaba lo que se esperaba de él, era un hombre perdido.

Espantado el abate prometió cuanto quisieron exigir de él.

Entonces le llevaron á casa de Mad. de Bullon, que le repitió promesas y amenazas y le entregó las pastillas; el abate se empeñó en que dentro de los ocho dias siguientes llevaria á cabo su proyecto.

En este intervalo Mdle. Lecouvreur recibe una carta anónima, en que le suplicaban acudiese sola ó con una persona con quien pudiese contar como consigo misma al jardin del Luxemburgo, al quinto árbol de una calle que se le indica, donde encontrará un hombre que tenia cosas de la mayor importancia que comunicarle. Como la carta llegaba, ó mas bien era recibida, porque Mdle. Lecouvreur, habiendo salido por la mañana, regresaba á su casa con un amigo y Mdle. Lamothe su compañera; como la carta, volvemos á decir, llegaba á la hora misma de la cita, subió á un coche con las dos personas que la acompañaban, y mandó al cochero las condujese al Luxemburgo.

Habiendo entrado en él se dirigió al sitio indicado, y al pié del quinto árbol se encontró con el abate Bouret, que dirigiéndose á ella, le contó la fatal comision que le habian dado, declarando que él era incapaz de semejante crimen, pero agregando que si no lo cometia estaba cierto de que él mismo seria asesinado.

Adriana dió gracias al jóven, y le dijo que era de parecer, puesto que habia tomado el negocio bajo su mejor aspecto, llevarle hasta el fin, denunciando en el instante el mismo crimen al lugarteniente de policia. El abate contestó que tal habia sido su primera intencion, habiéndole detenido únicamente la consideracion del poder de los enemigos que se iba á hacer; pero que hallándose conforme el consejo que ella le daba con sus primeras inspiraciones, estaba pronto á seguirlo.

Adriana se aprovechó de esta buena disposicion, da un asiento en su coche al abate, y le conduce á casa de Mr. Herault, que era entonces lugarteniente de policia, á quien manifestaron el motivo de la visita.

Mr. Herault preguntó al abate si tenia las pastillas que decia le habian entregado; y el abate por única respuesta las sacó de su faltriquera y las puso en manos del lugarteniente de policia.

Llamaron á un perro, le dieron una de aquellas pastillas, y el perro reventó al cabo de un cuarto de hora.

— ¿Cuál de los dos Bullon os ha entregado estas pastillas? preguntó entonces el lugarteniente de policia.

— La duquesa, respondió el abate (1).

— No me sorprende. ¿Cuándo os hicieron la propuesta? continuó él.

— Antes de ayer.

— ¿En qué sitio?

— En las Tullerias.

— ¿Quién?

— Dos hombres á quienes no conocí.

— ¿Y os dijeron que os hablaban en nombre de Mad. de Bullon?

— Hicieron mas que todo eso, pues me condujeron á su casa.

— ¿Y la duquesa os confirmó lo mismo que los dos hombres os habian dicho?

— Sin faltar ni una sílaba.

— ¿Os atreveriais á manteneros firme en este negocio?

— Mandad que se me ponga preso y careadme con Mad. de Bullon.

(1) La segunda era Maria-Carlota Sobieski, que se casó en 1724 con Carlos Godofredo de Latour-d'Auvergne, principe de Bullon.

El lugarteniente de policía reflexionó un instante.

— No, dijo él, siempre estaremos á tiempo de echar mano de ese medio.

Despues, habiéndole preguntado las señas de su casa, lo despidió y dijo á Mdle. Lecouvreur estas palabras sacramentales de todos los jefes de policía, presentes, pasados y futuros :

— Bien podeis volveros tranquila, yo velo por vuestra seguridad.

Apenas Mdle. Lecouvreur y el abate se marcharon, cuando el lugarteniente de policía puso en conocimiento del cardenal de Bullon esta aventura. El cardenal se puso furioso é insistió en un principio por la publicidad; pero los amigos y parientes de la casa de Bullon fueron de opinion de que no traspirase este escandaloso negocio. Al cabo de algun tiempo, sin saber por dónde ni cómo, se hizo público y causó mucho ruido.

El cuñado de Mad. de Bullon habló á su hermano y le dijo que era necesario absolutamente que su mujer se lavase de semejante sospecha; que debia solicitar una órden de prisión para encerrar al abate. No fué difícil conseguir esta órden, mediante la cual el abate fué preso y encerrado en la Bastilla. Le tomaron declaraciones, pero no hizo mas que repetir lo que ya antes habia dicho. Le amenazaron, mas no por eso dejó de mantenerse en lo que tenia declarado. Le hicieron las mas seductoras promesas, pero no quiso dejarse romper.

Allí se mantuvo preso sin que el negocio diese un paso atrás ni adelante.

Entonces Adriana escribió al padre, que vivia en una provincia y que ignoraba la desgracia de su hijo. El pobre hombre voló á Paris, solicitó la formacion de causa á su hijo, como si hubiera pedido un favor. Viendo

que todas sus reclamaciones eran inútiles, se dirigió al cardenal, quien preguntó á Mad. de Bullon si queria que se formase sumaria sobre aquel negocio, mediante á que su conciencia no le permitia que estuviese preso un inocente. Mad. de Bullon prefirió que le pusiesen en libertad, mas bien que la formacion del sumario, y el abate salió de la Bastilla.

Dos meses permaneci6 el padre en Paris teniendo cuidado de su hijo; pero al cabo de ellos se marchó: el abate tuvo la imprudencia de seguir en su misma habitacion, de la que desapareció repentinamente sin que se volviese á saber su paradero.

Al saber esta desaparicion comprendió Adriana que la venganza de la duquesa de Bullon solo habia estado adormecida y que se despertaba.

Quince dias se pasaron sin embargo, sin que Adriana oyese hablar de nada. En fin, una noche, despues de la pieza principal en que Adriana habia hecho el papel de Fedra, Mad. de Bullon la convidó para que pasase á su palco. Sorprendida de semejante convite, contestó la actriz que el traje en que se hallaba no le permitia presentarse ante ella; mas la duquesa, que no se dió por vencida, le mandó á decir que cualquiera que fuese el traje en que estuviese, se lo dispensaba anticipadamente.

— La señora duquesa es demasiado indulgente, dijo Adriana, y si ella me dispensa el presentarme así en el palco, no tendria el público igual condescendencia. Decidla sin embargo, que por obedecerla en cuanto de mí dependa, me hallaré á su paso cuando salga.

No tuvo mas remedio la duquesa de Bullon que contentarse con esta respuesta, y á la salida halló en efecto á Mdle. Lecouvreur que la estaba esperando. La duquesa la hizo mil cumplimientos y elogios, tanto por su

modo de representar, cuanto por su gracia y su hermosura; sin duda queria ella con esta muestra pública de simpatía, como no era raro que los grandes señores diesen á los artistas, hacer olvidar los rumores que habian corrido.

Al dia siguiente, Adriana se encontró indispuesta en lo mejor de la pieza que estaba representando y que no pudo acabar. Fué necesario anunciarlo así, y el público, que no estaba completamente tranquilo con la galantería que la duquesa de Bullon habia hecho á la artista, pidió que se le dijese como estaba al concluirse la función. Nada tenian de satisfactorias las noticias que se le dieron, porque habia sido necesario llevar á Adriana hasta su coche en vista del abatimiento en que se hallaba.

Desde este mismo dia, Mdle. Lecouvreur se fué mejorando visiblemente, y sin embargo, ella trató de luchar con el mal, y el 15 de marzo volvió á presentarse en Jocasta.

Entonces pudo juzgar el público la alteración que habia sufrido; apenas si podia hablar y sostenerse, tanto que se creyó que no podia acabar la tragedia.

Despues de Edipo se representaba el Florentino; todo el mundo creia imposible que Adriana desempeñase su papel en esta comedia; mas con gran sorpresa de los espectadores volvió á salir. Allí se la vió luchar con el mal y vencerle, estuvo inimitable.

Esta fué su despedida del público.

Cuatro dias despues murió en medio de horribles convulsiones. Hecha la autopsia del cadáver se vió que tenia gangrenadas las entrañas.

Se esparció entonces el rumor de que habia sido envenenada con una lavativa.

Pero no paró todo en esto: la persecucion del clero

debía agregar á esta muerte una ilustracion de que no necesitaba despues de los rumores de envenenamiento que habian corrido.

Se denegó á la artista la sepultura eclesiástica, y á la una de la noche fué conducida por mozos de cordel á un rincon de la colle de Borgoña á orillas del Sena, y allí la enterraron clandestinamente.

Quedó un bellissimo retrato de ella, que representa á Cornelia; el retrato es de Doypel y está grabado por Drevet hijo.

El duque de Bullon, marido de la duquesa á quien públicamente se acusaba de haber envenenado á Mdle. Lecouvreur, no sobrevivió mas que dos meses á la artista.

Por este mismo tiempo intentaron los corsos su primera rebelion contra los genoveses, rebelion que debía venir á parar en la reunion de la Córcega á la Francia dos años antes de nacer Napoleon.

Ya hemos manifestado la universal alegría que causó la noticia del nacimiento del señor delfin; la alegría no fué menor cuando se anunció el nacimiento de un segundo príncipe, que fué llamado duque de Anjou. Desde entonces, á menos de una de aquellas fatalidades semejantes á la que habia perseguido á la posteridad de Luis XIV, no corria riesgo de extinguirse la rama primogénita.

Sin embargo, la guerra contra los jansenistas y los molinistas continuaba: la bula *Unigenitus* de que los convulsionarios de San Medardo no eran mas que un episodio, ocupaba los entendimientos á falta de acontecimientos mas importantes.

Los apelantes estaban furiosos contra ella y publicaban como hemos dicho contra los acceptantes, una coleccion semanal, llena de talento, de agudeza y de sátira amarga, intitulada las Noticias eclesiásticas.

Hemos contado lo que sucedía con motivo de esta colección, y cómo eran engañados diariamente los agentes de policía por los autores é impresores. Se cansaron de habérselas con los agentes, y la mistificación subió hasta en lugarteniente de policía en persona.

Un día propuso un desconocido, por medio de cartas, á Mr. Herault una apuesta bastante singular; era hacer entrar á una hora determinada, y por una puerta designada, á pesar de la vigilancia de los empleados, aunque aumentasen otros tantos, cincuenta ejemplares de los folletos prohibidos. Mr. Herault respondió por cartas que aceptaba la apuesta.

Inmediatamente se mandó que cuantos entrasen por la puerta indicada y á la hora señalada, que era á las tres de la tarde, fuesen registrados hasta el pellejo.

A la tercera campanada del reloj, se presenta un hombre, le detienen y conducen á la aduana.

Registrado de piés á cabeza, se ve desde luego que el hombre no puede ocultar ni una cuartilla de papel; por consiguiente le dejan para registrar á otro.

Pero el hombre registrado pretexta una cita dada para hora determinada, y pretende que si no prueba que ha sido detenido por fuerza mayor, perderá una cantidad de consideracion, y es tanto lo que insiste que el jefe del registro de la aduana le da un certificado en que acredita haberse presentado en la puerta á las tres en punto; pero que habia sido detenido hasta las cuatro, con motivo del registro que ha sufrido.

Provisto de este certificado, continúa su camino seguido de un perro de aguas, del cual nadie hizo reparo, y se dirige á la prefectura de policía.

Luego que llegó, ató su certificado en la punta de una cuerda que colgaba entre las piernas del animal, y

rogó á un portero que introdujese el perro en el despacho del lugarteniente.

En efecto, el animal fué presentado: el magistrado leyó el certificado que llevaba pendiente de la cuerda, lo registran, y mirándole la barriga por el lado que colgaba la cuerdecilla en que iba atado el certificado, se descubre que la piel del perro es postiza, y que cubre á un animal que es una tercera parte mas pequeño de lo que parece, y que entre la verdadera piel y la postiza se encuentran los cincuenta folletos.

Mr. de Herault confesó francamente que habia perdido, y envió la cantidad apostada al punto que se le habia indicado.

En fin, para no ser desmentido, arrestó á tres miserables que él supuso que eran impresores, autores y editores de las *Noticias eclesiásticas*, los mandó poner en la argolla y los desterró.

Las noticias manuseritas no dejaron de aparecer en los mismos días y horas que se habian anunciado.

El mismo dia en que pusieron en el pilori á los tres jansenistas, editores de las *Noticias eclesiásticas*, arrestaron á Mr. de Montgeron que habia presentado al rey el primer tomo que trataba de los milagros del diácono Páris, y lo metieron en la Bastilla.

Desde aquel momento mismo, todos miraron á Mr. de Montgeron como un mártir. Se vendía una estampa que le representaba arrodillado delante de la santa imagen del diácono, en el momento en que los exentos de guardias que iban á prenderle, entraban en su casa.

Por lo demás, esta extraña secta de los convulsionarios, cuya extincion suponen todos los historiadores por los años de 1736, existe aun hoy dia. El autor de este libro ha conocido una familia de convulsionarios en que las crisis se han perpetuado, y él habria visto

administrar lo que se llamaba los grandes socorros, esto es, los palos y los trancazos á una pobre vieja de 70 años que tenia las convulsiones cada tres meses, si, á los primeros golpes que la dieron, no se hubiese ido, espantado á un mismo tiempo de la violencia con que descargaban los atormentadores y el placer con que la paciente recibia aquella singular preparacion para el éxtasis.

No es necesario decir que la facultad de medicina no tenia parte alguna en la cura, y que la aplicacion del terrible remedio era casera.

Durante este tiempo seguia un rey el ejemplo de Carlos V, de Cristina y de Felipe V, y se disgustaba del trono que mas adelante echaria de menos. Este rey era Victor-Amadeo II, el cual abandonaba á Turin por Chambery donde se proponia vivir como un simple particular, bajo el nombre de conde de Tenda, dejando la corona á su hijo Carlos-Manuel.

Pero su amor á la bella condesa de San Sebastian, mas bien que las diversas vicisitudes de su vida tempestuosa, decidieron su retirada. Así es que apenas llevo á Chambery, hizo por ella, pero públicamente, lo que clandestinamente el rey Luis XIV habia hecho por Mad. de Maintenon: esto es, se casó con ella.

En medio de las turbulencias, que le quitaban un ducado y le devolvian un reino, la vida de Victor-Amadeo se habia dividido entre dos amores. El de Mad. de Verrue, de quien ya hemos hablado, y que habia traído á Francia el contraveneno que ofreció á Luis XV, y el de la condesa de San Sebastian que debia acompañarle de su prosperidad á su retiro, y de este á su prision.

Puesto que hemos pronunciado el nombre de Mad. de Verrue, que algunos años mas adelante debia abando-

nar el mundo, diremos aun algunas palabras sobre esta curiosa existencia, que fué una de las mas completas de la época, que acabó muriendo con el nombre de dama de Deleite, despues de haber merecido el de dama de Virtud.

Mad. de Verrue era hija del duque de Luynes y de su segunda mujer, que se hallaba ser al mismo tiempo mujer y tia de su marido, siendo hija, y siendo hermana de padre de su madre, la famosa duquesa de Chevreuse á quien hemos consagrado tantas páginas en nuestra historia de Luis XIV. De este segundo matrimonio habia tenido muchos hijos el duque de Luynes, y como no era rico, se deshizo de sus hijas como pudo.

Juana de Albert de Luynes, que nació el 18 de setiembre de 1670, de quien vamos hablando, se habia casado con Mr. de Verrue, cuya madre viuda y muy considerada, era dama de honor de Mad. de Saboya.

El donde de Verrue se presentó en la corte de Piemonte con su jóven mujer. Él era jóven, hermoso, bien hecho, rico y además hombre de bien. Todas estas cualidades llamaron la atencion de la esposa y le inspiraron un amor real y profundo hácia su marido. Los primeros años de su union se pasaron en medio de una dicha que ningun accidente vino á perturbar.

El duque de Saboya vió á Mad. de Verrue en casa de su madre, y se enamoró de ella. El amor de un príncipe no se oculta mucho tiempo, particularmente á la que es objeto de él. Mad. de Verrue se aperció de las galanterias del duque de Saboya, y previno de ello á su suegra y á su marido, que se contentaron con alabar su prudencia, pero que no hicieron caso de la advertencia. Viendo el duque de Saboya esta facilidad, redobló sus atenciones, dispuso fiestas contra lo que tenia de costumbre, haciendo á Mad. de Verrue la reina de estas

fiestas. No necesitó esta andar buscando mucho tiempo con qué intencion se daban aquellas fiestas. Ella inventó algunos pretextos y se abstuvo de concurrir á ellas dos veces consecutivas. Fácil es de comprender que se notó su ausencia , y lejos de agradecerle este sacrificio, su marido y su suegra se lo censuraron. Entonces confesó ella á su marido , que el duque de Saboya estaba enamorado de ella ; que las atenciones , delicadezas y aun las palabras del duque de Saboya no le dejaban la menor duda sobre el particular ; pero Mr. de Verrue le respondió que aun cuando el duque de Saboya estuviera enamorado de ella , no convenia ni á su honor , ni á su fortuna que ella indicase nada. Entonces viendo el duque de Saboya que nada se oponia á sus amores , se volvió mas atrevido y se declaró sin rodeos á la jóven esposa , que recurrió de nuevo á su marido y á su suegra , rogándoles que él ó ella la llevasen al campo , ó que á lo menos le diesen licencia para retirarse. Pero á esta exigencia prorumpieron ambos que ella queria su ruina. No le quedaba entonces mas que un recurso ; fingió que estaba enferma , é hizo de modo que la mandaron á los baños de Borbon , y escribió á su padre recomendándole con instancias que se hallase en Borbon al mismo tiempo que ella , advirtiéndole que tenia un secreto de la mas alta importancia que comunicarle. Necesario era someterse á la vista de una disposicion de los médicos Mad. de Verrue madre , y consintieron pues en que la enferma dejase el ducado de Saboya , pero que fuese acompañada de su tio el abate de Scaglia. Nada habia mejor que semejante tutela , porque el abate era hombre de setenta años , y pasaba por un santo varon.

Pero Mad. de Verrue era tan hermosa que era capaz de hacer caer á un santo. El pícaro viejo , como dice

San Simon , se enamoró de su sobrina , de modo que cuando ella vió á su padre y le manifestó el peligro que corria volviendo al Piamonte , el abate Scaglia prometió que él velaria en defensa de su sobrina , y que se opondria contra toda tentativa que pudiese atacar su honor.

La promesa tranquilizó á Mr. de Luynes y aun á la misma Mad. de Verrue. Mr. de Luynes se volvió á París , y Mad. de Verrue regresó al Piamonte despues de tres meses de ausencia.

Pero durante el viaje , á su vez confesó el abate á su sobrina que todo cuanto habia hecho para guardarla á su lado , provenia del amor que le profesaba , de modo que habiendo rechazado este amor casi con horror , Mad. de Verrue se apercibió de que lejos de tener un defensor en su tio , acabada de crearse su mas cruel enemigo.

Quando llegó á Turin , se encontró con el duque mas enamorado , y á Mr. de Verrue y á su madre mas complacientes que nunca.

Repelida entonces la pobre mujer por su suegra , abandonada de su marido y perseguida por su tio , no tuvo mas recurso que arrojarse á los brazos del duque.

Dado el escándalo , el marido , la mujer y el tio se desesperaron é hicieron mil extravagancias , pero ya era demasiado tarde ; por otra parte el duque les impuso silencio. Estaba loco con Mad. de Verrue. En un momento empezó á gozar al lado del duque de un favor igual al que Mad. de Maintenon habia gozado con Luis XIV. El duque de Saboya tenia los consejos de ministros en la casa de ella , colmándola de toda clase de favores , adivinando sus pensamientos y anticipándose á cumplirlos , dándole pensiones , pedrería , muebles , ca-

sas (1), pero en cambio era celoso como un tigre, y la tenia encerrada, á lo cual él mismo se habia condenado. En medio de todo esto Mad. de Verrue cayó enferma, la habian envenenado. Felizmente el duque de Saboya tenia un contraveneno y se lo administró á todo trance. Se vió que el contraveneno era el antidoto del veneno, y Mad. de Verrue se curó. Algun tiempo despues le acometieron las viruelas, y el duque no permitió que nadie la asistiese mas que él, velándola todas las noches hasta que estuvo fuera de peligro. La prueba de amor que Mad. de Verrue habria deseado mas que ninguna otra hubiera sido un poco mas de libertad; pero su ilustre amante se volvía cada vez mas celoso, y aunque ella no le daba ni el menor motivo, cada día la tenia mas encerrada. Este género de vida llegó á hacerse insoportable á la pobre favorita. Tenia un hermano á quien amaba mucho, el caballero de Luynes, al cual escribió para que fuese á verla á Turin, citándole precisamente para la época en que el rey debía hacer un viaje á Chambery.

El caballero de Luynes fué exacto en ir á Turin como su padre lo habia sido en ir á Borbon. Ella le manifestó todo lo que ocurría como habia hecho con su padre. Entonces convinieron en que se fugarian á Francia. Mad. de Verrue empezó por poner en salvo fuera del ducado, su dinero y alhajas, despues realizó la venta de diferentes fincas, envió su producto por el mismo camino que las anteriores remesas; y finalmente, acom-

(1) Mad. de Verrue, dice la princesa Palatina, tiene, segun creo, unos 48 años de edad (1718). — Yo me he aprovechado de su robo: me vendió ciento sesenta medallas de oro, que eran la mitad de las que habia robado á su amante. — Tambien tenia cajas llenas de medallas de plata, todas estas fueron vendidas á la Inglaterra.

pañada de su hermano salió una noche de Turin á caballo, llegó á Génova y allí se embarcó para Marsella, á donde llegó sin novedad.

El duque se puso furioso, pero su poder tan solo llegaba á la frontera de su ducado; y mientras que él rabiaba contra la fugitiva, esta se dirigía á París y se encerraba en un convento.

Pero Mad. de Verrue, como es fácil persuadirse, no habia salido de una prision forzada para imponerse un encierro voluntario. Salió de su convento, compró una casa, y daba banquetes en que abundaban los platos delicados; y como era una mujer encantadora, llena de talento, radiante todavía en belleza y juventud, tardó muy poco en tener una corte en cuyo centro fué reina de diferente modo que lo habia sido en Piamonte. El servicio que ella hizo al rey, trayendo un contraveneno semejante al que la habia salvado á ella misma, acabó de darle una posicion en el mundo. Cien mil francos que gastaba anualmente en cuadros, en curiosidades, en gratificaciones que daba á los artistas pobres, ó á los literatos desvalidos, le proporcionaron los elogios de Lafaye y de Voltaire. Esta vida tan agradable duró hasta el año de 1736, época en que murió, dejando medio millon en legados á sus amigos, y habiendo compuesto ella misma el epitafio que queria que se pusiese sobre su sepulcro.

Héle aquí; tiene el doble mérito de ser corto y verdadero:

Aquí yace en reposo profundo
Una dama de voluptuosidad,
Que para mayor seguridad
Tuvo su paraíso en este mundo.

Dejó un hijo y una hija reconocidos por el duque de Saboya. El hijo murió jóven y soltero: la hija se casó

con el príncipe de Cariñan, cuya descendencia reina actualmente en Cerdeña.

Hemos dicho, hablando de la condesa de San Sebastian, que su amor debía acompañar al rey Víctor-Amadeo á su retiro, y de su retiro á su prision. Digamos como reinando todavía el 1.º de setiembre de 1730, Víctor-Amadeo estaba preso el 8 de octubre de 1731, esto es, un año despues de haber bajado del trono, y de haber abdicado voluntariamente á favor de su hijo Carlos-Manuel.

Es que Víctor-Amadeo, como Carlos V, y como Cristina, no bien hubo descendido del trono, cuando echó de menos el trono desdeñado, é intentó de volverlo á recobrar de aquel á quien se lo dió; pero un trono no se devuelve así, ni aun á un padre. En la noche del 28 al 29 de setiembre fué arrestado Víctor-Amadeo en el castillo de Monealier, por órden de su hijo, y conducido al castillo de Rivoli. En cuanto á su mujer la condesa de San Sebastian, fué desterrada á las fronteras del Piamonte.

Entretanto que un hijo hacia arrestar á su padre en Cerdeña, un padre hacia arrestar á su hijo en Prusia.

El 13 de setiembre de 1730, Federico-Guillermo II, hijo de aquel elector de Brandeburgo, que habia hecho erigir la Prusia en reino, y habia sido reconocido rey el 18 de enero de 1701, Federico-Guillermo II, dió órden de arrestar á su hijo, que, de acuerdo con el conde de Kate, habia querido salir de los estados de su padre contra su voluntad.

La órden se llevó á cabo contra el príncipe y su cómplice.

Por este tiempo fué cuando el duque de Orleans, cansado de la lucha inútil que sostenia contra Mr. de Fleury,

resolvió separarse de los negocios para entregarse de un todo á la devocion.

En consecuencia, presentó su dimision del cargo de coronel general de infantería. El rey la admitió y suprimió esta plaza.

Este mismo empleo, suprimido ya en 1639, despues de la muerte del duque de Epernon, fué restablecido en 1721 para el señor duque de Orleans, entonces duque de Chartres.

En cuanto á Luis XV, durante todos los acontecimientos que acabamos de referir, su mayor placer, despues de la caza, el ceremonial, los oficios de iglesia y la etiqueta, era el plantar lechugas en un jardineto que le habia dado Mr. de Fleury, y mirarlas como crecian.

A propósito de Mr. de Fleury, hemos olvidado consignar en el tiempo y lugar correspondiente su promocion al capelo, que fué en 11 de setiembre de 1726.

CAPITULO V.

Estado de la corte. — Luis XV y la reina. — Las señoritas de Charolais. — De Clermont. — De Sens. — La condesa de Tolosa. — Las cacerías de Rambouillet y de Satory. — Mr. de Melun. — Libertades de lenguaje. — Lapeyronie y la señorita de Charolais. — Conducta de Fleury. — Se conspira contra la reina. — El brindis de Luis XV. — Ansiedad de Fleury. — Mr. de Richelieu. — Mad. Portail. — Lugeac. — El despacho de pensión de la cábala de Mr. Fleury. — Los ayudas de cámara del rey. — Mad de Mailly. — La casa de Neslé. — El rey enamorado. — Su timidez. — Falta de la reina. — Mr. de Richelieu. — La primera entrevista. — Mr. de Fleury proporciona otra. — Mad. de Mailly victoriosa. — Su retrato. — Jansenitas y jesuitas. — San Luis Gonzaga. — Maria Alacoque. — El padre Girard. — Catalina Lacadiere. — El concilio y el parlamento. — Mr. Herault lugarteniente de policía.

Nada en efecto era mas inocente que la corte de Luis XV, en la época á que hemos llegado, esto es, al 1.º de enero de 1732.

Al regente se debía aun esta castidad de Luis XV. Disoluto en cuanto á él, ateo y blasfemo, habia preservado el vástago real, cuya guardia le habia dado Dios, de todo contacto con la orgia universal de que él era jefe. Luis XV habia salido de las manos del moderno Sardanápalo, con la túnica blanca de Eliacin.

Por lo tanto, ¡qué feliz existencia habria sido la de esta pobre princesa, que habian ido á buscar á una antigua encomienda de Alemania, para hacerla reina de Francia, si al mismo tiempo que la mujer hubiese ella sabido ser la querida de su real esposo! A los ojos de

Luis XV, era Maria Leczinska la mas bella de todas las mujeres, y la fecundidad de la reina era la prueba mas evidente de que el rey no se atenia á las meras alabanzas. En primer lugar, y á los diez meses de matrimonio, dió á luz una princesa, despues dos gemelas, y en seguida un hijo; este delfin, cuyo nacimiento fué origen de tantas fiestas; despues el duque de Anjou, que habia venido á consolidar el cetro en la mano de la rama primogénita. ¡Cinco hijos en cinco años, y el padre de esta numerosa familia apenas tenia veinte y un años!

Y sin embargo, al rededor del rey no habia mas que placeres. Hemos hablado de los amores de todas las grandes damas de la época. Todos los amores se cruzaban como una red en que todos los corazones quedaban presos, menos el del rey. Maria Leczinska era su único amor, la caza su único placer.

Era una cosa maravillosa el ver las cacerías de la juventud de Luis XV, con todas aquellas galantes amazonas que le seguian. La bella condesa de Tolosa, Mdlle. de Charolais, Mdlle. de Clermont, Mdlle. de Sens, todas aquellas heroínas de las pinturas de Vanloo, que nos ha dejado vivas, despues de un siglo de esta vida mitológica de que toda la época está perfumada. Estas cazadoras, no castas como Diana, sino amorosas como Calipso, que corrian los bosques de Rambouillet y de Vincennes, de Boulogne, de Versailles y de Satory, no en carretela como Mad. Enriqueta de Montespán y de La Valliere, sino á todo escape de sus caballos, empolvados los cabellos, atados con cadenas de perlas y rubies, con el sombrerito de tres picos inclinado con coquetería sobre la oreja, la amazona con solapas, ajustada al talle y arrastrando hasta el suelo, sin ocultar, sin embargo, el abreviado pié que estimulaba al caballo con acicate de oro.

Estas cacerías no estaban exentas de peligros; ciervos y jabalíes vendían caras sus vidas á los ilustres picadores que los perseguían con la jabalina en la mano. En una de estas cacerías fué muerto Mr. de Melun; este era el amante de Mdlle. de Clermont, pero era tan indolente la jóven princesa, que la señora duquesa preguntaba al día siguiente:

— ¿Creeis que Mdlle. de Clermont se haya apercibido de que su amante ha muerto?

Después, á la vuelta eran las magníficas cenas como acostumbran los talentos y estómagos de veinte y cinco años: las noches se pasaban en el juego, noches más agitadas y calientes que los días, y en que el oro corría sobre las mesas formando brillantes cascadas. El rey jugaba como su abuelo Enrique IV, solo que Enrique IV ganaba siempre, y el rey perdía algunas veces. Entonces era necesario recurrir á Mr. de Fleury, el cual regañaba y pagaba, porque él creía que valía más para su ambición que el rey pasase los días cazando y las noches jugando, aunque costase algunos millares de libras al tesoro, que no que se metiese en los negocios del Estado.

En todas estas reuniones reinaba una gran libertad en acciones y palabras; esta era la moda de aquella época, y la princesa Palatina y la duquesa nos han enseñado á llamar las cosas por sus nombres. Durante cerca de un siglo no tuvo la lengua francesa nada que envidiar á la latina bajo este concepto.

— ¿Quiérese un ejemplo de esta libertad de lenguaje? él se presenta á nuestra vista y por consiguiente á nuestra pluma, héle aquí:

Una tarde, después de una de estas cacerías en que se había corrido el bosque todo el día, una de las damas que estaba en cinta empezó á experimentar los prime-

ros dolores que indican un próximo parto: hubo un momento de espanto, porque esto pasaba en la Muette, y era imposible trasladar la señora á París, y acaso no daría tiempo para hacer venir un médico de París. El rey se hallaba en el mayor apuro.

— ¡Oh, Dios mio, exclamaba! pero si la operación urge como se dice, ¿quién se encargará de ella?

— Yo, sire, respondió el primer cirujano La Peyronie que se encontraba allí. Yo he parteado en otro tiempo...

— Sí, dijo Mdlle. de Charolais; pero este ejercicio exige práctica, y acaso no esteis al corriente ahora.

— ¡Oh! no tengais el menor recelo, Mdlle., dijo La Peyronie, picado de que se hubiese dudado de su ciencia, no se olvida más fácilmente el sacarlos que el meterlos.

Mdlle. de Charolais, á quien la metían y sacaban uno todos los años, tomó el negocio por sí y se levantó furiosa. La Peyronie, bastante inquieto, la seguía con la vista, cuando habiéndose cerrado la puerta luego que pasó la princesa, una estrepitosa carcajada le tranquilizó.

Una vez que el rey se había reído, perdía toda su fuerza.

Mr. de Fleury no era de ninguna de aquellas expediciones, y daba por excusa su vejez, y Luis XV se felicitaba de eximirse de este modo de la doble vigilancia del preceptor y del ministro; pero Mr. de Fleury no ignoraba nada de cuanto pasaba en aquella intimidad, porque cada cual se convertía en espía por lograr una sonrisa del viejo Mentor, y Mad. de Tolosa era la primera.

Así es, que Mr. de Fleury no sabía negarle cosa alguna.

En estas reuniones de la Muette y de Rambouillet, se preparó para el duque de Penthièvre, hijo del duque de Tolosa, y siendo niño todavía, la supervivencia de la dignidad de grande almirante y demás gobiernos de su padre. Allí fué también donde se preparó la desgracia de Mr. de Chauvelin, guarda-sellos y ministro de Estado. Finalmente, allí fué donde se reconoció y se desarrolló desde los primeros síntomas, aquella tendencia hácia el placer que las negativas conyugales de la reina hicieron al fin nacer en el corazón del rey.

La que con mas impaciencia habia seguido estos progresos, era Mdle. de Charolais; habia ya dos ó tres años que sus ojos no abandonaban al jóven príncipe, á quien le habian atribuido sucesivamente, pero sin ninguna certidumbre y sobre las probabilidades solamente, la condesa de Tolosa, Mdle. de Clermont, Mad. de Nesle, Mad. de Rohan y Mad. la duquesa.

A pesar de estas buenas fortunas de que se hacia circular el rumor, era el rey de una timidez que la empujadora princesa resolvió vencer. Hizo un día unos versos que escribió de su puño sin procurar desfigurar su letra, y se los introdujo con disimulo en la faltriquera á Luis XV.

Estos versos, en que se admiraba de la indiferencia del rey para con las damas, y en que se le excitaba á que se dejase amaestrar por ellas, porque el imperio del amor era superior al de los príncipes, no eran buenos, pero tenian la ventaja de decir claramente lo que querian decir, y la crónica pretende que Mdle. de Charolais no perdió el tiempo que invirtió en componerlos.

Pero Mdle. de Charolais era una querida demasiado ligera para retener por mucho tiempo á Luis XV; y bien pronto se echó de ver, que si ella habia distraído

al rey de sus amores conyugales, solo fué momentáneamente.

María Leczinska, en efecto, poseia siempre el corazón de su marido, y tenia un poder absoluto en todo lo que no incumbia á Mr. de Fleury. Toda influencia en contraste con la de Mr. de Fleury era perdida, aun la misma influencia real. Era intratable, sobre todo, el avaro ministro en las cuestiones de dinero. La reina, buena y benéfica, gastaba el poco dinero que tenia en obras de caridad. En Compiègne, dejó una vez todo cuanto dinero poseia en dinero y alhajas, á los comerciantes y á la escuela de artillería; cuando regresó á Paris se vió obligada á buscar dinero prestado para poder jugar.

Mad. de Luynes, testigo de este embarazo, procuró en vano decidir á María Leczinska á pedir un suplemento de pensión; se negó obstinadamente á ello, respondiendo que estaba segura de que no sacaria del primer ministro mas que una humillante negativa. Entonces Mad. de Luynes resolvió de tentar el negocio por si misma, y por propia inspiracion se fué á ver al cardenal, á quien manifestó la posicion de la reina. El cardenal se contentó con responder, que él arreglaria el negocio con el general Orri.

Efectivamente el cardenal se ocupó en el primer trabajo que tuvo con el regulador general del estado de las rentas de la reina, y le mandó que entregase á S. M. cien luisés por una vez. El general prevenido por Mad. de Luynes, le manifestó que esta cantidad era demasiado módica, representando respetuosamente al primer ministro, que cien luisés era lo que él, siendo simple particular, daria á su hijo si se hallase como la reina, en apuro por sus limosnas. ¡Pues bien! añadió cincuenta luisés, dijo Mr. de Frejus. Orri insistió todavía diciendo, que ciento cincuenta luisés no serian

suficientes y que él no se atrevería jamás á presentar á la reina una cantidad tan mezquina.

Para libertarse Mr. de Fleury de aquella especie de apremio, aumentó aun la cantidad con veinte y cinco luises mas; en fin, de veinte y cinco en veinte y cinco luises le sacó el director general hasta doce mil francos.

Habiendo conseguido esta determinacion, fué Orri á buscar á la reina, y se la participó preguntándola si seria suficiente. María contestó que quedaba muy satisfecha, y todo quedó concluido, excepto que el obispo encontró el medio de diferir la entrega de los doce mil francos mas de tres meses, y la reina no pudo pagar sus deudas y habilitarse para el juego, hasta que se la pagó su asignacion acostumbrada.

Desgraciadamente, la reina, que tenia aun un apoyo en su marido, vino ella misma á perderlo por su falta y gratuitamente.

Sea cansancio de sus frecuentes partos, sea tedio hácia su esposo, afectó María Leczinska una tibieza que ofendió á Luis XV y le alejó de su mujer, que habria podido hacer de él, si hubiese querido, lo que la reina de España hacia de Felipe V.

Así, pues, nada traspiraba todavía sobre los amores secretos de Luis XV, cuando el 24 de enero de 1732, el rey, en una de sus peti-cenas en que habia bebido mas que de costumbre, levantó el brazo y habiendo echado un brindis á la querida desconocida, rompió su copa, invitó á los convidados á que hiciesen otro tanto que él y á adivinar el nombre de esta desconocida.

Entonces cada cual nombró á la dama que se le vino á las mientes. Los convidados eran veinte y cuatro incluso el rey, siete se pronunciaron por la señora duquesa, siete por Mdle. de Beaujolais, y nueve por

Mad. Lauraguais, nieta de Lassay, y nuera del duque de Villars-Brancas, que habia un mes que estaba en la corte.

Desde este dia se desvanecieron todas las dudas, se supo que el rey tenia una querida, solo que no se supo quién era.

Esta ignorancia atormentó á los cortesanos y particularmente al cardenal; una querida era acaso un amo; cada cual queria entrar por algo en los futuros amores del rey.

El duque de Richelieu, que habia vuelto de Viena mas en favor que nunca y que habia vuelto á tomar en la corte puesto en primera línea, produjo la mujer del presidente Portail; era esta una bella persona de veinte y tres á veinte y cuatro años, maliciosa, coqueta y ligera hasta tocar en locura.

Los ayudas de cámara fueron los encargados de los pormenores de la primera entrevista. El rey pasó una noche con ella, pero pasada esta noche se espantó del carácter de esta nueva querida, y no queriendo volver á verla mas, aunque le dió cita para la noche siguiente, encargó á uno de sus compañeros de mesa llamado Lugeac que fuese á ocupar su lugar. No se lo hizo este repetir dos veces, ocupó el lugar del rey, engañó á un tiempo á Richelieu y á Mad. Portail y se retiró antes que fuese de dia muy satisfecho de la agradable comision que el rey le habia dado al encargarle que hiciera sus veces.

Al dia siguiente recibió Mad. de Portail orden concediéndole dos mil escudos de pension. La orden iba firmada por el primer ministro.

Habiendo recibido esta orden, comprendió la presidenta que nada tenia que esperar del rey, y como ella era de un carácter muy ligero, resolvió aprovecharse

de la moda en que la habia puesto la visita del rey. Empezó, pues, á formar intrigas amorosas con todos los señores de aquel tiempo. Vivía en la plaza Real, que era como es sabido el barrio de la alta clase, cada casa tenia á lo menos su señor, jóven, lindo, elegante, con entrada en la corte, fuese apuesta ó realidad, Mad. de Portail empezó sus peregrinaciones por la derecha, siguió siempre adelante y concluyó por la izquierda.

Dió la vuelta á la plaza sin olvidar ni una sola casa.

Como Mad. de Portail habia sido presentada por Mr. de Richelieu, todos estaban sorprendidos de la influencia reunida de una favorita y de un favorito; cada cual, para cerrar la corte á la bella presidenta, se dió prisa á hacer pública su aventura con ella. Todas estas aventuras reunidas causaron un rumor tan grande, que Mr. de Maurepas, enemigo particular de Mr. de Richelieu y que aborrecia á todas las mujeres que podia suponer relacionadas con el duque, sorprendió una orden para encerrar á Mad. de Portail, con la sola diferencia de que el rey indicó un convento, en lugar de una prision.

La orden fué ejecutada por el mismo Mr. de Maurepas.

Pero este era un segundo aviso al primer ministro para que tomase sus precauciones. Se celebró un consejo entre el ex-preceptor, la duquesa y los tres ayudas de cámara Bontemps, Lebel y Bachelier; los votos unánimes recayeron en Mad. de Mailly.

Diremos dos palabras sobre la casa de Nesle emparentada con la de Mailly.

Era esta una noble y antigua casa conocida en Europa desde el siglo XI por la persona de Anselmo Mailly, tutor del conde de Flandes, gobernador de sus estados

y muerto en el sitio de Lila; su blason habia figurado entre los mas nombrados en tiempo de las cruzadas, y las numerosas ramas de la familia que ocupaban el primer puesto en el Estado, llevaban con altivez y fiereza sus armas con los tres martillos y su soberbia divisa: HOGNE QUI VOUNRA.

El marqués Luis III de Nesle, primogénito de la raza, se habia casado en 1709 con Mdle. de Laporte-Mazarin, cuya galantería se habia hecho proverbial. María Leczińska, de quien era dama de honor, conocia todas estas galanterías, pero jamás le hizo el menor reproche sobre ellas; tan solamente cuando sabia ó creia saber que Mad. de Nesle tenia alguna cita, la detenía haciéndole leer ó la *Imitacion de Jesucristo* ó la *Biblia*.

Esta era la expiacion del pecado que habia tenido ganas de cometer.

Esta Mad. de Nesle era la que se decia tres ó cuatro años antes de la época á que hemos llegado, que fué pasajeraamente la querida del rey.

Murió en 1729 dejando cinco hijas, todas las cuales llamaron la atencion al rey.

La primera, Luisa Julia, se casó con su primo Luis Alejandro de Mailly.

De esta es de la que ahora se trata.

La segunda, Paulina Felicidad, se casó con Félix de Vintimille.

La tercera, Diana Adelaida, se casó con Luis de Brancas, duque de Lauraguais.

La cuarta, Hortensia Felicidad, se casó con el marqués de Flaracourt.

En fin, la quinta, María Ana, se casó con el marqués de la Tournelle.

Esta fué la famosa Mad. de Chateauroux.

Era, pues, la mayor de las hijas de Nesle, la que

Mr. de Fleury tuvo por conveniente que el rey amase; pero ya lo hemos dicho, Luis XV era muy honesto, muy religioso, y aun muy sometido á las preocupaciones de familia, y no era hombre para ayudar á su preceptor en esta grande empresa. — Se hizo de modo que Mad. de Mailly se encontrase muchas veces con el rey, pero como el rey habló solamente con los ojos, se determinó que los dos ayudas de cámara Bachelier y Lebel harian seguir la intriga.

Este Bachelier, que ha hecho un papel en esta época en que la historia no es mas que una crónica amorosa, era hijo de un herrador que habia dejado su país y su banco para seguir á Mr. de la Rochefoucauld, que le nombró primeramente su ayuda de cámara y que despues consiguió para él el titulo de criado del guardaropa.

Entonces se hizo ennoblecer por el rey, y murió dejando un hijo, que habiendo comprado el empleo de Blouin, fué uno de los cuatro ayudas de cámara de Luis XV y acabó á su vez por morir siendo gobernador del Louvre, despues de haber casado á su hija con el marqués de Colbert.

En cuanto á Lebel, cuyo hijo fué despues empleado en el servicio particular del rey, era nieto de un conserje del gran comun, llamado Dominique; su padre habia sido conserje del palacio de Versalles, y fué uno de los cuatro ayudas de cámara.

En cuanto á Mad. de Mailly, la persona encargada de negociar este asunto era Mad. de Tencin, nuestra antigua conocida, Mad. de Tencin que, á pesar de sus amores casi públicos con su hermano, á pesar de sus estrepitosas galanterías, habia conservado relaciones directas con Mr. de Frejus, cerca del cual desempeñaba los dos cargos que desempeñaba en otro tiempo cerca

del cardenal Dubois, de cuya política estaba encargada.

Mientras que Mad. de Tencin preparaba á Mad. de Mailly, los dos ayudas de cámara sondeaban el rey.

El rey encontraba á Mad. de Mailly encantadora, mas siempre era á la reina á quien iba á parar; el resultado de la conversacion fué que envió á Bachelier á prevenir á la reina, que iria á pasar la noche con ella.

La reina respondió que lo sentia en el alma, pero que no podia recibir á S. M.

Esto era precisamente lo que deseaban los dos tentadores.

Pero Luis XV no se dió por vencido. Envió al ayuda de cámara segunda y aun tercera vez, y siempre volvió con la misma respuesta.

Irritado entonces Luis XV, juró que no habria en adelante contacto entre él y la reina, y *que jamás le pediria el débito.*

Esta expresion pinta maravillosamente el aspecto bajo el cual María Leczinska correspondia á las insinuaciones amorosas de su esposo.

En este momento entró Mr. de Richelieu, que iba enviado por los amigos de Mad. de Mailly, y sin duda habia sido prevenido por algun mensaje secreto de uno de los dos ayudas de cámara sobre la oportunidad de la ocasion.

Él puso al rey en el caso de hablar de la reina, y Luis XV que estaba ocupado de lo que acababa de suceder, se lo contó al duque, quien preguntó al rey si creia que se pudiese vivir con un vacío semejante en el corazon, y si en verdad no habia hecho todo cuanto es posible humanamente hacer por permanecer fiel á su mujer; el rey suspiró, y el duque pronunció el nombre de Mad. de Mailly.

Este nombre despertó un recuerdo agradable en la

memoria y en el corazón del rey. Luis XV confesó que era una mujer encantadora, y que sería una preciosa querida; de aquí resultó que quedase aplazaba una entrevista.

Pero gracias á la profunda timidez del rey, fué infructuosa esta primera entrevista, cuyo único resultado fueron algunas palabras que apenas revelaban alguna galantería.

Mad. de Mailly salió furiosa, ella se creía el juguete ó la víctima de alguna intriga; le parecía imposible que un hombre jóven, hermoso, á quien venia á ofrecerse, que por consiguiente no tenia mas que alargar la mano y tomar, fuese tímido hasta tal extremo: tanta timidez se parecía al desprecio.

El rey estaba por su parte avergonzado y descontento de sí mismo. En realidad era una mala vergüenza la que le habia retenido, y se prometia que si la ocasión volvía á presentarse no caería en la misma falta.

Esta promesa que el rey se habia hecho á sí mismo, fué referida á Mad. de Mailly, que se decidió á tentar fortuna en una segunda entrevista. Solo que esta vez fué el obispo de Frejus, que teniendo un conocimiento mas perfecto del corazón de su discípulo, le preparó á la lucha con sus consejos y persuasión.

Mad. de Mailly decidida á aventurar el todo por el todo, salió de casa de Mr. de Frejus para dirigirse al cuarto del rey.

Pero á la vista de la bella tentadora, se apoderó de Luis XV la misma timidez que anteriormente: felizmente para Mad. de Mailly, ella habia protestado, como el rey, que no saldría del gabinete sin haber conseguido su propósito, aun cuando tuviese que hacer el papel del rey, puesto que este se habia encargado del de ella.

Mad. de Mailly se cumplió la palabra que se habia dado á sí misma, Luis XV atacado, no opuso mas que una débil resistencia, ó mas bien pasó de la defensa al ataque. La victoria era cosa fácil, pues que Mad. de Mailly nada deseaba tanto como ser vencida. Al cabo de una hora de derrotas sucesivas, salió toda descompuesta, y entrando en casa de Mr. de Fleury donde halló á Mr. de Richelieu y á Mad. de Tencin, no dijo mas que estas palabras que efectivamente no necesitaban de comentarios:

— Mirad cómo me ha puesto ese...

Pretenden algunas personas, y entre ellas Mr. de Richelieu, que fué absolutamente indispensable la intervencion del ayuda de cámara Bachelier, para que Mad. de Mailly no saliese esta segunda vez de la real cámara como habia entrado.

Por último, que Bachelier ayudase al desenlace de la empresa, ó que los honores pertenezcan exclusivamente á Mad. de Mailly, lo cierto es que Mad. de Mailly era la querida del rey, que era precisamente lo que se quería.

Efectivamente, Mad. de Mailly era la mujer que convenia á un mismo tiempo al amor del rey y á los proyectos de Mr. de Fleury.

Esta señora habia nacido en 1710, y por consiguiente era de la edad del rey. Ella tenia cierto tono de decencia, de que solamente habia podido sacarla la importancia de la situación; su voz era algun tanto áspera, pero hablando de amor se suavizaba, sus ojos eran grandes y hermosos, llenos de fuego y brillantez, era morena, tenia la cara larga, hermosa frente y mejillas un poco aplastadas.

Era para con el rey dulce, reservada, tímida, sin ambición, sin conocimiento de los negocios de Estado,

de carácter igual, amiga segura, incapaz de una falsedad, compañera recta sobremanera, enemiga de la intriga.

La experiencia justificó la opinion que se habia formado de ella; aunque querida del rey solo le amaba por él mismo, y porque era el mas amable y mas hermoso de su corte y aun de su reino; contenta con amarle secretamente, nunca trató de hacer uso de su favor; jamás en todo el tiempo que duró este favor pidió una sola gracia para si ni para sus parientes, sin recibir del rey mas que algunos regalos de corta entidad, y que un simple particular no se habria atrevido á ofrecer á su querida. Contrayendo deudas para su toaleta, que siempre fué muy esmerada, pagando ella misma los gastos secretos de las diversiones en que el rey tomaba parte; tan poco exigente, en fin, en el adorno de su casa, que en 1741, nueve años despues de sus relaciones con el rey, no tenia ni candeleros ni tantos de plata para recibir á su real amante cuando iba á jugar con ella, y en estos casos se veia obligada á buscarlos prestados entre sus amigos.

— Dos personas hicieron mucho ruido de esta intriga. Mr. de Mailly y Mr. de Nesle, el padre y el marido.

Al marido se le mandó que cortase toda relacion con su mujer. El padre, que estaba muy atrasado, calló mediante quinientas mil libras.

Esto era comprar á bien bajo precio el honor de la casa de Nesle.

Algun tiempo antes de los acontecimientos que acabamos de referir, esto es, el 21 de enero de 1732, se firmaba en Versalles el contrato matrimonial entre Mdlle. de Chartres y el príncipe de Conti, los cuales fueron desposados el dia siguiente por el cardenal de Rohan.

Este príncipe de Conti era hijo del famoso príncipe de Conti de quien hemos hablado, y que, muerto en 1727, habia dejado por sucesor de sus titulos, de sus bienes y de su nombre, al conde de la Marche.

Algunos dias despues, la madre del príncipe de Conti, María Teresa de Borbon-Condé, que disputaba periódicamente con su hijo, y continuaba levantando su palacio durante el curso de estas disputas, murió á su vez, de edad de setenta años.

No quedaban ya del nombre de Conti mas que los dos feudatarios, el príncipe de Conti que acababa de casarse, y un tio de este, gran prior, hombre de talento, y del cual hemos citado un chiste bastante satírico con motivo de la muerte de Duchaffour.

Era además un príncipe valiente, amable, excesivamente vivo, celoso de su dignidad y pródigo, hasta degenerar en locura. Un dia fué á decirle su escudero que se habia acabado el forraje en sus caballerizas. Furioso con motivo de semejante descuido, llamó á su intendente, el cual se excusó diciendo que el tesoro no habia querido dar dinero. Mandó entonces el príncipe comparecer al tesorero, que se excusó diciendo que no habia dinero en caja, y que el proveedor se negaba á dar mas forraje sin dinero.

El caso era grave, y por lo tanto el príncipe se puso á reflexionar por la primera vez de su vida; y despues de haber reflexionado, preguntó:

— ¿Quién nos fia todavía?

— Nadie, á no ser el pastelero.

— Pues bien, dijo el príncipe, haced que se les den pollas á mis caballos.

El 2 de junio fué bautizado el jóven duque de Chartres y se le pusieron los nombres de Luis Felipe por sus padrinos, que fueron el rey y la reina.

Este príncipe, que se casó con Mad. de Montesson, fué el padre de Felipe Egalité y abuelo del rey de los Franceses Luis Felipe.

Se tendrá presente, que avanzando en el orden cronológico, hemos contado en el capitulo precedente, que se mandó cerrar el cementerio de San Medardo, y las turbulencias que habian causado los milagros del diácono Páris.

El año de 1732 fué en efecto muy agitado por las disensiones religiosas. Al diácono Páris, ó mas bien á san Páris que era jansenista, habian opuesto los jesuitas otros dos beatos, un santo y una santa, que habian hecho casi tanto ruido como él: san Luis Gonzaga y santa María Alacoque.

San Luis Gonzaga era uno de estos santos que deben tener boga en el mundo. Verdadero santo de mujeres y de jesuitas, jóven, encantador, paje de la corte del rey Felipe II, habia visitado la de los grandes duques de Toscana, habia gozado de todos los placeres del mundo, y pronto la sociedad ocupó su corazon.

Entonces se hizo amigo de san Francisco de Sales, pasó á meditar la verdad, y á ocuparse en la oracion, el tiempo que los demás jóvenes de su edad invertian en amorios, en dar serenatas, y en correr aventuras. San Ignacio era para él un santo ejemplo. De una gran familia, como aquel, jóven y bello caballero, tambien como él, no habia empezado por romper lanzas por los ojos negros que brillaban debajo de las mantillas de Valladolid y de Madrid. Hizo como san Ignacio: un dia renunció á sus vestidos de oro y seda, renunció á las corridas de toros de Sevilla y de Burgos, y fué á Roma para pasar su noviciado. Allí un papa, grande hombre, le echó la bendicion y Dios le santificó dándole el mas bello martirio, el de la humanidad.

Este papa era Sixto Quinto; el martirio fué el contagio que diezmó á Roma. Gonzaga entró en los hospitales, se consagró al servicio de los pobres enfermos, y murió en 1591, á los 23 años de edad.

Beatificado por Gregorio, acababa de ser canonizado por Benedicto XIII.

San Luis Gonzaga tuvo entonces en todas las iglesias de los jesuitas una capilla donde se podria venerar su cara de arcángel, al resplandor de mil cirios.

Es necesario convenir en que santa María Alacoque se prestaba menos á la poesia que san Luis Gonzaga. Así es que fué el blanco de los epigramas y dichos satíricos.

Por de contado la buena mujer, santificada bajo el nombre de María, se llamaba en realidad Margarita.

Nació el 22 de junio de 1647, en Lautecourt, diócesis de Autun, y murió en 16 de octubre de 1690.

Siendo de edad de tres años, dice su historiador, indicaba ya la mayor aversion al pecado.

Su vida no fué mas que un continuado coloquio con Dios, una perpetua comunicacion de amor con Jesucristo. Dió á luz una obra mística, intitulada: *La devocion del corazon de Jesus*, la cual fué origen de la fiesta del Sagrado Corazon.

Mr. Languet, obispo de Soissons, la canonizó; y por lo tanto sobre él cayeron los epigramas y sátiras primeras.

Hé aquí algunos de los epigramas que corrieron por las calles en aquel tiempo.

Por parecerse á Fenelon,
Ha tomado Languet una Guyon
Que sin escrúpulo canoniza.
Languet, te molestas sin fin,
Porque harás morir de risa
Sin ser ayo del delfin.

Otro.

Monseñor de Soissons nos provoca
á la risa :
Con su María Alacoque
él preconiza.

A pesar de estos epigramas y de otros muchos, santa María Alacoque estuvo muy de moda. San Luis Gonzaga fué la expresion del amor á la humanidad, santa María Alacoque fué la expresion del amor á Dios.

En este momento dió la casualidad á los jansenistas una arma terrible sontra los jesuitas.

No se habrá olvidado aquel singular proceso del padre Girard y de Lacadiere, proceso semejante á aquellas oscuras acusaciones que perseguian á los brujos y á los sacrilegos de la edad media.

Era el padre Girard un hombre de cincuenta y dos años, bastante bien conservado para su edad, lleno de elocuencia, de uncion y de aquella predicacion sensual propia de la escuela jesuitica.

Su familia gozaba de consideracion en el Franco-Condado: despues de haber recorrido la Provenza, fué enviado á Aix, en 1718, y diez años despues á Tolon.

En esta ciudad fué donde conoció á Catalina Lacadiere.

Tenia esta jóven diez y ocho años, y era bella como un ángel, viva y exaltada como una provenzal. Santa Teresa habia sido su modelo: cuando los honores tributados á María Alacoque contribuyeron á perturbar su cerebro, quiso ella tener tambien entonces sus éxtasis, conversaciones con Dios y comunicaciones con Jesus.

Tan luego como ella quiso absolutamente tener visiones, las tuvo y las comunicó al padre Girard, su confesor. Era esta la época en que cada predicador queria tener su santa, y el padre Girard creyó que habia en-

contrado la suya. Prestó crédito y aparentó prestarlo á sus visiones, y la excitó por este medio á nuevas locuras. Ella pasó toda la cuaresma del año de 1730 sin comer, á lo menos ostensiblemente, y al fin de la cuaresma estaba tan débil que no podia salir de su cama. En este estado de endebles, las visiones fueron mas frecuentes, y mas íntimos los éxtasis. En fin, una mañana la encontró el padre Girard en su cama con la cara llena de sangre. Espantado al verla así, preguntó el director á su penitente, quien le dijo que aquella sangre procedia de una llaga que, durante el sueño, le habia hecho un ángel en el costado. El padre Girard dudó; mas la jóven, con la expresion de una profunda inocencia, le invitó á que cerrase la puerta, y que como santo Tomás viesse por sus ojos y tocase con sus manos.

El pobre jesuita se creyó fuerte contra la tentacion: cerró la puerta y miró.

¿Qué pasó en aquella entrevista y qué éxtasis fueron la consecuencia? Este era un particular cuyo exámen se encargó al parlamento de Aix.

Acusábase al padre Girard de seduccion, de incesto espiritual, de magia y de brujería.

La sentencia expedida por el tribunal en 10 de octubre de 1731 absolvió al padre Girard de la causa, pero por la mayoría de un voto solamente; de veinte y cinco jueces que eran, doce le habian condenado á ser quemado vivo.

Semejante absolucion equivalia á una media condena; así es que lloyieron los epigramas, y aunque á la verdad valian poco, manifestaban el espíritu de aquel tiempo.

Todas estas querellas de los jansenistas y de los molinistas, en que se ponía por delante la inviolabilidad del

Otro.

Monseñor de Soissons nos provoca
á la risa :
Con su María Alacoque
él preconiza.

A pesar de estos epigramas y de otros muchos, santa María Alacoque estuvo muy de moda. San Luis Gonzaga fué la expresion del amor á la humanidad, santa María Alacoque fué la expresion del amor á Dios.

En este momento dió la casualidad á los jansenistas una arma terrible sontra los jesuitas.

No se habrá olvidado aquel singular proceso del padre Girard y de Lacadiere, proceso semejante á aquellas oscuras acusaciones que perseguian á los brujos y á los sacrilegos de la edad media.

Era el padre Girard un hombre de cincuenta y dos años, bastante bien conservado para su edad, lleno de elocuencia, de unción y de aquella predicacion sensual propia de la escuela jesuitica.

Su familia gozaba de consideracion en el Franco-Condado: despues de haber recorrido la Provenza, fué enviado á Aix, en 1718, y diez años despues á Tolon.

En esta ciudad fué donde conoció á Catalina Lacadiere.

Tenia esta jóven diez y ocho años, y era bella como un ángel, viva y exaltada como una provenzal. Santa Teresa habia sido su modelo: cuando los honores tributados á María Alacoque contribuyeron á perturbar su cerebro, quiso ella tener tambien entonces sus éxtasis, conversaciones con Dios y comunicaciones con Jesus.

Tan luego como ella quiso absolutamente tener visiones, las tuvo y las comunicó al padre Girard, su confesor. Era esta la época en que cada predicador queria tener su santa, y el padre Girard creyó que habia en-

contrado la suya. Prestó crédito y aparentó prestarlo á sus visiones, y la excitó por este medio á nuevas locuras. Ella pasó toda la cuaresma del año de 1730 sin comer, á lo menos ostensiblemente, y al fin de la cuaresma estaba tan débil que no podia salir de su cama. En este estado de endebles, las visiones fueron mas frecuentes, y mas íntimos los éxtasis. En fin, una mañana la encontró el padre Girard en su cama con la cara llena de sangre. Espantado al verla así, preguntó el director á su penitente, quien le dijo que aquella sangre procedia de una llaga que, durante el sueño, le habia hecho un ángel en el costado. El padre Girard dudó; mas la jóven, con la expresion de una profunda inocencia, le invitó á que cerrase la puerta, y que como santo Tomás viese por sus ojos y tocase con sus manos.

El pobre jesuita se creyó fuerte contra la tentacion: cerró la puerta y miró.

¿Qué pasó en aquella entrevista y qué éxtasis fueron la consecuencia? Este era un particular cuyo exámen se encargó al parlamento de Aix.

Acusábase al padre Girard de seducción, de incesto espiritual, de magia y de brujería.

La sentencia expedida por el tribunal en 10 de octubre de 1731 absolvió al padre Girard de la causa, pero por la mayoría de un voto solamente; de veinte y cinco jueces que eran, doce le habian condenado á ser quemado vivo.

Semejante absolucion equivalia á una media condena; así es que lloyieron los epigramas, y aunque á la verdad valian poco, manifestaban el espíritu de aquel tiempo.

Todas estas querellas de los jansenistas y de los molinistas, en que se ponía por delante la inviolabilidad del

alma bajo el velo de la resistencia religiosa, organizaban una verdadera resistencia política. Mr. de Fleury resolvió poner fin á este cisma que no habia preocupado mucho á un primer ministro, príncipe de la sangre, pero que debia preocupar naturalmente sobremano á un primer ministro cardenal. Pero Mr. de Fleury no era hombre capaz de adoptar uno de aquellos partidos á lo Luis XIV, ó á lo Richelieu. Él era sulpiciano, y por lo tanto enemigo de los jansenistas; pero de un carácter moderado é incapaz de una gran persecucion. Mandó, pues, que se formase una asamblea del clero, un concilio puramente francés, lo cual era en la apariencia, por lo menos, servir las intenciones de los jansenistas, celosos partidarios de las prerogativas de la Iglesia galicana.

Esta asamblea, en que no tenia parte el pontificado romano, se proponia reunir los hombres mas distinguidos del episcopado, á fin de que examinasen el estado de la Iglesia y adoptasen una determinacion acerca de un libro que acababa de publicar Juan Soanen, obispo de Sens, enemigo encarnizado de la bula *Unigenitus*.

Púsose el concilio bajo la direccion del obispo de Embrun, que no era otro que nuestro antiguo conocido Mr. de Tincin.

Examinóse el libro con la mayor atencion, y casi unánimemente declararon los obispos que contenia doctrinas contrarias á la religion y á la obediencia que los obispos deben al papa; así es que los jansenistas acusaron de corrupcion al concilio de Embrun, como habian acusado al parlamento de Aix.

Al juicio del concilio se opuso esta respuesta del eco:

¿Cuál ha sido el motivo del concilio que se ha tenido en la metropolitana? — Odio.

¿Estás bien informado de lo que allí ha pasado? — Bastante.

¿Se han observado bien los cánones? — No.

¿Se ha tratado de algun punto acerca del dogma, la disciplina y las costumbres? — Nada.

¿Cómo se llama en todas partes á aquel á quien se ha juzgado en el concilio presidido por Tencin? — Santo.

¿Qué es lo que ha sostenido que ha obligado á los obispos á formarle un proceso y tratarle con la mayor severidad? — Verdad.

¿Qué serán un día los obispos que le han condenado? — Condenados.

¿Quién ha conducido á este prelado á la silla? — Dios.

¿Qué trato le ha tenido el obispo de Grenoble? — Noble.

¿Qué obtendrá Tencin en recompensa de su dignidad? — Dignidad.

¿Alcanzará el capelo por este proceder inaudito? — Sí.

¿La confianza y el agiotaje no le perjudicarán? — Nada.

¿Qué le toca á este prelado esta religiosa sin velo de quien todo París habla? — Hermana.

Adios eco, no ceses jamás de repetir lo que acabas de decirnos, mientras que la fama va á publicar por todo el mundo la gloria de este santo prelado y la vergüenza de sus jueces.

Lo que habia en esto de peor para el gobierno del Estado, es que este espíritu jansenista, que por todas partes vemos organizar una resistencia obstinada, conociendo su fuerza, pasó de la defensa al ataque. Todo el parlamento entero era jansenista; así es que el rey le envió á Rambouillet para un lecho de justicia; y allí

en toda la majestad de su corona, declaró el rey que no quería tolerar ya mas aquellas resistencias y que mandaba que se ejecutase su voluntad.

El primer presidente trató de hablar, pero el rey le impuso silencio diciendo en alta voz: ¡ Callad!

Antes que concluyese la sesion, ya corrían por los bancos del parlamento cuatro versos: en que se decia que no habiendo dicho Luis XV jamás una palabra en el parlamento, la primera que habia dicho no era el mandato de un tirano, sino una tontería.

El presidente se calló, y el parlamento imitó su ejemplo; mas no bien llegó á París toda la corporacion protestó, no solamente contra la bula, sino tambien contra el lecho de justicia que se habia tenido en Rambouillet.

Al dia siguiente se leian en todas las esquinas de Paris estos cuatro versos:

Amigo, ¿sabes el reciente hecho?
La justicia está desesperada,
El rey fué á verla en su lecho,
Y parece la dejó violada.

Pero al mismo tiempo se remitió la lista de los rebeldes al prefecto de policía Mr. Herault; y los mas recalcitrantes de los individuos del parlamento fueron desterrados á Bourges, á Reims, á Rambouillet, á Poitiers, y aun á la isla de Oleron.

Una cancion contra Mr. Herault hizo público este último acontecimiento: una cancion en aquel tiempo hacia pública cualquiera ocurrencia. La compuesta con este motivo se cantaba con la misma música que la cancion del preboste de los mereaderes.

El resto del año se pasó sin mas acontecimiento que la representacion de *Zaida*, que se dió en el mes de diciembre, consiguiendo grandes aplausos.

CAPITULO VI.

Muerte de Federico-Augusto II. — Declaracion de la dieta sobre las condiciones de la eleccion. — El rey Luis XV sostiene á Estanislao. — La czarina y el imperio presentan al principe Augusto, hijo del difunto rey. — Marcha de Estanislao. — Su disfraz, su viaje. — Estanislao es elegido. — Un ejército ruso marcha sobre Varsovia. — Estanislao se retira á Dantzick. — Sitio de Dantzick. — Interés de la Francia en tener en el norte un contrapeso al imperio de Rusia. — Expedicion de Mr. de Plelo. — Huida del rey Estanislao. — Guerra contra el imperio. — Plan de campaña de los ejércitos franceses. — Berwick y Villars. — El conde de Belle-Isle. — El duque de Noailles. — El caballero de Asfeld. — El conde de Sajonia. — El rey Carlos-Manuel. — El duque de Broglio. — El duque de Coigny. — El principe Eugenio. — El conde de Mercy. — Muerte del duque de Berwick. — Toma de Philipsburgo. — Batalla de Parma. — Promocion. — Los calzones de Mr. de Broglio. — Batalla de Guastala. — Toma de Nápoles y conquista de la Sicilia por don Carlos. — Situacion de los ejércitos franceses á fines del año de 1735. — Juego de la Europa. — La paz de Viena. — Manejo de Europa. — Casamiento del duque de Richelieu. — Nacimiento del duque de Fronzac. — Alzira. — El hijo pródigo. — Los legados. — Las falsas confidencias.

Despues de este largo periodo de paz, ó de guerra sin importancia, se efectuaba un acontecimiento, que iba á poner en cuestion el equilibrio de la Europa.

El 4.^o de febrero murió en Varsovia el rey de Polonia Federico Augusto, de edad de 62 años. Su hijo, el principe real y electoral de Sajonia, heredaba de derecho su electorado, pero no podia heredar el trono de Polonia que era electivo.

Este principe, Federico Augusto II, era al mismo

6.

que habia destronado á Estanislao, suegro de Luis XV.

El 3 de mayo se reunió la dieta; y el resultado de su deliberacion fué:

Que únicamente los nobles poloneses tendrian derecho de elegibilidad.

Que para gozar de este derecho, no tan solamente era necesario ser noble polonés, sino tambien hijo de padres católicos.

Que nadie mas que el primado podia proclamar al rey, so pena de ser declarado enemigo de la patria.

Finalmente, quedaba fijada la eleccion para el 25 del mes de agosto.

Desde el 17 de marzo habia declarado Luis XV á todos los embajadores extranjeros acreditados cerca de la corte de Francia, que no permitiria que ninguna potencia se opusiese á la libre eleccion.

Dió lugar á esta declaracion la peticion que hicieron el primado y cierto número de nobles cerca del rey Estanislao.

El objeto de este paso era ofrecerle la corona al padre de la reina de Francia.

Mas al escuchar Estanislao la proposicion, dijo meneando la cabeza:

— Yo conozco á los poloneses; ellos me nombrarán, pero no me sostendrán.

— Que os nombren, le envió á decir Luis XV, que yo os sostendré.

Mediante esta promesa de su yerno, acogió Estanislao la oferta que se le hacia, y declaró que se pondria en las filas.

Su competidor natural era el príncipe real y electoral de Sajonia, hijo del difunto rey.

Era natural que la Rusia y el Austria, viendo que la

Francia se habia declarado en favor de Estanislao, se decidiesen á favor del príncipe Augusto.

La Rusia envió una escuadra para cruzar en el Báltico.

El Austria dió sus órdenes para impedir que Estanislao atravesase por sus estados.

El 20 de agosto, esto es, cinco dias antes del prefijado para la eleccion, el caballero de Thiange, que se parecia al rey Estanislao, aumentó todavía mas la semejanza, peinándose como él y poniéndose los vestidos que el rey usaba ordinariamente.

Esta mudanza de nombre y de traje se efectuó en Berny, cerca de Paris, á donde Estanislao se habia trasladado cuando salió de Versalles.

El verdadero y el fingido rey se separaron en Berny en opuestas direcciones.

Thiange, tratado de majestad, tomó el camino de Bretaña, y llegó á Brest, donde se embarcó públicamente el 26 á las diez de la noche, saludado por toda la artillería del fuerte.

En cuanto al rey Estanislao, debia llegar á Varsovia por tierra, únicamente acompañado por el caballero de Andelot.

En consecuencia, el rey se puso una peluquita negra y se vistió un traje gris muy sencillo; en cuanto al caballero Andelot, se vistió con algun mas lujo porque debia hacer el papel de amo, mientras que el rey representaba pura y únicamente el de hombre de confianza.

Ambos subieron en un coche en mal estado y sucio, y con caballos de posta, tomaron el camino de Metz. Pero por pobre y desvencijada que fuera la silla, no por eso dejaba de ser un carruaje francés, el cual en Alemania, podia inspirar sospechas en la primera ciu-

dad del imperio. En consecuencia, el caballero de Andelot conoció que el coche en que había llegado podría con dificultad pasar mas adelante. Dijo á su huésped que se informase si no había en el pueblo alguna silla alemana que estuviese de venta. El huésped se ocupó del encargo, descubrió una y se presentó para anunciarle el hallazgo al caballero que, demasiado cansado, según él decía, para salir él mismo, envió á su compañero para que examinase la silla, encargándole cerrase el trato si creía que el vehículo podía convenirles.

El rey compró la silla y la pagó, poniéndose acto continuo en camino.

Hasta las puertas de Berlin todo fué perfectamente, pero en las puertas de la capital de Prusia sufrieron un largo interrogatorio de qué el mercader y su hombre de confianza salieron con honor.

En Francfort sobre el Oder, se encontraron con el sobrino del marqués de Monti, embajador de Francia, subieron en su coche, donde para engañar á los espías, tomó el rey el cuarto asiento.

En fin, el 8 de setiembre entró el rey en Varsovia.

La eleccion que debía efectuarse el 25 de agosto, fué aplazada para el 11 de setiembre.

Estanislao llegaba, pues, á tiempo para hacerse ver del pueblo y luchar en persona.

El 10 montó á caballo, recorrió á Varsovia en todos sentidos en medio de las aclamaciones de todo el mundo.

El 11 se recogieron los votos, que fueron todos á favor de Estanislao.

El príncipe Wiesznowiski, canciller de Lituania, fué el único que protestó contra esta unanimidad retirándose de la asamblea, y arrastrando consigo algunos descontentos.

En el mismo dia habria podido el primado proclamar

á Estanislao rey, pero él habia esperado atraer al canciller de Lituania que se sostuvo en su retiro, lo cual fué causa de que no se proclamase á Estanislao hasta dos dias despues.

Pero sucedió lo mismo que habia previsto Estanislao.

Un ejército ruso marchaba sobre Varsovia para anular la eleccion. Los cien mil poloneses que se habian reunido para hacer á Estanislao rey, se habian retirado á sus respectivas provincias. El ejército polonés era débil y estaba mal organizado. El socorro prometido por Luis XV no llegaba. Los partidarios de Estanislao no dejaban de excitarle á que se mantuviese firme; diciéndole que solo era necesaria una cosa para triunfar, esto es, ganar tiempo. Se pensó en las diversas plazas fuertes que podian ofrecer un asilo al rey; y se escogió la ciudad de Dantzick, ciudad libre que se gobernaba por sí misma, bajo la proteccion del rey de Polonia.

En su virtud, el rey Estanislao hizo el 2 de octubre su entrada en Dantzick, acompañado del primado, del embajador de Francia y del conde de Poniatouski, á quien seguian algunos señores poloneses.

Durante este tiempo entraban los rusos en Polonia, y en el mismo arrabal de Praga á consecuencia de la declaracion del general de Lacy, comandante de las tropas rusas, y reclamando en nombre de la czarina la eleccion del príncipe Augusto, fué este elegido rey.

No sorprendió esta eleccion á Estanislao.

— Bien lo habia yo predicho, dijo él alzándose de hombros, bien pronto experimentará él la fidelidad de los que le han nombrado.

Y propuso á los habitantes de Dantzick que saldria de la ciudad y les levantaria su palabra; pero se opusieron á la salida del rey.

El ejército ruso marchó, pues, sobre Dantzick, y el 20 de febrero de 1734 empezó el sitio.

Una gran cuestión europea se debatía por separado de la cuestión principal.

El rey Estanislao representaba la nacionalidad polonesa.

El príncipe Augusto representaba la influencia rusa y alemana.

El nombramiento del príncipe Augusto, era el futuro desmembramiento de la Polonia.

La Francia no había tomado sin reflexión el partido del rey Estanislao.

Necesitaba, por razón de sus intereses comunes con la España, arruinar el poder del Austria en Italia.

Tenia necesidad de oponer un dique al imperio ruso que amenazaba desde entonces extenderse por la Europa.

Este dique eran la Suecia, la Polonia y la Prusia.

La Suecia y la Prusia prometieron que se mantenían neutrales.

Estanislao, rey de Polonia, continuaba la política de Carlos IX y de Luis XIV. De Carlos IX, sosteniendo la elección de Enrique III; de Luis XIV, sosteniendo la del príncipe de Conti.

Hé aquí las consideraciones que arrastraron á la Francia en esta guerra bien emprendida y mal sostenida. Mal sostenida sobre todo, por el que tenía el principal interés en sostenerla, esto es, por Estanislao.

Poniéndose á la cabeza del ejército, no obstante lo desorganizado que estaba, llamando á los poloneses á las armas en nombre de la nacionalidad polonesa, podía el rey Estanislao reunir cincuenta mil hombres.

Con estos cincuenta mil hombres, podía hacer frente á los rusos, guardar su capital, esperar el socorro de la

Francia, y si sucumbía, sucumbir á lo menos peleando.

Pero Estanislao tenía mas de cincuenta años, y jamás había sido un hombre enérgico. Cubrió su debilidad con el manto de la filantropía, y declaró: que él no quería ni asegurarse una corona á costa de la vida de sus vasallos, ni ponerse en el caso de haber marcado su advenimiento al trono por la efusión de sangre.

Esto fué responder como clérigo y no como soldado.

Estanislao se había retirado, según queda dicho, á Dantzick para esperar allí los socorros de la Francia.

El conde de Munich fué á reunirse con Mr. de Lacy con un refuerzo de diez mil hombres, y tomó el mando del sitio.

La plaza fué completamente cercada, y empezó el bombardeo. Muy en breve se hizo sentir el hambre.

Pero la Francia había prometido un socorro, y la Francia aun no había contraído la costumbre de faltar á su palabra. Los sitiados esperaron con confianza este socorro.

Finalmente, el pabellon blanco apareció en el horizonte; pero todas las baterías de la costa estaban en poder de los rusos. Mr. de La Motte, que mandaba la escuadra, no se atrevió á exponerse á una destrucción casi cierta. La dificultad que se presentaba estaba por otra parte prevista; en este caso debía la escuadra detenerse en Copenhague y entenderse sobre lo que había que hacer con Mr. de Plelo, embajador de Francia en Dinamarca.

Luis Roberto Hipólito de Brehan, conde de Plelo, era de aquella bella y noble raza bretona que no regatea jamás con el honor. Era un joven de treinta y cuatro años, poeta, sabio y diplomático al mismo tiempo, que había hecho imprimir algunas investigaciones astronómicas en la *Colección de la Academia Real de Ciencias*, y

unas poesías ligeras en la *Cartera de un hombre de gusto*.

Se hizo comunicar por Mr. de La Motte, comandante de la escuadra, las instrucciones que habia recibido de los señores Fleury y Maurepas. Por ellas vió que si habia medio de conservar á Dantzick, era necesario hacer cuanto fuese posible por introducir un primer socorro á que muy pronto se seguiria otro; que si Dantzick era tomado, no habia mas que hacer que una cosa, esto es: salvar al rey Estanislao.

Dantzick no habia sido tomado, luego era necesario introducir el socorro enviado. Este socorro se componia de mil y quinientos hombres. Con ellos se trataba de atacar á cuarenta mil y pasar.

Si se lee con atencion la historia de nuestras guerras, se verá que lo imposible es lo que con mas facilidad germina en una cabeza francesa.

Al aspecto de la situacion Mr. de La Motte se paró; pero Mr. de Plelo tomó todo bajo su responsabilidad, declarando que él se encargaba, en persona, de conducir las tropas francesas y dirigir el desembarco.

Mr. de La Motte descargó toda su responsabilidad sobre el embajador y mandó que la escuadra se dirigiese sobre Dantzick.

La escuadra pasó al través de un fuego cruzado y llegó á la rada de Dantzick. Mr. de Plelo desembarcó, atacó al ejército ruso y cayó cubierto de heridas.

Bien habia previsto él este desenlace, pero creyó, en nombre del honor francés, que debia intentar lo que no se podia cumplir.

Habiendo muerto Mr. de Plelo, se hizo la retirada con buen orden, y regresó la escuadra á Copenhague.

La Francia tuvo en este, como en todos sus reveses militares, el aspecto brillante que inmortaliza una derrota haciéndola igual á una victoria.

En el momento en que la escuadra entraba en el puerto de Copenhague, llegaba el segundo socorro de tropas, gracias al cual se podian reunir dos mil hombres de los regimientos de Flandes y de Artois.

No se trató de ocultar la situacion de Dantzick á los oficiales reunidos en consejo de guerra, á fin de que ellos mismos decidiesen sobre su propia suerte.

Todos unánimemente declararon que donde quiera que hubiese dos mil franceses, no podian retroceder delante del enemigo cualquiera que fuese su número; que si la escuadra no podia pasar, se apoderarian de los fuertes á fusilazos.

Habia por otra parte que cumplir con una mision sagrada, cual era la de salvar la cabeza del rey Estanislao.

La escuadra francesa volvió á presentarse en la embocadura del Vístula; pero esta vez, parece increíble, pasó por entre los fuegos cruzados de las baterías, en medio de las aclamaciones de la ciudad, y entró á toda vela en el puerto de Dantzick.

No se trataba solamente de mantenerse contra los rusos, sino de poner en salvo al rey Estanislao, por cuya cabeza se habia ofrecido un premio.

El rey habia resuelto permanecer en Dantzick y correr la suerte de sus defensores, cuando repentinamente se supo que el fuerte de Wesheelmund acababa de capitular. Esta capitulacion obligó á la ciudad á que pensase en la suya, y el rey fué el primero en alzar á los vecinos de Dantzick la palabra que le habian dado de sepultarse debajo de sus murallas.

En cuanto al rey no se trataba ya mas que de ver cómo saldria de la ciudad, cercada por todos lados por el ejército moscovita, y completamente inundada hasta tres leguas al rededor.

Cada cual formó un plan de retirada para el rey; madama la condesa Czapska, palatina de Pomerania, que hablaba el alemán como su lengua materna, fiándose de un hombre que ella había experimentado y que conocía perfectamente el país, la ofreció correr los peligros de su viaje, de disfrazarse de aldeana y hacerle pasar por su marido.

También se había propuesto otro expediente, que era el de ponerse al frente de cien hombres determinados y abrirse paso por entre los enemigos. No consistía la dificultad en hallar los cien hombres, pues que se habrían presentado mil; pero no había medios de intentar semejante acción en un país inundado y con líneas de circunvalación que cerraban todos los pasos. Este proyecto como el anterior fué abandonado.

El marqués de Monti, embajador de Francia, propuso un tercer medio que pareció más realizable: este era el de abandonar á Dantzick con dos ó tres hombres seguros y disfrazados de aldeanos.

Con el fin de adoptar este medio, se dirigió Estanislao á casa del embajador, el domingo 27 de junio, bajo pretexto de pasar una noche tranquila retirándose de las bombas que empezaban á llegar al barrio en que él habitaba; mas habiendo llegado allí, ocurrió uno de aquellos pequeños accidentes, que se suspenden casi siempre por encima de los grandes proyectos y que amenazan destruirlos y estuvo á pique de inutilizar el del rey de Polonia.

El marqués de Monti se había proporcionado un traje de aldeano cual convenia á la situación: chaqueton raído, camisa de lienzo basto, un gorro de los más sencillos, baston de espino basto y pulimentado, con su cordón de correa, pero quedaban las botas.

Darle al rey botas nuevas era denunciarle al primer

ojo escrutador que lo mirase. El embajador había examinado con atención todos los piés que pasaban por delante de él hacia dos días, con el fin de hacer una elección acertada entre la bota nueva, que podía descubrir al rey, y la bota demasiado usada que podía dejarle en la dificultad, y había creído que un oficial de los de la guarnición tenía un par de botas como convenia á la situación.

Tan solo ocurría la dificultad de ver qué pretexto se daría por el embajador para que el oficial le cediese aquel par de botas.

Era esta una negociación ante la cual retrocedió la diplomacia del marqués de Monti á pesar de su habilidad; él prefirió corromper al criado del oficial, el cual robó las botas á su amo y las llevó al embajador.

Por extraño que fuese el capricho de un embajador por un par de botas viejas, el robo por lo menos respondía del secreto.

Pero si Mr. de Monti había calculado bien del grado de uso de las botas, había medido mal el pié del oficial, que lo tenía pequeño, siendo así que el rey lo tenía grande; de manera que cuando Estanislao se quiso calzar las botas del oficial no pudo meter el pié.

Mr. de Monti hizo entonces que le llevasen todas las botas viejas que hubiese en su casa, entre las cuales se encontró un par que eran de su ayuda de cámara que hizo avío.

Así es que él fué á buscar bien lejos lo que tenía tan á la mano; se vió en la necesidad de concertar un robo cuando no tenía más que usar de lo suyo propio.

Estando ya el rey completamente disfrazado, teniendo doscientos ducados en oro sobre sí, salió de casa del embajador, y en la esquina de la calle halló al general Steinflicht que le estaba esperando, también disfrazado

como él : en seguida se dirigieron ambos á unirse con el mayor de la plaza, que era sueco de nacion, y que se habia empeñado en proteger la retirada del rey, á cuyo fin debía estar en cierto punto de la muralla, en donde se hallaba efectivamente esperando.

Al pié de la muralla habia dos lanchas amarradas, en las que habia tres hombres que conocian, segun ellos aseguraban, las inmediaciones, y que se habian obligado á llevar al fugitivo hasta Marienwerder, que pertenecía al rey de Prusia.

En lugar de tres hombres habia cuatro; mas como el momento no era propio para entrar en explicaciones, aceptó el rey aquel aumento de escolta.

A diez pasos del foso habia un puesto que guarnecian un sarjento y unos cuantos hombres. Sin duda tenia este sarjento una consigna severa, porque Estanislao le vió por dos ó tres veces apuntar al mayor que queria pasar y hacer pasar á los fugitivos sin entrar en explicaciones. Impacientado el mayor por su parte, puso la mano sobre el guardamonte de una pistola que llevaba oculta debajo del sobretodo; pero reflexionó en el ruido que haria el arma, y en el tumulto que se seguiria á la muerte del sarjento, y prefirió contárselo todo. Entonces exigió este que el rey fuese á hablarle y se diese á conocer. El rey convino en ello, el sarjento se inclinó y mandó á sus soldados que dejasen pasar á Estanislao y á su comitiva.

El mayor no tenia necesidad de pasar mas adelante. Estanislao le despidió, entró en la lancha con el general Steinflucht, y empezó á bogar, ó mas bien á dar con los remos por encima del campo inundado, esperando ganar el Vistula y hallarse al amanecer al otro lado del rio y por consiguiente fuera del alcance del enemigo.

Pero apenas habian andado un cuarto de legua,

cuando los conductores del rey habiendo encontrado una cabaña en medio de la laguna, declararon que por aquel dia habian hecho bastante camino, que era muy tarde para intentar pasar el rio, y que era necesario decidirse á permanecer allí el resto de la noche y el dia siguiente.

En vano les hizo el rey diferentes reflexiones; ellos habian tomado su resolucion y no hubo mas remedio que ceder. Salió de la lancha y entró en la cabaña.

A consecuencia de este primer altercado que acababa de tener con su escolta, fué cuando Estanislao dirigió una mirada investigadora sobre los hombres que la componian.

El jefe era un hombre de treinta y cinco años, que manifestaba sobre sus compañeros un aire de autoridad que tomaba en todas las acciones para presentar los proyectos mas extravagantes; era el tipo de la ignorancia, de la necedad y de la obstinacion, todo al mismo tiempo.

Los otros dos pertenecian á esa clase vagabunda, medio soldado, medio bohemio, llamada sznapans, y de quienes daremos una idea mas exacta, recordando que de esta voz sznapan, nosotros hemos hecho la de chemapan; ellos conocian bastante bien el país, pero echando á un lado este instinto de los animales que consiste en hallar su camino por la vista, el oido y el olfato, en todo lo demás eran el tipo mas completo de la brutalidad.

El cuarto, aquel que el rey no esperaba encontrar, no pertenecia en efecto á la distinguida compañía. Era un comerciante quebrado, que huyendo de los alguaciles, habia tomado sus medidas para meterse en Prusia, ayudado de las medidas adoptadas en favor del rey.

Todo esto no tranquilizaba al fugitivo; así es, que con

el corazón fuertemente oprimido, entró en la cabaña, y acostado sobre un banco, y la cabeza apoyada en el comerciante quebrado, que, en virtud de la igualdad en la desgracia, participaba del banco con él, esperó el día.

Cuando este despertó, salió el rey de la cabaña, estaba á media legua de Dantzick que continuaba bombardeado, y no perdió ninguno de los pormenores del bombardeo.

El rey pasó todo el día con la mayor impaciencia, deseando ver llegar la noche.

Felizmente, la cabaña en que se encontraba, era tan miserable y aislada, que nadie se presentó en ella.

Con la noche se pusieron en camino, pero este se hacía mas penoso á medida que iban adelantando; habian llegado al medio de un bosque de cañaverales en que era necesario abrirse paso, no tan solamente separándolos, sino tambien estrujándolos debajo de la lancha, de lo que resultaba que esta especie de cuna, no solamente hacia en el silencio de la noche un ruido que podia notarse, sino que dejaba una huella que prestaba la mayor facilidad para perseguir á los fugitivos.

Era necesario además bajarse á menudo de la lancha clavada en el fango y sacarla de allí á fuerza de brazos para ponerla á flote en paraje donde habia mas agua.

A eso de media noche, se llegaba á la calzada de un río que se creyó era el Vístula, é inmediatamente los conductores celebraron entre sí un consejo, á que no fueron admitidos el rey ni el general Steinflicht. El rey se aprovechó de este momento para suplicar al general que se encargase del oro que sobre sí llevaba, y cuyo movimiento le heria; pero el general le manifestó

que por un accidente cualquiera podian separarse, y que entonces la pérdida de este dinero seria muy perjudicial al rey. Este insistió, mas tan solo pudo conseguir del general que se encargase de la mitad de la suma. Así, pues, tomó cien ducados y dejó al rey los otros ciento.

El resultado del consejo celebrado por la escolta del rey, fué que en vista de la duda en que estaban de la localidad, el jefe, Steinflicht y el comerciante quebrado subirian á pié la calzada, mientras que el rey y los dos sznapans costearian esta misma calzada por la laguna.

De esta manera, lo que habia previsto Steinflicht no tardaba en realizarse, el rey y el general iban á verse separados, aunque á la verdad solo era momentáneamente.

Los cálculos eran equivocados, pues que no se hallaban á orillas del Vístula, sino á las del Nering.

Entretanto, á los cien pasos se habian perdido de vista las dos divisiones; el rey á cada instante se informaba, y Steinflicht y sus compañeros respondian:

— No tengais cuidado, aquí está.

Al llegar el día vieron que estaban perdidos ó poco menos, y que era necesario, sin perder tiempo, buscar sitio en que pasar el día y esperar la noche.

Entonces, orientándose los dos hombres, recordaron que debia haber en aquellas inmediaciones una cabaña perteneciente á un aldeano conocido de ellos; llegaron á su casa y le preguntaron:

— ¿Teneis moscovitas en vuestra casa?

— En este momento no los tengo, contestó el aldeano, pero si teneis que hacer con ellos, todo el día están viniendo.

El rey habia tomado su partido, mas valia permanecer oculto en aquella cabaña que en las lagunas; los

dos sznapans condujeron al rey á un reducido granero situado encima de la sala comun, le presentaron una bota de paja que allí habia casualmente, y le indujeron á que descansase mientras que uno de ellos estaria de centinela abajo, y el otro saldria á buscar al general, por quien el rey no dejaba de preguntar.

Habia dos noches que el rey no habia pegado los ojos, y trató de dormir; pero sus botas llenas de agua y fango, aquella separacion, aquel designio marcado por sus conductores de separarse del camino que se habia convenido seguir, los peligros que corria en aquella cabaña, adonde, segun decian los aldeanos, iban los moscovitas veinte veces cada dia; en fin, todas las ideas funestas que se presentan á la imaginacion de un hombre en semejante situacion, ahuyentaron el sueño de sus ojos.

No pudiendo el rey dormir, se levantó y asomó la cabeza á la claraboya de su granero, y vió á un oficial ruso que se paseaba por la pradera á cien pasos de la cabaña, y á dos soldados rusos que hacian pastar á sus caballos.

Estos tres hombres apartados del campo le parecieron al rey otros tantos centinelas apostados allí para espíarle, entretanto sin duda que se habia mandado á buscar un refuerzo, y esta idea se confirmó en la cabeza del pobre príncipe, cuando vió á una docena de cosacos, que corriendo á todo escape por medio de los campos, se dirigian en derechura á la cabaña; esta mutacion en el país, hasta entonces bastante tranquilo, hizo que se apartase el rey de su ventana y se recostó sobre la bota de paja, esperando lo que pudiese ocurrir.

Al cabo de cinco minutos ocupaban los cosacos la pieza baja de la cabaña.

Un instante despues, el rey oyó crujir la escalera de su granero, y esperaba que se presentase alguna cosa barbuda y amenazadora; mas al contrario, en la persona que venia á visitarle reconoció á su huésped, á quien enviaban los dos sznapans para advertirle que no bajase, en lo cual el rey estaba muy distante de pensar.

No corrian ciertamente los cosacos tras de él, únicamente iban allí para almorzar.

La mansion en la cabaña duró una hora, pero aunque el rey se desembarazó de los cosacos, no pudo desprenderse de su huésped, cuya curiosidad se habia aumentado por el cuidado con que el viajero se ocultaba y por la comision que acababa de desempeñar cerca de él, y ella queria saber quién era el gran personaje que temia tanto á los cosacos, y que ella tenia el honor de albergar en su casa.

Mucho trabajo le costó á Estanislao el salir de aquel aprieto, y tuvo que inventar una novela que su huésped creyó ó aparentó creer.

Al caer el dia, fastidiado el rey de la reclusion en que estaba, bajó para informarse de sus conductores, quienes le contestaron que el general Steinflicht estaba solamente á un cuarto de legua de allí, y que se proponia reunirse con el rey durante la noche, en un punto del Vistula en que habian convenido, y donde estaria un barco dispuesto para pasarlos, pero dudaban que se pudiese conseguir en razon á la fuerza con que soplabá el viento, y ser el barco tan pequeño para atravesar un rio tan grande.

No podia el rey desconfiar ya del honor de aquellos hombres, que habiendo pasado el dia en medio de los rusos, habrian podido entregarle si tal intencion hubieran tenido, pero temia su ignorancia. Habiendo oscu-

recido se puso en camino, tranquilo sobre el primer punto, pero muy inquieto acerca del segundo.

A un cuarto de legua de la cabaña, en donde se habia pasado el dia, fué necesario dejar la lancha, porque hasta allí llegaba nada mas la inundacion. Entonces empezaron á caminar á pié por un terreno fangoso, en que á cada instante se clavaba uno de los tres viajeros hasta los muslos, y necesitaba el auxilio de sus dos compañeros para no meterse hasta el pescuezo.

En fin, al cabo de cuatro ó cinco horas, se conoció que se habia llegado á la calzada del Vístula. Uno de los sznapans rogó entonces al rey que se quedase con su camarada mientras que él iba á ver si el barco estaba en su sitio.

Un cuarto de hora despues volvió diciendo que el barco no estaba ya allí, y que sin duda se lo habian llevado los moscovitas.

Fué necesario volver á entrar en la laguna y buscar un asilo en que pasar la noche; divisaron una casa y se encaminaron á ella.

Pero no bien hubieron pasado el umbral, cuando volviendo la cara el dueño de la casa, exclamó mostrando al rey:

— ¡Oh Dios mio! ¿quién es este hombre?

— ¡Pardiez! dijo uno de los sznapans, este hombre es un compañero nuestro.

— Este hombre, dijo el aldeano, descubriéndose la cabeza, é inclinándose, ¿es el rey Estanislao?

No habia que vacilar.

— Sí, amigo mio, dijo el rey alargándole la mano; sí, el rey Estanislao fugitivo que se confia á vos, y que viene á pedir os un asilo en vuestra casa, y los medios de llegar á la otra orilla del Vístula.

Esta franca manifestacion produjo el mejor resultado;

envanecido el aldeano con esta confianza, no concibió mas deseo que el de merecerla; prometió al rey que le haria pasar el Vístula, y en el mismo momento empezó á dar pasos para cumplir su promesa.

Mientras que el buen hombre estaba ocupado en buscar un barco y pasaje, divisó el rey al jefe de sus conductores, de quien estaba separado hacia treinta y seis horas, y que volvió corriendo hácia la casa.

El lo recibió á la puerta, y sus primeras palabras fueron para preguntarle por el general Steinlicht.

Entonces le refirió el jefe que la vispera, mientras que él esperaba con el general y el mercader quebrado al rey en el sitio acordado, ellos habian visto correr hácia ellos una partida de cosacos; entonces cada cual huyó por su lado, y cuando él volvió la cabeza, no vió ya ni al general ni al mercader, y que ignoraba cuál habia sido su paradero.

Como todas las reconvencciones que el rey hubiera podido hacerle eran absolutamente inútiles, adoptó el partido de callar.

A eso de las cinco de la tarde vió volver á su huésped, quien le anunció que habia encontrado un barco en casa de un pescador, donde estaban alojados los moscovitas; pero que su opinion era esperar muchos dias antes de intentar el pasaje, á causa del gran número de cosacos que estaban esparcidos por aquellas inmediaciones, los unos para forrajear los caballos, y los otros para seguir las huellas al rey, cuya huida empezaba á susurrarse.

El rey celebró consejo con su gente y el aldeano, y se decidió que pasase en la casa en que se encontraba aquella noche y el dia siguiente, que fueron ciertamente interminables.

El dia siguiente á eso de las cinco empezaron las

incertidumbres. El rey comprendió entonces que era necesario llamar á su socorro un poderoso auxiliar; mandó que subiesen una botella de aguardiente y convidó á los sznapans y al aldeano para que bebiesen á su salud.

Al fin de la botella ya habia el contenido producido su efecto, y se hallaban dispuestos aquellos hombres á pasar por él, aunque hubiera sido hasta el infierno.

El rey se aprovechó de aquellas disposiciones que se aumentaron aun con la buena noticia de que los soldados rusos no estaban ya en casa del barquero, y que una lancha esperaba al viajero en la orilla del rio.

El rey y su huésped montaron á caballo; el aldeano iba unos cincuenta pasos mas adelante, y los otros tres hombres seguian á pié á retaguardia, atravesando continuamente profundos barrizales en que el caballo del rey se caia ó se metía hasta la barriga. Por todas partes se veian las fogatas de varios campos volantes sembrados por aquellas llanuras; pero la claridad de aquellos fuegos, limitada á cierto círculo, tenia la doble ventaja de mostrar al rey los enemigos, y manifestarle la línea de tinieblas que debía seguir para que no le descubriesen.

El huésped del rey que iba haciendo la descubierta, se detuvo de repente, y volvió atrás para decir al rey que temia que estuviere ocupado el punto que él creia libre, y que por lo tanto tuviese á bien esperar en aquel mismo sitio en que se hallaba.

Detúvose en efecto el rey: el aldeano marchó delante, y al cabo de un cuarto de hora volvió á decir que el paso estaba en efecto guardado, que él habia perdido los caballos en el pasto y que los buscaba sin poderlos encontrar.

La consternacion se apoderó de la pequeña cuadri-

lla, que decidió inmediatamente que era necesario volver atrás, á lo cual se opuso el rey con todas sus fuerzas, y viendo el aldeano cuánto repugnaba á su ilustre compañero retroceder, se ofreció á hacer una nueva tentativa para ver si hallaria otro paso; mas el jefe y los dos sznapans, en cuyas cabezas se habian disipado los vapores del aguardiente, no querian entender ni una palabra. El rey se vió obligado á dejarles en libertad de retirarse solos si les acomodaba. Entonces se echaron por tierra, gimiendo como unas mujeres, diciendo que se les hacia marchar á una muerte segura.

Mientras que pasaba esto volvió el aldeano con la noticia de haber descubierto un paso libre.

Volvióse el rey á poner en camino, y en efecto, al cabo de media hora llegó á la calzada sin haber tenido el menor tropiezo. Sobre esta calzada se vió, ó mas bien se oyó, rodar un carro moscovita. El rey se echó á un lado con su gente, y el conductor del carro pasó sin ver á nadie.

A cien pasos de allí dejaron los caballos para andar todavía un cuarto de legua á pié: hecho este cuarto de legua se ocultaron entre los arbustos, mientras que el aldeano salió nuevamente á hacer la descubierta.

Al cabo de un instante se oyó el ruido de los remos. Era el barquero que venia á buscar al rey á orillas del rio donde los fugitivos se embarcaron.

Estando ya cerca de la opuesta orilla, llamó aparte el rey á su huésped, y sacando de su bolsillo un puñado de aquellos ducados que tanto le incomodaban, y de que felizmente no quiso Steinlicht encargarse enteramente, lo puso en la mano del buen hombre, el cual meneando la cabeza, empezó por negarse á recibir la menor retribucion, y acabó al fin, en vista de las reiteradas instancias del rey, por tomar respetuosamente

dos ducados en la augusta mano que el rey le alargaba. Esto fué todo lo que se allanó á recibir.

Una vez puesto el rey al otro lado del Vístula, ya no necesitaba el rey de él. Así, despues de haber dejado al rey en tierra, y despues de haber besado respetuosamente la faldilla de su grosero sayo, volvió á pasar el rio con el barquero.

A cien pasos del Vístula se veia una poblacion grande, adonde el rey llegó al amanecer.

El jefe y los dos sznapans, creyendo que allí ya no tenían nada que temer, se echaron en una cama de pluma, en que se enterraron, y de que no hubo forma de sacarlos.

Bien conoció entonces el rey que no podia contar mas que consigo mismo para hallar un nuevo medio de transporte. Despertó á un aldeano, y tantos esfuerzos hizo que aquel hombre convino en que iria á buscar un carruaje cualquiera sin reparar en el precio.

Mas el rey cometió la falta de pagar adelantado al mensajero, de modo que cuando regresó, estaba borracho como un cuero.

Habia, sin embargo, conservado, á pesar de su embriaguez, la suficiente inteligencia para desempeñar bien ó mal su comision. Ello es que le acompañaba un hombre que convenia en alquilarle un carro cargado de géneros, pero con la condicion de que se depositaria su importe.

El rey se comprometió á comprarlos. El ajuste se hizo en veinte y cinco ducados, y el rey se encontró poseedor de un surtido de lienzo de Sajonia.

Entretanto el ajuste hecho de priesa en medio de la calle, á la vista de cuantos pasaban, habia reunido algunas personas. Tratábase, pues, de marcharse sin pérdida de momento, cuando uno de los sznapans viendo

sin duda la facilidad con que el rey se desprendia de su dinero, salió de la casa en que acababa de descansar una ó dos horas y empezó á ponderar en alta voz los servicios que él y sus compañeros habian prestado al rey y á pedir su precio, que debia, segun su opinion, ser tanto mas alto y tanto menos regateado por el rey cuanto mas en riesgo habian puesto su libertad y su vida; en consecuencia él pretendia que incontinenti se le pagase la recompensa de todo.

La situacion se iba haciendo algo espinosa, la muchedumbre, como sucede siempre, parecia dispuesta á ponerse de parte del reclamante: cuando con gran sorpresa del rey, salió el jefe de la casa, reprenió al hombre por su embriaguez, y volviéndose hácia la gente:

— No merece crédito ni una palabra de cuanto dice ese pillo, dijo él: cuando está borracho le da la embriaguez por tomar á sus compañeros por grandes señores y pedirles la recompensa de servicios que no ha prestado.

En seguida, agarrándole por un brazo, le hizo entrar en la casa en medio de la burla de las gentes.

No habia que perder tiempo, el rey envió al embajador el sznapan que estaba en su juicio, y mandó al que no lo estaba que subiese en el carruaje, se puso junto á él y encargó al jefe el cuidado del caballo y del carruaje.

Salieron del lugar sin preguntar por ningun camino, porque no se queria que en caso de ser perseguidos quedase rastro del camino que llevaba el rey. Este se orientó por conjeturas, y como se trataba en el momento de pasar el Nogat, el rey trató de pasar la punta en que se separa del Vístula, dejando á la izquierda á Mariemburgo, donde habia guarnicion enemiga.

La pequeña caravana atravesó muchos lugares habitados por sajones ó moscovitas, sin que los unos ni los otros se opusiesen á su paso; y á eso de las ocho de la noche llegaron á orillas de un río.

Cerca de este río habia una taberna, y algunos pasos más allá una lancha vieja abierta por todas partes; los que acompañaban al rey exclamaron entonces que estaban á orillas del Nogat, y que la Providencia misma les enviaba aquella barca para atravesarle.

Ya estaban botando la lancha al agua, cuando el rey preguntó á un aldeano qué río era aquel á cuya orilla estaba.

Este río era el Vístula; el Nogat estaba legua y media más allá.

Si el rey no se hubiera informado se habria vuelto á encontrar en la otra orilla de un río que tanto trabajo le habia costado pasar.

Difícil era seguir más adelante en aquel país con el carruaje, porque los caballos estaban estropeados con la marcha forzada que habían hecho. El rey entró en la taberna, se dió por un cortador de Mariemburgo que deseaba pasar el Nogat para ir más adelante á comprar ganado y preguntó si seria posible proporcionarse un barco.

El huésped, meneando la cabeza, contestó que según tenia entendido los rusos se habían llevado todos los barcos, aun los más pequeños, á Mariemburgo, á causa de las partidas polonesas que recorrían los campos al otro lado.

Este era aun un obstáculo que se presentaba en el momento en que se tocaba la salvacion.

El rey pasó la noche en una granja, noche de insomnio como todas las que habían trascurrido desde su salida de Dantzick; una sola noche habia descansado, y

fué la que pasó en casa del buen aldeano que le habia conocido.

Al amanecer subió el rey á su carro y se puso en camino siguiendo la calzada, por unos caminos intransitables. Al cabo de dos horas de marcha encontraron un lugar. Apeóse el rey, entró en una casa, y se presentó, como el dia antes, en el concepto de un tratante en carnes de Mariemburgo, que iba á comprar ganado de la parte de allá del Nogat.

— Venis á muy buen tiempo, le dijo la huéspeda, y os ahorrais pasar el río. Yo tengo ganado de venta, y como soy de buenos tratos, estoy segura de que nos entenderemos fácilmente.

— No es posible lo que me proponeis, contestó el rey, porque yo debo echar mis compras con el dinero que me deben del lado de allá del río; una vez que yo haya cobrado el dinero, no digo que no haremos negocio, pero lo que me interesa más ahora, como veis, es cobrar mi dinero.

— Pero ¿cómo os gobernais si no hay ni un solo barco?

— ¡Bah! dijo el rey, apostaria á que vos me buskais uno, si...

— Mirad, dijo ella, bien conozco que sois un buen hombre y que os corre prisa pasar el río. Mirad, voy á haceros acompañar por mi hijo. En la otra orilla del río tiene él un amigo pescador con su barco amarrado cerca de su casa. Haciéndole una seña él vendria á buscaros. Id con Dios y él mismo os saque en paz del embarazo en que os veo metido.

El rey dió gracias á la mujer. ¿Le habia ella conocido también? Esto es lo que él no supo jamás, pero subiendo con su hijo en el carro, se dirigió el rey á orillas del Nogat.

Allí el jóven hizo seña , y saliendo de su casa el pescador atravesó el rio.

El rey entró en el barco con uno de los hombres que le acompañaban, dejando al otro con el carro y prometiéndole que le enviaria á su compañero.

Habiendo llegado al otro lado del rio , el rey levantó las manos al cielo ; ya estaba fuera de peligro.

Entonces despidió á su sznapan ; le dió una carta para el embajador , en la que prevenia á Mr. de Monti que diese á los tres hombres la recompensa prometida, en vista de que el rey habia llegado sano y salvo al otro lado del Nogat.

En seguida , dirigiéndose á un lugar llamado Bialagosa , compró el rey otro corruaje con dos caballos.

En aquella misma noche y con el mismo carruaje, Estanislao fuera ya de todo peligro entró en Marienwender.

Por lo que hace á los franceses que quedaron en Dantzick, se tuvo en consideracion su valor el dia en que se rindió la ciudad. Las cortes de Viena y de Rusia expidieron órdenes para que no se les tratase como á prisioneros de guerra, sino como á extranjeros libres y auxiliares. Fuese verdadera admiracion de aquella espléndida locura , fuese porque la czarina y el emperador no quisiesen enemistarse con el gabinete de Versalles, estos dos príncipes hicieron mil galanterias á los oficiales ; la czarina en particular envió á todos ellos un vestido completo de paño ruso , trabajado , bordado y cortado en Rusia.

Así acabó la expedicion tan fatal al rey Estanislao Leczinski. En ella se derramó la mas noble sangre polonesa, que parece que de un siglo á esta parte no pide mas que correr en todos los campos de batalla de la Europa.

Estanislao Poniatowski le descargó el último golpe haciéndose cómplice de Catalina , y subiendo al trono á su vez treinta años despues.

Los cañonazos de Dantzick habian inflamado á toda la Europa.

Los rusos y los imperiales acababan de hacer una afrenta á las armas francesas : no era posible alcanzar á los rusos atrincherados detrás de los rios Volga y Niemen , pero se podia atacar al Austria en Alemania y en Italia.

La España , nuestra hermana , nos tendia la mano. Habia desaparecido hasta el menor vestigio de resentimiento entre Felipe V y Luis XV. El nacimiento de dos príncipes habia puesto fuera de todo derecho á la casa de Orleans , y habia privado al nieto de Luis XIV de toda posibilidad de continuar soñando con la reunion de los dos reinos.

Por otra parte , la España , del mismo modo que la Francia , estaba interesada en el abatimiento de la casa de Austria. ¿No tenia que reclamar en Italia los estados de Nápoles y de Parma ?

Hé aquí el plan de campaña que se concertó.

Un ejército debia atravesar la Lorena, los tres obispos y pondria sitio á Filisburgo, que es la llave de la Alemania.

Tomada esta plaza , se penetraria en el centro de la Suavia, y atravesando la Alemania se iria á dar la mano á la Polonia.

Otro ejército atravesaria los Alpes con ayuda de los piamonteses, nuestros aliados, y marcharia sobre Milan ; entretanto que un cuerpo de tropas españolas entrando en la península por el otro extremo , desembarcaria en Nápoles y marcharia del Este al Oeste ; al paso mismo que nosotros iriamos del Oeste al Este.

Los generales en jefe de estos dos ejércitos, eran el duque de Berwick para el de Alemania, y el mariscal de Villars para el de Italia.

El duque de Berwick, Santiago Fitz-James, era hijo natural de Jacobo II, y de Arabela Churchill, hermana del duque de Malboroug. Nació el 21 de agosto de 1670. A la edad de siete años fué enviado á Francia, y criado en Juilly-au-Plessis y en la Fleche; haciendo sus primeras campañas en Hungría. En 1703 se naturalizó francés: habia mandado en España en 1704, y en 1706 fué nombrado mariscal de Francia: se batió sucesivamente en España, en Flandes y en el Rbin. La paz le dejó descansar en 1719, y la guerra le volvió á llamar en 1734. Tenía entonces sesenta y cuatro años. Era un hombre infatigable, intrépido y sereno.

El mariscal de Villars tenia mas de ochenta años en la época á que hemos llegado; á pesar de su avanzada edad era siempre el mismo hombre, y el peso de sus ochenta y un años no habia disminuido lo mas mínimo la exaltacion de su orgullo y la ligereza de su carácter.

A las órdenes de Berwick, debian servir los generales Carlos Luis Augusto Fouquet, conde de Belle-Isle, nieto del famoso superintendente de rentas, de cuya enorme fortuna y profunda desgracia hemos hablado en la historia de Luis XIV.

Tambien habia experimentado él aquellos caprichos de la suerte que fueron peculiares de su raza. Nombrado mariscal de campo en tiempo de la regencia, hizo en España la guerra de familia. Envuelto en la desgracia de Leblanc, fué encerrado con él en la Bastilla, bajo el ministerio del señor duque, y no salió de allí sino para ir desterrado á sus posesiones. En fin, en 1732 fué nombrado teniente general y promovido al

mando de uno de los cuatro campos de reereo que se formaron el mismo año.

Adriano Mauricio de Noailles, que nació en 1678. Mas de una vez nos hemos encontrado ya con él bajo el nombre de duque de Agen que usaba en su juventud. Fué porta-estandarte del regimiento de caballeria del mariscal de Noailles; obtuvo una compañía en 1693, y fué ascendido á segundo comandante de una brigada de caballeria en 1695; en 1702 ascendió á brigadier de los ejércitos del rey, en 1704 á mariscal de campo, y poco despues á teniente general.

Claudio Francisco Bidal, caballero de Asfeld. Primeramente maestre de campo de un regimiento de dragones, despues brigadier de los ejércitos del rey en 1694, en 1702 ascendió á mariscal de campo y en 1704 á teniente general.

En fin, Mauricio, conde de Sajonia, jóven de treinta y ocho años, de quien hemos hablado con motivo de la muerte de la señorita Adriana Lecouvreur; héroe de raza bastarda como Dumois y Berwick; hijo de Augusto II, elector de Sajonia y rey de Polonia que acababa de morir, y de Aurora de Kœnismark; Mauricio de Sajonia, que á los doce años hallándose en la batalla de Tournay le mataron el caballo y le atravesaron el sombrero de un balazo; que en la batalla de Malplaque, esto es, cuando tenia trece años, conservó la serenidad de un hombre en medio de la mas espantosa carnicería de que hacen mencion los anales del siglo; que á los diez y seis años, en fin, sorprendido improvisadamente en la aldea de Traknilz, hizo á la cabeza de un puñado de soldados una defensa tan vigorosa que todos los historiadores la comparaban á la de Carlos XII en Bender.

Desde esta época, se habia encontrado el conde de

Sajonia en cuantas partes le proporcionó la suerte de sacar la espada; en Shalsund, en Belgrado, en Mittau. En fin, habiéndose declarado la guerra contra el Austria, pasó el conde de Sajonia al ejército del Rhin en clase de mariscal de campo.

Cinco príncipes de la sangre llevaban con él las armas. El conde de Charolais, el príncipe de Conti, el príncipe de Dombes, el conde de Eu y el conde de Clermont.

Los generales que debían servir á las órdenes de Mr. de Villars eran:

El rey Carlos Manuel, nacido en Turin el 27 de abril de 1701, reconocido rey de Cerdeña y duque de Saboya después de la abdicación de su padre Víctor Amadeo II.

Francisco, duque de Broglie, nacido el 11 de enero de 1671, porta-estandarte en el regimiento de coraceros en 1687, capitán en 1690, maestro de campo en 1693, brigadier en 1702, mariscal de campo en 1704, inspector general de caballería en 1707, y en fin, teniente general en 1710.

En fin, Francisco de Franquetot, duque de Coigny, que, habiendo nacido el 16 de marzo de 1670, ganó sus grados uno por uno, desde el de porta-estandarte hasta el de teniente general.

Los dos generales imperiales eran:

El príncipe Eugenio, general en jefe del ejército de Alemania, y el general de Mercy, general en jefe del ejército de Italia.

Conocemos al famoso príncipe Eugenio, que es siempre el vencedor de Ceuta, de Hosched, de Audenarde, de Malplaquet, de Peterwaradin, el hijo del conde de Soissons y de Olimpia Mancini.

En cuanto á Fernando Carlos de Mercy, nacido en

1666, voluntario en la defensa de Viena, sitiada por los turcos, teniente en un regimiento de coraceros, mayor en seguida, feld-mayor general después, y por último, nombrado comandante general de la Sicilia en 1719, era, á pesar de sus sesenta y ocho años, un general de sorpresa, de aparición súbita, de marchas y contra-marchas.

Vamos á seguir esta doble invasión en todos sus pormenores, señalando los hechos principales, cuyos resultados mostraremos.

Por el Norte se verificó la invasión de la Lorena sin disparar un tiro; el ducado de Bar recibe guarnición: se establece el sitio de Filisburgo; muere el duque de Berwick de un cañonazo en el pecho; continúa el sitio por Asfeld, Noailles, y en particular por Mr. de Belle-Isle; después de treinta y dos días de trinchera abierta, se toma la ciudad á la vista del príncipe Eugenio.

Por la parte del Mediodía, el ejército franco-piamontés atraviesa el Pó, maniobra atrevidamente sin encontrar mas obstáculos que el orgullo y el mal humor de Villars, constantemente en oposición con el atrevimiento, actividad y decisión del rey Carlos Manuel; felizmente el mariscal enferma con calenturas y muere.

De este modo, los dos ejércitos franceses pierden al principiar la campaña y casi al mismo tiempo, sus dos generales en jefe, generales que han envejecido mas en veinte años de paz que en cuarenta de guerra, que no están ya en armonía con los elementos guerreros que tienen que mover, y que desaparecen para dejar el puesto á las nuevas tácticas que van á reemplazar á las viejas teorías.

La muerte de Berwick y de Villars, es el advenimiento del caballero de Follard y del conde de Sajonia.

El mando del ejército de Italia cae, pues, en manos

de Broglio y de Coigny, así como el del Norte recayó en Asfeld y en Noailles.

En suma, los imperiales se retiraron precipitadamente hasta Parma; allí solamente encontraron la posición que convenia á su general en jefe para esperar al enemigo.

No solamente los imperiales nos esperan en Parma, sino que de la retirada pasan á la ofensiva, se despliegan con un orden admirable, nos atacan en columnas compactas y grandes masas, obligan á retirarse á los regimientos de Berri y de Auvernia, que de la retirada pasan á la derrota, cuando de repente cae muerto de un balazo el conde de Mercy. Al inmenso clamor que produce esta noticia entre sus filas, se detienen los imperiales, y Mr. de Coigny se aprovecha con admirable sagacidad de este momento de vacilacion, mandando una carga cerrada por regimientos formados en columna, segun el método del caballero Follard. Los imperiales que atacaban se ven atacados á su vez. Los regimientos franceses abren una inmensa brecha en su centro: se separan, se dispersan y ponen en fuga, dejando 8,000 hombres en el campo de batalla.

Luis XV supo, con el intervalo de diez y nueve dias, la toma de Filisburgo y la batalla de Parma: Asfeld, Noailles, Broglio y Coigny, fueron nombrados mariscales de Francia.

Hemos visto lo que pasaba en Filisburgo y en Parma; veamos lo que pasaba en Nápoles.

El infante don Carlos desembarcó el 29 de marzo; Nápoles le abrió las puertas sin resistencia: el 10 de mayo hizo su entrada en la capital, y cesionario de todos los derechos del rey su padre sobre el reino de las Dos Sicilias, recibe en su propio nombre el homenaje de todas las clases del Estado.

El 25 del mismo mes, los imperiales mandados por el general Visconti, se vieron forzados en sus atrinchamientos de Bitonto. El 15 de junio, una escuadra de diez y seis galeras, mitad francesa y mitad española, condujo al nuevo rey un refuerzo de diez y ocho batallones y dos mil y quinientos caballos, con los cuales puso sitio don Carlos á Gaeta, que se rindió el 6 de agosto.

Entonces pasaron el estrecho diez y ocho mil hombres para someter á don Carlos la Sicilia. Los imperiales abandonaron todas las plazas. En el continente las plazas de Capua, y en Sicilia, Mesina y Siracusa son las únicas que se mantienen por el imperio.

En cinco meses, todo el territorio de las Dos Sicilias quedó en poder de los españoles, y el emperador pierde el reino de Nápoles por haber querido hacer un rey de Polonia.

Los imperiales al mismo tiempo adquirieron una pequeña ventaja, en una sorpresa que hicieron de noche, en que el mariscal Broglio, perezoso y dormilon, se vió obligado á huir con los calzones en la mano.

Pero, el 19 de setiembre, el mismo mariscal Broglio se desquitó en Guastala, que fué una segunda batalla de Parma.

A fines de junio de 1735 se reunieron los españoles á los franceses y piemonteses. Los imperiales fueron casi enteramente lanzados de la Lombardia, y poseíamos toda la parte alta y baja del Mantuano.

Mantua queda por el emperador.

En Alemania nos encontramos á las puertas de Manguncia, y aunque el príncipe Eugenio estaba acampado entre Heidelberg y Brucksall, forrajeábamos en todo el Palatinado.

Las ventajas de las dos campañas de 1734 y 1735 fueron enteramente nuestras.

La respectiva situacion de las potencias se pintaba bien en un folleto que corria por Paris. Se intitulaba el Juego de la Europa, y contenia los retratos de los principales jugadores.

La Francia. — Con permiso, soy mano y me toca jugar.

La España. — Tengo dos caballos á parte, mis tres reyes son buenos.

La Saboya. — Tengo quina y catorce, pero me falta todavía el punto.

La Prusia. — Yo miro el juego.

La Lorena. — Yo he barajado bien las cartas, pero no me entra nada.

El Emperador. — ¡Mal juego! Temo no saber qué hacerme.

El Turco. — Si esto continúa, haré pedazos las cartas.

La Inglaterra. — A mí no me toca ahora jugar.

Portugal. — Yo no juego, pero presto dinero á mis amigos.

La Sajonia. — Juego con demasiadas cartas, con un solo rey me basta para ganar.

Los Trece Cantones. — Nosotros jugamos á todo con tal de que se paguen las barajas.

El Papa. — Yo que jamás juego, me compondré con un jubileo.

La Czarina. — Yo no tengo ni rey ni as, pero mi paga es buena.

Los holandeses. — No tenemos juego, estamos á cubierto del repique, pero tememos un capote.

Solamente la Inglaterra, á quien no le tocaba jugar, como decia la caricatura, veia nuestro juego con sus acostumbrados celos. El conde Walpole fué interpelado en el parlamento. La casa de España que poseia á Ná-

poles y Sicilia, y los ejércitos franceses en el Pó y en el Rhin, tenían inquietos á los whigs.

La Holanda, que tenia el capote, hacia por lo bajo sus observaciones al ministro inglés. Los franceses, dueños de Filisburgo, dominaban la Bélgica y no tenían mas que alargar la mano para tocar á la Holanda, pues los holandeses no habian olvidado las guerras de Luis XIV.

La Prusia, que miraba jugar, amenazaba tomar parte en el juego, como guardiana de las libertades germánicas, si la guerra tomaba un carácter demasiado alemán.

Atacado Walpole por tres partes, sacó de la faltriquera un convenio secreto con el cardenal Fleury, por el que se obligaba este á mantener su marina abatida, á dejar á los ingleses el imperio del mar y la universalidad del comercio, lo cual era un freno puesto en la boca de la Francia, el cual se le haria sentir cuando pensase en extenderse.

Las tres potencias interesadas en la paz, ofrecieron entonces su mediacion. Nada habia mas fácil que conseguir el resultado. El cardenal Fleury no era de carácter belicoso, y el emperador conocia que el príncipe Eugenio, haciendo la guerra á pesar de la opinion que habia manifestado en el gabinete de Viena, habia perdido la mitad de aquella fuerza que habia desplegado otras veces.

Se entablaron las negociaciones, y el 3 de octubre se concertaron las condiciones preliminares, y fueron las siguientes:

1.º El rey Estanislao abdicará la corona de Polonia, de que sin embargo será reconocido rey, y conservará todos los títulos y honores.

Al instante mismo se le pondrá en posesion del ducado de Bar, y tan pronto como el gran ducado de Tos-

cana haya recaído en la casa de Lorena, del de Lorena, que será abandonado por esta casa.

Por muerte del rey Estanislao se incorporarán á la corona de Francia los dos ducados de Bar y de Lorena.

Con estas condiciones será reconocido el rey Augusto como rey de Polonia y gran duque de Lituania.

2º. Pertenece á la casa de Lorena el gran ducado de Toscana despues de la muerte del actual poseedor. Todas las potencias le garantizarán la sucesion eventual, y mientras esto se verifica, la Francia le dará cuentas de las rentas de Lorena.

3º. Los reinos de Nápoles y de Sicilia pertenecerán á don Carlos, á quien se reconocerá como rey.

4º. El rey de Cerdeña podrá elegir entre el Novarés y el Tortonés, ó entre el Tortonés y el Vigevanasco.

5º. Se restituirán al emperador todos los demás estados que poseia.

Se le cederán los ducados de Parma y Plasencia.

Se le devolverán las conquistas hechas en Alemania por las armas francesas.

6º. El rey garantizará al emperador la pragmática-sancion de 1713.

7º. Finalmente, se nombrarán comisionados por ambas partes para arreglar los límites de la Alsacia y de los Países Bajos.

El 5 de noviembre de 1735 se publicó la cesacion de las hostilidades en Alemania, y el 15 del mismo mes en Italia.

Dióse á este tratado el nombre de tratado de Viena.

Es digno de observarse por lo tocante á nosotros que el movimiento europeo que produjo está subsistente aun en el día, á pesar de los sacudimientos que de cien años á esta parte han conmovido á la Europa.

La Francia se halla hoy por tanto en posesion de la

Alsacia que Luis XIV conquistó, y de la Lorena que Luis XV agregó, la Francia de la casa de Borbon, y no la de la República y de Napoleon.

El reino piomontés que debia ensancharse mas adelante con Génova, se agrandó con dos provincias.

Por este medio el reino de Nápoles y de Sicilia, conquistado por la segunda rama de los Borbones de España, subsiste ahora en poder del rey Fernando, heredero de esta segunda rama.

Así, á pesar de la revolucion democrática de Florencia, el gran duque de Toscana representante de la casa de Lorena, acaba de recobrar sus estados.

Finalmente, los ducados de Parma y de Plasencia no han salido de la casa del emperador, sino por la muerte de la gran duquesa María Luisa.

Es verdad que nosotros veremos antes de diez años el fin de todas estas potencias peninsulares cuyo principio hemos visto.

Todo el honor de estas dos campañas fué para la Francia; así es que durante los años de 1734, 35 y 36 las miradas de todo el mundo se dirigian á nuestros ejércitos que desempeñaron todo cuanto se hizo de importancia.

En el interior, Mr. de Richelieu se casó con la princesa Isabel Sofia de Lorena, hija del príncipe de Guisa, la cual, nueve meses despues de su enlace, la dió un heredero á quien se dió el título de duque de Fron-sac.

El conde de Belle-Isle fué nombrado caballero de la orden de Sancti-Spiritus.

El rey nombró mariscales de Francia á los señores duque de Rivas, marqués de Puysegur y príncipe de Tingry.

Nuestra antigua conocida, la princesa Carlota Aglae

de Valois, princesa hereditaria de Módena, volvió á París.

El delfin pasó á cargo de los hombres á la edad de seis años y medio.

Muere el duque de Maine á los sesenta y seis años de su edad, en su casa de campo de Sceaux.

Finalmente, la reina dió á luz una nueva princesa.

Durante estos tres años Voltaire y Marivaux sostuvieron enteramente el teatro.

Voltaire hizo representar *Alcira* y *El Hijo pródigo*.

Y Marivaux, *Los legados* y *Las falsas confidencias*.

CAPITULO VII.

Toma posesion el emperador de los ducados de Parma y Plasencia.
 — Muerte del último de los Médicis. — Del duque de Berwick, del señor de Villars, del duque del Maine y del conde de Tolosa.
 — Sociedad íntima del rey. — Lemoine, Pigalle y Boucher hermean la casa de campo que el rey habia comprado en Choisy.
 — El señor Chauvelin pierde el favor. — El señor Maurepas. — Las hermanas de la señora de Mailly. — Las señoras de Vintimille y de Lauraguais. — Se da la plaza de gentil hombre que tenia el señor de la Tremouille. — Muerte de la señora de Vintimille.

Firmada la paz, las potencias interesadas en ella, emplearon en la ejecucion de sus artículos, los años subsiguientes.

El 16 de abril tomó posesion el conde Trawn en nombre del emperador, de los ducados de Parma y Plasencia.

El 18 de enero y el 31 de marzo, tomó posesion

Mr. de la Galaiziere del ducado de Bar y del ducado de Lorena.

El 9 de julio murió el gran duque de Toscana, Gaston, á la edad de sesenta y seis años, apresurándose á devolver su ducado al imperio. Gaston fué el último de los Médicis, cuya raza habia reinado por espacio de 257 años. Luego que se tuvo noticia de este fallecimiento hizo el príncipe de Craon que los senadores prestasen juramento al duque de Lorena.

El rey de Cerdeña el 3 de febrero de 1759, y los reyes de España y de las Dos Sicilias el 24 de abril del mismo año, accedieron á los tratados de Viena.

El 4º. de junio, en fin, se proclamó la paz en París. En este tiempo el resto de la sociedad de Luis XIV desaparecia; y se constituia la de Luis XV.

Murió el duque de Berwick á la edad de 68 años; el mariscal de Villars á los 84, el duque del Maine á los 66, el cardenal de Biny á los 81, el conde de Tolosa á los 64, el mariscal de Estrées á los 76, el duque de Mazarino á los 79, el mariscal de Roquelaure á los 82, la princesa de Conti á los 72, y en fin, Samuel Bernard murió á la edad de 86 años.

No quedaba de aquel tiempo mas que el cardenal de Fleury, al que debia tardar poco en llegarle su vez.

La nueva generacion se agrupaba en torno del jóven rey que solo contaba de 27 á 28 años de edad. El duque de Richelieu era el decano; pero el duque de Richelieu nunca habia tenido edad, nunca habia contado sus años. Richelieu era todo para el rey: su diplomático, su embajador, su comensal, su compañero en la caza, su maestro en amores, su maestro en la guerra, y el que daba el tono á toda aquella juventud bulliciosa, de la que era poeta Marivaux, Watteau pintor, y Crebillon romancero.

Al duque de Richelieu seguía el hermoso la Tremouille, cuya intimidad con el rey ha sido la mas tierna. La Tremouille, que en la campaña última habiendo sido derribado de su caballo á la cabeza de su escuadron, no pensó en mas que en resguardar su rostro entre las manos para no quedar desfigurado; el conde de Ayes, que pertenecía á la ambiciosa familia de los Noailles, que tuvo una media alianza con Luis XIV por Mad. de Maintenon, como la tuvieron los Mortemar por Mad. de Montespan; el marqués de Souvré, criado con el rey, en la intimidad del rey, al que cuidó en su enfermedad como amigo afectuoso. El marqués de Gesvres, el marqués de Coigny, el duque de Nivernois y el marqués de Autin. Todos estos jóvenes caballeros habian acabado de llegar del sitio de Filisburgo, de ganar las batallas de Parma y Guastalla á los imperiales, y con su sombrero en la mano, su peinado y sus encajes, se preparaban sin riesgo de ajar nada, á ganar á los ingleses la batalla de Fontenoy.

Para toda esta gente de talento, burlones y desenvueltas, no era á propósito ya Versalles, con sus grandes salones, su larga galería, y su parque con calles de árboles alineados, no era esto propio para cenas privadas y de confianza; se necesitaban habitaciones pequeñas, salones sin etiqueta en que pudiese cada cual estar con confianza á su manera, mirarse en los espejos y entenderse sin necesidad en dar voces.

Luis XV compró á Choisy de Mr. de la Valiere; Choisy será el Marly de Luis XV.

Desde luego emprendieron su embellecimiento Le-moine, Croyseveaux, Pigalle y Boucher; se tallaron mármoles, se cubrieron techos. Un mundo entero de sátiras, de ninfas, de náyades, de pastores y pastoras bien adornados, nace, se anima, y se extiende por los

jardines, y se reúne en las habitaciones. Pero los criados incomodan; los criados, testigos enfadosos, censores indiscretos. Lorient los suprime; Lorient, el hábil mecánico, inventor de unas mesas, á las que dieron el nombre de criadas y oficiosas, que desaparecían á través del pavimento, llevando encima la lista de los vinos, manjares y frutos que los huéspedes deseaban, y que volvían á aparecer cargadas de cuanto se habia apetecido; y desaparecían y aparecían de nuevo siempre que se quería.

Toda aquella corte joven, ardiente en los placeres, amante de la guerra y mas ambiciosa de amores que de honores, era como debe comprenderse enemiga del viejo cardenal.

Quisieron renovar una tentativa por el estilo de la que se habia desgraciado en tiempo de Mad. de Prie, bajo el duque de Borbon. Los conspiradores fueron la señora de Mailly, sultana siempre reinante, la Tremouille y Gesvres. Se pretendía que Mr. de Chauvelin sustituyese al cardenal. Este tuvo noticias de todo lo que se tramaba por medio de la sociedad del conde de Tolosa que le era afecta.

Por desgracia de los conspiradores Mr. de Chauvelin no estaba en la mejor posición. Durante la última guerra habia sido ministro de Negocios extranjeros; y con razon ó sin ella, habia corrido la voz de que habia recibido de Viena sumas considerables para que la Saboya no fuese bien tratada; y con efecto se repetía que Carlos Manuel por precio de su alianza activa, no habia recibido otra remuneración que dos pequeñas provincias.

Reunió el cardenal todas las voces vagas que sobre esto se habian esparcido, las coordinó para formar una acta de acusacion, presentó esta acta en el consejo del rey é hizo decretar la separacion de Mr. Chauvelin.

El 20 de febrero entró Mr. de Maurepas en la habitación de Mr. de Chauvelin y le entregó un pliego del cardenal de Fleury que contenía lo siguiente :

« La amistad que siempre os he profesado me ha contenido hasta ahora para no permitir se os diese el golpe que el honor, la conciencia y la probidad y el bien del Estado no me permiten dilatar ya.—Firmado : — El cardenal de Fleury. »

Al mismo tiempo Mr. de Jumilhac aguardaba á la puerta con la orden de conducir á Gros-Bois á Mr. de Chauvelin.

Derribado Chauvelin, procedió el cardenal contra la Tremouille y Gesvres. Quiso el rey sostener á sus dos amigos, pero tuvo que ceder ; el cardenal exigió el destierro de ambos y así se decretó.

El antiguo canceller d'Aguesseau volvió á encargarse de los sellos ; Mr. Amelot, intendente de Hacienda, fué nombrado secretario de estado de Negocios extranjeros y Mr. Maurepas ministro de Estado.

Este gran suceso dió ocasion á algunas canciones, porque en París se canta siempre que algo cae, ya sean hombres ó cosas.

La única persona de quien el cardenal no se había vengado era de Mad. de Mailly ; pero era porque el cardenal que observaba y comprendía bien al rey, conocía que Luis XV tardaría poco en vengarlo del todo.

En efecto, Luis XV apenas de 30 años de edad, había gustado ya una porción demasiada de los placeres de la vida. Desazonado de la caza, y fastidiado de la mesa y del juego, Luis XV se consumía en medio de aquella corte espiritual, elegante, sensual y perfumada. Luis XV estaba triste, y se chanceaba acerca de la muerte, que temía. Solo una cosa puede reanimar á Luis XV, que en

todo ha sido mudable menos en una cosa : en amores.

Vamos á verlo consumirse en esto como en lo demás. Entre las cuatro hermanas de Mad. de Mailly, había una que soñaba con una singular manía. Se había propuesto hacerse partícipe con su hermana en los favores del rey ; apoderarse del corazón de Luis XV, después de su alma toda, llegar á derribar al primer ministro y á gobernar la Francia.

Esta hermana, soltera aun, era la señorita de Nesle, acababa de cumplir 23 años, y habitaba en la abadía de Port-Royal.

No era hermosa, pero no estaba ella tampoco deslumbrada acerca de su fisonomía ; sabía además que el rey no podía sufrir á las mujeres feas ; pero tenía imaginación, un carácter aventuroso y atrevido, y á fuerza de desear su sueño había llegado á creerlo.

Escribía desde la abadía á Mad. Dray, una canonesa amiga suya : « Escribiré cartas continuamente á mi hermana de Mailly, para que me lleve consigo ; ella es buena y lo hará. Yo haré que el rey me ame ; desterraré á Fleury y gobernaré la Francia. »

Todas estas cosas llegaron á tener efecto conforme á los deseos de la señorita Nesle. Mad. de Mailly se dejó vencer por las cartas de la pobre reclusa, que le pintaban todo el fastidio del convento y la hizo venir á su lado ; y una vez próxima al rey procuró establecer sus baterías con acierto.

Luis XV, que á los 30 años se fastidiaba, como Luis XIV se había fastidiado á los 70, halló una distracción agradable en el talento de la recién venida, y cuando Mad. de Mailly penetró los proyectos de su hermana, era ya demasiado tarde para que pudiera oponerse á ellos.

Entonces Mad. de Mailly tomó el partido de proteger los amores del rey en vez de combatirlos. Por otra

parte, ella amaba al rey, y preferia poseerlo á medias, mas bien que perderlo del todo. Esperaba además Mad. de Mailly que su complacencia no seria conocida con publicidad, pero como esto no entraba del mismo modo en el interés de la señorita de Nesle, tomó esta tan bien sus medidas, que confiando el rey su dicha á algunos de sus cortesanos, el secreto de Mad. de Mailly era al cabo de tres meses el secreto de toda la corte.

Conocida ya esta nueva intriga, se trataba de casar á la señorita de Nesle, porque teniendo el rey hijos, con facilidad podria acaecer un accidente, que pusiese á todos en nuevo embarazo.

Se pensó desde luego en Mr. Vintimille, sobrino nieto del arzobispo de París, el mismo que habia representado un papel importante en el asunto de los cementerios de San Medardo; el tio queria ser cardenal; Mr. Tencin acababa de ser nombrado, sin tener mas derechos al capelo que los que Mr. Vintimille estaba tratando para adquirir. Se prometieron doscientas mil libras de dote á la novia, y la plaza de dama de palacio; y al marido una pension de seis mil libras y habitacion en Versailles. En quanto al cardenalato no se contestó ni si ni no, pero el arzobispo, no solamente dejó marchar adelante el negocio, sin embargo, sino que además bendijo él mismo el matrimonio de su sobrino.

No era suficiente proporcionar un marido á medias á la señorita de Nesle; era además indispensable tener el gusto de reemplazarlo la noche misma de la boda. Hé aquí lo ocurrido. La hermana del rey, princesa de fácil acomodamiento, prestó á los recién casados su palacio, en la posesion llamada Madrid; el rey por su parte, se fué á comer á la Muette con la señorita de Clermont y las señoras de Chalais y de Talleyrand. Cuando presumieron que el banquete de la boda pudiera haberse ter-

minado, propuso el rey hacer una visita á los que se hallaban en Madrid. Subieron á los carruajes y partieron. A su llegada encontraron á todos muy satisfechos. Se sentó el rey á una mesa de juego y jugó á la cavagnola hasta media noche. A esta hora se trató de dejar en libertad á los novios para que pudiesen recogerse; pero el rey declaró que como buen príncipe queria completar el obsequio y acompañó á los esposos hasta la alcoba, donde entregó á Vintimille la camisa de dormir, que era una de las mayores distinciones que pudiese hacer el rey. Lo acaecido despues no está bastante-mente aclarado. Se sabe que salió de la alcoba un hombre, que subió á un carruaje y marchó á pasar el resto de la noche al castillo de la Muette; pero la mariscala de Estrées, que salió aquella misma noche de Madrid para irse á dormir á Bagatelle, y la señora de Ruffé que tambien salió para París, dijeron que no habia sido el rey el que habia marchado á la Muette, quedándose en la alcoba Vintimille, sino al contrario, que Vintimille habia marchado y el rey se habia quedado.

Sea como quiera, al dia siguiente asistió el rey al tocador de la señora de Vintimille, y por la tarde la princesa presentó al rey toda la familia de los Vintimilles, que gozaron desde entonces del mayor favor en la corte.

Tambien fueron presentadas las otras tres hermanas de la señora de Mailly y de la señorita de Nesle, las señoras de Lauraguais, de Tournelle y de Flavacourt. El viejo marqués de Luc se aprovechó del favor de su nuera para subir á una de las carrozas del rey, honor á que por otra parte tenia derecho. En fin, Vintimille quedó formando parte de todas las reuniones, de todas las partidas y banquetes que se tenian en Choisy, como en tiempo de Luis XIV asistian sus favoritos á las reuniones en Marly.

Prosiguiendo la señorita de Vintimille en llevar á cabo su objeto, ayudada por su hermana, que la sirvió completamente, se apoderó del entendimiento y de los sentidos del rey, que se olvidó de su largo pescuezo, de su abultado talle y de su rudo y acaballado andar. El rey le perteneció del todo absolutamente, y conforme lo habia escrito á su amiga la canonesa la novicia de Port-Royal, se hallaba ya en estado de luchar contra el cardenal, y comenzaba á gobernar la Francia.

Por entonces ocurrió un suceso, que niveló en algun modo la posicion respectiva de cada uno.

Falleció de las viruelas el hermoso duque de Tremouille. El duque se habia corregido de los excesos y errores de su juventud, si acaso era cierto que la juventud del duque se hallase tan llena de excesos y errores como le acumulan. Se habia portado admirablemente en su desgracia y sacrificado por Luis XV al viejo cardenal, se habia despedido del rey diciéndole: « Señor, vos no sois digno de ser amigo mio. »

Nada habia conservado mas que su empleo de gentil hombre de la cámara.

Se habia casado y adoraba á su mujer; se habian hecho la oferta mutua de separarse momentáneamente si al uno ú al otro le daban viruelas, que ninguno de los dos habia tenido.

A la señora de Tremouille le atacaron primero, pero como hasta ella misma ignorase la enfermedad que padecia, nada dijo á su marido, que aunque advertido por el médico del peligro á que se exponia, quiso permanecer á su lado para cuidarla. La duquesa sanó, pero á poco cayó el duque atacado, y fué víctima del mal.

La muerte del duque fué un duelo general para todas las mujeres de Paris. Fué llorado como el modelo

de los maridos, y casi canonizado como un mártir de afecto conyugal. Se trató hasta de elevarle un monumento por suscripción.

Dejaba el duque un niño de cuatro años, y una niña.

Los duques de Aumont, de Gesvres y de Mortemar, de los que era la Tremouille compañero, como gentil hombre de cámara, pidieron para el niño la supervivencia en el cargo de su padre.

Las señoras de Mailly y de Vintimille solicitaban aquella plaza para el duque de Luxemburgo, y el cardenal de Fleury la deseaba para su sobrino.

El cardenal se presentó al rey, al que dijo:

— Señor, todos mis amigos se empeñan en que pida á V. M. el empleo vacante de gentil hombre para mi sobrino; pero está ya tan colmado de mercedes, que en vez de recomendar á V. M. á ningun individuo de mi familia, vengo á suplicaros la supervivencia del duque de la Tremouille para su hijo.

— Teneis razon, cardenal, le habia respondido el rey; tambien habia yo pensado en vuestro sobrino, pero he reflexionado que semejante favor, acarreándole muchos enemigos podría serle mas perjudicial que útil.

El cardenal se quedó estupefacto, porque no esperaba semejante respuesta.

Comprendió entonces la lucha en que iba á empeñarse; tenia en contra suya á las dos queridas del rey; no dos mujeres á las que pudiese enemistar por medio de los celos, sino al contrario, dos hermanas, que desde el momento en que ellas se habian conformado en no tener celos la una de la otra, no tenian ambas mas que un mismo interés comun; el de conservar al amante real, que despues de haberse unido la una á la otra, no podian esperar ni pretender que perteneciese solo á una.

No atreviéndose el cardenal á manifestarse pretendiente por su sobrino, tomó con empeño la supervivencia del hijo de la Tremouille, declarando al rey, que habia empeñado su palabra á la madre, y que si S. M. le obligaba á faltar á su palabra, no le quedaba más recurso que pedirle al rey su permiso para retirarse de los negocios, toda vez que le eran inútiles sus servicios.

Añadia, además, que su avanzada edad exigia cuidados, y su quebrantada salud tranquilidad y reposo.

Y en seguida se marchó el cardenal á Issy, porque conocia que su fuerza principal consistia en su ausencia.

Los demás interesados continuaron trabajando en favor de sus pretensiones. Las señoras de Mailly y de Vintimille por el de Luxemburgo, y la señora de la Tremouille, auxiliada por tres gentiles hombres de cámara, en favor de su hijo.

Solo el sobrino del cardenal no tenia á nadie que pidiese por él, hallándose su tío ausente.

El primer movimiento de Luis XV, fué un movimiento de reaccion contra el cardenal. Tomó la pluma y le escribió, que no podia exigir de él un trabajo que pudiera ser perjudicial á su tranquilidad, añadiendo, que si su salud le exigia absolutamente que se retirase de los negocios, le daba desde luego su permiso para verificarlo.

Concluida esta carta, la guardó el rey en su bolsillo para remitirla en tiempo oportuno.

Entretanto habia pensado el cardenal entablar relaciones con la señora de Vintimille, y su enviado llevaba, como el embajador romano, ó la paz ó la guerra. Reflexionó un instante la señora de Vintimille, y calculando despues la debilidad del rey, y recordando

que ella tenia veinte y cuatro años y el cardenal noventa, se convenció de que era mejor contemporizar y aliarse con la muerte que tan próxima se hallaba de su aliado.

Como hacia algun tiempo que el rey hacia alternar á sus queridas y que aquella noche le tocaba á la señora de Mailly, fué á buscarla y le dijo:

— ¡Querida hermana! es preciso que no perdamos un momento en aliarnos al cardenal de Fleury. Tal vez en el asunto pendiente hoy, venceríamos al cardenal, pero este volverá al poder tarde ó temprano, y quedaríamos perdidas. Mediante á que te toca á tí pasar esta noche con el rey, arréglalo de suerte que mañana por la mañana esté nombrado gentil hombre el sobrino del cardenal.

Desgraciadamente, la señora de Mailly no era la mujer mas á propósito para esta especie de intrigas. Amaba al rey por sí mismo, como La Valliere habia amado á Luis XIV, y no deseaba mas que una cosa; que no mezclándose ella para nada en la política, no viniese la política por su parte á embarazarla en su marcha.

Así es, que en nada pensó de lo que habia ofrecido á su hermana.

Se habia adornado con mas esmero que otras veces; habia mezclado entre sus cabellos flores y diamantes; pero Luis XV no habia visto en estos adornos mas que una coquetería, que fuese beneficiosa al amor, sin pensar que pudiera ser en nada provechosa á la política.

La señora de Mailly se quedó dormida sin haber hablado una palabra al rey, ni en favor del jóven la Tremouille, ni de Luxemburgo, ni del sobrino del cardenal.

Pero el rey, á quien sus pensamientos atormentaban,

no podia dormir. Recordaba la incomodidad de su antiguo profesor; veia que iba á verse abrumado con el trabajo de toda la correspondencia europea, de la que nunca se habia ocupado, adivinaba las ambiciones de los príncipes, contra las que seria preciso luchar, cuando el viejo ministro no estaria allí para poder decir á la intriga lo que Dios dijo á la mar: « No pases mas allá. » Se hallaba solo apoyado y medio acostado en el lecho, mirando aquella cabeza en que las rosas se mezclaban con los polvos, brillando entre los polvos y las flores los diamantes como las gotas del rocío.

La bella durmiente respiraba con regularidad. El rey la despertó.

Al abrir los ojos la señora de Mailly, se asombró al ver el aspecto melancólico de Luis XV.

— ¡Dios mio! exclamó: ¿qué tiene V. M.?

El rey suspiró y le dijo:

— Querida mia, me hallo en extremo fatigado.

— ¡Pero porqué, señor?

— Por lo que está pasando.

Recordó entonces la señora de Mailly el encargo de su hermana aquella mañana: la ocasion que se la presentaba no podia ser mas favorable.

— Pero, ¿qué está pasando que pueda ser de tanta gravedad, señor? le preguntó con la mas agradable sonrisa.

— Bien debiais saberlo, le dijo el rey, puesto que sois una de las personas que me causan este tormento.

— ¡Yo! ¡señor! exclamó la señora de Mailly.

— Sí, vos, pero al fin ya nos hemos libertado de nuestro censor.

— ¿De qué censor?

— Del cardenal.

— ¡Dios mio! ¡Qué decís, señor! ¿Que os habeis libertado del cardenal?

Y la señora de Mailly se arrojó del lecho como asombrada.

— Sí, sí, dijo el rey; la carta está escrita.

— ¿Qué carta? señor.

— La carta en que le doy permiso para retirarse de los negocios.

— Sí; pero no se la habeis enviado, ¿no es verdad, señor? preguntó la señora de Mailly.

— Sí... pero... es porque...

— ¿Porqué?

— Porque está ahí encima de la chimenea.

Y al decir estas palabras, miraba el rey á la señora de Mailly casi con humildad.

— Señor, le dijo esta, todo el mundo sabe que V. M. es el dueño, todo el mundo sabe que lo que V. M. quiere, tiene derecho para quererlo. De consiguienté, á nadie tiene V. M. que dar cuenta.

Y la señora de Mailly dió un paso adelante.

— ¿A dónde vais? preguntó el rey.

— El señor Fleury es un excelente y buen ministro, al que Dios concede larga vida, porque Dios cree que puede ser útil al rey y á la Francia.

— ¿Es esa vuestra opinion, querida mia? preguntó el rey.

— Soy tanto de esta opinion, dijo la señora de Mailly, que...

— ¡Dios mio! ¿Qué haceis? exclamó el rey; habeis quemado la carta mia para el cardenal.

— Sí, señor; pero aquí teneis pluma, papel y tinta, y vais á escribirle ahora mismo.

— Pero... ¿Qué quereis que le escriba?

— Que habeis nombrado á su sobrino para el empleo de primer gentil hombre.

El semblante del rey resplandeció de gozo.

— ¿Pero qué dirá la señora de Tremouille, y qué dirán los otros gentiles hombres?

— No sé lo que dirán, pero digan lo que quieran, vos podréis responderles, que mi hermana y yo estábamos por el señor de Luxemburgo, y que la prueba de que sois el amo, de que sois el rey, es que á mi hermana y á mí nos habeis tratado como á todos los demás; y nosotras, para dar mas peso á vuestras razones...

— ¿Qué baréis?

— Nos mostraremos resentidas.

— ¿Estaréis ceñudas conmigo?

— Sí, señor. Pero... ya es de día; aquí teneis papel y plumas; escribid, señor.

— ¡Oh! exclamó el rey arrojándose á los piés de la señora de Mailly, sois una mujer adorable.

Y escribió una carta, no al cardenal, sino á su sobrino, en la que le anunciaba haber sido nombrado gentil hombre de la cámara, con la renta correspondiente á un capital de cuatrocientas mil libras.

Luego que el señor de Fleury recibió esta carta, por la mañana, marchó inmediatamente á Issy para enseñársela á su tío, y suplicarle fuese á dar las gracias á S. M. Pero el cardenal, que cuando se concedía alguna gracia á los individuos de su familia, queria aparecer como forzado á admitirla, se contentó con responder á su sobrino: « Os prohibo hablar de esto hasta que yo vea á S. M. y consiga que se revoque esta orden. »

Pero el duque de Fleury, le contestó que ya habia respondido á S. M. para darle gracias.

— ¿Y para aceptar? exclamó el cardenal con tal acento de desesperacion que engañó á su mismo sobrino.

El cardenal se manifestó muy reconocido á las dos hermanas, pero en su interior no se hallaba satisfecho

con la idea de que su crédito personal hubiese bajado al extremo de necesitar el auxilio de las dos queridas del rey, para obtener un empleo para su sobrino.

Reframos ahora los hechos sin comentarios:

Este nombramiento se habia verificado en junio de 1744.

El 8 de agosto siguiente, la señora de Vintimille se sintió enferma con fiebre.

Estaba en cinta de ocho meses.

Teniendo el rey precision de volver á París, dejó en Choisy á la señora de Vintimille con su hermana la señora de Mailly y las damas que la acompañaban habitualmente.

Habia entonces una costumbre, ó por mejor decir una ley, por la que se prohibia á los maridos acompañar á sus mujeres cuando el rey las convidaba á Choisy. Esto era un poco raro, pero sin embargo era cierto.

Bien es verdad que á falta del señor de Vintimille, se encontraban allí para acompañar á las señoras los señores Gramont, Coigny, Agen y los dos hermanos Meuse, que eran de la mayor intimidad del rey.

Fué preciso sangrar á la señora de Vintimille. El rey parecia mas enamorado de ella que nunca; parecia que aquella enfermedad hubiese contribuido á aumentar su amor. La vispera del parto no se separó de ella, ni de su habitacion hasta las dos de la mañana.

A las nueve dió á luz la señora de Vintimille un hermoso y robusto niño, que el rey tomó en sus brazos, colocándolo despues sobre un cojin de terciopelo carmesí.

Despues de haberlo abrazado y admirado, le hizo echar el agua de socorro con el nombre de Luis; nombre que en lo sucesivo trocaron sus camaradas por el de medio Luis.

Se contemplaba el rey tan dichoso, que quiso comer con la señora de Vintimille, y convidó para que lo acompañasen á los duques de Agen y de Villeroy, y á uno de los Meuses, el que era su mas íntimo confidente.

Por la tarde recibió en casa de la señora Vintimille, no solo al arzobispo de París, sino tambien al señor de Vintimille y á su padre.

Se habia permitido al señor de Vintimille venir á ver á su mujer y á su hijo.

Habia tenido un parto tan feliz la señora de Vintimille que una hora despues parecia hallarse perfectamente restablecida. Pero el 9 de setiembre siguiente, sin que ningun síntoma hubiese podido hacer presagiar tan terrible acontecimiento, se sintió atacada de repente por tan violentos dolores de entrañas, que comenzó á pedir á gritos no un médico, sino un confesor.

El rey, por su parte envió á buscar á París á sus dos médicos, Silva y Senac; pero ni uno ni otro llegaron á tiempo, y la señora de Vintimille falleció en los brazos de su confesor sin sacramentos y sin que apenas el sacerdote hubiese tenido el tiempo suficiente para absolvertela.

En media hora de conversacion que la señora de Vintimille habia tenido con el confesor, habia encargado á aquel santo varon que trasmitiese á su hermana la señora de Mailly, su última voluntad; y aunque se apresuró á cumplir este último encargo de su penitente, no pudo verificarlo, porque al ir á entrar en la habitacion de la señora de Mailly, cayó muerto sin haber podido pronunciar ni una sola palabra.

Estos sucesos afectaron tanto á Luis XV que tuvo que guardar cama prohibiendo que nadie entrase en su habitacion.

Pidió la reina permiso para entrar, pero la consigna

no se quebrantó para ella, ni se relajó sino en favor del conde de Noailles.

La señora de Mailly, llorosa y medio desnuda abandonó su habitacion y fué á refugiarse al lecho de la señora de Estrées.

Al encerrarse el rey en su cuarto dió la orden de que se hiciese el retrato de la señora de Vintimille, muerta. Casi al momento mismo de su muerte se habian esparcido voces de envenenamiento, y llegaron á tomar tal consistencia, que el rey quiso que se procediese á abrir el cadáver. Nada resultó de la autopsia; pero como el cuerpo á las cuatro horas apenas de muerto, despedia una insoportable fetidez, fué necesario depositarlo en una cuadra, adonde permaneció mas de tres horas expuesto á la curiosidad de los transeuntes.

Destino singular, el de la muerte; ¡autopsia y exposicion del cuerpo de una mujer, que el dia anterior cubierta de flores, blondas y diamantes, era la admiracion y envidia de toda la corte!

El rey estaba anonadado; la señora de Mailly, que era buena y queria de corazon á su hermana, daba voces pidiéndale á Dios que se la devolviera. La mas jóven de sus hermanas, la señora de Lauraguais, habia venido á consolarla.

La señora de Mailly que creia no poder tener ya sujeto al rey, sino por medio de su hermana, temió que por la muerte de esta se alejase el rey de ella; pero no sucedió así, al contrario, el rey concentró en ella todas sus afecciones; dió á Meuse una habitacion sobre su cuarto, con condicion de que Meuse no pudiese disponer mas que de la antecámara y del comedor, quedando todo el resto á disposicion de la señora de Mailly.

Al cabo de ocho dias, se hallaba la señora de Mailly instalada en aquella habitacion con su hermana la

señora de Lauraguais, y solo consistiría en el rey no apercibirse que la pobre señora de Vintimille había muerto.

Pero el rey, aunque distraído algunos instantes, no conseguía borrar de su mente el recuerdo de aquella espantosa catástrofe.

CAPITULO VIII.

Muerte de la señora de Mazarino. — Señoras de la Tournelle y de Flavacourt. — Su expulsion del palacio Mazarino. — Resolución de la señora de Flavacourt. — La silla de manos. — El señor de Gesvres. — El rey cede una habitación á la señora de Flavacourt. — Buscan á la señora de la Tournelle. — La señora de Flavacourt rechaza los homenajes del rey. — Amores del señor Agenoir y de la señora de la Tournelle. — El duque de Richelieu favorece la inclinación del rey hácia la marquesa. — Intriga contra el señor de Agenoir. — La señora de la Tournelle capitula. — Desgracia de la señora de Mailly. — El sermón del padre Renaud. — Humillación de la señora de Mailly. — Últimos momentos del cardenal de Fleury.

El 12 de setiembre de 1742, murió la señora de Mazarino. Era la abuela de las señoritas de Nesle. Una de las cinco hermanas, la señora de Mailly, era la querida favorita de Luis XV, desde 1732.

Otra, la señora de Vintimille, había muerto como se ha referido. La tercera, la señora de Lauraguais, se decía que había reemplazado á la de Vintimille.

Quedaban las señoras de la Tournelle y de Flavacourt, que ni aun habían sido presentadas en la corte.

Estas dos señoras vivían con su abuela la señora de

Mazarino; pero cuando esta señora falleció, el señor de Maurepas, obligado por su mujer, en calidad de heredero de la señora Mazarino, hizo advertir á las dos hermanas que debían desocupar inmediatamente el palacio.

La señora de la Tournelle era viuda; el marido de la señora de Flavacourt estaba en el ejército.

Se encontraban pues las dos señoras sin ningún apoyo.

Al recibir la notificación la señora de la Tournelle, exhaló mil quejas; la de Flavacourt al contrario, respondió con serenidad:

— Soy jóven, no tengo padres, mi marido está ausente, mis parientes me abandonan; pero el cielo no me abandonará sin duda. Hecho este razonamiento en honor de la Providencia, hizo la señora de Flavacourt que le trajesen una silla de manos, se metió en ella, hizo que la condujesen á Versalles, y llegada al patio de los Ministros, mandó descansar la silla en tierra y que quitasen las palancas, y despidió á los mozos.

Mucha gente pasó sin hacer caso de aquella silla; algunos que reparaban se admiraban, pero nadie se determinó á preguntar á la que la ocupaba lo que hacía allí. Pero habiendo pasado el duque de Gesvres, abrió la portezuela y exclamó admirado:

— ¿Por qué aventura os encontrais aquí, señora de Flavacourt? ¿No sabéis, tal vez, que acaba de morir vuestra abuela?

— Y vos, señor duque, respondió la señora, no sabéis, sin duda, que el señor de Maurepas y su mujer nos han echado de casa á mi hermana y á mí, como aventureras; temiendo sin duda que les fuésemos muy gravosas. Mi hermana la Tournelle se ha ido, no sé yo dónde, y en cuanto á mí ya me veis puesta aquí en manos de la Providencia.

Maravillado de tal aventura el duque de Gesvres, rogó á la señora de Flavacourt que tuviese la paciencia de aguardarlo por algunos instantes, y entrándose en la habitación del rey lo condujo á una ventana, y señalándole la solitaria silla que se hallaba en el patio de los Ministros :

— ¿Qué me quereis decir? le preguntó el rey.

— ¿No ve V. M. esa silla?

— Sin duda la veo.

— Pues bien, dentro de ella se encuentra la señora de Flavacourt.

— ¡Sola la de Flavacourt en esa silla! exclamó el rey.

— Sí, señor, sola absolutamente.

— ¿Pero quién la ha puesto ahí?

— Su ingenio.

— Pero explicaos, duque.

— Pues bien, señor; el señor Maurepas la ha echado de casa, y ella ha creído deber ponerse ahí bajo la protección de Dios, y...

— Y...

— Y del rey, señor.

Luis XV se echó á reír.

— Corred á buscarla, dijo; que le den una habitación y que busquen al instante á su hermana la Tournelle.

El duque de Gesvres no esperó que le repitieran la orden; bajó á toda prisa, tomó por la mano á la señora de Flavacourt y volvió á subir con ella á la presencia del rey.

Mandó el rey que se le diese la antigua habitación de la señora de Mailly, y le ofreció una plaza de dama de palacio. En cuanto á la señora de Tournelle, la colocaron en la habitación del señor de Vaureal, obispo de Rennes.

La señora de la Tournelle y la señora de Flavacourt, eran las mas hermosas de las cinco hermanas.

No tardó el rey en observar estas bellezas. Tenia inclinacion á las señoritas de Nesle, y comenzó desde luego á hacer la corte á las dos nuevas comensales que la dureza del señor y la señora de Maurepas le habian proporcionado.

Los Maurepas, por su parte, notando la atencion que el rey usaba con las dos hermanas procuraron reconciliarse con ellas, pero no lo consiguieron mas que con la señora de Flavacourt, que buena y sencilla, y sin ningun rencor, declaró que por su parte todo quedaba olvidado al menor paso que diesen el señor y la señora Maurepas. Pero la señora Tournelle al contrario, les juró y conservó un odio terrible.

Por lo demás, en el momento en que el rey fijaba su vista en estas dos señoras, hé aquí cuál era la situacion de ambas.

Ya hemos dicho que el marido de la señora Flavacourt se hallaba en el ejército. Pero á pesar de hallarse ausente, su mujer lo amaba tanto, que á las primeras insinuaciones del rey, le hizo comprender que ella no haria traicion á su esposo ni aun por un monarca.

La señora de Tournelle era viuda, pero tenia en aquel momento su corazon ocupado. Amaba al conde de Agennoir, hijo del duque de Aiguillon y sobrino de Richelieu.

Por esto Luis XV se dirigió á Richelieu, que en su calidad de pariente superior debia ejercer gran influencia en el joven conde. Pero el duque creyó que seria mas conveniente emplear la astucia que la persuasion, y encargó á una señora de la corte la mision de seducir al conde.

Durante este tiempo, la señora de Tournelle retirada

en Versalles, no veia mas que á las personas que el rey le permitia ver, y el conde de Agenoir no estaba contado entre ellas.

La señora de Tournelle se resistia sin embargo á las pretensiones de Luis XV, á quien habia confesado su amor al conde, de cuya fidelidad estaba segura.

Entonces fué cuando el señor de Richelieu comenzó su obra. La sirena que habia enviado á su sobrino, hacia diariamente progresos en el corazon del conde, al que su aislamiento entregaba desarmado. Pero entonces la señora fingia una ausencia; se ofrecian escribirse y se escribian.

La señora remitia á Richelieu las cartas del conde; Richelieu se las enviaba al rey, y el rey á la señora de Tournelle.

A pesar de estas pruebas escritas, la señora de Tournelle se habia mantenido firme, pretendiendo que imitaban la letra del conde; pero se hicieron tan tiernas estas cartas y se pusieron tan patentes las puebas de la infidelidad del conde, que la señora de Tournelle resolvió vengarse de su infiel amante.

En semejantes casos, solo hay una venganza posible, que es la pena del talion. La señora de Tournelle se convino con esta venganza, y ofreció al rey hacerlo su cómplice. Pero con una condicion.

La señora de la Tournelle aborrecia á su hermana la señora de Mailly, y además era muy orgullosa para venirse con la participacion tolerada por las señoras de Vintimille y de Lauraguais; exigió por consiguiente la separacion absoluta de la señora de Mailly.

El rey que ya no amaba á la señora de Mailly, ofreció á la Tournelle cuanto quiso.

Tal vez Luis XV se habria hallado muy embarazado para notificar esta desgracia á la señora de Mailly; pero

esta le abrió el camino para una explicacion, reconviendo al rey por su frialdad para con ella.

Luis XV era muy cruel para con las mujeres á quienes ya no amaba.

Se aprovechó de la ocasion, y dijo á la señora de Mailly que su frialdad era cierta, que él no sabia disimular, y que no amándola ya, no podia fingir una passion que habia dejado de existir.

Al oír esta respuesta, la señora de Mailly se deshizo en quejas y llanto cayendo de rodillas á los piés del rey.

Pero el encanto estaba deshecho, y la señora de Mailly tuvo que oír en aquella misma sesion por boca de su real amante que no solo ya no la amaba, sino que era preciso se retirase para dejar el puesto á su rival.

Entonces la señora de Mailly rogó, suplicó, ofreció representar con la señora Tournelle el mismo papel que habia hecho con sus hermanas Vintimille y Lauraguais; pero el rey implacable con ella, no le concedió mas que el término de dos dias para retirarse de la corte.

Este golpe era tanto mas cruel, cuanto no teniendo la señora de Mailly padre ni madre, y estando separada de su marido no sabia absolutamente adónde dirigirse al salir de Versalles.

Y aunque hizo presente al rey todo esto, se halló sin embargo con el coche que debia conducirla, que estaba pronto á su puerta á la hora señalada. Afortunadamente la condesa de Tolosa, que habia sido siempre su amiga, la llevó á su casa, en tanto que la señora Tournelle, convidada para ir á Choisy, tomaba públicamente posesion del puesto que su hermana habia ocupado.

Este viaje se verificó el 12 de noviembre. El rey dió

la mano á la señora de Tournelle y subió con ella en la góndola, en la que se colocaron además la señorita de La Roche-sur-Yon, la señora de Flavacourt, la señora de Chevreuse, el señor de Villeroy y el príncipe de Soubise.

Llegados á Choisy, la señora Tournelle se avergonzó de que reemplazando á su hermana, la reemplazaba con tanta facilidad y tan públicamente. Concluida la cena, como el rey la devoraba con los ojos, se aproximó á la señora de Chevreuse, á la que dijo:

— Querida mía, la habitación que me han dado es demasiado espaciosa y tengo miedo; como vos teneis fama de animosa, os ruego que me cedais la vuestra y ocupeis la mía.

Pero la señora de Chevreuse se guardó bien de aceptar este trueque, temia que ocurriese alguna equivocación real, en la que reconocida podría representar un papel muy triste.

— Querida amiga, le respondió; en Choisy no estoy en mi casa, sino en la casa del rey, y nada puedo hacer sino por su orden y con su anuencia.

Resultó pues que la señora Tournelle se vió obligada á permanecer en su habitación; pero como se avergonzaba de aceptar una sucesión tan rápida, se atrancó por dentro, y á pesar de los viajes nocturnos del rey, y á pesar de sus llamamientos amorosos á la puerta, ella se conservó encerrada.

Real ó calculada, esta defensa duró cerca de un mes, porque hasta el 10 de diciembre siguiente no se supo que la puerta mas piadosa se abriese aquella noche. Al levantar al día siguiente la cama de la señora Tournelle se encontró la caja de tabaco que S. M. habia olvidado bajo la almohada.

Esta noticia, la representación de *Mahomet* y un

carruaje que acababa de inventar el señor de Richelieu fueron el asunto de las conversaciones durante el último mes del año de 1742.

Fastidiado el señor de Richelieu por tener que dejar la corte para asistir á los estados del Languedoc, habia declarado que no iria sino durmiendo hasta Lyon, donde tenia precision de detenerse.

En consecuencia y para cumplir su promesa, inventó un carruaje de seis piés de largo, de movimiento muy dulce, suspendido en muelles dobles y que contenia una cama completa.

En la tarde del día 13 de diciembre fué llevado este carruaje al patio de Versalles, á donde bajó todo el mundo á verlo.

A las nueve hizo el duque de Richelieu que calentasen su lecho, se desnudó con la mayor modestia delante de las señoras, se despidió de los espectadores, y gritó á su cochero, á *Lyon*, dijo á su ayuda de cámara que lo despertase luego que llegasen, se caló hasta las orejas su gorro de dormir y se entregó al sueño.

En cuanto á la señora de Mailly, lo mismo que habia hecho La Valliere, llevó al Señor la ofrenda mas santa que una mujer puede hacer á Dios, la de un corazón despedazado por el amor. Habia entonces un predicador muy afamado que se disponia á predicar en las Nuevas católicas la cuaresma de 1743. Era el padre Renaud del Oratorio. La señora de Mailly fué á buscarlo para rogarle que la dirigiese, pero él se excusó con el pretexto de los grandes trabajos de que estaba encargado. Se dirigió ella entonces al arzobispo Vintimille, al que comunicó su designio de renunciar al mundo y hacer una austera penitencia. Pero el buen prelado, que como se verá al tiempo de su muerte, no tenia principios bastante fijos de religion, alabó su fervor,

pero le manifestó que la verdadera piedad no admitía ningún exceso, y que el silencio y la modestia eran lo que más convenía á una mujer, cuya penitencia sería un nuevo escándalo.

La señora de Mailly comprendió la santidad de este consejo y se retiró del mundo sin ruido. Se vió entonces á esta mujer de lujo, de placer y de deleite, convertida en modesta en sus trajes y rígida en sus costumbres, sufriendo con resignación piadosa no solo su desgracia, sino también las injurias que esta le acarrea. Llegó un día al sermón del padre Renaud, en el momento en que el ilustre predicador se colocaba en el púlpito, y como para llegar á su puesto se ocasionase algún movimiento, un hombre ordinario exclamó:

— ¡Tanto ruido para una ramera!

— Señor, respondió con humildad la señora de Mailly, ya que la conocéis rogad á Dios por ella.

Penetrado al fin el rey de la resignación de esta señora, después de haber prohibido que le hablasen más de ella, le hizo dar 30,000 libras de renta, una casa en la calle de Santo Tomás del Louvre, y mandó que se pagasen sus deudas.

Las deudas de la señora de Mailly ascendían á más de 700,000 libras.

Mientras la señora de Mailly hacía tan humildemente penitencia de las faltas que había cometido, su protector el señor de Fleury, el que la había juzgado tan bien, como una mujer sin intriga, como una favorita sin ambición, se preparaba á libertar á Luis XV de su tutela.

Hacia ya algún tiempo que esta tutela, bien recibida al principio por todos, se había hecho demasiado pesada para el rey y para la Francia. El cardenal que había titubeado al principio para encargarse del poder (á lo

menos según se decía) había acabado por encaramarse en él y vivía con un temor eterno de perderlo. Las caídas de los señores Chauvelin y Tremouille atestiguan sus terrores.

Por lo demás, el cardenal de Fleury, á fuerza de usurpar poco á poco la autoridad real, se había habituado á usurpar también sus prerrogativas. Se había hecho construir un dormitorio pequeño que era lo más ridículo del mundo. Todas las noches la corte entera, caballeros, plebeyos y ociosos esperaban á la puerta del dormitorio la hora en que el cardenal se recogía. Cuando este entraba en su gabinete se abrían las puertas para que los espectadores pudiesen asistir á su tocado de noche por completo.

Le veían ponerse la camisa de dormir y encima una bata muy mediana y peinar después sus blancos cabellos, ya bastante claros por su edad; y después se le escuchaba con el más respetuoso silencio, referir las novedades del día sazonadas con chanzonetas buenas ó malas, pero en las que se descubría siempre una alma pequeña, aunque los cortesanos que asistían, nunca dejaban de prodigar aplausos.

Todas estas cosas las veía Luis XV con enojo, pero con paciencia. Se asemejaba á esos herederos religiosos que le pagan á un viejo que debe tardar poco en morir, una renta vitalicia.

La reina era la que estaba más mal con el cardenal, porque la hacía carecer de todo y no tenía ninguna consideración para satisfacer sus deseos. Un día se hizo la reina superior al disgusto que le causaba el tener que hacer alguna petición, y como desease mucho obtener una compañía para un oficial, á quien ella protegía, se dirigió desde luego al señor de Augervilliers, ministro de la Guerra, el cual le dijo que era preciso hablase al

señor de Fleury. Pero este, según la costumbre, se disculpó con la reina con tan malas razones, que por cristiana que fuese la buena princesa, no tuvo fuerza suficiente para resistir tanta humillación y se quejó al rey.

— ¿Porqué no haceis lo que yo, señora? le dijo el rey; jamás pido nada á esas gentes.

Y en efecto, el rey se miraba como un príncipe de la sangre en desgracia, que no tenía ningún crédito en la corte, y se fastidió tanto de su ociosidad que una mañana se le ocurrió la idea de ocuparse en tejer tapices. El señor de Gesvres que estaba con él aplaudió su ocurrencia, y envió en el momento un correo á París que volvió al cabo de dos horas trayendo telar, estambre y agujas.

El rey puso al instante manos á la obra, y con tanto ardor, que comenzó cuatro sitios á un tiempo, lo que dió ocasión al duque de Gesvres para decirle:

— ¡Señor! vuestro abuelo Luis XIV nunca emprendió mas que dos sitios á la vez, pero V. M. ha comenzado cuatro; ¡tened cuenta!

El favor del duque de Gesvres llegó á su apogeo con motivo de la construcción de los tapices y del equívoco de las sillas y los sitios.

Aunque durante esta época la Europa y la Francia se hallaban en completa paz, y aunque no hubiese ninguna razón visible, la Francia se consumía de languidez. Se podría decir que ella era tan octogenaria con respecto á los siglos, como lo era su ministro respecto á los años. Las provincias del Maine, del Augoumois, del alto Poitou, de Perigord, el Orleans y el Berry; esto es, las mas ricas de Francia, se hallaban atacadas de una especie de fiebre lenta que las consumía.

Esta fiebre era el impuesto; la contribución que sacaba de sus venas el oro mas puro, el oro, esta sangre

de las naciones, que se absorbía el gobierno, cual sombrío vampiro.

Hasta la misma Normandía, este excelente país, sucumbía por las vejaciones de los contratistas. Los arrendadores de fincas rústicas estaban todos arruinados, y ninguno se presentaba. Los grandes propietarios se veían obligados á explotar sus tierras con sus mismos criados.

El señor Turgot, preboste de los mercaderes, fué el primero que dió la señal de alarma, elevando su voz en queja. El señor Harlay, intendente de París, hizo suspender la reparación de los caminos que se hacia por trabajo gratuito. El obispo de Mans vino de su diócesis á Versalles solo para decir que todo perecía en su obispado. Y en fin, el duque de Orleans llevó al consejo un pedazo de pan de helecho que le habia facilitado el conde de Argenson, y poniéndolo sobre la mesa del rey:

— ¡Señor! le dijo, hé aqui el alimento de vuestros vasallos.

También llegó á Versalles el obispo de Chartres y se expresó de una manera extraordinariamente atrevida en la presencia del rey al tiempo de levantarse S. M. Cuando la reina se hallaba comiendo preguntó el rey al obispo por el estado de su diócesis, y éste le respondió: que se habian apoderado de ella el hambre y la muerte; que los hombres pastaban la yerba como los carneros, y que en pos de la miseria que solo la sufría el pueblo, vendría la peste que alcanzaria á todas las clases.

La reina le ofreció entonces cien luises para sus pobres, pero los rehusó:

— Señora, le dijo, guardad vuestro dinero. Cuando se hayan agotado las rentas del rey y la de mi obispado, podrá V. M. auxiliar á mis pobres diocesanos, si conserva algo entonces.

En una de las ocasiones en que se hallaba el cardenal en su retiro de Issy, fué el rey á visitarlo y tuvo que atravesar el arrabal de San Victor. Como se supo de antemano que el rey habia de pasar por allí, se reunió una multitud de pueblo que gritaron á su tránsito, no ya viva el rey como era de costumbre, sino *miseria, hambre, pan.*

Entristeció tanto al rey esta manifestación que en vez de marchar á Issy se fué á Choisy, donde á su llegada hizo despedir á todos los operarios que trabajaban en objetos de lujo, y aquella misma noche escribió al cardenal cuanto habia ocurrido.

Quando esta situacion era ya bastante conocida en Versalles, llegó el señor de la Rochefoucault, el que hizo presente al rey, que sin duda no debia tener conocimiento del estado de las provincias, porque sus ministros le disfracarian la verdad.

— Señor duque, le respondió el rey; estoy tan bien informado de lo que pasa como el mejor, y sé además que en menos de un año se ha perdido la sexta parte de mi reino.

En estas circunstancias comenzaron á circular susurros de guerra europea con motivo de la muerte del emperador Carlos VI, y como los cortesanos parecían alarmarse por estos rumores, les dijo con mucha sencillez el cardenal:

— Señores, no hay cuidado, podemos estar tranquilos; la guerra es imposible porque en Francia no hay hombres apenas.

Y con efecto, se calculaba que durante los años de 1739, 1740 y 1741 habian muerto en Francia mas hombres de miseria que los que se habian perdido en todas las campañas de Luis XIV.

Por este tiempo comenzó á alterarse la salud del car-

denal, debilitándose á tal extremo que se creyó muy próxima su muerte, lo que él mismo conocia á pesar de las falsas listas de centenarios que publicaban los diarios. Pero á pesar de su debilidad no queria desprenderse de la autoridad, á la que se afianzaba mas y mas. Todos los dias, los ministros con que no podia despachar venian á darle cuenta y recibir las órdenes.

Pero se cuidaba tanto de alejar de su vista todo aquello que pudiese recordarle la muerte, que una mañana el marqués de Breteuil, secretario de estado del departamento de la Guerra, despues de haber trabajado con él se sintió indispuerto, y la familia del cardenal no le prestó ningun auxilio por miedo de que aquel suceso produjese en su señor una impresion fuerte; agarraron al moribundo y lo metieron en su carruaje, en el que murió al llegar á París.

En los dias 27, 28 y 29 de enero se disminuyeron de tal suerte las fuerzas del cardenal, que él mismo conoció que habia llegado su hora.

En estos tres dias le hizo el rey dos visitas. En la segunda llevaba consigo al delfin, y como procuraba tenerlo al jóven príncipe distante del lecho del moribundo:

— Dejadlo que se aproxime, dijo el cardenal; bueno es que se habitúe á estos espectáculos.

Estas fueron las últimas palabras que pronunció, y espiró el 29 de enero de 1743 á la edad de 89 años.

Un epigrama fué su oracion fúnebre.

« Hacíe cien años, decian, que está la Francia enferma. Tres médicos vestidos de encarnado la han asistido sucesivamente. Richelieu la sangró; Mazarino la purgó; Fleury la puso á dieta. »

Como para acompañamiento del duelo por la muerte

del cardenal ocurrieron en aquel tiempo muchas muertes de importancia.

El rey de Prusia había muerto y le había sucedido su hijo Carlos Federico, el mismo á quien su padre había querido hacer cortar la cabeza.

Luis Enrique de Borbon había muerto en Chantilly; era el sucesor del duque de Orleans, como primer ministro; y el amante de la señora de *Prie*.

La reina Ana de Neubourg, viuda de Carlos segundo, princesa pensionada de España, había muerto en Guadalajara.

Juan Bautista Rousseau había muerto en Bruselas, adonde hacia treinta años se había retirado.

El cardenal de Polignac había muerto en sus posesiones. El mismo á quien vimos figurar en el asunto del príncipe de Cellamare.

La reina viuda de España, Luisa Isabel de Orleans, había muerto en el Luxemburgo.

Rollin, autor de la historia antigua, había muerto siendo profesor de elocuencia en el Colegio real.

Y en fin, había muerto en Viena el emperador Carlos VI, y su muerte iba tal vez á comprometer la paz de la Europa.

CAPITULO IX.

Declara Luis XV que quiere gobernar por sí mismo. — Honores fúnebres de Fleury. — Retrato del rey. — La corte íntima. — Los caballeros y las señoras. — La señora de Maurepas. — La señora de Pica. — Las condiciones de la señora Tournelle. — Versos del señor Maurepas. — Estado de la Europa. — El señor de Belle-Isle. — Se declara la guerra. — María Teresa. — Federico II. — El elector de Baviera. — Mauricio de Sajonia. — El señor de Broglie. — Chevert en Praga. — El señor de Mailleboix. — La retirada del señor de Belle-Isle. — Guerra en Italia. — Los españoles. — Los ingleses. — Versos del señor Turgot.

Apenas había acaecido la muerte de Fleury, cuando el rey Luis XV, á semejanza de su abuelo Luis XIV, declaró que quería reinar y gobernar por sí mismo.

Y con efecto, el reinado de Luis XV no comienza en realidad sino despues de la muerte del cardenal de Fleury.

Principió por hacer unos honores fúnebres, casi reales, al ministro difunto. Hizo celebrar un oficio solemne en Nuestra Señora y mandó que se le erigiese un mausoleo en la iglesia de San Luis del Louvre.

Contaba entonces el rey de Francia 33 años; su porte era noble, su rostro bastante bello, su afabilidad extremada; rara vez se desprendía de sus labios una expresión dura; su juicio era recto y su tacto seguro; conocía bastante bien á los hombres y á las cosas, y repetía á menudo el dicho de Carlos V:

« Los literatos me instruyen, los negociantes me enriquecen, y los grandes me despojan. »

Con todas estas cualidades, su naturaleza era apática. No haría daño; pero lo dejaría hacer, no porque no tuviese la inteligencia suficiente para comprender el mal, sino porque no tenía la fuerza de voluntad necesaria para reprimirlo.

Ninguna mudanza se verificó en el personal despues del fallecimiento del cardenal.

Quedó Amelot en Hacienda, los señores Maurepas y San Florentin recibieron por colega al señor Argenson que entró en el ministerio de la Guerra en reemplazo del marqués de Breteuil, que como se ha dicho, acababa de morir. Orri conservó el registro de Hacienda, y Aguesseau permaneció de canciller.

De este arreglo resultaba que poniéndose el rey, como decía, al frente de la dirección de los negocios, no tomaba sobre sí ningún cargo grave; los negocios seguían el impulso dado, y la máquina gubernamental marchaba por sí sola.

Luis XV por otra parte se hallaba en aquellos momentos mucho más ocupado en sus amores que en la política.

Rodeado por Meuse, el conde de Noailles, el duque de Agen, Villeroy, Guerchy, Coigny, Fitz-James, Aumont, Goutant y Richelieu, continuaba el rey tejiendo tapices, y todo el mundo lo imitaba, hombres y mujeres.

La nueva corte de la señora de la Tournelle se componía de las princesas de Conti, de Charolais, de la Roche-Sur-Yon; de las señoras de Antin, de Soubise, de Egmont, de Bouffleurs y de Chevreuse. Solo la señora de Maurepas no hacía la corte á la Tournelle, ó por mejor decir, la Tournelle no capitulaba con la Maurepas, á la que la Tournelle y sus amigas llamaban la Dama de Pica.

Cuando la señora de la Tournelle se había entregado al rey, debe recordarse que fué despues de haberse resistido por mucho tiempo.

A semejanza de los gobernadores de plazas fuertes que se venden, así había ella gastado aquel tiempo en discutir y hacer aceptar sus condiciones. Enrique IV había comprado París al señor de Brissac; su cuarto sucesor, Luis XV, tuvo que ratificar las condiciones que impuso la cuarta hija del marqués de Nesle.

Hé aquí los artículos de la capitulación del 10 de diciembre de 1742, propuestos por la señora de la Tournelle y ratificados por el rey.

ARTÍCULO PRIMERO.— Mi hermana, la señora de Mailly, saldrá de Versalles y será encerrada en un convento.

ART. 2º.— Mi título de marquesa se trocará por el de duquesa, con los honores y distinciones anejos á esta dignidad.

ART. 3º.— Me proporcionará el rey una fortuna tal, de que no pueda privarme ningún acontecimiento, y mi fortuna será independiente de todas las variaciones que puedan ocurrir en las inclinaciones de S. M.

ART. 4º.— En caso de guerra, se pondrá el rey á la cabeza de sus ejércitos; no queriendo la señora de la Tournelle que se le acuse de haber estorbado que el rey cumpla con sus deberes de soberano.

Ya hemos referido cómo había sido cumplida por Luis XV la primera de las condiciones, que convirtió á pesar de todo el claustro en un palacio en la calle de Santo Tomás del Louvre.

« Luis, por la gracia de Dios, etc., etc. Siendo el derecho de conferir títulos y honores, uno de los atributos más sublimes del poder supremo, los reyes nuestros predecesores nos han dejado muchos monumentos del uso

que han hecho de este poder en favor de las personas, cuyas virtudes y mérito han querido ilustrar.

» Considerando en consecuencia que nuestra querida y muy amada prima María de Mailly, viuda del señor marqués de la Tournelle, es descendiente de una de las primeras familias de nuestro reino, enlazada con la nuestra y con las mas antiguas de Europa; que sus antecesores han hecho de muchos siglos á esta parte grandes é importantes servicios á nuestra corona, hemos tenido por conveniente darle por nuestro decreto de 20 de octubre último (1743), el ducado de Chateauroux con todas sus pertenencias y dependencias, sito en Berry, que hemos adquirido de nuestro muy querido y amado primo Luis de Borbon, conde de Clermont, principe de nuestra sangre. Y por el mismo decreto habemos mandado se expidan en favor de nuestra dicha prima, todos los títulos y documentos necesarios, y en consecuencia del mismo decreto ha tomado el título de duquesa de Chateauroux y disfruta en nuestra corte los honores correspondientes á este título. »

Este título le fué remitido á la señora de la Tournelle en una cajita, que contenia además un contrato de 80,000 libras de renta.

El señor Maurepas habia sido vencido; la señora de la Tournelle era duquesa, era la favorita del rey, tenia su fortuna asegurada, y lo que era un favor superior á todos, tenia asiento en la corte.

La última estipulacion de la señora de la Tournelle, que exigia que el rey se pusiese al frente de sus ejércitos no estaba destituida de fundamento.

La muerte de Carlos VI habia puesto en peligro la paz de la Europa.

En virtud de una pragmática-sancion, María Teresa, gran duquesa de Toscana, su hija primogénita, habia

sido reconocida por los grandes, por el ejército y por la magistratura, como heredera y soberana de los estados que componian la sucesion de su padre.

Veamos cuál era la situacion de Europa cuando acaeció la muerte del emperador.

El ministerio del cardenal de Fleury habia luchado sin cesar con el solo objeto de conservar la paz. Las guerras de Italia y de Alemania habian hecho titubear por un momento al ministro; pero en el momento que se le presentó una ocasion favorable, la aprovechó, terminando esta guerra en 1738 por el tratado de Viena.

El turco desolaba la casa de Austria; el cardenal se interesó por la situacion del emperador, y su embajador, el marqués de Villeneuve, obligó á la Puerta á que concluyese con el imperio el tratado de 1739.

Agitada Génova por las facciones, envió el cardenal tropas á Córcega para comprimir allí una insurreccion que hubiese complicado la situacion de los genoveses.

Todas las naciones, inclusa la España y la Gran Bretaña, miraban á la Francia como una madre comun que tenia la mision de mantener la paz entre sus hijos, los reyes de Europa.

Existia por desgracia entre estos soberanos, un rey que nunca habia sido sumiso y dócil. Era Federico II, el cual, como se ha dicho, acababa de heredar el trono de su padre, y con el trono veinte millones de escudos y ochenta mil soldados perfectamente uniformados.

Este ejército, no tal vez el mas numeroso, pero sí el mejor y mas regular de Europa, tenia además todo su material completo.

Habria bastado una sencilla orden del rey para que todo el ejército con su material hubiese entrado al instante en campaña.

Por esto escribia el señor de Beauveau, embajador de

Francia cerca de Federico, que el rey de Prusia se sofocaba en su reino, y que necesitaba un lecho mas grande para reposar.

¿Y á costa de quién habria podido el rey de Prusia adquirir ese mayor lecho que necesitaba? Era evidente que no podia ser sino á costa del Austria.

Para este objeto tenia Federico II dos aliados naturales: la España y la Francia.

La España, en la guerra de 1733, le habia ya tomado al Austria el reino de Nápoles, y á cada ocasion que se presentaba, no dejaba de reclamar á diestro y siniestro algunos trozos de provincia ó alguna prerogativa honorífica.

Así es, que apenas subió al trono María Teresa, le pidió á esta le cediese la orden del Toison de oro. La reina, que era la que en España lo dirigia todo, habia averiguado, que conforme al derecho público de Austria, heredaban las mujeres las soberanías de sus padres, y que de consiguiente, todo lo que Carlos VI habia dejado á María Teresa, pertenecia de derecho á Felipe V, heredero por las mujeres de un heredero de Carlos V.

En cuanto á la Francia, el Austria era su antigua enemiga; la política de Enrique IV, de Richelieu y de Luis XIV, tendian constantemente á reducirla. Le habian quitado poco á poco los medios de llegar á ser nunca potencia marítima; la habian circunscrito en el continente y confinado en el fondo de la Alemania; y así como en la última guerra, la España le habia quitado á Nápoles, la Francia le habia tomado la Lorena.

Lo que convenia á los intereses de la Francia y de la España, no debia convenir naturalmente á la Inglaterra: la alianza de la Francia con la Gran Bretaña habia sido siempre corta y agitada. La Francia en posi-

cion de ser á un tiempo potencia marítima y continental, debe causar continuamente celos á la Inglaterra. Solo los intereses de familia pueden tener unidos á sus gobernantes; pero nunca los intereses del pueblo.

En cuanto á la España, hacia ya tiempo que se hallaba empeñada en guerra con la Inglaterra; vamos á manifestar la razon porque la Inglaterra habia declarado esta guerra.

Por los tratados de Utrecht y de Sevilla podian enviar los ingleses todos los años á las posesiones españolas en América un buque de quinientas toneladas, cargado de mercaderías. Pero una vez fondeado este buque, en cualquiera rada, dejaba de ser un buque de transporte, y se convertia en un almacen, que á medida que se vaciaba en la colonia, venian buques menores contrabandistas á traerle nuevas mercaderías, de suerte que los españoles nunca veian el fin del interminable cargamento de este buque; y el comercio de las colonias españolas, amenazaba pasar por entero á manos de los ingleses.

Se decidió entonces la marina española á hacer á los contrabandistas una guerra encarnizada.

Fué apresado un buque pequeño inglés en flagrante delito; lo mandaba un inglés llamado Jenkins; el capitán español hizo poner grillos á toda la tripulacion, y mandó cortar las orejas y la nariz al patron.

De vuelta á Inglaterra se presentó Jenkins al parlamento, así mutilado, y fué acogido con admiracion, mientras que en el exterior del parlamento los gritos del pueblo inglés pedian venganza.

Interrogado Jenkins refirió sencillamente los pormenores de su apresamiento y de su suplicio, añadiendo en seguida:

— Luego que me cortaron la nariz y las orejas me

amenazaron con la muerte, y yo la esperaba resignado recomendando mi alma á Dios y mi venganza á vuestra justicia.

Entonces el parlamento no pudo hacer otra cosa que repetir el grito del pueblo, y se declaró la guerra á España.

Tal era la posición de todas las potencias, cuando María Teresa fué proclamada emperatriz de Austria.

Tenia entonces María Teresa 23 años de edad, de hermoso rostro y majestuosa talla; conservaba toda la tranquilidad de su carácter, aunque conocia que toda la Europa la amenazaba y se preparaba á despojarla.

Y con efecto, la España se alistaba para hacer la guerra en sus posesiones de Italia.

El rey de Cerdeña ambicionaba posesionarse del Milanesado.

Federico permanecía extendido y fortificado en la Silesia.

Y la Francia dirigia sus tropas á las Flandes y al Rin.

Tambien esta vez el cardenal de Fleury, aunque decia que no habia hombres para la guerra, se habia visto obligado á conformarse con ella.

El señor de Belle-Isle lo habia decidido.

El conde de Belle-Isle, sostenido constantemente en todos sus proyectos por el caballero de Belle-Isle, hombre casi tan notable como él, habia improvisado un plan diplomático y militar de la mayor importancia. El consejo se habia ocupado diez sesiones en examinarlo; y á pesar de la silenciosa oposición del cardenal de Fleury, el plan fué aprobado, y viendo entonces el cardenal la tendencia general, no solo se unió al movimiento, sino que quiso dirigirlo.

Pedia el conde de Belle-Isle cien mil hombres.

Fleury puso alguna dificultad en este número, porque cien mil hombres en campaña iban á consumirle en un año todo cuanto habia economizado en diez.

Entonces presentó al rey el señor de Belle-Isle una estadística en la que mil y quinientos caballeros de 17 á 30 años pretendian emplearse personalmente en el servicio, y sacrificar su patrimonio por la gloria de la Francia. Casi sin otro auxilio mas que el que le prestase la nobleza se podrian llevar ciento y cincuenta mil hombres á las orillas del Rin.

Apoyó el rey las ideas del conde de Belle-Isle: veia que en esta guerra iba á ganar para la Francia las fronteras del Rin. Aun titubeaba Fleury, pero el rey declaró que tenia contraidos compromisos con el rey de Prusia, y el elector de Baviera. En su consecuencia, se dieron instrucciones al señor de Belle-Isle para marchar á Berlin y á Munich, y fué perfectamente recibido por el rey Federico y el elector Carlos Alberto.

Tenia el rey de Prusia cincuenta mil hombres en Silesia, y el elector de Baviera tenia treinta mil sobre el Inn y el Daubio.

Pedia cuarenta mil franceses, ofreciendo apoderarse de la corona imperial, y una vez declarado emperador, cedia á la Francia la orilla izquierda del Rin.

En cuanto á María Teresa, se la dejaria permanecer como reina de Hungría.

Recibió el elector Carlos Alberto los cuarenta mil hombres que habia pedido, y fué nombrado generalísimo de los ejércitos francés, bávaro y sajón. ®

Otro ejército de cuarenta mil hombres, á las órdenes del mariscal de Maillebois, se concentró en Westphalia para contener á los hannoverianos y al territorio de Brunswick, y vigilar á los estados de Holanda y los Países Bajos austriacos.

Por esto escribía María Teresa á su suegra la duquesa de Lorena el 18 de mayo de 1741 :

« No sé si me quedará hoy alguna poblacion en que pueda recogerme. »

Rodeada por tales peligros, hizo María Teresa una manifestacion á sus fieles húngaros. Se presentó á la dieta llevando en brazos á su hijo, y los palatinos exclamaron al verla :

« *Moriamur pro nostro rege Maria Theresa.* »

Y en cambio de este grito de entusiasmo, prestó María Teresa el antiguo juramento del rey Andrés II, que se remontaba al año de 1222, concebido en estos términos :

« Si yo ó alguno de mis sucesores, en cualquiera época que sea, quisiese infringir vuestros privilegios, que en virtud de esta promesa que acabais de hacerme, os sea permitido á vosotros y á vuestros descendientes, defenderos sin ser tratados de rebeldes. »

Era un magnífico espectáculo ver á esta emperatriz con su hijo en brazos, pidiendo socorros á sus pueblos. Esta escena de la dieta de Hungría, tuvo eco en Europa. La emperatriz de Rusia, jóven y bella, se declaró en favor de otra emperatriz, también jóven y hermosa como ella, Walpole, el aliado que habia sido del cardenal de Fleury, acababa de caer en Inglaterra; Carteret, enemigo de la Francia, le sucedió. La duquesa de Marlboroug se proclamó la admiradora de María Teresa, y se puso al frente de una suscripcion que produjo ocho mil libras esterlinas. Los estados generales de Holanda le ofrecieron un empréstito de tres millones de ducados. La campaña se abría con todos los elementos de una guerra general.

Toda la nobleza de Francia se habia alistado en las

banderas. El mariscal de Broglio, que mandaba el ejército de Bohemia, tenia á sus órdenes á Mauricio de Saxe, á d'Aubigné, Boufflers, Tessé, Clermont, el duque de Biron, y en fin, á Chevert, que no era todavía mas que jefe de batallon en el regimiento de Beaume, y que en aquella campaña debia alcanzar el grado de mariscal de campo y el cordon rojo.

El 25 de noviembre de 1741, fué tomada por asalto Praga. Chevert, al frente de los granaderos, se habia lanzado á la muralla; pero un momento antes de marchar á ella, habia llamado á un sarjento, y le habia dicho, señalándole el ángulo de un bastion :

— Atiende bien. ¿ Subirás por allí ?

— Sí, mi coronel.

— Cuando te aproximes al muro te darán el quién vive.

— Sí, mi coronel.

— Tú no respondas. Repetirán otra vez, quién vive.

— Sí, mi coronel.

— No respondas tampoco, y volverán por tercera vez á gritar : ¿ Quién vive ?

— Sí, mi coronel.

— Tampoco has de responder esta vez, y te dispararán un tiro.

— Sí, mi coronel.

— Pero no te darán.

— Sí, mi coronel.

— Y entonces matarás tú al centinela.

— Sí, mi coronel.

— Y entonces llego yo á tu lado para socorrerte.

— Sí, mi coronel.

El sarjento marchó; todo acaeció como Chevert lo habia dicho, y él llegó al lado del sarjento como lo habia ofrecido.

Tomado Praga, se hizo de esta plaza el centro de las operaciones. Federico estaba en Moravia; Carlos Alberto, elegido emperador por la dieta de Francfort, fué proclamado en Bohemia. Ya se amenaza á Viena, las avanzadas del ejército francés están mas allá de Lintz, y marchan sobre la abadía de Meth. De repente se ve que María Teresa vuelve á tomar la ofensiva; y se sabe que por mediacion de la Inglaterra se ha firmado el tratado de Breslaw, entre la emperatriz y el rey de Prusia.

En pos de este tratado, por el que Federico II reconoce á María Teresa, como emperatriz de Austria, en cambio de la Silesia, se ve venir la coalicion de los pueblos del Norte contra la Francia.

Inglaterra, Dinamarca, Prusia, Rusia y Austria.

Por esto los prusianos y los sajones nos faltaron á la vez; sesenta mil hombres abandonan á un tiempo la línea de operaciones, y de la noche á la mañana los bávaros se ven envueltos por los austriacos, que no tienen necesidad de hacer frente á un enemigo que se ha convertido en aliado. Passaw y Munich en poder de los imperiales, cortan la retirada.

Pero el conde de Belle-Isle, creado mariscal por el rey, acaba de llegar á Praga. Hombre de recursos, el genio de la guerra es en él lo que el genio de la hacienda era en su abuelo.

El mariscal de Broglie, abandonado por los sajones y los prusianos, marchará sobre Praga, donde se encontrarán todas las tropas que se puedan reunir, y entonces, abriéndose paso, se emprenderá la retirada sobre el ejército del mariscal de Maillebois, que estaba en Westphalia.

Esta concentracion se verificó sin gran pérdida; el ejército francés maniobró con admirable precision, y se reunieron treinta mil hombres.

Sesenta mil austriacos, á las órdenes del príncipe Carlos de Lorena, avanzaron hácia Praga.

La noche misma de su llegada, sin darles tiempo para reposar, hicieron una salida doce mil franceses, dispersaron á los austriacos y les hicieron dos mil prisioneros.

Los franceses perdieron al señor Tessé, muerto en la pelea, y el señor Biron herido.

Llegan á París los correos que anuncian la defeccion de Federico: los ejércitos del Rhin y de Westphalia pueden marchar al socorro de los treinta mil franceses encerrados en Praga.

En el ínterin se propone en el consejo que se entablen negociaciones, que se reconozca á María Teresa como emperatriz, y salgan de Praga libres los franceses.

Pero el rey hace observar el fatal efecto que ha de producir la capitulacion de Praga.

El registrador general, Orri, declara que tiene ochenta millones á disposicion del rey para el servicio del Estado y el bien de la patria.

Se determina no negociar. Que se envíe orden á Maillebois de hacer una marcha rápida sobre el Danubio y auxiliar la guarnicion de Praga.

Franceses y austriacos, sitiados y sitiadores, saben al mismo tiempo la marcha de Maillebois.

Despues de cincuenta y seis dias de trinchera, levanta el sitio el príncipe Carlos, y se aleja á favor de la noche para marchar contra Maillebois.

Al instante, el mariscal de Broglie abandona con su ejército el campo atrincherado; Mauricio de Sajonia, que conocia la Bohemia, le sirve de guia; comienzan por libertar la guarnicion de Egrea, y por este medio se ponen en comunicacion con el mariscal Maillebois.

En el momento dispone el mariscal de Belle-Isle la evacuacion de Praga, en la que queda solo Chevert con cuatro mil hombres.

Al cabo de doce dias de marchas admirables, los señores de Broglie y Belle-Isle se reunen al mariscal de Maillebois.

Queda Chevert en Praga con sus cuatro mil hombres, para los que obtendrá una capitulacion con todos los honores de la guerra.

La España por su parte habia invadido la Italia, reclamando á Parma y el Milanesado; pero para esta reclamacion no podia contar con la alianza del Piamonte. Parma y el Milanesado han sido siempre el objeto de la eterna ambicion de la casa de Saboya; por esto la casa de Saboya se adhiere al Austria, su enemiga eterna. Los españoles, secundados por los napolitanos, son los solos que operan en Italia, cuando de repente se aparece en la bahía de Nápoles una escuadra de seis navios de linea, de sesenta cañones y seis fragatas, todos con pabellon inglés.

El comodoro Martyns mandaba esta flota. Él mismo no sabia lo que venia á hacer en el mar Tyrreno. Tenia despachos cerrados con orden de no abrirlos sino en el golfo de Nápoles.

Llegado á su destino abre sus despachos. Estos contenian la orden para bombardear á Nápoles, si en el término de una hora no se comprometia el rey á retirar sus tropas de la Italia baja y á conservarse absolutamente neutral.

Quedaron, pues, solas y aisladas las tropas de Felipe V ante las tropas austriacas que se hallaban prontas en Italia.

De esta suerte, en menos de tres meses, no solo se habia levantado de su abatimiento la casa de Austria,

sino que tambien se habia coligado con todas las naciones que habia en Europa mas hostiles á la Francia; y el estampido del cañon iba á retumbar desde Nápoles á Strasburgo, del Océano al Mediterráneo.

En estas circunstancias fué cuando falleció el cardenal de Fleury, y cuando la señora de Chateauroux, á semejanza de Inés Sorel, estipuló como condicion de su amor, que el rey de Francia habia de tomar en persona el mando de sus tropas.

CAPITULO X.

El rey quiere marchar al ejército. — Maurepas, Richelieu y la señora de Chateauroux le excitan á que lo verifique. — Marcha del rey. — Su escolta. — La señora de Chateauroux permanece en París. — La señora de Etioles. — Jornadas del rey. — Partida de las señoras de Chateauroux y de Lauraguais. — Mal efecto que produjo su presencia en el sitio de Ipres. — Se marchan á Dunkerque. — Pasa el Rhin el principe Carlos. — El rey en Metz. — El señor de Suze aposentador general. — Enfermedad del rey. — El señor de Richelieu. — Los tres partidos. — Sentimiento del pueblo. — El padre Perusseau, confesor del rey. — Boletin de la enfermedad de Luis XV. — El conde de Clermont. — El señor de Richelieu y Luis XV. — El señor de Soissons. — La Peyronie. — El señor de Champeenetz. — El señor de Bouillon. — Triunfo de los enemigos de la duquesa. — Se les manda salir á ella y á su hermana. — La reina. — El señor de Chatillon. — El delfin. — El señor de Chatillon cae en desgracia.

Una doble intriga incitaba al rey á ponerse al frente de su ejército.

El señor de Maurepas por una parte, que queria separar al rey de su querida; y el señor de Richelieu por otra, que queria combatir á presencia del rey.

En cuanto á la señora de Chateauroux, como el duque de Richelieu le habia empeñado su palabra, de que ya de un modo ú otro conseguiria que ella se reuniese con el rey en el ejército, incitaba tambien por su parte al rey para que se pusiese á la cabeza de sus tropas.

Cuatro cuerpos de ejército se habian puesto en pié de guerra, uno en Provenza, dos en Flandes, y el cuarto en el Rbin.

Mandaba el primero, el principe de Conti.

El segundo, el mariscal de Noailles.

El tercero, el mariscal de Sajonia.

El cuarto, el mariscal de Coigny.

La escuadra francesa mandada por el almirante Court, acababa de batir el 22 de febrero de 1744 á la escuadra inglesa en frente de Tolon. Este era un hermoso principio de campaña, tanto mas cuanto los franceses no tenian mas que veinte y siete navíos, y los ingleses cuarenta.

El 2 de mayo, comió el rey de ceremonia con la reina; y la comida se terminó sin que se hubiese hecho mencion del viaje. Despues de comer entró Luis en el cuarto de la reina, con la que habló de algunas cosas indiferentes.

Al salir del cuarto de la reina, dió las órdenes para recogerse y entró en su habitacion como para acostarse; pero no hizo mas que cambiar de vestido, abrazó con ternura al delfin, escribió á la delfina; dejó cuatro renglones para la reina, en los que le manifestaba que los excesivos gastos que se ocasionarian por su viaje, le forzaban á dejarla en París. Envió despues á Placencia, casa de campo de Páris Duvernoy, á las señoras de Chateauroux y de Lauraguais; mandó que lo acompañase el padre Perusseau, su confesor, entró á

rezar en la capilla, y subió despues al coche con el primer escudero, el duque de Agen y Meuse. Su capellan, el obispo de Soissons, y el marqués de Verneuil, que le llevaba la pluma, le seguian en otro caruaje. El señor de Maurepas por su parte salia para visitar los puertos; el cardenal de Tencin marchaba á Lyon; y Orri, San Florentino y el canciller quedaban en París para el despacho de los negocios del Estado.

La marcha del rey se verificó el 3 de mayo de 1744.

Aunque la señora de Chateauroux estaba segura de que no tardaria en reunirse con el rey, no pudo verlo marchar sin inquietud. Habia oido pronunciar dos ó tres veces á su inmediacion el nombre de la señora de Etioles, y siempre que lo escuchaba parecia que un fatal presentimiento asombrase sus amores.

El nombre de la señora de Etioles debia en adelante representar un tan gran papel bajo el nombre de marquesa de Pompadour.

Habia corrido la voz de que la señora de Etioles estaba enamorada del rey. Dos ó tres veces se habia aparecido en las cacerías, en el bosque de Senart, y con tan brillantes trenes, vestida con tanta ligereza y tanta coqueteria, que en las reuniones no se hablaba mas que de ella.

La duquesa de Chevreuse tuvo un dia la imprudencia de pronunciar delante del rey, el nombre de la elegante Etioles, y la señora de Chateauroux le dió tal pisoton que cayó con un síncope.

A la mañana siguiente, fué la señora de Chateauroux á ver á la de Chevreuse que se hallaba enferma en cama de resultas de la pisada y le dijo:

— ¿Pues no sabeis que tratan de hacer que el rey me abandone por la señora de Etioles, y que los ami-

gos de esta y mis enemigos buscan los medios que aun no han alcanzado para conseguirlo?

Estos temores de la señora de Chateauroux, habian contribuido para que ella insistiera con empeño en que el rey marchase á tomar el mando de las tropas.

El 12 llegó el rey á Lila.

El 15 pasó revista en el campo de Giromy.

El 17 comenzó el sitio de Menin.

El 7 de junio, entró el rey en Menin como vencedor.

El 8 las señoras de Chateauroux y de Lauraguais salieron por la noche de la casa de campo de Placencia y tomaron el camino de Lila.

El 17 marchó el rey á sitiar á Ipres, y entretanto las señoras de Chateauroux y Lauraguais se habian incorporado al ejército, donde la presencia de estas dos señoras produjo muy mal efecto.

Por esto, despues de la toma de Ipres, se decidió el rey á enviarlas á Dunkerque. Los soldados las llamaban las cantineras y cantaban bajo sus ventanas las canciones mas insultantes, por el camino y hasta en presencia del rey.

En Dunkerque, adonde fué el rey á reunirse con las dos hermanas, supo que el príncipe Carlos habia pasado el Rhin el 13 de julio; y se decidió á marchar en persona á socorrer á Alsacia. Las señoras de Chateauroux y Lauraguais, le acompañaron; y durante la travesía tuvo cuidado el conde de Suze, aposentador general, de proporcionar que entre la habitacion del rey y la de la duquesa hubiese comunicacion.

El rey debia permanecer en Metz; de consiguiente procuraron que en este pueblo, como en los otros, hubiese comunicacion entre su alojamiento y el de la duquesa. Pero esta señora tuvo que situarse en la abadía de San Arnault, que su abad el obispo de Marsella

habia alquilado al primer presidente, quien cedió su habitacion á la duquesa. Y como se hallaba demasiado distante del rey, fué necesario construir unas galerias que pasasen desde la abadía al cuarto del rey. Para ejecutar esta obra se dió por pretexto que el rey queria pasar á cubierto desde su habitacion á la iglesia; pretexto que á nadie satisfizo; y como fué necesario cerrar cuatro calles y quitarlas de la circulacion para construir la galería, á los habitantes de la ciudad les pareció muy escandaloso el ejemplo que daba el rey á sus amados y fieles vasallos de la provincia.

Desde su salida de Paris habia sufrido el rey grandes molestias. Luego que llegó á Metz, se sintió indispuerto. Una tarde, la del día 8, le atacó un dolor tan fuerte de cabeza que tuvo que sangrarse aquel mismo día, y el día 9 se purgó. Y Casera, su médico, declaró el mismo día, que siendo bastante grave la enfermedad del rey, no podia responder de su curacion, á menos que no se observase un método muy rígido, y sobre todo que gozase el rey de la mas completa tranquilidad.

Desde entonces se cerraron todas las puertas por orden del duque de Richelieu, y no se permitió que el rey fuese servido sino por sus criados de mas confianza, por el duque de Richelieu y por las señoras de Chateauroux y de Lauraguais.

Mientras esto ocurría se habian formado tres partidos en un instante mismo.

El partido de los ministros.

El partido de los príncipes.

Y el partido del favorito y las favoritas.

Del partido de los ministros, que tenia el mismo interés que el de los príncipes, era jefe el señor Maurepas.

Componian el partido de los príncipes, los señores

Chartres, Bouillon, La Rochefoucault y Villeroy; Fitz-James, obispo de Soissons, capellan mayor, y el jesuita Perusseau, confesor del rey.

Las dos favoritas del rey, el duque de Richelieu, Meuse, los ayudantes de campo y los ayudas de cámara, componian el tercer partido.

El partido de los príncipes, reunido al señor Maurepas, se habia decidido á penetrar en la habitacion del rey; y aprovechándose de su mal y de la debilidad que este debia haber producido en su espíritu, conseguir que se hiciese salir del palacio á las señoras de Chateauroux y de Lauraguais.

Estas dos señoras, por su parte, y el duque de Richelieu, habian resuelto hacerse firmes en el cuarto del rey, así como una guarnicion sitiada se sostiene en su fortaleza hasta el último momento.

La señora de Chateauroux sabia que se habia hecho una convencion entre los príncipes, el obispo de Metz y el capellan mayor Fitz-James, y que no se le daría al rey la absolucion, sino con la condicion de hacerla marchar.

Por lo que se ha visto se observará, que entre todos estos grandes, príncipes, ministros, cortesanos, favoritos y queridas, la cuestion de la vida ó la muerte del rey no era mas que secundaria; la sola y única cuestion era si habia de marcharse ó quedarse la favorita.

Solo el pueblo, siempre tan bueno, tan leal y tan grande, era el que se interesaba en la enfermedad y rogaba á Dios por la conservacion de su rey.

Quedaba todavía un recurso á las favoritas, que era el de negociar directamente con el padre Perusseau, confesor del rey, si se podia, y que en lugar de que el augusto enfermo fuera confesado y absuelto por el obispo de Soissons, fuese confesado y absuelto por su

confesor ordinario, y entonces todo podria arreglarse.

En consecuencia se hizo otra excepcion para el padre Perusseau, al que se introdujo en el cuarto del rey, y se le condujo á un gabinetito en el que lo aguardaba la señora de Chateauroux, la que, conociendo que no debia perderse tiempo, estableció desde luego la cuestion.

— Padre, le dijo, respondedme con franqueza; en el caso de que el rey pidiese la confesion y los otros sacramentos, ¿tendria yo precision de marcharme?

Procuró el jesuita desde luego eludir la cuestion.

— Pero, señora, dijo, si el rey tal vez no se confesará.

— Sí se confesará, respondió la duquesa, porque el rey tiene religion, y yo tambien; y yo seré la primera que le exhortaré á que se confiese, por el buen ejemplo. Yo no quiero cargar con la responsabilidad de que no se confesase; pero ahora no se trata mas que de evitar un escándalo; decidme, pues, si se me mandará salir.

El jesuita permaneció silencioso á esta pregunta, contentándose con mover las cejas, los hombros y las manos.

— Veamos, continuó la duquesa, reflexionad y determinaos. Yo no pretendo nada mas que marchar en secreto; porque ya debeis comprender que lo que trato de evitar es un escándalo, escándalo que seria aun mas terrible para el rey que para mí misma.

Forzado al fin en sus atrincheramientos el padre Perusseau, se decidió á responder.

— Señora, le dijo; yo no puedo determinar de antemano la confesion del enfermo; no conozco la vida del rey; de lo que me diga dependerá mi conducta; pero en cuanto á mí, tengo formada mala opinion de vuestras relaciones con el rey.

— Si con eso quereis significar que creéis que mis relaciones con el rey son puras, no titubearé en deciros que estais equivocado, padre, respondió la duquesa, y si necesitais que os hagan revelaciones, por mi parte os confieso desde luego que hemos pecado, y que hemos hecho todos los pecados que hemos podido hacer; y por costumbre, con premeditacion y con placer. Ahora bien, veamos, ¿os parece el caso bastante grave para que se me arroje de aquí por el rey moribundo? ¿No habrá excepcion para un rey?

El padre Perusseau se hallaba en una situacion grave.

Bien sabia que por el partido de los príncipes y el de los ministros se habia decidido, que si el rey se confesaba, se mandaria salir de la corte á la señora de Chateauroux; pero si el rey no se confesaba y se curaba sin haberse confesado, la señora de Chateauroux quedaria siendo la favorita, y entonces seria el padre Perusseau el que tendria que salir, tomaria S. M. otro confesor, un franciscano, un teatino, ó tal vez un agustino, lo que seria un gran sentimiento para la Compañía de Jesus, que perdía la direccion de la conciencia del rey.

No respondia, pues, el padre Perusseau, procuraba ganar tiempo.

Entonces se mezcló en la conversacion el duque de Richelieu.

— ¡Oh padre Perusseau! le dijo, sed galante con las damas; conceded al instante á la señora de Chateauroux el favor de que salga de la corte sin escándalo; ya veis que vuestros *porques*, vuestros *tal vez*, y vuestros *si es* nos deconsuelan.

Cuanto mas hostigado se veía el padre Perusseau, mas mudo permanecia.

— Mirad, le dijo el duque con aquellas maneras que eran originales y solo propias suyas; mirad, mi reverendo padre, yo veo que sois insensible á la hermosura de las mujeres; pues bien, añadió, echándole los brazos al cuello; haced por mí, que he sido siempre amante de los jesuitas, lo que los padres de la Iglesia, mas galantes, han permitido muchas veces hacer en circunstancias semejantes á los confesores de los reyes.

El padre Perusseau permanecia inflexible.

Entonces se aproximó á él la señora de Chateauroux, y acariciándole las mejillas con sus lindas manos, le dijo con voz dulce y cariñosa:

— Os juro, padre Perusseau, que si os convenís á evitar el escándalo me retiraré de las habitaciones del rey durante su enfermedad; no volveré ya á la corte sino como su amiga, pero nunca como su querida. Hay mas, me convertiré, y seréis mi confesor.

La oferta era tentadora, pero no bastó sin embargo á seducir al padre Perusseau, que continuó dejando siempre en la incertidumbre al favorito y á la favorita.

Los príncipes y los ministros no esperaban un desenlace cualquiera con menos ansiedad que la señora de Chateauroux y el señor de Richelieu.

Y en efecto, si el rey llegaba á morir, la corte devota del delfin y de la reina obtenia una victoria completa, haria salir á la favorita, el favorito quedaria en desgracia, y en diez años no volveria á tratarse en la corte ni de favoritos ni de favoritas.

Poro tambien, si el rey convalecia sin confesion, el señor de Richelieu y la señora de Chateauroux serian mas poderosos que nunca.

En el consejo de los príncipes se determinó hacer un grande esfuerzo; y el conde de Clermont se encargó de

llegar hasta el rey, cualesquiera que fuesen los obstáculos que le opusiesen.

Para que se comprenda bien la fuerza de la posición del señor de Richelieu, es preciso saber que él era el primer gentil hombre de la cámara, y que el privilegio del primer gentil hombre era el ser dueño absoluto del cuarto del rey, y rehusar la entrada según su voluntad.

De este privilegio había usado al principio de la enfermedad.

El 12 de agosto se presentó el conde de Clermont á la puerta de la cámara real. Hé aquí los progresos que el mal había hecho, conforme á los boletines diarios.

El 8 se había sentido el rey indispuerto de sumo cansancio, causado por materias detenidas. Se le sangró aquel mismo día.

El 9 se le suministró un purgante.

El 10 se le sangró del pié á las tres de la mañana. Pasó bastante bien la noche.

El 11 purga, por la tarde sangría del pié.

El 12 mejor, continuaba tranquilo, muy poco dolor de cabeza; pero por la noche muy agitado.

Cuando el conde de Clermont se presentó á la puerta de la cámara, era uno de aquellos momentos en que se decía: está mejor, continúa tranquilo.

El señor de Richelieu, según su costumbre, quiso estorbar la entrada, pero de un empujon abrió el príncipe las dos hojas de la puerta.

El señor de Richelieu insistió en no permitir la entrada y se le puso delante para estorbarle el paso; pero apartándolo el príncipe con la mano le dijo:

— ¿Desde cuándo ha creído un criado tener derecho para impedir que los príncipes de la sangre vean al rey de Francia?

Y adelantándose hasta el lecho del rey:

— Señor, le dijo, no puedo creer que V. M. haya tenido la intención de privar á los príncipes de vuestra sangre de la satisfacción de informarse por sí mismos del estado de la salud de V. M. No queremos, señor, que nuestra presencia os importune, pero deseamos por el amor hácia vuestra persona, tener la libertad de entrar algunos momentos; y para probaros que no tenemos otro designio, me retiro, señor.

Se preparaba con efecto á retirarse, cuando el rey extendiendo la mano le dijo:

— No, Clermont, quédate.

Primer buen suceso. Le preguntaron al rey si quería oír misa en su cámara, esto le complació é introdujeron al obispo de Soissons.

La señora de Chateauroux y Richelieu observaban desde el gabinete adonde se habían retirado, cómo se fortificaba en la plaza el enemigo paso á paso.

El obispo de Soissons se aproximó al lecho del rey, y aventuró la palabra terrible: confesion.

— No, dijo el rey, no es tiempo aun.

El obispo insistió.

— No, repitió el rey, me duele mucho la cabeza y tendria que recordar y decir demasiadas cosas para confesarme ahora.

— Pero, señor, dijo el obispo, insistiendo aun, podria V. M. comenzar hoy y concluir mañana.

Movió el rey la cabeza, y el obispo viendo que había obtenido aquel día del enfermo todo cuanto podia obtenerse, se retiró.

Después de él y del conde de Clermont entró la duquesa de Chateauroux, y para combatir la influencia que podían haber tomado los príncipes principió por hacer al rey sus halagos de costumbre.

Pero el rey la rechazó con dulzura, diciéndole :

— No, no, princesa, creo que hacemos mal, basta, basta.

Queriendo despues la señora de Chateauroux abrazarlo, le dijo :

— Será, tal vez, preciso que nos separemos.

— Muy bien, respondió picada la señora de Chateauroux ; y se retiró.

El día siguiente, la Peyronie, al que habian hecho venir de Paris, fué á buscar al duque de Bouillon y le dijo, que al rey no le quedaban mas que dos dias de vida, y por consiguiente era importante que se confesase, y que él como camarero mayor tenia la obligacion de anunciar al rey, que habia llegado el momento de cumplir con esta ceremonia.

El duque de Bouillon, que conocia todo lo desagradable de esta comision que le tocaba, hizo llamar á Champcenez y le mandó fuese á comunicar al rey las palabras que habia dicho el cirujano. Champcenez obedeció, se aproximó al lecho de Luis XV y le participó la urgencia de la situacion.

— Yo no deseaba otra cosa, dijo el rey ; pero la Peyronie se equivoca, no es tiempo aun.

Pero como si hubiese sido un aviso del cielo, apenas habia pronunciado estas palabras cuando cayó en un desfallecimiento extremo y empezó á gritar con voz moribunda :

— El padre Perusseau, pronto el padre Perusseau ; y se desvaneció.

El padre Perusseau estaba listo y acudió al momento.

Un instante despues que el rey volvió á abrir los ojos, el padre Perusseau llamó al duque de Bouillon.

— Bouillon, le dijo el rey, vuelve á encargarte de tu servicio ; en lo sucesivo nõ encontrarás obstáculo por

parte de nadie. A la religion y á lo que manda la Iglesia, sacrificio todos los favoritos y favoritas.

Y luego se cerró la puerta para dejarlo solo con su confesor.

El triunfo del señor de Soissons era completo ; el obispo nõ perdió tiempo en pasar al gabinete donde se hallaban la señora de Chateauroux y su hermana ; y con los ojos centelleantes y el rostro animado :

— Señoras, les dijo, el rey manda que os retireis de su casa inmediatamente.

Y volviéndose despues á los de su comitiva, mandó que se derribase al momento la galeria que desde la habitacion del rey comunicaba con la abadía de San Arnault, para que el pueblo supiese que los escándalos se enfriaban.

Las dos mujeres estaban consternadas, inclinaban sus cabezas bajo aquel anatema.

El señor de Richelieu se adelantó entonces y dijo en presencia del obispo :

— Señoras, si teneis valor para permanecer y arrosstrar las órdenes obtenidas por violencia en un momento de debilidad, yo me encargo de todo y tomo sobre mí toda la responsabilidad.

Esta oferta del señor de Richelieu puso el colmo á la exaltacion del prelado.

— Bien, exclamó, ya que es así, que se cierren los santos tabernáculos, para que la desgracia sea mas ruidosa, y la reparacion del Señor mas completa.

Las dos mujeres entonces juntaron sus manos, inclinaron sus cabezas y salieron con la vergüenza en el rostro, con los ojos bajos, y sin atreverse á mirar á nadie.

Pero no siendo esto suficiente para aplacar al furioso prelado, volvió á entrar en el cuarto del rey, al que dijo :

— Señor, las leyes de la Iglesia y nuestros santos cánones nos prohíben llevar el Viático, cuando la concubina permanece aun en el pueblo. Ruego á V. M. que dé nuevas órdenes para que salga, porque no hay tiempo que perder, V. M. va á morir.

El rey temblaba á la sola idea de la muerte y de la condenacion; á los gritos y amenazas del obispo concedió todo lo que quisieron exigir de él. Las dos mujeres no fueron conducidas fuera de la casa, sino echadas en medio de la gritería del populacho. Corrieron á las caballerizas del rey, pero no hallaron ni un solo oficial que quisiese darles un carruaje para atravesar el pueblo. Todos renegaron de ellas á cual mas. Solo el señor de Belle-Isle las ofreció su brazo y les hizo dar un coche. Él, porque sabia lo que era la desgracia, y cuánto se aprecia en la desgracia el auxilio de una mano amiga.

Las señoras de Bellefonds, de Roure y de Rubembré fueron las únicas que acompañaron á las fugitivas, que entre las injurias y maldiciones del populacho atravesaron el pueblo y fueron conducidas á una casa de campo, á algunas leguas de Metz; y aun esta costó trabajo el encontrarla porque los propietarios las rechazaban como pestíferas.

Fuera ya de la poblacion las dos fugitivas, derribadas las galerías, y habiendo sobrepujado el escándalo de la reparacion al escándalo de la falta, permitió el obispo de Soissons que se administrase al rey el Viático. El real moribundo recibió el Cuerpo de Nuestro Señor diciendo:

— Señor, hace veinte y dos años que hice mi primera comunión. Deseo hacer otra buena y que sea la última.

Recibido el Viático dijo el rey:

— ¡Cuántas cuentas tiene que dar un rey que va á

comparecer delante de Dios! ¡Oh! cuán indigno he sido de la dignidad real!

No estaba aun completo el triunfo del obispo de Soissons, porque la señora de Chateauroux tenia la superintendencia de la delfina: él se la hizo quitar. Las dos proscritas no estaban mas que á tres leguas de la corte; el prelado exigió que se alejasen á cincuenta; en fin, la confesion del rey habia sido secreta, el obispo pidió una confesion pública.

Van á matar á nuestro amo, murmuraban los criados. ¿Porqué el señor de Fitz-James no le ha pedido de una vez todo su reino? dijo Lebel.

Pero estos murmullos irritaban mas al prelado, y al tiempo de administrar al rey los santos óleos, y cuando todos observaban un religioso silencio exclamó:

— Señores príncipes de la sangre y grandes del reino, el rey nos encarga al señor obispo de Metz y á mí, que os digamos en alta voz, que siente el mas sincero arrepentimiento por el escándalo que ha causado en el reino viviendo con la señora de Chateauroux. Pide de ello perdon á Dios, y habiendo sabido que no está mas que á tres leguas de aquí, le manda que no pueda aproximarse á la corte á menos de cincuenta leguas, y S. M. le quita el cargo que tiene en la casa de la señora delfina.

— Y tambien á su hermana, añadió el rey levantando con esfuerzo la cabeza de la almohada.

Todo habia concluido para el partido de Richelieu y las favoritas; triunfaba el partido de los príncipes: los prelados habian conseguido la victoria, y abusaban de ella con el refinamiento y persistencia de crueldad absolutamente peculiar de las persecuciones eclesiásticas.

El rey entretanto iba de mal en peor. La retirada de los ministros y de los cortesanos, síntoma moral, mucho

mas significativo que los síntomas físicos, anunciaban su próximo fin. El 15 á las seis de la mañana, llamaron á los príncipes para que asistiesen á las oraciones de los agonizantes; desde las seis hasta medio día estuvo el rey en una especie de agonía. Argenson hizo empaquetar los papeles, y el duque de Chartres hizo enganchar su silla de postas para marchar al ejército del Rhin. Los médicos se retiraron, y el rey entre la vida y la muerte quedó abandonado en manos de los empíricos.

Uno de ellos, *del que ni aun el nombre se sabe*, le hizo tragar una gran dosis de emético.

Esta dosis de emético produjo una evacuacion espantosa y con esta evacuacion una mejoría sensible.

Durante este tiempo las fugitivas se apresuraban por llegar á París; la mujer de un consejero, á la que tomaron por una de ellas, fué públicamente insultada, y á ellas les faltó poco para que las hiciesen pedazos en la Ferté-sous-Jouarre, donde fueron conocidas, y debieron la vida á una persona notable del país que las tomó bajo su proteccion, y no las abandonó hasta que estuvieron fuera del pueblo.

El rey habia pedido siempre al doctor Dumoulin, y habian despachado á buscarlo un correo tras otro correo. Cuando llegó el doctor se advertia en el rey una sensible mejoría; aseguró el doctor que la mejoría era cierta, y anunció al enfermo, que no podia creer en ello, un principio de convalecencia.

El día 17 el doctor Dumoulin aseguró que respondia de la vida del rey.

La reina, que habia sabido el 9 de agosto por la tarde la noticia de su enfermedad, recibia todos los dias un boletin de la Peyronie, y no atreviéndose á marchar á Metz, miraba como un suplicio su permanencia en Versailles, y se desesperaba, pidiendo á Dios tomase su

propia vida y que conservase la vida del rey. Cuando supo que se habia hecho salir á la favorita, en vez de regocijarse, se espantó. La pobre reina comprendió los dolores de la mujer. Fué con toda su servidumbre y con el delfín á postrarse ante el Santísimo Sacramento. Cualquiera ruido, el de una puerta que se abriera la hacia palidecer y le atacaba una convulsion.

Llegó un correo con despachos que le permitian ir hasta Luneville; y al delfín y á su tía hasta Chalons; quiso partir en el momento mismo; mandó traer caballos de posta y marchó, llevando en su primer carruaje consigo á las señoras de Luynes, de Villars y de Bouffleurs; y en el segundo carruaje á las señoras de Fleury, de Antin, de Montant, de San Florentino y de Flavacourt. La señora de Flavacourt estaba en París, y aunque siempre virtuosa y rebelde al rey, vino á rogar á la reina la llevase consigo, y la reina justa y buena, se lo concedió, no queriendo que la desgracia de las culpables pesase sobre la inocente.

En Soissons encontró la reina despachos de Argenson que le anunciaban que el rey la esperaba impaciente. Se corrió entonces sin descanso, y al llegar á Metz se precipitó la reina de su carruaje, y fué corriendo á caer de rodillas á la cabecera del rey, que estaba durmiendo, y que al despertarse la dijo:

— ¡ Ah! sois vos, señora; os pido perdon del escándalo que he causado, y de las penas y pesares que os he hecho sufrir; ¿ me perdonais? ®

La reina deshecha en lágrimas no podia responderle, y el rey repetia:

— ¿ Me perdonais? ¿ Me perdonais? Y la pobre señora no tenia fuerza para otra cosa que para hacer con la cabeza: sí, sí.

Mas de una hora permaneció abrazada á su cuello.

El rey hizo entonces que se aproximase el padre Perusseu para que fuese testigo de aquella reconciliacion conyugal.

Durante este tiempo el delfin y su tia , que no habian recibido permiso para ir mas que hasta Chalons, se adelantaron de esta ciudad, y en Verdun recibieron la órden para detenerse. A pesar de esta órden el duque de Chatillon , ayo del jóven príncipe, continuó su viaje, mientras por su parte la señora de Tallard hacia adelantar á las princesas que se desolaban al verse tan lejos de su padre, y mas que todas la señora Adelaida que tuvo fiebre.

El duque de Chatillon á pesar de todo el mundo llegó á Metz y presentó el delfin á su padre.

Pero Luis XV recibió á su hijo con una frialdad que desconcertó á su ayo, el cual pidió perdon al rey de la libertad que se habia tomado. Pero el rey no respondió porque estaba persuadido que lo que habia traído al delfin á Metz, no era el deseo que experimenta un hijo por volver á ver á su padre, sino la curiosidad de un heredero que desea saber el estado en que se halla su herencia.

En el mes de setiembre se hallaba el rey completamente restablecido de su enfermedad ; pero al mal habia sucedido una tristeza profunda, una melancolia continua. Todas las escenas que habian ocurrido á su alrededor durante su enfermedad, se representaban á su vista ; y lo que de ellas resaltaba la vergüenza en el hombre, hacia subir los colores al rostro del rey. A cada instante miraba en torno suyo como si buscase á alguno, y este alguno, sin el cual no podia pasar, era sobre todos Richelieu. Richelieu por su parte sondeaba el terreno. Para saber la altura á que se hallaba en el ánimo del rey, se dirigió al cardenal de Tencin y al señor de

Noailles, y los dos le respondieron que estaban convencidos de que jamás habia estado tan avanzado en el corazon de S. M. Comenzó entonces Mr. de Richelieu por hacer llegar directamente á manos del rey la relacion de cuanto habia ocurrido durante su enfermedad, conservando á cada actor el papel que habia representado en aquella tragi-comedia. Sin perdonar á nadie, ni príncipes de la sangre, ni prelados, ni cortesanos. El envío fué bien recibido. Comprendió Richelieu que tenia ya la puerta abierta, y se dejó introducir por aquella puerta. El rey recibió aun con timidez á su antiguo favorito, pero era visible que lo recibia con placer. La reaccion comenzó á observarse desde luego. La reina vió que poco á poco volvía á renacer la frialdad del rey para ella, y la vispera de la salida del rey para Strasburgo, la pobre mujer preguntó al rey cuál seria su suerte en lo sucesivo, y habiendo añadido :

— Señor, yo seria muy feliz en seguir á V. M.

Se contentó el rey con responderla :

— Eso no merece la pena, y no pudo alcanzar otra razon.

La reina llorosa y acongojada marchó á Luneville.

El duque de Pentievre se quedó en Metz con viruelas.

La señora duquesa de Chartres y la princesa de Conti declararon que ellas irian á la guerra y se presentarian en la trinchera delante de Friburgo.

En fin, la hija mayor de S. M. y la señora de Módena fueron á Strasburgo.

En cuanto al rey, dejó de continuar en sus oraciones y manifestaba un humor feroz y á veces una cólera concentrada.

En Luneville se detuvo con el rey de Polonia ; pero nada pudo divertirle, y por mas que hicieron las señoras no fué posible ver una sonrisa en sus labios.

Era tal su distraccion que se marchó de Luneville sin acordarse de despedirse de la reina de Polonia y tuvo que enviar un correo de diez leguas para excusar su olvido.

Con su mujer habia hecho lo mismo y tuvo que enviar otro correo para reparar aquella inadvertencia.

Cuando llegó á Saverne, por donde pasaba para volver al ejército, recibió una carta amorosa y una escarapela de la señora de Chateauroux, y desde aquel momento se desarrolló de nuevo de tal manera su passion por ella, que en la corte se decia públicamente que no tardaria la antigua favorita en volver á ocupar su posicion.

Estando en el sitio de Friburgo supo que el duque de Chatillon, viendo en desgracia á la señora de Chateauroux habia escrito á España algunas cartas que hacian poco favor á la reputacion de su amante; y en el acto firmó una orden secreta de prision contra el duque y la duquesa de Chatillon, á los que nunca perdonó. Habiendo caido enfermo el duque un año despues, consiguió á fuerza de súplicas que le permitieran venir á curarse al castillo de Licuvielle, pero con la prohibicion de entrar en París; y habiendo tenido necesidad en el mes de agosto de pasar á tomar las aguas de Forges, solicitó del rey el permiso para atravesar por París; lo que se le concedió á condicion de no pernoctar. En fin, hallándose moribundo el duque de Chatillon en 1754, representó por medio de la señora de Pompadour, entonces favorita, el profundo dolor que sentia de morir en desgracia con el rey; pero S. M. le permitió solo á la señora de Pompadour le respondiese que el rey olvidaba lo pasado, y que en cuanto á la familia del duque podia contar con la bondad de S. M.

CAPITULO XI.

Capitulacion de Friburgo. — Vuelta del rey á París. — Alegria de los parisienses. — La señora de Chateauroux escribe á Richelieu. — La hora de recogerse la reina. — Excursion nocturna de Luis XV. — Entrevista del rey y la señora de Chateauroux. — Los enemigos de la duquesa caen en desgracia. — Enfermedad de la duquesa.

El dia 4.º de noviembre capituló Friburgo; el rey firmó la capitulacion y dejando á sus generales el cuidado de tomar posesion de las fortalezas, marchó á París el 8 del mismo mes para hacer allí su entrada triunfal.

La campaña de 1742, 43 y 44 no habia sido feliz.

Por mas habilidad que habia desplegado Belle-Isle en su retirada, aquel suceso habia desanimado generalmente. Maillebois, á quien llamaban el general de los maturinos, habia dejado que su colega lo hiciese todo. Segur, dueño de la Austria alta, la habia evacuado; Broglio se habia retirado poco á poco de Baviera sin combatir; y el emperador que se habia elegido en oposicion á María Teresa, no solo habia perdido los estados que la coalicion le habia ofrecido, sino tambien los que de antemano poseia, y se habia hecho el objeto de la risa de la Europa entera. La guarnicion de Egra, última plaza fuerte que quedaba á los franceses en Bohemia, estaba prisionera de guerra. Noailles, por culpa de su sobrino Gramont, habia dejado escapar al rey Jorge II en la batalla de Eltinguen. Hacia dos años que los franceses

no hacian mas que retirarse en todas direcciones; y el partidario Meutzel, que mas de una vez habia traspasado los límites de las fronteras de Francia, habia amenazado venir á cortar las orejas á los parisienses. No llegaban al pueblo mas que noticias de derrotas, no se veian mas que tropas vencidas. Todos se habian gastado, todos, ministros y generales, excepto el rey, en el que todavía se tenia esperanza, en atencion á que nada habia hecho.

Su enfermedad procedia, segun decian, de las fatigas que habia sufrido en el ejército; se habia creído que iba á morir, y un milagro le habia conservado la vida. Todo concurría, á pesar de los pocos triunfos que hubiese alcanzado, para prepararle una entrada triunfante.

Es por tanto difícil formar idea de la embriaguez con que se celebró la entrada del rey en París. Los árboles del boulevard se desgajaban con el peso de los espectadores; las ventanas parecían estar tapiadas con cabezas, los tejados se hallaban cubiertos de gente. Se sacaron las carrozas que servían para la consagración; caballos soberbios con magníficos penachos conducían al hermoso y joven monarca, en cuyo rostro se veía la mas graciosa sonrisa. Todo contribuía á exaltar al pueblo enternecido, que lloraba y corría sin cuidarse de recoger las monedas que se arrojaban, precipitándose á las puertas del coche para ver al rey, volverlo á mirar otra vez, y gritar: viva Luis el muy amado.

Tambien salió de su casa la señora de Chateauroux, pero cubierta con su velo, de suerte que nadie pudiese conocerla, porque el rey no habia todavía respondido á sus cartas, ni al envío de su escarapela; de suerte que á pesar de las seguridades que le daba Richelieu, ella ignoraba aun á qué altura se hallaba con su real

amante. Y escribía á Richelieu, que estaba entonces en Montpellier:

« Ha venido á París y puedo pintaros la embriaguez y alegría de los buenos parisienses; á pesar de lo injustos que son para mí, no puedo dejar de amarlos por su afección al rey; le han dado el epíteto de *muy amado*, y este título borra todas las ofensas que me puedan haber hecho.

»... ¿Pero creéis que me ame todavía? Tal vez cree tener que enmendar muchas sinrazones tuyas, y tal vez esto lo contiene para volverme á buscar. ¡Ah! no sabe que yo he olvidado ya todas sus faltas.

» No he podido resistir el deseo de verlo. Me vestí de suerte que no pudiese ser conocida y fui con la señorita Hebert á la carrera por donde debia pasar.

» Lo ví, estaba gozoso y enternecido; tiene, pues, sentimientos de ternura; mucho tiempo tuve fijos en él mis ojos, y mirad lo que es la imaginación, me pareció que me habia mirado y que procuraba reconocermé.

» Marchaba con tal lentitud su carruaje que tuve mucho tiempo para examinarlo, y no puedo explicaros lo que pasó en mi interior. Me hallaba muy oprimida entre la gente, y yo misma me reconvenía aquel paso que daba por un hombre que me habia tratado tan inhumanamente; pero arrastrada por los elogios que le prodigaban, y por los gritos en que la embriaguez de la alegría hacia prorumpir á los espectadores, no tenia la fuerza suficiente para cuidar de mí misma.

» Una sola voz que resonó á mi inmediación me recordó mis desdichas, nombrándome de un modo injurioso.

Y con efecto un hombre que habia reconocido á la

señora de Chateauroux, gritó viva el rey, y volviéndose hácia ella le escupió en el rostro.

Esta entrada del rey tuvo lugar el 13 de noviembre.

Aquella misma noche habiéndose quedado el rey y la reina en las Tullerías, se oyó tres veces rascar en la puerta de comunicacion del cuarto del rey al de la reina. Las camaristas de servicio despertaron entonces á S. M. y le dijeron que creian que era el rey que pretendia entrar; pero la reina sonriéndose tristemente les respondió:

— ¡Ah, no! os habeis equivocado, volveos á acostar y dormid.

Pero apenas habian vuelto á acostarse las camaristas cuando el ruido comenzó de nuevo.

Esta vez ellas se determinaron á abrir, pero á nadie encontraron, y fueron á informarse al cuarto del rey, donde les dijeron:

Que S. M. estaba en cama y no habia manifestado ninguna intencion de pasar al cuarto de la reina.

Era con efecto verdad que el rey no habia manifestado ninguna intencion ni deseo de pasar al cuarto de la reina; pero no era cierto que S. M. estuviese acostado en su cama.

Al contrario, el rey acababa de levantarse, y saliendo de las Tullerías, habia pasado el Puente Real, y se habia hecho llevar de incógnito en casa de la señora de Chateauroux, que habitaba en la calle del Bac, cerca de los Jacobinos.

Quería verla, saber las condiciones que exigiria para volver á la corte, y disculparse de lo que habia ocurrido en Metz.

Diez minutos antes de que anunciasen al rey y cuando ella dudaba aun de que volviese, se habria considerado muy feliz la señora de Chateauroux de haber vuelto á

Versalles sin condiciones; pero en aquel momento, en que el rey se ponía en algun modo á su discrecion, recobró toda su altivez y habló, no ya como desterrada sino como dueña absoluta.

Así es que el rey no obtuvo á su primera pregunta mas que esta respuesta:

— Señor, estoy satisfecha de no ir á podirme en una prision de orden de V. M. Me contento con disfrutar de las ventajas de la libertad y con ella los placeres de la vida privada. Prefiero permanecer como me encuentro y no volver á la corte, porque yo no puedo volver á ella, sino con condiciones que no querréis concederme.

Escuchad, princesa, respondió el rey, creedme, olvidad todo lo que ha pasado en Metz, volved á la corte como si nada hubiese acontecido; volved desde esta misma noche á ocupar vuestro alojamiento en Versalles, y con vuestro alojamiento el empleo que teniais en el cuarto de la delfina.

Desgraciadamente el rey habia perdido la superioridad y no podia salir del paso fácilmente.

La duquesa pidió que se hiciese salir á los príncipes.

Pero el rey respondió que á ellos se les habia ofendido antes impidiéndoles la entrada en el cuarto del rey y que era preciso renunciar á ninguna venganza con los príncipes.

Pidió despues la duquesa que el señor y la señora de Maurepas saliesen desterrados.

Pero el rey respondió que el señor de Maurepas, con el que despachaba en diez minutos lo que con cualquiera otro no podria hacer en todo un dia, le era demasiado útil en su trabajo para que pudiese decidirse á desterrarlo.

Se convino en que el señor de Maurepas presentaria

sus excusas á la duquesa y que esta indicaria la clase y manera en que deberia hacerlas.

Pidió la señora de Chateauroux, que el duque de Chatillon, el señor Bouillon, el obispo de Soissons, el padre Perusseau, la Rochefoucault y Balleroy fuesen desterrados.

— En cuanto á esos, dijo el rey, os los entrego, y por lo que toca á Chatillon ya está todo hecho.

Y le enseñó la orden de prision que tenia firmada ya de algunos dias y que solo habia conservado para mostrársela.

Con esto quedó todo olvidado, y tan bien olvidado que la señora de Chateauroux, cuando se marchó el rey, quedó con un furioso dolor de cabeza y fuerte calentura.

El 20 de noviembre recibió Chatillon la noticia de su orden de prision y la orden para salir de Paris sin detencion y sin hablar con nadie.

En cuanto á la Rochefoucault, se le mandaba por una orden del rey, permanecer en sus tierras hasta nueva disposicion. Esta orden estaba dirigida por el rey á Maurepas.

El señor Bouillon recibió la orden de retirarse al ducado de Albret, en donde se le designaba por morada un edificio ruinoso que no habia estado habitado hacia mas de doscientos años.

En cuanto al padre Perusseau, quiso el rey castigarlo de la misma suerte que él habia hecho sufrir á la duquesa. En su presencia y como si el rey ignorase que estaba él allí, envió á buscar al superior del noviciado de los jesuitas, con el que estuvo largo tiempo hablando. En lo sucesivo continuó enviando á buscar de cuando en cuando al mismo superior, y estuvo así mas de un mes sin dirigir nunca la palabra al confesor, el cual se

consideró en completa desgracia; y como todo el mundo lo creia así con efecto, casi todos sus penitentes lo fueron abandonando.

Al cabo de un mes, el rey tuvo compasion de su pena y le envió á decir que nada habia perdido en su gracia.

El señor de Soissons fué desterrado á su diócesis, no por una orden escrita sino por mandato verbal.

Balleroy recibió orden de volverse á Normandía.

Maurepas, que era el ejecutor de todas estas venganzas, esperaba ver venir la que le tocase, recibió orden de ir á casa de la señora de Chateauroux para convidarla á venir á Versailles.

— ¡Señor! ¿qué deberé decir á la señora de Chateauroux? preguntó el ministro.

— Aquí teneis escrito lo que habeis de decir, contestó el rey.

Tomó Maurepas el papel y se presentó en casa de la señora de Chateauroux, pero el ujier que estaba advertido, respondió que la señora no estaba.

Preguntó en seguida Maurepas por la señora de Lauraguais, y recibió la misma respuesta. Dijo entonces que venia de parte del rey, y lo hicieron entrar.

La señora de Chateauroux estaba en la cama; el rey, como se ha dicho, la habia dejado enferma, y no se habia mejorado.

— Señora, le dijo Maurepas al entrar en su habitacion, el rey me envía á decir que ignora todo lo que ha ocurrido con respecto á vos durante su anterior enfermedad, que conserva por vos los mismos miramientos, la misma estimacion y la misma consideracion, y que en consecuencia os suplica volvais á la corte á tomar en ella vuestro puesto, y la señora de Lauraguais el suyo.

— Señor, respondió la duquesa; siempre he estado persuadida de que el rey no tenía parte alguna en lo que ha ocurrido respecto á mí; por eso nunca he dejado de conservar á S. M. el mismo respeto y el mismo afecto, y siento no hallarme en estado de ir desde mañana mismo á dar las gracias al rey; pero iré el sábado próximo que ya estaré sana.

Entonces se le aproximó Maurepas con una fisonomía que indicaba el deseo que tenía de que la duquesa le permitiese besar su mano.

La duquesa extendió la mano diciendo:

— Eso cuesta poco, y no tiene consecuencias.

Maurepas se retiró diciendo:

— Hasta el sábado.

Y la duquesa repitió:

— Hasta el sábado.

Pero la pobre mujer había ofrecido, sin pedir permiso al que tiene en su mano la vida de los hombres; y el sábado en que ella creía hallarse ya restablecida, se encontró peor.

Desde aquel día fué agravándose el mal; once dias pasó en delirios y vueltas á la razón, que daban á su situación un carácter fatal; en sus delirios gritaba que estaba envenenada y que el veneno que había tomado procedía de Maurepas. En sus momentos lúcidos se confesaba con el padre Leganol, el cual afectaba decir que jamás había visto una penitente mas resignada á morir.

El mismo cura de San Sulpicio, Languet, tan severo con la pobre duquesa de Berry, fué el que llevó el Viático á esta otra Magdalena, pero ni el uno ni el otro exigieron que la duquesa de Chateauroux hiciese el sacrificio de su pasión. Sin duda se le contaba en descuento todo lo que había sufrido en Metz.

Nueve veces sangraron á la duquesa, ya en los bra-

zos, ya en los piés, durante la enfermedad, sin que produjesen el menor alivio. Cada dia se le cargaba mas la cabeza; el delirio era cada dia mayor. Cada vez que el delirio le repelia, volvía á decir que moría envenenada, y que el veneno se lo había dado Maurepas en Reims en una medicina.

El 8 de diciembre espiró en medio de atroces convulsiones.

La autopsia no presentó ningun vestigio de envenenamiento.

Dos dias despues, el 10 de diciembre de 1744, fué sepultada en la capilla de San Miguel, en San Sulpicio.

A los dos años justos, dia por dia, que se había hallado la caja de tabaco del rey debajo de la almohada de la pobre duquesa.

Esta muerte afligió mucho al rey, y se fué á caza para distraerse.

El 8 no había ya podido permanecer en el consejo hasta el fin, y no queriendo ver á nadie, se fué á encerrar en Trianon con las señoras de Bouffleurs, la de Módena y la de Belleford, para llorar allí á su libertad.

La reina tuvo el ánimo de escribir á su marido, pidiéndole ir á participar de su dolor; pero el rey le hizo responder por medio de Lebel, que no la vería hasta que fuese á Versalles.

CAPITULO XII.

Matrimonio del delfin. — Se casa con la hija de Felipe V y de Isabel Farnesio. — Temores de Richelieu despues de la muerte de la señora de Chateauroux. — Silencio del rey. — El duque se conserva en la gracia de Luis XV. — La señora de Flavacourt. — La señora de Rochechouart. — Fiestas que dió la villa de Paris. — Paisanos y paisanas. — El baile de la villa. — Los cazadores. — Los disfraces. — El pié de la señora de Chateauroux. — Los talentos de la señora de Etióles. — La cena del 22 de abril. — El señor Normand de Etióles. — La correspondencia del marido. — La correspondencia del rey. — Vuelven á romperse las hostilidades. — Ingleses y holandeses. — El arresto de los señores de Belle-Isle. — Mauricio de Sajonia. — La batalla de Fontenoy.

Comenzó el año de 1745 con el matrimonio del delfin con la infanta Maria Teresa, Antonieta, Rafaela, hija de Felipe V y de Isabel Farnesio.

Todo Paris era fiestas, pero el rey, profundamente triste por la muerte de la señora de Chateauroux, y afectado por el fastidio que era el cáncer de su vida, y que el vacío que habia dejado en ella la muerte de la hermosa duquesa hacia aun mas profundo; el rey, tal vez, no habria participado de ninguna de estas fiestas, si no hubiese vuelto Richelieu de los estados de Languedoc, para comunicarle un poco de animacion y alegría.

La muerte de la señora de Chateauroux no solo habia causado un gran sentimiento á Richelieu, sino que le habia tambien infundido un gran miedo.

Amiga íntima del duque, y mujer con la que un amigo suyo podia contar con seguridad, conservaba la du-

quesa en un escritorio particular toda la correspondencia del duque; y en esta correspondencia no se descuidaba Richelieu en darle consejos acerca de la manera con que debia manejar al rey, contando mas con los vicios del rey que con sus virtudes, para que la hermosa favorita conservase siempre superioridad sobre su real amante, al que ninguna consideracion se guardaba en esta correspondencia; por lo que si S. M. encontraba por casualidad este escritorio, corria mucho riesgo el favor de Richelieu.

Mucho miedo debia tener Richelieu, puesto que él mismo ha confesado, que cuando supo la muerte de la señora Chateauroux, cayó de rodillas diciendo con un ansia llena de religion y sobre todo de egoismo:

— ¡Dios mio! haced que el rey no encuentre cierto escritorio...

El rey nada encontró, ó por lo menos no dió á entender que lo hubiese hallado; y Richelieu, no oyendo hablar del escritorio, ni viendo venir ninguna orden de prision, se tranquilizó y volvió á Paris, donde el rey, al que divertia su charla prodigiosamente, lo recibió con mas ternura que nunca.

Como era natural, el primer cuidado de Richelieu al ver al rey tan triste y solitario, fué el de buscarle compañera, y empezó por tentar fortuna con la señora de Flavacourt; de esta suerte no salia el rey de la familia; habia poseido las cuatro hermanas, era natural que posesese tambien la quinta. Fué, pues, á buscar á la hermosa marquesa, y procuró seducirla por todos los medios imaginables. Si queria riquezas, el rey era el príncipe mas rico del mundo; si era ambiciosa, veria á todos los potentados enviarle con preferencia á ella misma sus enviados y ministros, para disponer de la paz ó de la guerra. Si queria avanzar á su familia, siendo

la amante del rey, seria el origen de todas las gracias y empleos. La marquesa le miraba sonriéndose.

— Todo eso es hermoso, dijo, ya lo sé, pero...

— ¿Pero qué? repitió el duque.

— Pero á todo eso prefiero la estimacion de mis contemporáneos.

Y esto fué todo lo que el duque pudo sacar de ella.

Se fijó entonces en la marquesa de Rochechouart, que era de la sangre de los Mortemarts, hermosa y de entendimiento, pero á pesar de su talento y de su belleza, se negó.

El rey estaba cada dia mas triste y fastidiado.

El duque se fijó entonces en las fiestas.

Eran fiestas absolutamente de pueblo, que daba la ciudad de París, pero que no dejaban de tener originalidad para un rey habituado á las fiestas de príncipes. Los jefes de los gremios de los oficios se reunian y edificaban salones de baile en cualquier sitio público; un dia en la plaza de Vendome, otro en la de la Victoria, y todos contribuian con su contingente respectivo. Los carpinteros edificaban la sala, los tapiceros la amueblaban y adornaban, los fabricantes de porcelana llevaban allí las mejores vasijas; los mercaderes de flores formaban un jardín de Hispahan ó de Bagdad, y con la reunion de todas las industrias se alcanzaba á un lujo tal, á que no habrian podido llegar las fortunas reales mas poderosas. Los mercaderes de vino establecian en medio de aquellas flores, fuentes de Champaña y de Burdeos; los cafeteros encendian estanques de ponch; los botilleros levantaban Alpes con la base nevada, y las cimas coronadas con la rosada tintura que el sol poniente extiende por las cumbres de las montañas; estas fiestas eran maravillosas.

Pero lo que mas distraia al rey era la alegría franca

de los paisanos intimidados al principio; pero asegurados despues por un cumplimento, por una palabra ó por una sonrisa, bailaban alemandas y bailes ingleses con una alegría y un atractivo, que nunca se habia visto en Versalles, ni en Trianon, ni en Choisy.

Además, del medio de todo esto debia salir lo que esperaba su corazon desolado, un amor nuevo.

Hubo un baile de máscaras en la plaza de Greve; hacia algun tiempo que todo estaba á la oriental, y á la oriental como se entendia en el tiempo de Luis XV. Gallard habia traducido sus Mil y una noches; Montesquieu sus Cartas persas; Voltaire habia hecho representar su Zaira. En aquel baile habia muchas houris, muchas sultanas y muchas bailarinas indias, cuando en medio de todas aquellas telas de brocado de oro y de plata, vió el rey adelantarse hácia él una sencilla Diana cazadora con el arco en la mano y el carcaj á la espalda, dejando ver un brazo blanco y contorneado, una pierna perfecta y una mano de diosa.

La hermosa Diana tenia puesta la mascarilla, y sin embargo, por los simpáticos efluvios que derramaba en torno suyo, adivinó el rey que no era una extranjera. Habló, y al hablar descubrió sus dientes de perlas, y á través de aquellos dientes, salieron de su boca mil gracias, chanzas finas, coqueterías supremas, lisonjas ingeniosas. Todavía no se habia quitado la máscara, y ya estaba el rey loco, y cuando se levantó la careta, mas loco aun, porque en la hermosa Diana cazadora, reconoció á la ninfa de los bosques de Senart, la que se le habia aparecido, ya conducida por un caballo, ya medio acostada en una de esas conchas de nácar que Boucher da por carro á sus Venus y á sus Anfitrites; á la hermosa señora de Etioles, en fin, por la que, una noche,

la pobre duquesa de Chateauroux habia aplastado el pié de la señora de Chevreuse.

Las mujeres tienen presentimientos.

No era la señora de Etioles una dama de alto rango, como las Vintimilles y las Mailly. Tampoco era una mujer oscura del pueblo como Juana Vaubernica, de la que se tratará en adelante: era Antonieta Poisson, hija, segun unos, de un rico arrendador de la Ferté-sous-Jouarre, y segun otros, de un carnicero de los Inválidos. Como quiera que sea, estaba casada con el señor Lenormand de Etioles, el mas rico de los arrendadores generales; tenia veinte y dos años, era consumada música, pintaba en lienzo excelentes paisajes y en carton adorables pasteles; gustaba de la caza, de los placeres, del lujo y de las artes; era, en fin, la mujer que habia buscado Richelieu inútilmente, y que venia ella misma á ofrecerse.

Al instante se concertó una cena entre el rey y la señora de Etioles; Binet, pariente de la bella Diana y ayuda de cámara del delfin, fué el intermediario de estos nuevos amores; la cena se verificó el 22 de abril de 1745, y asistieron á ella los señores Luxemburgo y Richelieu.

A este último le faltó entonces aquel tacto perfecto del cortesano que jamás lo habia engañado. No conoció en la señora de Etioles ni lo que habia, ni lo que podía haber; estuvo frio con ella, desdeñoso por los rasgos de su imaginacion é insensible á su belleza; y ella jamás se lo perdonó.

La cena fué muy alegre y la noche muy larga; el rey no se separó de la señora de Etioles hasta las once de la mañana del dia siguiente; ella ocupaba ya la antigua habitacion de la señora de Mailly.

¡Qué melancólicas memorias escribirían las paredes

de ciertas habitaciones, si las paredes pudiesen escribir!

Desde entonces se formaron en la corte dos partidos bien diferentes; el partido del delfin, que se llamaba el partido de los devotos, y el partido de la nueva favorita.

Todo esto ocurría mientras el señor Lenormand, que adoraba á su mujer, se hallaba en la posesion de uno de sus amigos, el señor Lavallette, á pasar las fiestas de Pascuas. Allí supo por el señor Touruchan que su mujer habia dejado su casa, que habitaba en Versalles y que era la favorita declarada del rey. Se desesperó con tal extremo que queria matarse, fué preciso quitar de su alcance todas las armas; en el exceso de su dolor escribió á su mujer una carta y encargó al señor de Touruchan que la llevase.

Lo primero que hizo la señora de Etioles fué enseñar esta carta al rey, que la leyó con mucha atencion y se la volvió diciéndola:

— Teneis un marido muy honrado, señora.

La posicion de la señora de Etioles quedó fijada desde el primer momento, el 9 de julio de 1745, esto es, tres meses apenas despues de la primera cena á que habian asistido Luxemburgo y Richelieu; el rey le habia ya escrito ochenta cartas.

Estas cartas estaban selladas con un sello en que se leían estas dos palabras: *Discreto y fiel*.

El 15 de setiembre del mismo año á las seis de la tarde, la señora de Etioles fué presentada en la corte por la señora princesa de Conti que habia reclamado este honor.

Comenzó la señora de Etioles, como la de Chateauroux, por exigir de su amante que tomase por sí mismo, al abrirse la campaña, el mando del ejército; pero mas hábil que la duquesa no pretendió seguir al rey.

A pesar de la muerte de Carlos Alberto acaecida el 20 de enero, cuyo suceso nos permitía reconocer á María Teresa, había vuelto á comenzar la guerra y parecía adquirir mas encarnizamiento, porque los gabinetes del Norte querian abatir nuestra influencia diplomática, y disminuir nuestra nacionalidad.

La coalicion estaba completa, los holandeses se habían unido á los ingleses y á los austríacos. La misma liga contra la cual había luchado Luis XIV, tenia que luchar entonces con Luis XV; habían de luchar despues tambien contra ella la república y el imperio, y tal vez contra la misma tendremos que luchar de nuevo antes de mucho tiempo.

Habian hecho los ingleses un gran esfuerzo; habían desembarcado en el litoral de la Holanda veinte batallones de ingleses y escoceses, á los que se habían reunido veinte y seis escuadrones y cinco regimientos de hannoverianos con quince mil hombres. Los Estados Generales habían tambien alistado veinte y seis batallones y cuarenta escuadrones; y en fin el Austria había enviado ocho escuadrones de caballería ligera y de húsares húngaros.

Tenia además el príncipe Carlos sobre el Rhin un ejército de ochenta mil hombres, que muy en breve iba á ser aumentado hasta ciento veinte mil.

El duque de Cumberland mandaba á los ingleses, holandeses y hannoverianos.

El gobierno francés hizo por su parte prodigios para poder levantar un ejército respetable. Pero faltaban nuestros dos grandes organizadores; el conde y el caballero de Belle-Isle, que enviados como negociadores á Berlin habían sido detenidos y conducidos á Inglaterra. Se reunieron, sin embargo, ciento y seis batallones, setenta y dos escuadrones completos y diez y siete compañías francas.

Este ejército que tomó el nombre de ejército de Flandes, se puso al mando del mariscal de Sajonia.

El mariscal de Sajonia se hallaba por desgracia atacado de hidropesía; cuando se presentó en París y vieron que apenas podia sostenerse le hicieron presente el mal estado de su salud. Pero se contentó con responder: «No se trata de vivir, sino de marchar.»

Y con efecto llegó al ejército casi moribundo.

El 7 de mayo se hallaba el rey en Pont-Achain. A la mañana siguiente fué á visitar el campo que había escogido el mariscal para la batalla; porque por la posición de los dos ejércitos el enemigo se veía forzado á aceptar el combate como el mariscal se lo presentaba, ó tenia que dejarse tomar á Tournay.

El campo de batalla denotaba al gran hombre de guerra. Todo estaba preparado para la victoria, y todo estaba previsto para la derrota. Era una llanura en que había muchos barrancos, que se estrechaba entre Fontenoy y el bosque de Barri, y que ensanchándose despues permitia á nuestra línea un despliegue de tres cuartos de legua poco mas ó menos. Apoyaba el ejército su derecha en Antoin, su izquierda en el bosque de Barri, hallándose cubierto de reductos todo su frente, cuyo centro era Fontenoy. Antoin sobre todo había sido fortificado y circundado de talas de árboles. Además, una batería de seis piezas colocada mas allá del Escalda enfilaba á cualquier cuerpo, que hubiese tratado de avanzarse por el llano para separar á Antoin de Peronne. En cuanto á la extrema derecha del bosque de Barri, estaba protegida por dos reductos muy próximos á Fontenoy para que sus fuegos se cruzasen con los de Chaville. Como Antoin no podia ser atacado sino por el llano de Peronne y como no se podia alcanzar al ejército francés sino atravesando el desfiladero

de Fontenoy, por cualquier parte que se presentase el enemigo tenia necesidad de exponerse á una completa derrota por una victoria dudosa.

Para el caso de un revés además habia establecido el mariscal de Sajonia delante del puente de Calonne, único por donde pudiese pasarse el Escalda, una cabeza de puente de doble corona, adonde habia dejado seis mil hombres de tropas de fresco. En el momento que el riesgo se hiciese inminente, el rey y el delfin debian retirarse por el puente, á favor de cuyos atrinchamientos podia rehacerse el ejército, por muy de cerca que fuese perseguido.

Los aliados por su parte se hallaban divididos en dos cuerpos para hacer frente á un tiempo á los dos puntos de ataque determinados de antemano. El jóven de Waldeck con los holandeses amenazaba á Antoin; los anglo-hannoverianos, mandados por el duque de Cumberland, se disponian á forzar el desfiladero de Fontenoy y formaban un dilatado semicírculo al rededor de nuestro ejército, apoyando su izquierda en Peronno y su derecha en Barri. Los dos ejércitos emplearon todo el dia 10 y la madrugada del 11 en hacer sus disposiciones.

El rey pasó el dia 10 en el alojamiento del mariscal de Sajonia, el que por orden expresa de su majestad habia guardado cama. Padecia el mariscal una hidropesia que habia subido hasta el tercer grado, y no habia permitido que se le hiciese la puncion, por miedo de que la operacion saliese mal, y no poder asistir á la batalla. Y como tenia gran confianza en el buen suceso de la jornada del dia siguiente estuvo muy contento. El rey por su parte se hallaba lleno de confianza y serenidad. La conversacion giró sobre las batallas en que los reyes de Francia se habian encontrado

en persona. Recordó entonces el rey á los presentes, que desde la batalla de Poitiers ningun rey de Francia habia combatido teniendo junto á sí á su hijo, y que desde la de Tailleburgo, ganada por san Luis, ninguno de sus descendientes habia conseguido victoria ninguna de importancia sobre los ingleses; habia, por consiguiente, dos revanchas que tomar por una.

Dejó Luis XV al mariscal de Sajonia á las once de la noche y se retiró con el delfin. Pasaron la noche los dos príncipes en la misma habitacion. A las cuatro se levantó el rey, y fué él mismo á despertar al conde de Argenson, ministro de la Guerra, al que envió inmediatamente al mariscal para recibir sus últimas órdenes. Encontró al mariscal en un carruaje de mimbreros, donde podia extenderse como en su lecho, á fin de no fatigarse inútilmente antes de tiempo; no contaba con montar á caballo hasta el momento mismo de la accion. El mariscal envió á decir al rey, que él lo habia dispuesto ya todo y que podia venir. El rey, que habia dormido en Calonne, montó á caballo con el delfin, pasó el puente que hay mas allá de la Justicia de Nuestra Señora del Bosque, cerca de tres cuartos de legua del puente Calonne, y unos cincuenta pasos detrás de nuestra tercera línea de batalla.

A las cinco le dieron parte al mariscal que el enemigo se ponía en movimiento y entonces se hizo llevar á la primera línea, que se hallaba dispuesta del modo siguiente: nueve batallones cubrian á Antoin; á la izquierda hasta el barranco de Fontenoy, quince batallones formaban la izquierda y se extendian por detrás del bosque de Barri, hasta Gauvin; toda la caballería ocupaba á la espalda un frente igual al de la infantería, formados en dos líneas detrás del centro y de la izquierda, y en una línea detrás de la derecha; un ba-

tallon de partidarios llamados los *grassins* estaba en guerrilla en el bosque de Barri.

Se aproximó el mariscal de Sajonia hasta el alcance del cañon del enemigo para estudiar su posicion. Vino entonces á buscarlo el mariscal de Noailles para darle parte de una obra que habia mandado ejecutar durante la noche, con objeto de reunir el primer reducto de la derecha con el pueblo de Fontenoy. El duque de Gramont, sobrino del mariscal de Noailles, estaba detrás de él á caballo. El mariscal de Sajonia escuchó el parte, lo aprobó todo, y viendo que la accion iba á empeñarse dijo al señor de Noailles que se marchara á su puesto. Este, volviéndose entonces hácia su sobrino le dijo:

— Señor de Gramont, vuestro puesto es al lado del rey; id á decirle que me consideraré hoy dichoso en vencer ó morir por su servicio.

El tío y el sobrino se abrazaron, y de repente se oyó el ruido del cañon; y el duque de Gramont, que se hallaba entre el mariscal de Noailles y el mariscal de Sajonia, cayó hecho pedazos por la primera bala que se habia disparado.

El señor de Noailles hizo un movimiento para socorrerlo, pero todo era inútil; estaba muerto. El mariscal sacudió tristemente la cabeza y partió al galope. En el mismo momento se inflamaba toda la línea francesa respondiendo por una descarga general al fuego del enemigo.

Poco tiempo duró el fuego de cañon porque se abor-daron cuerpo á cuerpo. Los holandeses dirigieron dos ataques á Antoin y las dos veces fueron rechazados. En el segundo ataque pereció un escuadron casi entero por las descargas cruzadas de la batería que estaba colocada detrás del Escalda y otra batería colocada delante de Antoin; solo quedaron en pié doce hombres.

En cuanto á los ingleses, rechazados por tres veces de Fontenoy, tres veces habian vuelto á la carga, y volvian á formarse para tentar otro ataque.

Observó el duque de Cumberland que los franceses debian su ventaja á los fuegos cruzados de su artillería. Mandó en consecuencia á su mayor general Ingolsby, que se apoderase del bosque de Barri, y tomase á viva fuerza los dos reductos. El mayor tuvo que venir á batirse con el batallon de los *grassins*, que le dió tanto que hacer que creia habérselas con toda una brigada. Tuvo que tocar retirada y fué á pedirle refuerzo al duque, que lo mandó arrestar.

El fuego que habia en el bosque determinó al mariscal de Sajonia á enviar allí dos batallones. Cumberland resuelto á forzar el barranco, formó una columna de infantería de veinte mil anglo-hannoverianos; colocó seis piezas á la cabeza y en el centro de su columna, y marchó adelante.

Los guardias franceses y suizos, protegidos por un barranco, creyeron que era solo una batería sostenida por un batallon y resolvieron apoderarse de ella; pero cuando llegaron á la cresta, se encontraron con todo un ejército. Sesenta granaderos y seis oficiales se tiraron á tierra y pudieron reunirse á sus filas. La columna enemiga se presentó al instante en lo alto del barranco. Se aproximaba lentamente con el arma al brazo sin que los guardias franceses y los guardias suizos, que no eran uno por cada diez de ellos, diesen un paso para retroceder.

Cuando estuvieron á cincuenta pasos unos de otros, los oficiales ingleses, á cuyo frente se hallaban los señores de Campbell, de Albermale, y de Churchill, hicieron un saludo con sus sombreros. El conde de Chabannes, y el duque de Biron, que habian salido de sus

filas para recibirlos, y todos los demás oficiales devolvieron el saludo.

Entonces milord Carlos Hay, capitán de los guardias ingleses, dió cuatro pasos hácia adelante y gritó:

— Caballeros guardias franceses, tirad!

Al oír esto, el señor de Hauteroche, teniente de los granaderos, dió también cuatro pasos adelante y respondió en alta voz:

— Señores, nosotros nunca somos los primeros para tirar, tirad vosotros, si quereis.

Y se puso el sombrero, que hasta entonces habia tenido en la mano.

Las seis piezas de columna comenzaron á jugar entonces y la fusilería hacia descargas por pelotones. A esta primera descarga cayeron entre muertos y heridos diez y nueve oficiales de los guardias y trescientos ochenta soldados; el coronel de los suizos Courten, su teniente coronel, catorce oficiales y doscientos sesenta y cinco soldados suizos. Los señores Clisson, Laugoy y Peyre, fueron del número de los muertos.

La columna inglesa avanzó entonces á la carrera.

El regimiento Real protegió la retirada de los guardias que pudieron volver á formarse á su espalda, y todos se reunieron bajo un reducto defendido por el regimiento del Rey.

La columna continuaba marchando siempre al mismo paso y disparando sobre la marcha, ejecutando esto con tal orden, que se veia á los mayores apoyar sus bastones sobre los fusiles de los soldados para que estos hiciesen buena puntería.

Los reductos de los bosques de Barri y de Fontenoy hacian un fuego muy vivo sobre la columna que marchaba, pero esta continuaba arrollando cuanto se oponia á su paso. Se habia introducido el desorden en el ejér-

cito francés. El mariscal olvidando sus dolores, se hizo traer un caballo y lo montó. Como no tenia fuerzas para llevar coraza, tomó un escudo pequeño que arrojó al instante porque aquel peso por ligero que fuese era demasiado pesado para él en su situacion.

El enemigo habia pasado mas allá de las baterías de Fontenoy, que faltándoles balas tiraban con pólvora, solo para no dejar conocer que les faltaban proyectiles.

El mariscal envió al marqués de Meuse para decir al rey que pasase el puente. El señor Meuse encontró al rey inmóvil en medio de los fugitivos.

Luis XV le respondió al marqués:

— Estoy seguro de que el mariscal hará cuanto haya que hacer; pero yo permaneceré donde estoy.

La columna continuaba siempre avanzando.

Los fugitivos separaron por un momento al rey del delfin.

El conde de Ache vino á suplicar al rey que se alejase. Cuando vino el conde, una bala le rompió un pié y el dolor le hizo desvanecerse en presencia del rey.

— ¿Cómo es posible que estas tropas no sean las victoriosas? Decia Mauricio de Sajonia, al ver al señor de Guerchi con su regimiento atacar á la columna á la bayoneta.

La columna no se hallaba ya mas que á seiscientos pasos del rey, el que declaró al conde de Harcourt que estaba decidido á morir en el sitio en que se hallaba.

En aquel momento acudió el duque de Richelieu, ayudante de campo de Luis XV.

— ¿Qué hay? exclamó al verlo llegar el duque de Noailles; ¿qué novedad nos traeis?

— La novedad que traigo, dijo el duque, es que la batalla está ganada, si se quiere. El enemigo está tan asombrado con su victoria, que él mismo no sabe si

debe continuar adelante, porque no está sostenido por su caballería. Que se haga avanzar una batería contra él; que los reductos de Barri y de Fontenoy que ya no tienen balas redoblen su fuego, y todos caeremos sobre ellos como forrajeadores.

— Bien, dijo el rey, señor de Richelieu, poneos á la cabeza de mi escolta y dad el ejemplo.

Richelieu partió al galope; Pequigny encontró cuatro piezas que traían: el duque de Chaulnes reunió sus caballos ligeros, Soubise sus gendarmes, Grille sus genaderos á caballo, Jumilhac sus mosqueteros y Biron se mantuvo en Antoin con el regimiento de Piamonte.

Ya no estaba la columna mas que á cien pasos de la batería que se acababa de establecer por consejo de Richelieu. Se descubre de repente y comienza el fuego; tambien lo hacen al mismo tiempo Fontenoy y Barri; la infantería francesa ataca por el flanco á la columna, que la escolta del rey, la gendarmería y los carabineros atacan de frente.

Un instante estuvo todavía dudoso el suceso. La gigantesca columna hacia frente á todas partes.

Pero al fin el regimiento de Normandía empezó á destrozarla, despues los irlandeses, despues Royal. Poco tardó en verse aquella serpiente enroscándose titubear; separada ya en tres trozos dió su primer paso atrás.

Todo el mundo se reanimó entonces. Todo el ejército queria vengarse de ocho horas de derrota. La columna perseguida y fatigada tuvo al fin que cambiar su retirada en fuga desordenada.

Todos fueron destruidos ó prisioneros. Ni uno solo de aquellos quince ó diez y ocho mil hombres se hubiese salvado si su caballería no hubiese llegado para sostenerlos.

Luis XV habia lanzado su caballo é iba de regimiento en regimiento. Por todas partes se escuchaban los gritos de la victoria, allí mismo, donde un cuarto de hora antes no se oían mas que aullidos de rabia y estertores de agonía; los soldados arrojaban al aire sus sombreros; las banderas tremolaban acribilladas de balas y hasta los heridos se levantaban para gozar del triunfo. Era un delirio general.

El mariscal de Sajonia se dejó caer de su caballo y abrazado á las rodillas del rey:

— Señor, le dijo, ya puedo morir porque yo no deseaba vivir mas que para ver á V. M. victorioso. Ahora ya sabeis en lo que consisten las batallas.

El rey levantó al mariscal y lo abrazó en presencia de todo el ejército.

La batalla de Fontenoy fué el principio de una serie de victorias que nos proporcionaron la paz de Aix-la-Chapelle.

El 23 de mayo tomó el rey á Tournay y diez dias despues la ciudadela.

El 18 de julio el conde de Lowendall tomó por asalto á Gante.

El 22 se entregó Bruges al marqués de Souvré.

El 4.º de agosto se apoderó el rey de Oudenarde; Deudeomonde se rindió al duque de Harcourt; Ostende y Nieuport al conde de Lowendall, y Alts al marqués de Clermont Galleraude.

Con la toma de esta última plaza se terminó la campaña de 1745. La de 1746 principió el 20 de febrero con la toma de Bruselas, en la que hizo el rey su entrada el 4 de mayo.

Puesto el rey á la cabeza de sus tropas marcha á Louvain, Liere, Arschot, Herentals y el fuerte de Santa Margarita, que abandonaron los enemigos sin disparar un tiro.

El 20 se tomó la ciudad de Amberes, y el 30 la ciudadela.

El 20 de julio se rindió Mons, el 2 de agosto Charle-roy, y el 19 de setiembre Namur.

Y para que se terminase con brillantéz la campaña de 1746, el mariscal de Sajonia ganó el 11 de octubre la batalla de Raucoux, matando á los enemigos doce mil hombres y haciéndoles tres mil prisioneros, sin perder por su parte mas que mil y cien hombres.

Se abrió la campaña de 1747 con la entrada de las tropas en Zelanda, y con la toma de los fuertes de la Esclusa y de Dislendich por el conde de Lowendall.

El 24 de abril se apoderó el señor de Contades de los fuertes de la Perla y de Liefhenskoech.

El 4.º de mayo tomó el señor de Montmorin el fuerte Philipino, y el 15 de setiembre se apoderó el conde de Lowendall del de Berg-op-Zoom, que se tenia por inexpugnable.

Terminó el año de 1747; y el 13 de abril de 1748 se embistió á Maestricht, que se rindió el 4 de mayo.

Muchas veces habia dicho el rey al mariscal de Sajonia:

— Mariscal, ¿cómo no tratan los aliados de que se haga la paz, á pesar de tantas derrotas como sufren?

Y el mariscal siempre le habia respondido con su acostumbrado laconismo:

— Señor, en Maestricht.

Y con efecto así que se rindió Maestricht á los franceses cesaron las hostilidades en Italia entre el duque de Richelieu y el conde de Brown.

La reina de Hungría, el rey de España y la república de Génova se adhirieron á los preliminares que se habian convenido despues de la rendicion de Maestricht entre el rey de Francia, la Inglaterra y la Holanda, y

que concluyeron la paz de Aix-la-Chapelle, firmada el 18 de octubre de 1748.

Hé aquí las variaciones que el tratado de Aix-la-Chapelle producía en el equilibrio de la Europa.

Se daba á don Carlos la confirmacion del reino de las Dos Sicilias. Al duque de Módena, que se habia casado con la señorita de Valois, hija del regente, se le volvia á poner en posesion de sus estados, y se daban al infante don Felipe los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla.

El rey de Prusia, que era el que habia comenzado la guerra, fué el que sacó mas ventajas. Conservaba la Silesia que habia conquistado, y se encontró de repente, por este aumento de territorio y tambien por las severas economías de Federico I, su padre, al frente de una nacion poderosa.

Y en fin, el duque de Saboya, en recompensa de su alianza con la emperatriz, obtuvo una parte del Milanesado.

Como se advierte, el marqués de San Severin, enviado de Francia al congreso de Aix-la-Chapelle, habia cumplido religiosamente los encargos de su amo.

Luis XV no habia querido hacer los tratados como mercader, sino como rey.

Durante este tiempo habian ocurrido: La expedicion del príncipe Carlos Eduardo á Escocia.

La muerte de Felipe V, rey de España, en el Buen Retiro.

La muerte del conde de Bonneval, en Constantinopla.

La muerte del caballero de Belle-Isle al atacar las murallas de Exiles.

Y la del señor de Vintimille, arzobispo de París, del que ya se ha hecho mencion, y del que se tratará aun por la última vez.

La expedición del príncipe Carlos Eduardo, por lo respectivo á nuestra situación con la Inglaterra, estaba protegida por la Francia, era una diversion poderosa que procuraba el gobierno de Luis XV á la Inglaterra.

Salió el pretendiente de Nantes en el buque *La Dou-telle* y llegó á fin de agosto á la isla de Barra, una de las Hebridas; desde allí, sin mas apoyo que su nombre, sin mas estandarte que un trabajo de tafetan traído de Francia, sin mas ejército que siete oficiales, y sin mas material que novecientos fusiles, pasó á Escocia y desembarcó el 25 de julio de 1745 en el Moidart.

Los hombres que lo acompañaban merecen que la historia consigne sus nombres. El recuerdo que la posteridad concede á los grandes sacrificios, es ordinariamente su única recompensa. ¡Cuán desgraciados serian los que casi seguros de la ingratitud de los reyes, temiesen tambien ser olvidados por los historiadores!

Aquellos siete hombres eran: el marqués de Tullibardine, proscrito por la parte que habia tomado en la insurrección de 1715; sir Thomás Sheridan, que habia sido ayo del príncipe; sir John Macdonald, oficial al servicio de España; sir Francis Strickland, caballero inglés; Kelly, el mismo que estuvo implicado en el complot llamado del obispo de Rochester; Aneas Macdonal, banquero de París, y Buchanan, que habia sido el encargado por el cardenal de Tencin, para ir á llevarle á Roma al príncipe Carlos la invitación de que pudiera volverse á Francia.

Casi al momento de su desembarque se unió tambien al príncipe otro Macdonal, que tiene para los franceses la ventaja de ser el padre de nuestro célebre mariscal Macdonal.

Uno de los siete caballeros que se reunieron primero al príncipe Carlos, ha dejado una descripción tan sen-

cilla y agradable del desembarco, que parece conveniente traducirla.

« Al ver entrar en el puerto á *La Dou-telle*, dice, se habia excitado tanto nuestra curiosidad que corrimos apresurados á la playa para adquirir noticias. La lancha del buque vino á buscarnos, luego que observaron nuestras señales. Nos llevaron al instante á bordo, y nuestros corazones se regocijaron al saber que nos hallábamos tan cerca de aquel príncipe, cuya presencia era tan ansiada en Escocia.

» Llegados á bordo vimos sobre cubierta un gran toldo sostenido en perchas, debajo del cual se hallaba una mesa con vino y licores. Fuimos allí recibidos con alegría por el marqués de Tullibardine, conocido de algunos de nosotros en la primera expedición de 1715.

» Mientras que nos hablaba el maqués desapareció Clauranald, por haber sido llamado, segun conjeturamos, al camarote del príncipe, adonde permaneció por espacio de tres horas poco mas ó menos. Ya no esperábamos ver á S. A. aquella tarde, cuando media hora despues de la vuelta de Clauranald, se presentó un jóven de agradable aspecto con un vestido negro cerrado y camisa sin puños ni guirindola, cuya camisa no estaba por cierto muy limpia; llevaba un corbatin sujeto con una hebilla de plata, peluca rubia, sombrero sin galon y con una cinta de hilo de la que una de sus puntas estaba atada á un boton de su vestido, medias negras y hebillas de cobre en los zapatos. Luego que lo ví, dilató mi corazon un presentimiento; y algo se notaría porque un eclesiástico llamado Obrian, se aproximó á nosotros, y nos dijo al instante que aquel jóven era un eclesiástico inglés, que deseaba hacia mucho tiempo ver á los montañeses y conversar con ellos.

» Cuando el jóven entró donde estábamos, Obrian,

para dar mas crédito á lo que nos habia dicho, nos previno que no nos levantásemos. El jóven eclesiástico no saludó á nadie, y nosotros tampoco lo saludamos mas que de lejos. Quiso la casualidad que cuando él entró me hallaba yo de pié, y tal vez por esto, fuese casualidad ó simpatía, se vino derecho á mi, se sentó cerca de donde yo estaba, y volviéndose á levantar en el acto, me hizo sentar junto á sí en un cajon. Como yo le creia un simple eclesiástico, aunque mi corazon parecia advertirme que era sugeto de mas importancia de lo que decian, le hablé con mas familiaridad de la que hubiese debido hacerlo. Lo primero que me preguntó fué si no tenia ya frio con mi vestido de montañés, y le respondí que estaba habituado á él de tal suerte, que seguramente tendria mas frio, si cambiase mi traje por otro aunque fuese de mas resguardo. Se rió mucho de mi respuesta y se informó cómo podia acostarme con aquel ropaje á su entender embarazoso. Yo se lo expliqué, pero él me hizo la observacion de que envuelto tan completamente en mi plaid, no podia estar listo para defenderme en caso de sorpresa. Entonces le respondí que cuando habia peligro personal ó en caso de guerra, teníamos otro modo de arreglar nuestro plaid, de manera que de solo un salto se hallaba un montañés en pié, con la espada desnuda en una mano y una pistola preparada en la otra, sin que para nada del mundo le estorbasen sus cubiertas. Me hizo despues otras muchas preguntas y levantándose con vivacidad pidió un vaso de vino. Obrian me advirtió al oído que bebiese si el extranjero me lo decia, pero que no brindase á su salud, lo que me confirmó en mis sospechas. Tomó entonces el vaso de vino, bebió á nuestra salud, y se retiró un momento despues. »

Todo el mundo sabe las diferentes vicisitudes de

aquella desatinada expedicion del príncipe Carlos Eduardo, que estuvo á pique de tener buen éxito por lo mismo que era tan desatinada. Rodeado de aquellos pocos hombres, segundado por lord Lovat, y reforzado con un centenar de claimores del clan del Grants de Gleumoriston, despues de haber hecho quemar y destruir todo lo que estorbaba su marcha, franqueó la escalera del Diablo, tomó el fuerte de William, sorprendió á Perth, entró en Edimburgo, y marchó á Preston Paus, donde sir John Cowe reunió un ejército; hizo huir aquel ejército, penetró en Inglaterra con seis mil infantes y doscientos sesenta caballos; se apoderó de Carlisle, se internó en el corazon del reino, atravesó por Manchester y llegó á Derby. Allí se encontraba ya solo á treinta leguas de Londres. Le habian ofrecido grandes movimientos á su favor, pero estos movimientos no se verificaban. Debía contar con hombres y dinero, y ambas cosas le faltaban. Los pareceres de sus allegados estaban divididos. Los soldados principiaban á murmurar. Solo él tiene una voluntad firme á falta de esperanzas. Quiere marchar á Londres, lucha contra la voluntad unánime de todo su ejército. Pero conociendo al fin la imposibilidad de avanzar, se vuelve súbitamente hácia Escocia, llega sin haber sufrido el menor revés, atraviesa por Dunplinjes y Glasgow, reúne algunos refuerzos de franceses y escoceses, y va á poner sitio á Stirling, cuya defensa da tiempo al general Lawlay para reunir un cuerpo de ejército. Carlos abandona el sitio, marcha hácia el enemigo, lo encuentra en Falkirk, y la fortuna le es aun por última vez propicia; pero sabiendo que se aproximaba el duque de Cumberland con su ejército, se retira á Inverness, donde estrechado cada vez mas por las tropas del rey, se ve obligado á aceptar la famosa batalla de Culloden.

Ya se sabe cuál fué el resultado de esta accion. De los cinco mil hombres que componian el ejército del pretendiente, fueron muertos mil y quinientos.

Abandonó Carlos el campo de batalla, acompañado por un gran número de caballeros; pero como habia comprendido que para él estaba todo acabado, fué despidiendo poco á poco todo aquel séquito. Habian puesto precio á su cabeza en treinta mil libras esterlinas, y tal vez no creía él poder contar con tanta fidelidad como la que le guardaron.

El recuerdo de Carlos I, vendido por los escoceses á Cromwell, se presentaba á su imaginacion.

Comenzó entonces aquella maravillosa escapada, en la que John Hume en su historia de la rebelion, y James Boswell en su historia y su viaje de las islas del occidente de la Escocia, han seguido al príncipe paso á paso; aquella huida solo puede ponerse en parangon con la del rey Estanislao.

Desde el campo de batalla y casi sin detenerse, llegó el príncipe á Gortuleg, que pertenecia á lord Lovat; y ya sea porque se creyese aun demasiado cerca del ejército inglés, ó ya porque dudase de la fidelidad de su huésped, se apresuró á marchar al castillo de Inverrary, adonde llegó muerto de hambre, y donde le prepararon para cenar dos salmones que acababa de coger un pescador.

El castillo sufrió un severo castigo por la hospitalidad que por solo un día habia dado al príncipe fugitivo; fué saqueado por los soldados ingleses; hicieron volar con pólvora dos viejos castaños que daban sombra á su entrada; el uno salió absolutamente de raíz, el otro sobrevivió á la explosion, y la mitad de él continuó echando hojas y fruto, y vegetó en tanto que vivió, ó por mejor decir, que vegetó tambien la desdichada rama de los Estuardos. La plata de aquella posesion fué en parte

dejada en manos de los soldados, y con la otra parte se fundió una copa que poseyó mucho tiempo sir Adolfo Onghon, comandante en jefe de Escocia; cuya copa tenia esta inscripcion: *Ex præda prædatoris*.

Pasó Carlos desde Inverrary al Long Island, donde esperaba hallar un buque francés; pero todo, hasta los elementos, parecia tomar partido contra este príncipe. Hay momentos en la vida, en que las cosas inertes é inmóviles, parecen recibir la inteligencia y el movimiento para aumentar un gran infortunio. La tempestad echó al fugitivo de isla en isla, hasta que al fin llegó á South-Vist, donde fué acogido por Clauranald, uno de los siete hombres del Moidart, y el primero que se le habia unido. Allí lo alojaron en el centro de la montaña, en casa de un leñador llamado Corradale.

Pero hasta allí mismo, casi en la frontera del mundo habitable, conoció que no estaba seguro. El general Campbell desembarcó en South-Vist; reunió á los Macdonall de Skye y los Mac-Leods de Mac-Leold, enemigos del príncipe, y á la cabeza de dos mil hombres comenzó las mas minuciosas pesquisas.

Una mujer emprendió entonces, y llevó á cabo un proyecto, de cuyo acierto dudaban los hombres mas bravos y emprendedores.

Esta mujer era la célebre Flora Mac-Donald, parienta de la familia Clauranald, la que en esta época se hallaba en South-Vist, adonde habia ido á ver á su familia; su suegro, conforme lo indica su nombre, era miembro del clan de sir Alejandro Mac-Donald, y por consiguiente, enemigo del príncipe. Además, mandaba la milicia del nombre de Mac-Donald, que se hallaba entonces en South-Vist.

A pesar de las hostiles disposiciones de su suegro, no titubeó Flora, y por medio de él mismo se procuró

un pasaporte para ella, un criado y una criada jóvenes, que decia ella haber aumentado á su familia. A esta criada joven del pasaporte, la designaba con el nombre de Betty Burke.

Y esta Betty Burke debia ser el príncipe Carlos Eduardo.

Bajo este nombre y con este disfraz, llegó Carlos á Kilbride en la isla de Skye, pero allí se encontraba todavía en el país sometido á sir Alejandro Mac-Donald. Redoblaba Flora su valor y su astucia, pero creyéndose sin embargo, demasiado débil para llevar ella sola su proyecto adelante, se determinó á adherirse un auxiliar, y este auxiliar no fué otro que la mujer del mismo sir Alejandro, lady Margarita Mac-Donald.

El primer movimiento de lady Margarita, al saber la empresa en que su nuera estaba comprometida, fué un sentimiento profundo de terror; pero la generosidad de corazón tan natural en las mujeres, prevaleció sobre el temor de su espíritu; su marido estaba ausente, pero la casa estaba llena de soldados ingleses; confió en consecuencia el príncipe á Mac-Donald de Kingsburgo, intendente de sir Alejandro, y como era necesario conducir al príncipe á la casa de este intendente, también fué Flora la que se encargó de salvar esta última dificultad, y marchó á Kingsburgo, donde dejó al príncipe.

Otra nueva serie de aventuras comenzó entonces para el desventurado Carlos Eduardo. De Kingsburgo pasó á Rasa como criado de su guía; de Rasa avanzó al país del laird de Mac-Kinnon; pero á pesar de los esfuerzos de este jefe, se vió obligado á volver á entrar en Escocia, habiéndolo dejado á la orilla del lago de Nevis.

Los riesgos del príncipe se acrecentaron allí, por hallarse gran número de soldados recorriendo aquel distrito. El príncipe y sus guías se hallaron envueltos en

una red de centinelas, que cruzándose los unos con los otros, en sus facciones le quitaban los medios de poder adelantarse al interior del país. Después de haber pasado así dos dias, sin haberse atrevido á encender fuego ni una vez siquiera para poder condimentar su alimento, se decidió á tentar el paso por en medio de dos puestos enemigos.

Por espacio de una hora, el príncipe y sus compañeros tuvieron que irse arrastrando como las culebras, por un desfiladero estrecho y oscuro; después de esta hora de zozobras, habian conseguido pasar la primera línea.

Viviendo de lo que la casualidad les hacia encontrar, pasando algunas veces veinte y cuatro horas sin comer, sin fuego, sin abrigo, cubiertos apenas de vestidos que se les caian á pedazos, el desgraciado príncipe llegó al fin á las montañas de Strarth-Glass, con solo el último compañero que le quedaba. No sabiendo entonces qué hacer, é ignorando adónde dirigirse, se metió en una caverna que solia servir de refugio á una banda de malhechores.

Siete eran los bandidos, casi todos antiguos partidarios del príncipe; se les dió á conocer, y cayeron á sus piés de rodillas.

Los sufrimientos de Carlos Eduardo, tuvieron allí una tregua momentánea. Ningun rey ni jefe de clan, ni propietario de castillo, ha estado jamás servido con un celo y respeto semejantes á los que el fugitivo halló en sus nuevos compañeros.

Solo que lo servian á su manera y no comprendian las reprensiones del príncipe, cuando su celo por él les hacia excederse.

Dos cosas le faltaban al príncipe, por las que manifestaba sentir mas necesidad. Vestidos y noticias.

Para proporcionarle vestidos, se emboscaron algunos

bandidos en el camino por donde tenia que pasar el criado de un oficial que habia de ir al fuerte Augusto con el equipaje de su amo, y lo sorprendieron y mataron. Y manifestándose el príncipe pesaroso de deber sus vestidos á semejante accion :

— Príncipe mio, le respondieron, demasiado honor ha sido para un miserable como ese, el morir por una causa tan digna.

Otro de ellos se disfracó, y se introdujo en el fuerte Augusto, donde adquirió noticias precisas acerca de los movimientos de las tropas, y para regalar al príncipe, le trajo á su vuelta un bollo del valor de un sueldo.

Tres semanas permaneció con ellos Carlos Eduardo, y el deseo de aquellos bravos habria sido el de que permaneciese siempre; su afecto hubiera sido siempre lo que habia sido durante aquellas tres semanas.

Pero ocurrió un ejemplo raro de afecion y sacrificio, que facilitó la huida del príncipe de un modo menos peligroso.

El hijo de un platero de Edimburgo, llamado Rodrigo Mackenzie, que habia sido oficial en el ejército de Carlos Eduardo, y que sabia todos los peligros que corria el príncipe fugitivo, se hallaba oculto en los *braes* de Gleumoriston; era un jóven de la edad del príncipe, de su misma estatura, y por una rara casualidad tenia con él una extraordinaria semejanza. Una partida de soldados descubrió un dia á Rodrigo Mackenzie y lo atacó. El jóven concibió entonces una idea sublime de sacrificio, la de que su muerte fuese de utilidad para el partido al cual habia consagrado su vida; y despues de haberse defendido hasta la última extremidad, presentó el pecho á los soldados, exclamando :

— ¡ Miserables ! ; vais á matar á vuestro príncipe !

Al escuchar estas palabras se hizo ya imposible el per-

don, y los soldados creyeron que era Carlos Eduardo, y la cabeza de Carlos Eduardo valia treinta mil libras esterlinas. Mataron al falso príncipe, y su cabeza, separada de los hombros fué enviada á Londres.

Se pasó un mes antes de que se descubriese este engaño; durante un mes se creyó al príncipe muerto, y por consiguiente dejaron de buscarlo. Se aprovechó Carlos Eduardo de este respiro para despedirse de sus fieles bandidos é incorporarse en el Badenoch con dos de sus adictos partidarios; Cluny y Lochiel.

Al fin, hácia el 18 de setiembre supo Carlos la noticia de que dos fragatas francesas habian llegado á Lochiaunagh, con el objeto de recogerlo á él y á los fugitivos de su partido.

El 20, Carlos Eduardo y Lochiel se embarcaron en las fragatas, precedidos por un centenar de partidarios que habian venido á buscar un refugio á su bordo.

Y el 29 de setiembre desembarcó el príncipe cerca de Morlaix en Bretaña; á los trece meses despues de su salida de Francia, de cuyos trece meses habia pasado cinco entre la vida y la muerte.

Uno de los dos bandidos que habian seguido al príncipe desde la caverna á donde se habia refugiado hasta Badenoch, en donde se habia reunido con Cluny y Lochiel, fué despues ahorcado en Inverness, por haber robado una vaca.

Este hombre que robaba una vaca que valia quince francos, se habia desdeñado de adquirir por precio de una traicion las treinta mil libras esterlinas que valia la cabeza del que acompañaba.

Vuelto á Francia Carlos Eduardo, se le hizo salir por el tratado de Aix-la-Chapelle; fué arrestado en el momento de ir á la ópera y conducido á Vincennes á la misma habitacion tal vez, á la que cincuenta años des-

pues había de ser llevado el duque de Enghien; se retiró primero á Bouillon y despues á Roma, donde se unió á la condesa de Albany, mas célebre aun por sus amores con el poeta Alfieri que por su amistad con el penúltimo descendiente de los Estuardos.

Carlos Eduardo había sufrido mucho, y tenía por consiguiente necesidad de olvidar mucho. Por esto, ó para hacer un ejemplo sobre las últimas razas reales permitió Dios que pasase los últimos años de su vida en una constante embriaguez.

Murió en Florencia el 31 de enero de 1788.

El mes de enero es fatal para los Borbones y para los Estuardos.

El último de los Estuardos, el cardenal de Yorck, murió en la capital del mundo cristiano en 1808.

Un mismo monumento ha cubierto las cenizas de los dos hermanos, reunidas en el vasto museo de polvo ilustre que se llama Roma.

La muerte de Felipe V no produjo ningun cambio en Europa; le sucedió su hijo el príncipe de Asturias con el nombre de Fernando VI.

En cuanto á la muerte del conde de Bonneval, podría decirse que este suceso no había sido mas que el complemento de la existencia mas aventurera tal vez, que pueda haber sacado la historia de los caprichos de la novela.

Nacido el 14 de julio de 1675, educado en el colegio de los jesuitas y á la edad de doce años admitido en el de la marina, Claudio Alejandro, conde de Bonneval, estuvo á pique de ser reformado por el marqués de Seignelai, ministro de Marina, que pasando revista á los guardias marinas y no viendo en él mas que un niño, manifestó que debería salir del colegio.

— Señor ministro, dijo con altivez el jóven, á los

hombres de mi nombre no se les hace salir de los colegios.

Comprendió el ministro con quién se las había, y respondió:

— Sí tal, señor, se les hace salir de los colegios cuando son simples guardias marinas, para que vayan á servir con alférez de navío.

Los combates de Dieppe, de la Hogue y de Cádiz probaron que ni el conde de Bonneval, ni el señor Seignelai se habían equivocado.

Un lance de honor hizo que el conde de Bonneval dejase la marina, y compró un empleo en 1698 en el regimiento de las guardias. En 1701, obtuvo el regimiento de la Tour-Infantería; pero en 1704 se incomodó con el señor de Chamillard, pidió un permiso al duque de Vendome, y empleó el invierno de 1705 á 1706 en viajar por Italia, donde trabó amistad con el marqués de Langallerie, que del servicio de Francia se había pasado al del imperio. Mucho tiempo tardó en seguir su ejemplo; pero habiéndole llamado la atención al príncipe Eugenio su comportamiento en las filas francesas en la batalla de Luzzara, le hizo hacer una propuesta á la que accedió, y tomó el grado de general-mayor en las tropas austriacas. Su admirable valor quedó desde entonces al servicio extranjero. Se distinguió en Turin en el ataque de las líneas, donde tuvo la suerte singular de salvar la vida á su hermano el marqués de Bonneval, al que reconoció repentinamente en medio de las bayonetas húngaras, á pesar de que ni siquiera sabía que estuviese peleando contra él. Desde este momento se encuentra en todas partes al conde de Bonneval. Fué el primero en la toma de Alejandria; uno de los primeros en el asalto del castillo de Tortona. En los Estados pontificios le rompieron un brazo; en

Saboya, en el Delfinado y en Flandes. En 1714 asistió á la entrevista del príncipe Eugenio con el mariscal de Villars, y concurrió contra la Turquía á ganar la batalla de Peterwaradin, en la que recibió una lanzada en el vientre, que le obligó á tener que llevar un vendaje de hierro, durante todo el resto de su vida. En 1720 se incomodó con el príncipe Eugenio, como se habia incomodado con Chamillard, y se pasó á Turquía, donde tomó el turbante, se encargó de la direccion de la artillería turca, llegó á ser pachá, se distinguió en 1739 en la guerra contra los imperiales, y murió al fin en Constantinopla el 22 de marzo de 1747 á la edad de 72 años. Está enterrado en el cementerio de Pera, en donde se puede aun hoy reconocer su sepulcro por esta inscripcion turca :

« Dios es eterno : que Dios glorioso y grande para con los verdaderos creyentes, le dé la paz al difunto Acmeth, Pachá, jefe de los artilleros, el año de la Egira 1160. »

El año de la Egira 1160 corresponde al año de la era cristiana en 1747.

Solo quedan que decir dos palabras acerca de la muerte del caballero de Belle-Isle y de la del señor de Vintimille, arzobispo de París.

El caballero de Belle-Isle se habia ocupado constantemente en la ilustracion de su hermano el mariscal de Belle-Isle con todos los conocimientos é instrucciones que poseia, siéndole además superior por lo dilatado de sus miras y la solidez de los proyectos. Él era el que trabajaba las memorias del conde, el que preparaba los planes, y el que cuidaba además de la economía de los asuntos domésticos.

Murió como valiente en el ataque de los atrinchera-

mientos de Exiles, y cayeron á su lado los señores Darnaut, Goas, Grill, Brienne y Douges.

En cuanto al señor de Vintimille, al que se le ha visto representar un papel politico-religioso en el asunto de los jansenistas y molinistas, y otro papel particular en los amores de su sobrina con Luis XV, no murió sin religion, pero sí con dudas : lo que fué muy triste ejemplo para sus ovejas. El abate de Harcourt, que lo ayudaba á bien morir, quiso probarle las verdades de la religion. Al principio lo escuchó el señor de Vintimille con mucha paciencia; pero notando que se hacia demasiado difuso su discurso lo interrumpió diciéndole :

— Basta, señor abate, creo que basta; pero lo mas cierto que hay de todo esto, ya lo veis, es que yo me muero vuestro amigo y servidor.

CAPITULO XIII.

Familia real. — Los nombres de las hijas del rey. — Choisy y Trianon. — Etiqueta. — La prueba de los manjares. — Las entradas. — Las funciones. — La frutera del castillo y el gobernador. — La sociedad de la reina. — El juego del rey. — La cena. — El cocinero del rey. — El señor delfin. — Su infancia. — Lisonjas que se le prodigan. — Orgullo del jóven principe. — Dicho del delfin á la reina. — Cambio de su carácter. — Su ánimo. — El señor de Fleury. — Orri pierde su gracia. — Fortuna de la marquesa. — Los parisienses. — Las fiestas de la señora Pompadour.

En la época á que hemos llegado, esto es, hácia la mitad poco mas ó menos del reinado de Luis XV, tenía el rey ocho hijos de la reina; de sus queridas, *excepto*

el medio Luis, nunca tuvo ninguno, porque en su juventud habia aprendido demasiado con los bastardos de Luis XIV.

Estos hijos eran : el delfin, que nació el 4 de diciembre de 1729.

El duque de Anjou, que nació en Versalles el 30 de agosto de 1730, y murió en 1733.

Luisa Isabel de Francia, casada con don Felipe, nacida el 14 de agosto de 1727.

Ana Enriqueta, hermana gemela de Luisa Isabel.

María Adelaida, conocida por Mad. Adelaida, nació el 23 de mayo de 1732.

Victoria Luisa María Teresa, nació el 11 de mayo de 1733.

Sofía Filipina Isabel, nacida el 27 de julio de 1734.

Luisa María, nacida el 15 de julio de 1737.

Suponiendo, pues, que hubiésemos llegado al principio del año de 1750, tendria el rey cuarenta años, la reina cuarenta y siete, el delfin veinte y uno, las princesas mellizas veinte y tres, Mad. Adelaida diez y ocho, la princesa Victoria diez y siete, la princesa Sofía diez y seis, y la princesa Luisa trece.

Las princesas, excepto Luisa Isabel casada con don Felipe, vivian bajo la tutela de su madre.

Los caracteres de todas estas princesas eran muy diferentes, y los de algunas de ellas hasta extravagantes en demasía.

Madama era buena ; sin pasiones, reflexiva, tímida y prudente ; se complacia sobremanera con la sociedad de la señora de Ventadour, casi centenaria, á la que le hacia referir todas las anécdotas de la corte de Luis XIV.

Mad. Adelaida, al contrario, era muy atrevida : tenia todas las maneras de un muchacho ; tocaba el violín,

montaba á caballo y gustaba mucho de la caza. Siempre tenia la ambicion de ser hombre y hacer la guerra. Siendo muy niña decia : « Yo no sé porqué desean tanto un duque de Anjou, porqué no me hacen á mí duque de Anjou y verán de todo lo que yo soy capaz. »

De edad de trece años, jugando á la cavagnola con la reina, consiguió robarle catorce luises ; á la mañana siguiente la encontraron abriendo las puertas para salir de Versalles é ir á comprar su equipaje de guerra.

— ¿Adónde vais, princesa ? la preguntó deteniéndola una de las mujeres de su servidumbre.

— Voy á ponerme á la cabeza del ejército de papá-rey, batiré á los enemigos y traeré prisionero á Versalles al rey de Inglaterra.

— ¿ Pero cómo habeis de ejecutar vos sola semejante proyecto, princesa ?

— No estoy sola ; tengo por aliado á un hombre, al que le he hecho dar un empleo en la corte, y me ha ofrecido acompañarme.

El hombre aliado de Mad. Adelaida era un pilluelo de quince años que solia ver muchas veces en los bosques de Lagny ; y el empleo que habia obtenido para él en la corte era el de guardia de los asnos de las princesas.

Detenida por fuerza en su cuarto Mad. Adelaida habia encontrado otro medio para destruir la Inglaterra, aquella misma noche lo expuso en el círculo de la corte.

— Haré que vengan, dijo, uno tras otro, los principales ingleses para acostarse conmigo, ellos se creerán muy honrados con esto, y cuando estén dormidos los mataré á todos sucesivamente.

El medio propuesto por Mad. Adelaida fué por todos muy aplaudido, como puede suponerse ; pero Mad. de Tallard le hizo observar que seria una bajeza hacer morir de tal modo á todos aquellos caballeros.

— ¿Qué diablo, respondió Mad. Adelaida; pues cómo quereis que lo haga, si papá prohíbe los duelos?

En cuanto á Mad. Victoria, que tenia inclinaciones, si no mas amorosas, por lo menos mas pacíficas, era nermosa persona y de agradable fisonomía, color trigoño, hermosos y grandes ojos, y que se asemejaba al rey, al delfin y á Mad. Infante; el rey la queria mas que á sus otras hermanas, y la queria, segun se decia, mas de lo que un padre debe querer á su hija; y este sentimiento exagerado, segun la crónica escandalosa, habia hecho nacer al señor de Narbona.

Mad. Sofia, que era la que seguia á Mad. Victoria, era muy blanca, y toda la parte superior de su rostro tenia mucha semejanza con el del rey.

Mad. Luisa era muy pequeña; pero tenia agradable fisonomía, era viva y alegre, y nadie podia imaginar por su aspecto que habia de ser un dia religiosa.

Mad. Infante debia morir en 1759, y Mad. Ana en 1752.

Mads. Adelaida, Victoria y Sofia habian de quedarse solteras.

A estas tres princesas las habia bautizado el rey su padre en su trato familiar con los tres nombres poco poéticos de Locque, Chiffe y Graille.

Toda la corte del rey, del delfin y de la reina, cuando estaban en Versalles estaban sujetos á una rigurosa etiqueta. Esta es la razon porque el rey gustaba tanto de Choisy y la reina de Trianon.

Una de las cosas mas serias de aquella etiqueta era el probar los manjares. En 1750 habia cinco gentiles hombres destinados á servir en las comidas de ceremonia; uno de ellos se colocaba de pié cerca de la mesa, y hacia que en su presencia se probase de todos los platos por un oficial de boca. Todo, sin excepcion, habia de

gustarse; agua, vino, asados, guisados, pan y frutas.

¡Qué distancia tan inmensa de estas comidas de ceremonia á las de confianza que se celebraban en Choisy, en que habia mesas que salian preparadas y cubiertas por el pavimento, y donde el servicio se hacia por pajes invisibles!

Otra etiqueta que se guardaba con tanta severidad como la de las pruebas, era la de las entradas. Por la puerta grande no podian entrar mas que los gentiles hombres; á un hombre del comun, aunque fuesen un Chevert ó un Voltaire, se les obligaba á entrar por las puertas mas pequeñas.

Despues se verá cómo entró Voltaire por las grandes.

El repartimiento de servicios que hacia que ninguno quisiese hacer mas que lo que le estaba impuesto estrictamente por los estatutos de su cargo, era tambien algunas veces de gran molestia.

Paseándose un dia la reina por dentro de su cámara de aparato, notó encima de su cama un poco de polvo, y se lo mostró á la señora de Luynes.

La señora de Luynes envió á buscar al ayuda de cámara de la tapicería de la reina para que hiciese que se limpiase por el ayuda de cámara de la tapicería del rey. Este manifestó que á él no concernia aquel polvo en atencion á que aunque los tapiceros del rey eran con efecto los encargados de hacer el lecho ordinario de la reina, no podian tocar al lecho de perspectiva, que se reputaba como mueble cuando la reina no dormia en él; y como que entonces la reina no usaba aquel lecho de perspectiva, aquel polvo concernia á los señores oficiales del guarda-muebles.

Se pasaron dos meses sin encontrar al que le tocaba quitar el polvo, hasta que al cabo de este tiempo lo sacudió la reina misma con un abanico de plumas.

Estos fastidios persiguieron á la reina hasta en Trianon, adonde iba muy á menudo á comer con sus damas y pasaba las noches en sociedad íntima. Hubo un dia una gran cuestion entre la frutera y el gobernador que interrumpió este desahogo á la reina y le impidió poder ir á comer allí durante dos años. Pretendia la frutera ser la encargada de la provision de las bujias, y el gobernador no queria cederle este derecho que decia pertenecerle; y entretanto para no ofender á ninguno de los dos, la reina no iba á Trianon, y si acaso iba alguna vez era de dia y no cenaba allí.

Nada podia ser mas triste que la situacion de aquella pobre reina. Su sociedad habitual la componian el cardenal y la duquesa de Luynes, el presidente Henault y el padre Griffet. En aquella reunion no habia etiqueta; todo el mundo se sentaba; y como la conversacion era en general poco animada, sucedia muchas veces que la mitad de la sociedad se dormia y la otra mitad la miraba dormir.

El duque de Luynes era el mayor dormilon, y el mudo mas absoluto de la sociedad, y la reina le llamaba por antífrasis el señor Tintamarre (Batahola).

El rey por su parte hacia otro género de vida. A medida que avanzaba en edad, crecian sus inclinaciones de libertinaje. Pocos dias se pasaban sin que jugase muy fuerte, de manera que pudiese perder ó hacer perder á sus adversarios tres ó cuatro mil luises.

Cuando el rey ganaba, los guardaba en su bolsillo secreto, cuando perdía tenían que ir á cobrar á las cajas del Estado. El gusto al juego se fué extendiendo hasta el extremo de pasar desde la bayeta verde á especulaciones mercantiles.

Concluido el juego, se cenaba; el rey bebia mucho, y sobre todo vino de Champagne. Cuando ya estaba no

muy sereno lo dejaban entregado á la señora de Pompadour, que hacia de él lo que podia hasta el dia siguiente.

Tenia el rey un excelente cocinero que no solo habia aprendido en los mejores libros de gastronomia y en las casas de los mejores gastrónomos todas las reglas de su arte, sino que tambien habia aprendido en casa de los médicos de mas experiencia, el arte no menos importante de preparar los manjares reparadores, con cuyo auxilio podia el rey perpetuar aquellas noches de locura, de que el duque de Orleans nos habia dado ejemplo.

Además, mientras duraba el carnaval, muchas veces el rey, los príncipes y sus favoritos recorrian no solo los bailes de máscara, sino tambien las calles de París y de Versalles.

En cuanto al delfin, habia sido criado en la mas extrema adulacion. Como santa María Alacoque, segun cuenta su historiador, manifestaba ya á la edad de catorce meses el mayor horror al pecado, así daba tambien el delfin á la edad de seis años las mayores esperanzas.

— Monseñor, le decia en 1735 el arzobispo de Crillon, el clero respeta en vos la sangre mas ilustre que haya existido jamás, y de la que habeis sacado las virtudes mas elevadas, que un dia habeis de hacer resplandecer.

Un dia le dijeron al jóven príncipe que el duque de Chatillon, su ayo, estaba obligado, en las grandes ceremonias, á servirlo de rodillas.

El príncipe contestó: ¿Y porqué no siempre?

Hasta los castigos que se le imponian estaban reglados para aumentar su orgulloso carácter.

A este real niño, al que la etiqueta debia fastidiar,

se le castigaban sus faltas privándole de esta misma etiqueta. Cometía alguna falta grave, se le enviaba á misa con un solo criado á pié. Era enorme la falta, se le mandaba á la guardia que no le hiciesen honores al pasar.

Así el delfin hasta la edad de doce años fué uno de los entes mas desagradables que pudieran verse.

— Niño maligno, le dijo su madre, algun dia me darás mucho que sentir.

Y volviéndose el niño á su madre, le contestó:

— Sin embargo, convenid en que sentiriais mucho no tenerme, sobre todo despues de la muerte del duque de Anjou.

La respuesta no manifestaba un buen talento, pero sí penetracion.

A los doce años comenzó su carácter á hacerse mas reflexivo, y aun se hubiese podido distinguir en el jóven príncipe cierta fuerza, en la que la voluntad tenia la mayor parte. Atormentado por un tumor en la parte inferior de la mejilla derecha, se creyó conveniente abrírselo, y La Peyronie le hizo una incision desde el medio de la mejilla hasta la barba. El rey se desvaneció y tuvieron que hacerle respirar sales espirituosas; pero el delfin permaneció imperturbable y sufrió la operacion sin exhalar una queja ni un suspiro. Algunos dias despues su dentista advirtió al señor de Chatillon que era preciso sacar al príncipe una muela del mismo lado de la herida. Pidió el príncipe algun tiempo para decidirse; pero luego que se decidió, llamó él mismo al dentista y sufrió la operacion sin pestañear siquiera.

Algunos dias despues le sacaron otra, luego la tercera y siempre sufrió el dolor con la misma impassibilidad.

Jugando con él un dia el cardenal de Fleury, como

habia jugado con Luis XV cuando era niño, le decia:

— Monseñor, ¿se podrá contar para lo sucesivo con esta amistad que me manifestais ahora? Las amistades de los príncipes se dice que no son de larga duracion.

— Sin embargo, le contestó el delfin, vos habeis conservado una buena ventana en el corazon del rey para no tener de que quejaros.

Estando á la edad de trece años, el delfin en Versailles y el duque de Chatillon en París, se divirtió el delfin en inventar que la czarina habia muerto envenenada. Él habia dado tales pormenores de las causas del envenenamiento, y del interés que los señores rusos, á los que acusaba, habian tenido para efectuarlo, y las alteraciones que esta muerte podia producir en Europa; de tal suerte que esta noticia falsa fué tenida por cierta, tanta era la probabilidad que le daban los pormenores históricos. El señor de Chatillon dió publicidad á esta carta del príncipe, como noticia oficial. Al dia siguiente todo el mundo se hallaba enterado de la chanza.

Teniendo quince años, supo que una señora de la corte no habia cumplido con la Iglesia; se aproximó á ella y le dijo:

— ¿Os habeis confesado ya, señora?

— Sí, monseñor.

— Me pareceis católica muy tibia, señora; ¿quién es vuestro confesor?

— Un recoleto, respondió la señora turbada.

— Hariais mejor en tomar mi misionero de la capilla, replicó el príncipe, sería mas severo: y se apartó de ella con el mismo aire que lo habria hecho Luis XIV en circunstancia semejante.

Cuando se trató de su matrimonio con la infanta de España María Teresa, tenia el delfin catorce años, y no

habia conocido aun ninguna mujer; él no hablaba mas que de proyectos de viajes y de correrias con la señora delfina.

— Bien, le decia Mad. Adelaida, hablad de vuestra mujer, alabad su hermoso cutis, su aire de nobleza y su blancura; pero tiene rojo el cabello.

— Me han asegurado que tiene buen carácter, respondió el delfin, y eso me basta.

Decia un día á uno de sus amigos:

— Si llego á ser rey, iré á vivir á San German y haré hacer allí construcciones procurando utilizar los edificios que hay ya.

— Monseñor, le respondió aquel á quien se dirigia; ese proyecto no está de concierto con otro proyecto que tiene V. A., el de aliviar á sus pueblos.

— Bien, dijo el delfin, reflexionaré en lo que acabais de decirme.

A la mañana siguiente al volver á ver á su amigo le dijo:

— Teneis razon, siempre se edifica mas de lo que se quiere y mas caro de lo que se puede. He reflexionado en lo que me dijisteis ayer, y os doy mi palabra de no hacer nunca edificios.

Le gustaba mucho al delfin la caza de tiro, pero tuvo la desgracia de matar al señor Chambon, y nunca se consoló de esto.

La mujer del señor Chambon habia quedado en cinta. Tuvo al niño en la pila del bautismo, y durante la ceremonia violó no sé qué ceremonial que se quiso restablecer, diciéndole:

— Monseñor, eso no es costumbre.

— Pero me parece, respondió el delfin con amargura, que tampoco es costumbre matar al padre de un niño y al marido de una mujer.

Después de cinco años de casado vivia el delfin como honesto y buen marido; así es que la señora de Pompadour temia infinitamente mas al delfin que á la reina.

La señora de Pompadour habia sido presentada en 1745, y como ella no habia podido ser presentada bajo su nombre de la señora Lenormand de Etioles y como por otra parte ella tenia algunas razones para romper con aquel nombre, que ella habia llevado tan mal, suplicó al rey que hiciese por ella lo que habia hecho por la señora de Chateauroux. El rey consintió y le dió el marquesado de Pompadour.

La casa de Pompadour, que se remonta al siglo xii, se habia extinguido en 1722 en la persona del marqués de Pompadour, que habia representado un papel en la conspiracion de Cellamare.

La señora de Pompadour no habia estipulado de antemano sus condiciones, como la de Chateauroux, pero nada perdió en hacerlo después.

Comenzó desde luego por hacer despedir al contralor general Orri que habia rehusado servirla empleando á una de sus criaturas.

Además de las dos versiones que corrian acerca del señor Poisson, padre, de las cuales una lo hacia tratante en ganado de la Ferté-sous-Jouarre, y la otra proveedor de carne de los Inválidos, habia aun otra que lo hacia cobrador de contribuciones indebidas, por lo que en otro tiempo habia sido condenado á la horca.

Se decia que el señor Poisson habia sido uno de los principales agentes de los hermanos Páris. Se recuerda á aquellos protectores protegidos por la señora de Prie; perseguido por Fagou que á causa de la proteccion del duque no se atrevia á apoderarse de ellos, Poisson fué condenado á ser ahorcado, pero como nunca se ahorca al que puede comprar una cuerda por cien mil libras,

se libertó Poisson de la horea y se refugió en Hamburgo.

Ya se ha referido como el comendador de Thianges representó el papel de Estanislao en 1733. Poisson lo encontró en Hamburgo, le refirió su aventura, y le rogó se interesase por él con el registrador á fin de poder apelar de la sentencia. Muchas veces le habian hablado de este asunto al cardenal de Fleury, sin haber conseguido nada, pero una señora de Saissac, que era amiga suya, hostigó tanto al cardenal que permitió la revisión del proceso, y en 1741 fué absuelto Poisson de la pena impuesta por la sentencia en 1726.

Los hermanos París habian favorecido mucho á Poisson. El registrador general era enemigo de los hermanos París, por esto lo primero en que se ocupó la señora de Pompadour cuando llegó al poder fué en derribar á Orri, que se retiró á Bercy, donde todas las personas honradas fueron á su casa á cumplimentarlo, luego que llegó.

Lo reemplazó en su destino el señor Machault, intendente de Valenciennes.

El señor Machault, hombre honrado y de inteligencia, comenzó por libertar á la Francia de una gran carestía en 1749, haciendo traer trigos de Berberia.

El proyecto de la señora Pompadour no le habia salido bien mas que á medias; habia conseguido derribar un enemigo, pero no tuvo poder para colocar un amigo.

Para satisfacerla le concedió el rey una plaza de director general de construcciones, para que nombrase ella á quien quisiera; y nombró á un hermano suyo, al que dieron el título de marqués de Vaudieres, y al que le llamaban en la corte el maqués de antes de ayer.

Hé aquí la progresion de la fortuna personal de la marquesa de Pompadour.

A los seis meses de la declaracion de los amores del rey, tenia ya ciento y diez mil libras en rentas; cuarto en palacio, otro en los sitios reales, y el marquesado de Pompadour.

En 1746, le compró á Rousset, arrendador general, la tierra de Selle, en la cantidad de ciento y cincuenta mil libras, y gastó otras sesenta mil solo en arreglar la casa.

El mismo año le dió el rey quinientas mil libras, sobre el cargo de tesorero de las caballerizas, y creó en aquel mismo año otro cargo en su beneficio; de suerte que en menos de un año se habian dado á la favorita cerca de dos millones.

El 1.º de enero de 1747, le dió Luis XV, por regalo de Pascuas, un librito de memoria ó carterita, guarnecida de diamantes con las armas de Francia, tambien de diamantes, en medio, y en las cuatro puntas las torres que la señora de Pompadour habia tomado por armas, tambien de diamantes. Habia además, dentro de la cartera, un billete al portador, de ciento cincuenta mil libras.

El 3 de marzo siguiente, obtuvo del rey el marqués de Vaudieres la capitania de Grenelle, y las cien mil libras que tenia á cargo esta plaza.

En 1749 pidió la señora de Pompadour un palacio en Fontainebleau, y el rey le dió trescientas mil libras para hacerlo.

Pidió al rey en el mismo año la casa de campo de Aulnay para aumentar las bellezas de Grecy, y el rey se la dió, y cuatrocientas mil libras además.

En 1751, pensó la señora Pompadour que era tiempo de hacer algo de favor de su padre; y el rey compró la tierra de Marigny, que dió al instante al señor Poisson.

En 1752, deseó la señora de Pompadour poseer la

tierra de San Remy, lindante con la de Crecy, que era cosa corta, doce mil libras de rentas, y el rey abochornado de hacerle un regalo tan pequeño, añadió trescientas mil libras para un palacio en Compiègne.

En 1753 le agradó á la señora Pompadour el magnífico palacio del conde de Evreux, y le habló de él á Luis XV, que le dió en el instante mismo para comprarlo quinientas mil libras; y luego que se estableció en él, no encontrándolo bastante digno de sí, gastó otras quinientas mil libras para hacerlo habitable.

Los parisienses no pudieron sufrir este despilfarro, se desataron en epitetos contra la cortesana, y llenaron las paredes exteriores del palacio de pasquines. Y como para agrandar el jardin, ella se habia apoderado, sin conocimiento de nadie, de una porcion del terreno que se llamaba entonces Paseo Público, y hoy se llama los Campos Eliseos, se amotinó una porcion de pueblo, y embistió con los trabajadores, que dispersaron á pedradas.

Se entablaron por este mismo tiempo comunicaciones entre la señora de Pompadour y el rey de Prusia para comprar el principado de Neufchatel; porque en caso de romper con su real amante, queria tener en el extranjero un refugio contra los enemigos que habia adquirido en Francia, donde pudiese vivir tranquila, y asegurada, no solo su fortuna real, sino tambien la fortuna invisible, que nadie conocia, y que ella tenia diseminada en los bancos de Génova, Venecia, Londres y Amsterdam. Esta negociacion no se verificó.

De todas aquellas adquisiciones, de toda aquella fortuna real, de que ella misma no sabia qué hacer, resultaba un bien para los artistas. Era preciso decorar todos aquellos palacios, era preciso reproducir bajo todas las formas, ya las imágenes ó ya los caprichos de la favorita; las artes son la sola nobleza á que no ofende

el plebeismo, así los Vernet, los Latour y los Pigale eran los comensales cotidianos de la señora Pompadour. Participaron en gran manera de la fortuna que la favorita tenia precision de que le perdonasen. Entró desde luego el arte en la vida material, y se trasformó para hacerse, no solo agradable, sino útil; descendió á los mas ínfimos pormenores del mueblaje, á esas mil futilidades, que una mujer quiere tener en torno suyo, á las mil fantasías con que quiere recrear su vista, á los mil caprichos con que divierte su imaginacion, todo se hizo objeto del arte; y hoy todavia nuestras mujeres de moda, han tomado bajo la proteccion de su gusto ese género fútil y costoso, al que la marquesa de Pompadour ha dado su nombre.

Es menester tambien confesar que nunca se habia llevado á tanto extremo la coqueteria en los mas ínfimos pormenores como en aquella época. El arte sustitua continuamente á la naturaleza; esa brillante fantasía de Dios, que se llama *flores*, se imitaba y reproducia de cien maneras diversas con la aguja, con el pincel y con la porcelana. Un dia recibió la señora de Pompadour á Luis XV en la maravillosa casa de campo de Bella-Vista, donde habia sepultado millones; era el medio del invierno, y lo que es mas, de un invierno muy rigoroso; condujo la marquesa á su real amante á una habitacion colocada sobre una inmensa estufa, en la que se abrian las flores mas frescas y mas distantes de la estacion en que se estaba; rosas, lilas y claveles, se veian desparramados con tal profusion, que se creia estar en la primavera. Aquello era, como se decia entonces, el dominio de Flora; y todas aquellas flores de tan maravillosa frescura, exhalaban al mismo tiempo tan delicados perfumes, que pidió el rey que le hiciesen un ramo para llevar á Versalles.

— Venid vos mismo á cogerlo , señor , le dijo la favorita con encantadora sonrisa , y colgándose del brazo de Luis XV. , venid.

Fué con efecto el rey , y al querer romper el primer tallo de una flor , conoció el error que acababa de cometer. Todo aquel delicioso jardín era de porcelana de Sajonia. Los olores que lo habían encantado y que parecían superiores á las emanaciones de todas aquellas flores , eran las mas suaves esencias , volatilizadas por el arte y mezcladas con la atmósfera que perfumaban.

No podia salir el rey de su encantamiento , y hablaba de él , como Aladino cuando volvió de sus excursiones subterráneas debió hablar de los mágicos jardines que habia recorrido.

Conservaba Luis XV en medio de todo esto , accesos de tristeza , horas de melancolía , y momentos de disgusto , que nada podia vencer ; pues sin embargo , á su disgusto , á su melancolía , á su tristeza , pudo aun poner remedio el arte. La señora de Pompadour , para distraer á su real amante , no hizo lo que la señora de Maintenon por el hombre menos á propósito para distraerse que habia en Francia ; no fué como ella á buscar el remedio en los clérigos y en las ceremonias religiosas : al contrario , apeló á los poetas y á las representaciones teatrales. Dufremy , Marivaux , y Collet , fueron los reyes de aquel teatro , que semejante á los muebles de la época , puede llamarse el teatro de Pompadour. En tiempo del gran rey , habia sido Moliere ayuda de cámara ; en tiempo de Luis XV. , fué Voltaire gentil hombre de cámara.

A aquellas representaciones , objeto de mas intrigas que las que antes se fraguaban en Marly , asistia muy corto número de personas. Los espectadores eran el rey , la reina , el delfin , Mad. Adelaida , Mad. Victoria ,

Mad. Sofia , Mad. Luisa , el duque de Chartres , el príncipe de Tarena , el duque de Agen , los señores Richelieu , Maillebois y Tavane , el marqués de Villeroy , el conde de Lorges , los señores Argenson , Coigny , Croissy , Querchy , Chancenet , el mariscal de Sajonia , el abate de Bernis , Vaudiere , Tournechen , Brionne , Sponheim , Soubise , Belle-Isle , San Florentin , Puisieux , Chevreuse , Luxembourg , Duras , Chaulnes , Estissac , Castres , Goutant , Segur , Laugeron , Pons , Daschy y Frise.

Los actores eran el conde de Maillebois , Meuse , Agen , Croissy , Voger , Duras , Clermont de Amboise , Courtauvaux y Villeroy.

Las actrices eran las señoras de Pompadour , de Brancas , de Pons y de Lassenage.

En 1747 representaron el Tartuffe , pero casi en secreto , sin que lo supiese el delfin , las princesas ni la reina. El conde de Noailles , el príncipe de Conti y el duque de Gesvres , pidieron con empeño esquelas de convite que no pudieron conseguir.

El Tartuffe lo representaron el duque de Nivernois , Meuse , Agen , La Valliere y Croissy , y las señoras de Sassenage , de Pons y de Brancas.

En 1749 se representó el Matrimonio hecho y deshecho , en el que brilló extraordinariamente el conde de Maillebois en el papel de presidente , y el marqués de Voger , Croissy , Clermont de Amboise y Duras , obtuvieron infinitos aplausos.

En 1752 , se puso en escena la opereta heroica Venus y Adonis , letra de Collet , y música de Mondonville. El caballero Clermont hizo el papel de Marte , la señora de Pompadour el de Venus , el vizconde de Chabot el de Adonis , y la señora de Brancas el de Diana.

Muchos de estos señores y señoras adquirieron reputaciones de artistas. La Valliere representaba perfecta-

mente los bailtos, el duque de Duras las Blasas, la señora de Brancas las molineras, y la señora de Pompadour las Coletas. Clermont de Amboise, Courtauvoux, Luxemburg, Agen y Villeroy, cantaban maravillosamente, y Hesse, Courtauvoux, Beuvron y Melfort bailaban lo mejor posible.

El duque de La Valliere era el director de escena.

En 1748 se había hecho construir un salon para los placeres privados de Luis XV, ó mas bien de la señora de Pompadour.

Durante aquel tiempo, el pueblo, al que se tenía en olvido para todo, menos para exigirle los impuestos, el pueblo, despues de haber ido quitando poco á poco á Luis XV el titulo de muy amado, el pueblo murmuraba, y en estos murmullos nos detendremos, porque eran los primeros rugidos sordos de la borrasca que estalló en 1793.

Entramos en el periodo de la decadencia de la monarquía; por este periodo del siglo XVIII tendremos que caminar con velocidad, porque la pendiente es muy rápida.

CAPITULO XIV.

Situación apurada de la hacienda. — Estado deplorable de la marina. — Mr. Rouillé sucede á Mr. de Maurepas. — Mr. de Machaut. — Asunto de los bienes del clero. — Decreto del veinteno. — El parlamento. — Respuesta de Luis XV á las representaciones. — Quejas de la nobleza, del clero y de los estados de las provincias. — Bretaña. — Artois. — Languedoc. — Destierro de algunos nobles. — Cristóbal de Beaumont reemplazó á Mr. de Bellefonds en el arzobispado de Paris. — Su retrato. — Escuela filosófica. — La negativa de los Sacramentos. — Murmuraciones del pueblo. — Mr. Berryer jefe de la policía. — Bando contra los vagos y mendigos. — Raptos. — Motines. — Mad. Berryer. — Reorganización de la ronda. — Plan de fortificaciones y cuarteles al rededor de Paris. — El camino de la *Rebellion*. — El Knés ruso. — Los baños de sangre. — Mr. de Charolais. — Matrimonio de Mad. de Boufflers y de Mr. de Luxembourg. — Nobleza militar. — Muerte de Mauricio de Sajonia. — Creación de la escuela militar. — Nacimiento del duque de Borgoña. — Mad. de Pompadour. — Su hermano el marqués de Marigny. — El parque de los Ciervos.

Las disensiones entre los mejores amigos, entre maridos y mujeres, entre amantes y queridas, casi siempre provienen de la falta de dinero: el rompimiento entre los pueblos y los reyes rara vez es debido á otra causa.

Hablando del estado de la hacienda en tiempo del regente, ya hemos dicho el estado de penuria en que se encontraba la Francia: despues de las locuras que acabamos de referir, se empeoró de dia en dia, y los ministros, como los peones que llegan al fin de una mina ya agotada, conocieron que iban á faltar los filones. Esta especie de malestar, suele manifestarse comunmente por cambios de ministerio.

mente los baillos, el duque de Duras las Blasas, la señora de Brancas las molineras, y la señora de Pompadour las Coletas. Clermont de Amboise, Courtauvaux, Luxemburg, Agen y Villeroy, cantaban maravillosamente, y Hesse, Courtauvaux, Beuvron y Melfort bailaban lo mejor posible.

El duque de La Valliere era el director de escena.

En 1748 se habia hecho construir un salon para los placeres privados de Luis XV, ó mas bien de la señora de Pompadour.

Durante aquel tiempo, el pueblo, al que se tenia en olvido para todo, menos para exigirle los impuestos, el pueblo, despues de haber ido quitando poco á poco á Luis XV el titulo de muy amado, el pueblo murmuraba, y en estos murmullos nos detendremos, porque eran los primeros rugidos sordos de la borrasca que estalló en 1793.

Entramos en el periodo de la decadencia de la monarquía; por este periodo del siglo XVIII tendremos que caminar con velocidad, porque la pendiente es muy rápida.

CAPITULO XIV.

Situacion apurada de la hacienda. — Estado deplorable de la marina. — Mr. Rouillé sucede á Mr. de Maurepas. — Mr. de Machant. — Asunto de los bienes del clero. — Decreto del veinteno. — El parlamento. — Respuesta de Luis XV á las representaciones. — Quejas de la nobleza, del clero y de los estados de las provincias. — Bretaña. — Artois. — Languedoc. — Destierro de algunos nobles. — Cristóbal de Beaumont reemplaza á Mr. de Bellefonds en el arzobispado de Paris. — Su retrato. — Escuela filosófica. — La negativa de los Sacramentos. — Murmuraciones del pueblo. — Mr. Berryer jefe de la policia. — Bando contra los vagos y mendigos. — Raptos. — Motines. — Mad. Berryer. — Reorganizacion de la ronda. — Plan de fortificaciones y cuarteles al rededor de Paris. — El camino de la *Rebellion*. — El knés ruso. — Los baños de sangre. — Mr. de Charolais. — Matrimonio de Mad. de Boufflers y de Mr. de Luxembourg. — Nobleza militar. — Muerte de Mauricio de Sajonia. — Creacion de la escuela militar. — Nacimiento del duque de Borgoña. — Mad. de Pompadour. — Su hermano el marqués de Marigny. — El parque de los Ciervos.

Las disensiones entre los mejores amigos, entre maridos y mujeres, entre amantes y queridas, casi siempre provienen de la falta de dinero: el rompimiento entre los pueblos y los reyes rara vez es debido á otra causa.

Hablando del estado de la hacienda en tiempo del regente, ya hemos dicho el estado de penuria en que se encontraba la Francia: despues de las locuras que acabamos de referir, se empeoró de día en día, y los ministros, como los peones que llegan al fin de una mina ya agotada, conocieron que iban á faltar los filones. Esta especie de malestar, suele manifestarse comunmente por cambios de ministerio.

Los resultados marítimos de la última guerra habian demostrado claramente, á qué estado tan deplorable habia llegado la marina que tanto floreciera en tiempo de Colbert, y que Mr. Fleury tenia abandonada. Mr. de Maurepas, que se habia hecho responsable de aquella angustiosa situacion, ó mas bien á quien se atribuía una cuarteta contra la favorita (1), habia dejado el ministerio de Marina para que entrase en él monsieur Rouille, mientras que, como ya hemos referido, el intrépido Orri, que sacaba escudo por escudo al cardenal Fleury, las doce mil libras, que daba á la reina para que pagase sus deudas piadosas, que ofrecía al principio de la guerra de Flandes ochenta millones para sostener el honor de la Francia que iba apurando sus recursos, abrumado además por la favorita, se retiraba para dejar el puesto á Mr. Machaut de Arnouville.

Cuando se vió en el ministerio Mr. Machaut encontró los mismos obstáculos que Mr. Orri, y aun mucho mayores, porque cada vez se disminuían los recursos é iban en aumento las necesidades. Era preciso pagar la deuda del Estado, y cubrir el déficit, pero el pueblo estaba tan arruinado, que ninguno de los medios conocidos era capaz de restablecer el orden en la hacienda. Mr. Machaut se decidió, pues, á acudir al clero, á la nobleza y á las corporaciones municipales, cuya riqueza verdadera no se conocia con exactitud.

Aquellas corporaciones habian conservado el antiguo derecho de imponerse á sí mismas las cuotas, y de no

(1) Mad. Pompadour se encontró en Choisy esta cuarteta debajo de su servilleta :

La marquesa tiene muchos atractivos :
Facciones animadas, gracia y ojos vivos,
Nacen flores debajo de sus plantas,
¡Mas, ay!... son flores blancas.

pagar al rey, con el título de donativo gratuito, mas que una suma cuya reparticion tenian tambien el privilegio de hacer como mejor les pareciese.

Desde el principio de la monarquía se hallaba establecido el principio, de que los reyes no son señores absolutos, y que especialmente en materia de dinero, la nacion no les debe mas que lo que quiera pagarles buenamente; solo que en aquella época, la nacion no estaba representada mas que por la nobleza, el clero y los estados : de lo restante del pueblo no se hacia caso alguno, y sin embargo, sobre él pesaban todas las cargas.

Este gran principio ha sido despues la base de la revolucion.

En aquellas dificiles circunstancias, fué cuando Mr. Machaut expidió el famoso decreto del veinteno.

En circunstancias muy parecidas sucumbió el señor duque con su decreto de la cincuentena que le acarreó el destierro. Calonne debia hundirse despues al proponer el mismo tributo, con el título de impuesto territorial.

Apenas recibió el parlamento el decreto, envió tres presidentes para hacer representaciones al rey. Este, por toda respuesta dió orden al parlamento de registrar el decreto al dia siguiente. Cuando regresaron los presidentes, dieron cuenta de la resolución del rey, que exigia se le diese una respuesta decisiva antes de dos horas : el parlamento estaba ya cansado de luchar. Desterrado por Luis XIV y por el regente, no le importaba mucho el que le desterrase Luis XV : y así fué que acordó que el primer presidente volviese á ver al monarca, y le rogase se compadeciese de su pueblo, y que si insistia procederian al cumplimiento, pero se lavarían las manos como Pilatos. El rey se negó, y el

parlamento cedió. Complimentado el decreto, el rey pidió un empréstito de cincuenta millones.

Aquella era una buena ocasion para que el parlamento volviese á representar, aunque como acabamos de ver el rey no hacia mucho caso. Así es, que cuando se le presentó otra vez se contentó con decir: — Señores, me parece que habeis tardado mucho en obedecerme, y os prevengo que si lo dilatais mas, incurriréis en mi desagrado.

Sin embargo, mas animosos entonces, los miembros del parlamento hicieron la observacion, de que no sabian cómo conciliar aquel nuevo aumento de la deuda del Estado con el decreto del veinteno destinado á amortizarla. Mas el rey, rodeado de sus consejeros, contestó con tono de amo descontento: — Señores, ya he tenido demasiada bondad, y quiero ser obedecido al punto. Desconcertado el parlamento con aquella respuesta, pidió al rey que se dignase al menos fijar un término á la duracion del impuesto.

Pero amostazándose cada vez mas: — Señores, dijo el rey, estoy asombrado de que no se me obedezca todavía: mañana sin falta habréis ya prestado el cumplimiento á mi decreto: idos. Y el parlamento lo ejecutó así. Ambos decretos disgustaban á todo el mundo.

El del veinteno descontentaba á la nobleza, el clero y los estados. El del empréstito de los cincuenta millones desagradaba al pueblo.

La nobleza, el clero y los estados de Artois, de Borgoña, Bretaña y Languedoc, se quejaron altamente de que la corte, con el establecimiento de la vigésima parte de todos los bienes, propendia á abolir el derecho de los donativos gratuitos que concedian al príncipe: sometiéndose á aquel impuesto, no solo se encontraban gravados con un nuevo tributo, sino que no apa-

reciendo ya como un donativo, quedaban destruidas las formas de libertad y era un tributo militar que el rey hacia efectivo por medio de sus empleados, con perjuicio de la nobleza, del clero, y de los estados, que tenían el privilegio de cobrarlos por sí mismos: de este modo desaparecian completamente los restos de la antigua libertad de los franceses.

Esto dió lugar á la insurreccion de todas las corporaciones del Estado contra el ministerio.

Los estados de Bretaña celebraron una reunion extraordinaria, presidiendo al clero el obispo de Rennes, y Mr. de Rohan á la nobleza.

Los comisarios del monarca comunicaron su real voluntad á la asamblea, la cual procedió á deliberar, y declaró que no se cobraría el veinteno en Bretaña.

Ya recordarán sin duda los lectores, que en Bretaña pasó una cosa igual ó parecida, durante la administracion del regente. A aquella deliberacion siguieron otras tres separadas; la de la nobleza, del clero y de los estados, y en todas, á pesar de la prohibicion impuesta por el rey á los diputados bajo pena de desobediencia, se acordó que nadie presentase la declaracion de sus bienes.

Los comisarios por su parte recibieron orden de no admitir ninguna suma por abono voluntario.

Comunicada la declaracion del veinteno á los estados de Artois, contestaron en un principio que se sometian á ella en todo lo concerniente al socorro de que el rey tenia necesidad, pero pedian que se siguiese en la imposicion de la antigua costumbre del país, lo cual les fué negado.

Entonces ofrecieron duplicar sus anteriores imposiciones, con condicion de que la cobranza del impuesto conservase la misma forma. Pero la corte contestó que

no era un aumento lo que se les pedia, sino las declaraciones de los bienes de cada particular, para adquirir por ellas un conocimiento exacto de la riqueza imponible, y hacer un repartimiento justo y equitativo en proporcion á lo que cada uno poseyese.

En su consecuencia, la corte previno al intendente que exigiese aquellas declaraciones. Dieron algunas, aunque inexactas, y el gobierno aleccionado por la rebelion de la Bretaña, y temeroso de que cundiera por toda la Francia, declaró que estaba satisfecho con aquellas declaraciones, aunque en realidad fuesen insuficientes.

Las noticias de los estados de Languedoc fueron mas alarmantes, porque el uso de aquella asamblea exigia que los comisarios manifestasen desde luego las instrucciones de que estaban encargados; y como con arreglo á ellas el rey no pedia ya el donativo gratuito acostumbrado, sino la capitacion y el veinteno repartidos al Languedoc, como el impuesto ordinario en las provincias administradas por los intendentes, y por otra parte era tambien uso que los comisarios de la corte fuesen á visitar á cada uno de los miembros de los estados para solicitar el donativo gratuito; y por último, como las nuevas instrucciones del rey abolian las prerogativas, los usos y los derechos de la provincia, los estados se negaron al establecimiento del veinteno, y La Rochefoucault, presidente de la asamblea, declaró que los estados no solo rechazaban el veinteno, sino que no podian conceder el donativo gratuito hasta que el rey no renunciase á sus pretensiones que se encontraban en oposicion con los antiguos privilegios de los estados.

Aquello era ya mas que una negativa, era un desafio. Mr. de Richelieu recibió el encargo de ir á decir á los

estados del Languedoc, que lo primero era obedecer, y que en seguida escucharia sus representaciones: en caso de negativa, el rey mandó al mariscal que disolviese los estados. Opusiéronse estos y fueron disueltos.

Aquel golpe de estado, peligroso en la apariencia, no lo era en realidad. Los estados del Languedoc no eran tan temibles como los de Bretaña, constituidos de manera que todos los nobles tenian el derecho de votar: ahora bien, la mayoría de aquella asamblea la componian muchos centenares de nobles, desconocidos á la corte, que en tiempos tranquilos, y deliberaciones ordinarias, se podian manejar muy bien, pero que cuando se trataba del peligro de la constitucion bretona, que era la garantía de todos, se ligaban contra el despotismo real, y formaban reunidos un núcleo que ninguna fuerza podia romper, ni corrupcion alguna dividir. Pero no sucedia lo mismo en el Languedoc.

En aquella provincia, por el contrario, los estados estaban representados por un corto número de obispos, y por una veintena de varones hereditarios que era fácil al ministerio el someter ó corromper, como así sucedió: la corte los dividió, trató con ellos aisladamente, y no les permitió reunirse ya mas, sino con condicion de que pedirian perdon al rey de su desobediencia: por manera que el 3 de setiembre de 1757, la mayoría de los estados del Languedoc fué á Versalles, y manifestó al rey *que se arrepentian de haber tenido la desgracia de desagradarle.*

Mediante esta sumision se les volvió á conceder el permiso de reunirse, pero los obispos y barones perdieron la prerogativa que tanto apreciaban de recibir la visita de los comisarios de la corte, cuando se trataba del donativo gratuito.

Mas en cambio obtuvieron que la cobranza del veinteno corriese á cargo de sus dependientes.

Los estados de Bretaña persistieron en su resolucion, negándose á hacer el repartimiento del veinteno, aun por una comision mixta compuesta de delegados suyos y de la corona.

Exasperada la corte por aquella resistencia, condenó á destierro á los que mas enérgicamente se habian opuesto á su voluntad.

Hé aquí los nombres de los nobles que fueron desterrados y el lugar de su destino.

El obispo de Rennes, su presidente, fué desterrado á Rennes, lo cual era un verdadero castigo para el que pasaba su vida en París.

Mr. de La Beneraye, á Angulema.

Mr. de Keratry, á Essigny.

Mr. de Kersauson, á Issoire.

Mr. de Pere, á Xaintes con su esposa.

Mr. de Saint-Peru de Lulé, á Nevers.

Mr. de Balazon, á Viteaux, en Borgoña.

Su sobrino, á Gerot.

Mr. de Kerguiésée, á Ganat, en Auvernia.

Mr. de Langoulas, al castillo de Belle-Isle.

Mr. de Lementier, al castillo de Taureau.

Mr. de Vaniscourt, al monte de San Miguel.

Mr. de Trousier, á Saumur.

Por último, los señores Desceaux, Quintin, Senechal y Bechard, fueron reducidos á prision como culpables de una resistencia mas expresiva.

Lo que hubo en esto de particular, fué, que el obispo de Rennes, desterrado por el rey, habia al mismo tiempo caido en desgracia con los estados, lo cual, segun entonces decian, le colocaba en el caso de Mr. de Langeais que habia perdido simultáneamente dos plei-

tos; uno con su mujer que sostenia era impotente, y otro con su querida que le acusaba de ser el autor de su preñez.

Pero los mayores obstáculos que debia encontrar el rey, debia suscitarlos el clero: apenas se publicó el decreto, los obispos que se encontraban en París, se reunieron en casa del arzobispo, y eran mucho mas temibles que la magistratura ó los estados, porque antes que sus intereses invocaban los de Dios, y porque si se atacaban sus privilegios, se ponía una mano sacrilega sobre los de la Iglesia: en aquel conciliábulo se acordó unirse secretamente con el delfin, con cuya adhesion podian contar aun cuando se tratase de una liga contra el rey su padre.

Desde la muerte del regente, los jesuitas, mas envalentonados de lo que se hubiera creido en tiempo de aquel príncipe, habian vuelto á apoderarse de toda la autoridad eclesiástica, con el nombre de molinistas. Port-Royal no existia ya, y las ciencias eclesiásticas yacian en el mayor abandono: á los grandes predicadores ó ilustres sacerdotes del tiempo de Luis XIV, habian sucedido hombres de un valor mas que secundario: Massillon, el último de los grandes oradores sagrados, habia muerto en 1742.

Las cosas se encontraban en aquel estado cuando murió el arzobispo de París, y el partido eclesiástico hizo que se nombrase en lugar de Mr. de Bellefonds, arzobispo de Arles, á Mr. Cristóbal de Beaumont, arzobispo de Vienne.

Cuando este llegó á París, á pesar de su desmedida ambicion, quiso aparentar que habia sido violentado; se postró á los piés del rey, y en vez de darle gracias por la merced que le habia hecho, le suplicó le librase de una carga tan pesada como el arzobispado de París,

en donde incesantemente se veía obligado á combatir una herejía tan peligrosa como lo era la de los jansenistas. El monarca le levantó y le prometió ayudarle con su proteccion : esto era precisamente lo que querían los jesuitas , que conocian muy bien lo importante que les era el que estuviesen sostenidos por la autoridad real , para contrarestar el odio del pueblo.

Beaumont no desmintió sus palabras; era , ó por lo menos quería parecer rígido en medio de aquella corte, á la que se podía censurar su extremada tolerancia; por manera , que lejos de usar del privilegio que le daba su título de duque de Saint-Cloud y de par de Francia , y que consistia en besar en las mejillas á las hijas del rey cuando las fuese presentado , viendo que las jóvenes princesas estaban prevenidas para cumplir con el ceremonial , y que ponian sus frescas y sonrosadas mejillas junto á sus pastorales labios , retrocedió por dos veces , rehusando con afecion el honor á que tenia derecho , y que con tanta gracia le ofrecian.

Galante y astuto en los primeros años de sus estudios ; cortesano , afable y pacífico mientras permaneció en Bayona y Viena , se volvió de repente duro é inflexible en París , esforzándose en persuadir á la Francia , que su inquietud era una caridad activa , y su desmesurada ambicion un celo ardiente por la unidad de la fe : apenas tomó posesion del arzobispado , se constituyó inquisidor general de Francia , extendiendo su policia eclesiástica hasta las casas de prostitucion , atrayendo á su tribunal todos los negocios , mezclándose en todas las intrigas , y poniendo en juego todos los resortes de su imaginacion para proteger á sus prosélitos y causar vejaciones á sus enemigos : sin mérito real , se habia abierto un camino para llegar hasta las primeras dignidades de la Iglesia : sin capacidad al-

guna gozaba de una influencia inmensa , y sin el menor talento , habia encontrado el medio de hacerse necesario y temible. Sin embargo , á estos defectos , reunia Mr. de Beaumont excelentes cualidades.

Mientras que el alto clero de Francia compitiendo en fausto con los grandes señores , contraia deudas que no pagaba mejor que ellos , Mr. Beaumont , por el contrario , daba ejemplo de decencia , órden y regularidad ; apenas gastaba la tercera parte de sus rentas , y el resto lo distribuia entre los pobres , que sin embargo no le querian : sus limosnas no se detenian en las fronteras de Francia , é iban á buscar mas allá del mar á los pobres irlandeses , hasta en aquella verde Erim de los poetas , tan desolada y arruinada en el dia : mas por otra parte era tenaz en sostener los privilegios y las razas privilegiadas , y altanero hasta la insolencia con la antigüedad de su nobleza , gastó cien mil escudos en probar con una genealogia en dos volúmenes en folio , que era de nacimiento distinguido y que descendia de una antigua casa : así es , que como miraba los bienes eclesiásticos y el diezmo como un medio de mantener á la religion en toda su fuerza y esplendor , en cuanto apareció el decreto del veinteno , llamó á su palacio los quince ó diez y seis obispos que se hallaban en París , para convenir en el partido que debia tomarse : el interés de uno era el de todos , y resolvieron unánimemente , que el clero de Francia se valiese de todos los medios que estuviesen á su alcance , para conservar la prerogativa de ofrecer donativos al rey , pero sin dejarse imponer jamás á la fuerza , ningun tributo.

Adoptada esta determinacion en el arzobispado de París , bajo la presidencia de Mr. Cristóbal de Beaumont , fué remitida á todos los obispos del reino , que sin di-

sentir ni uno solo, contestaron á Mr. de Machaut con la negativa, cuyo modelo les habia enviado Mr. de Beaumont.

El rey se sentia débil, y todo iba desorganizándose en derredor suyo: en vez de aquellos grandes hombres, cuya fe y elocuencia se comparaban frecuentemente con las de los padres de la Iglesia, y que se llamaban Fenelon, Bossuet, Flechier, Massillon, Polignac, Huet, Fleury, Godeau, Mabillon, Calmet y Noailles, se encontraba con un clero que nada valia, como no fuesen las clases inferiores. Aquel clero, era Beauvilliers, que habia compuesto obras muy buenas sobre la Sagrada Escritura, pero que perseguido por los jesuitas, se habia visto obligado á huir: el abate Pucelle, hombre elocuente, que tal vez hubiera honrado á la Iglesia, si no le hubiesen confinado por su oposicion en los escaños parlamentarios; Nollet, á quien el crédito de Boyer excluía de toda recompensa; el abate de Bernis, que por sus poesías un poco libres, era mirado como poco digno de las gracias eclesiásticas; el abate Vely, que no tenia que comer; el abate Vertot, que asalariado por su librero no tenia tiempo para nada; el abate de Saint-Pierre, excluido largo tiempo hacia de la academia y del obispado, á pesar de su elevado nacimiento; y por último, el abate Mably, pariente de Mr. Tencin, apoyado en un principio por este, pero que se separó luego de su protector, porque le miraba con desprecio.

Por otra parte, los hombres eminentes y los grandes escritores, lejos de imitar á los del hermoso siglo que prestaban su apoyo á Luis XIV, y á la monarquía de que era representante, favorecian por lo general muy poco los intereses y las máximas de la corte: Voltaire ponía en ridículo al trono y á la religion; Montesquieu

soñaba con sustituir á las ideas antiguas, con un nuevo principio legislativo; Rousseau impartaba á Francia el espíritu republicano de Ginebra, y Buffon trataba de colocar la ciencia de la naturaleza sobre todas las demás. En fin, ni un solo talento distinguido de aquel tiempo, dejaba de acudir al llamamiento filosófico que le habia hecho fatalmente el genio de las libertades populares, que semejante al gigante de las Mil y una noches, encerrado en el vaso, solo aguardaba al imprudente pecador que debia devolverle la libertad haciendo pedazos el sello de Salomon.

De aqui resultaba, que el rey, en la lucha que sostenia para hacer efectivo el veinteno, tenia en contra suya á la nobleza, al clero y á la inteligencia. En el empréstito de los cincuenta millones tenia contra sí al pueblo. Mostremos ahora hasta qué punto llevaba este su oposicion, que dependia de tres causas.

La negativa de sacramentos, el decreto del rey sobre la mendicidad y la vagancia, y el rumor que se divulgó, de que el monarca para reponerse de sus excesos amorosos tomaba baños de sangre.

Mr. de Beaumont, para complicar la situacion de la corte, habia concebido la idea de arrojar una cuestion religiosa en medio de todas aquellas cuestiones pecuniarias y civiles.

Habia llegado á descubrir, que el antiguo jefe de los jansenistas, el famoso cardenal de Noailles, exigia en otro tiempo certificaciones de confesion, para que los sacerdotes pudieran administrar á los moribundos el Viático y la Extrema-Uncion. Beaumont tenia, pues, un antecedente en que apoyar su conducta, y el arzobispo molinista se apresuró á exigir las mismas certificaciones que habia exigido un cardenal jansenista: esto no podia vituperárselo nadie.

Además, la corte, con la cual estaba en pugna políticamente, no podía abandonarle en aquella lucha religiosa, porque en ese caso abandonaba el partido de la Iglesia.

Como, por otra parte, el rey quería permanecer neutral en aquella contienda, Mr. de Beaumont estaba bien seguro del apoyo del delfín.

El arzobispo, como suele decirse, atacó al toro por las astas.

Su primera negativa de administración de sacramentos por falta de certificado de confesión, fué á un consejero del Chatelet.

El que negaba los sacramentos y se hacia el prohombre del arzobispo en aquella ocasion, era un canónigo regular de Santa Genova, llamado Bonetin.

Ni las intimaciones legales, ni las súplicas de los parientes pudieron obtener nada de él. El parlamento le mandó comparecer, pero Bonetin, que se hallaba á cubierto de todo procedimiento, se obstinó en manifestar á los magistrados la causa de su negativa, exponiendo, que no debía dar explicaciones acerca de aquel particular, mas que al arzobispo. El parlamento dió auto de prision contra el canónigo, é intimó á Mr. de Beaumont que mandase administrar, no solo al consejero del Chatelet, que se agravaba cada vez mas y estaba expuesto á morir sin sacramentos, sino tambien á todos los demás jansenistas que se encontrasen en igual situacion.

El prelado contestó, que estaba pronto á administrar á todos los consejeros y jansenistas del mundo, siempre que presentasen sus cédulas de confesion.

Entretanto se morian los enfermos, y la Iglesia, despues de negar los sacramentos, negaba la sepultura.

El parlamento volvió á decretar la prision de Bonetin, y mandó notificar otra vez al arzobispo, que hiciese

administrar los sacramentos. Estaba ya declarada la guerra.

El rey procuró continuar apoyándose en los dos partidos. Aprobó la demanda del parlamento al arzobispo, pero censuró el auto de prision dictado contra el cura.

Durante aquel tiempo, viendo el consejero del Chatelet que se le acercaba la muerte, se decidió á confesarse con el cura de San Pablo: quien le dió una cédula de confesion. Entonces el vicario accedió á que se le administrasen los sacramentos, pero se hizo tan malamente, segun las memorias que hemos tenido á la vista para extractar estos pormenores, que el moribundo no pudo conseguir ni aun una exhortacion.

Mas para el que no seguia el ejemplo del desgraciado consejero del Chatelet, no habia ni sacramentos ni sepultura en tierra sagrada.

La negativa de los sacramentos se extendió á las provincias y las aldeas: los arzobispos de Sens y de Tours, y los obispos de Amiens, de Orleans, Langres y Troyes, se distinguieron por su obstinacion.

El pueblo se quejaba en voz alta de un gobierno, con el que ni podia ganarse la subsistencia, obtener justicia, ni contar con un sepulcro.

Los filósofos, por su parte, se reian y escribian canciones en impíos versos á Mr. de Beaumont. Hé aquí el contenido de algunos:

« ¡Cuán necio sois, Mr. de Beaumont!... Creedme, dejad pacer á vuestras ovejas por donde quieran. Esas pobres gentes son poco delicadas, y con unos sequillos blancos las contentaréis fácilmente. Semejante comida cuesta bien poco, y sin embargo, pone muy gordos á los prelados, curas y frailucos. Todos la apetecen porque

está á buen precio, pero si la encareceis, nadie la comprará. Sois un pobre necio, Mr. de Beaumont, dejad pacer á vuestras ovejas cuanto quieran. »

De aquí resultaba que ó el pueblo tomaba con seriedad la negativa de los sacramentos, ó se reía de ella.

Si la tomaba por lo serio, la monarquía era la que sentía el sacudimiento, y si se reía, la religion sufría menoscabo.

En aquellas circunstancias, fué cuando Mr. Berryer, nuevo prefecto de policia, publicó su reglamento, que suscitó en París turbulencias mucho mas graves. Monsieur Berryer era en todos conceptos el hombre de Mad. de Pompadour.

Colocado por ella al frente de la policia, estaba enteramente á su devocion: él era quien dirigia sus escandalosos informes sobre los conventos, los salones, y las monjas, que tanto divertian á Luis XV.

Mr. Berryer habia redactado algunas disposiciones muy buenas, pero su carácter inflexible y sus maneras brutales le hacian odioso al pueblo.

Aquellos reglamentos, de los cuales el primero tenia la fecha del 8 de junio de 1747, renovaban las prohibiciones de introduccion, impresion y venta de libros contrarios á la religion y buenas costumbres.

Otro del 9 de mayo de 1749 era relativo á las nodrizas forasteras que iban á buscar cria á París.

Otro del 8 de noviembre de 1750 era concerniente á la limpieza de las calles.

Otro de 16 de enero de 1751 trataba de los saltimbanquis. Y por último, otro de 6 de enero de 1753 sobre el modo de llevar los caballos por las calles de París. Entre todas aquellas disposiciones, habia una extraordinariamente severa contra los vagos y mendigos.

Ya hemos dicho que la negativa de los sacramentos habia producido una sensacion muy fuerte, y sin embargo aquella negativa no alcanzaba precisamente al pueblo. Este no tomaba parte en aquellas disputas de jansenistas y molinistas, cuestiones, que fundándose casi siempre en palabras, le hacian conocer que solo habia en el fondo de ellas una profanacion de las cosas sagradas, y que cuando un moribundo pedia los sacramentos, era un sacrilegio el negárselos. Siempre que salia el Viático se agrupaba la gente al rededor, y esto solia producir algunos escándalos.

Pero el pueblo iba á ser atacado directamente.

Aquel bando contra los mendigos y vagos era extremadamente rigoroso: se los aprehendia en donde quiera que se los encontraba, y, como en Inglaterra, se los destinaba á ser marineros ó colonos. La regencia fué quien dió el ejemplo de aquella especie de leva, cuando se trató de poblar el Canadá y la Luisiana, en la época del sistema de Law.

Como se comprende muy bien, no siempre presidia la justicia á aquella clase de raptos: por ejemplo, una Mad. Conian hizo que se llevasen á su marido para tener mas libertad con su amante: aquella aventura hizo mucho ruido, mas tomándola por la parte ridicula, divirtió mucho á Luis XV y á toda la corte: pero llegó el caso de otra ocurrencia mas grave y hubo que mirarla con mas seriedad.

En el mes de mayo de 1750, un agente de policia, con objeto de sacar dinero á una mujer, se llevó á su hijo: desesperada al creer perdido ya á su hijo, prorumpió en gritos y sollozos que se oian en todo el cuartel de San Antonio. Al oir sus lamentos se forman algunos grupos: las mujeres toman partido por la desconsolada madre, y se divulga el rumor de que en otros cuarteles

habian sido arrebatados varios jóvenes que no habian vuelto á parecer. De repente, entre el tumulto, el ruido y los gritos, se dejó oír una voz que decia : que los médicos habian mandado al rey baños de sangre para restablecer su salud debilitada por la disolucion.

Semejantes acusaciones no necesitan profundizarse para producir efecto : en el mismo instante, y á cien pasos de distancia del sitio en que pasaba aquella conversacion, un jefe de la policia quiso llevarse á un muchacho que pedia limosna, grita este y la madre pide socorro : no es para llevarle á una casa de beneficencia para lo que quieren arrebatarla su hijo, es para degollarle y para hacer alguna cosa horrorosa como los festines de las Pelópidas. El pueblo toma la defensa de la madre, el empleado de la policia es degollado, y la multitud exasperada y amenazadora sale de los arrabales, y se dirige en masa á la casa de Mr. Berryer pidiendo justicia al parlamento contra los agentes de policia, que habian arrebatado á unos jóvenes para vender su sangre á los criados del rey.

Mr. Berryer, avisado á tiempo, se fugó por el jardin. El pueblo queria escalar las tapias y hacerlo todo pedazos en la casa, cuando se abrieron las puertas, segun unos, por un oficial de policia, y segun otros, por mano de la misma Mad. Berryer. En cuanto todo estuvo expedido, el pueblo titubeó en emprender nada. Unos dijeron que si abrian las puertas de aquel modo era para hacer caer en el lazo á los que entrasen : otros aseguraron como cosa cierta que el edificio de la policia estaba minado : aquellos rumores tenian cierta apariencia de fundamento, y todo el mundo retrocedió.

No tardaron mucho en llegar los guardias franceses y suizos con el arma al brazo, y los mosqueteros negros con sable en mano, el pueblo emprendió la fuga y se

retiró á los arrabales, pero le siguió á ellos la venganza.

Muchos de los que se habian visto entre los amotinados fueron presos y ahorcados, y un gran número conducidos á las cárceles; pero como en realidad habian ocurrido raptos, el parlamento, que no estaba bien avenido con el rey, quiso saber qué habia pasado, y por un decreto del 25 de mayo de 1750 mandó :

« Que se formasen diligencias en averiguacion de los autores de las voces alarmantes que habian dado margen á la conmocion popular, y tambien contra los que se habian llevado los jóvenes, en el caso de que se descubriesen. »

Pero aquel motin, que duró tres dias, asustó mucho al rey, quien manifestó sus temores, reorganizando completamente la ronda, que hasta entonces solo se componia de vecinos honrados y de artesanos, sin uniforme ni distintivo alguno, y obraba en virtud de una antigua ley feudal, porque los vecinos debian dar la guardia y la ronda. Un reglamento del consejo creó diez compañías de infanteria, y otras dos de caballeria, pagadas y uniformadas por la ciudad. Las doce compañías de ronda, mandadas por un capitan, elegido entre los brigadieres ó tenientes generales, estaban encargadas de velar por la tranquilidad de la ciudad, y mantener en ella la obediencia al monarca.

Ademas, Mr. d'Argenson hizo que Mr. de Lowendall formase un plano de fortificaciones y cuarteles al rededor de Paris. Debia volverse á armar la Bastilla, aumentarse su guarnicion hasta ochocientos hombres, y los fuegos de los cañones que estaban colocados en dos direcciones opuestas, debian cruzarse con los de Vincennes sobre el arrabal de San Antonio, y dominar el arrabal de San Marcelo.

Mas como por el lado opuesto de París, es decir, por la parte de la puerta de San Honorato, no habia nada que pudiese contener al enemigo, se adoptó un sistema de acuartelamientos, que sirviese simultáneamente de fortaleza y de resguardo.

Construyéronse en su consecuencia tres cuarteles. El primero estaba situado detrás de la escuela militar, en el camino de Sevres y de Vaugirard, y se destinó para la guardia francesa.

El segundo en Rueil, entre el camino de Versalles y de San German, estaba destinado á la guardia suiza.

Y por último, el tercero construido en Courbevoie, y señalado al segundo regimiento de la guardia, tenia por objeto dominar el Sena por mas abajo de Neuilly, y contener cualquier movimiento que pudiera intentarse contra Versalles.

En 1750 se preveia ya á 1792.

Además, desde aquel dia, el rey renunció á toda especie de comunicacion con la capital á que tanto habia amado, y de la que habia sido correspondido con igual afecto: rompió abiertamente con París que cinco años antes le habia recibido en triunfo, esparciendo por toda la carrera flores y perfumes: con París, en otro tiempo el pueblo de los regocijos, de los placeres y de las fiestas, convertido entonces en poblacion de amenazas y de insultos.

Y para hacer comprender de un modo indudable á la capital, que ya no habia nada de comun entre ella y él, y que no la atravesaría aun para ir á sus palacios de Compiègne ó de Fontainebleau, hizo que se trazase la espaciosa calle que une al bosque de Boloña con San Dionisio, y que todavía se llama *Camino de la Rebelion*.

En este mismo camino (lo cual no deja de ser extraño)

fué asesinado el 13 de julio de 1742 el duque de Orleans, único obstáculo real entre los restos de esta monarquía cuya historia escribimos, y el advenimiento de la república, mucho mas preparada por la mano de Dios que por la de los hombres.

En toda aquella horrible historia de jóvenes arrebatados y en la terrible acusacion de los baños de sangre, no habia de real ni positivo mas que una nota de la policia citada únicamente por Peuchet, y que citaremos tambien nosotros, como una explicacion posible, pero poco probable, cuya responsabilidad le dejamos. Hacia el año de 1749 llegó á París un knés tártaro. Ocioso me parece decir á mis lectores, que los knés son unos verdaderos principes rusos, los principes del territorio, si me es lícito expresarme así: era un hombre de edad de treinta á treinta y cinco años, verdadero coloso, hijo de aquellos titanes, que cuando la rebelion de Júpiter, trataron de escalar el cielo: era prodigiosamente rico, y le seguia una de esas servidumbres asiáticas, de que en Europa no tenemos ninguna idea: se componia de mas de cien criados. Era hermosa su figura, magnifico en su traje, y brutal en sus modales: por todas estas razones no tardó mucho en adquirir celebridad en París. Y decimos en París, porque hallándose en desgracia de su emperador Ivan VI habia manifestado que no queria presentarse en Versalles; pero se proponia indemnizarse de aquella privacion alternando en la capital con la sociedad buena y mala. El tártaro tuvo la felicidad de llegar á París en unos momentos en que nada era de moda; aprovechóse de la ocasion, y durante seis meses (cosa inaudita), no se habló en los salones y en todas partes, mas que del hermoso y opulento tártaro.

Al cabo de ocho ó diez meses de permanencia en la capital y de inmoderados placeres, circuló de repente

la noticia de que el príncipe tártaro acababa de tener el honor de recobrar una enfermedad perdida, y que se asemejaba mucho á la lepra: consultados los médicos, dijeron que aquel caso era un verdadero y feliz descubrimiento para la ciencia que dudaba existiese aquella enfermedad en tal grado de intensidad, pero que era muy deplorable para el príncipe, que estaba perdido sin remedio: sus amigos se desesperaban, ó por lo menos, lo aparentaban así; mas cuando creían separarse de él para siempre, se despidió de ellos riéndose, y les manifestó que aquella enfermedad no era mas que una erupcion cutánea inofensiva, cuyo remedio conocia perfectamente, y que les daba palabra de volverles á ver dentro de seis meses completamente curado. Hecha aquella promesa partió.

Los médicos no habian querido contradecirle con respecto á su regreso, mas apenas habia emprendido la marcha declararon que París podia vestir luto por el príncipe ruso, pues que nunca le volveria á ver.

Trascurrió un año, tiempo mas que suficiente para olvidar á diez príncipes rusos, y ya nadie se acordaba ni aun remotamente de él, cuando de improviso se dijo en París y en Versalles que el príncipe tártaro habia vuelto perfectamente curado de la enfermedad que los médicos habian declarado mortal. La facultad de medicina puso el grito en el cielo, y aun estaba decidida á negar que aquel personaje fuese el mismo, pero cuantos le habian tratado le reconocieron, y hombres y mujeres (estas últimas especialmente) afirmaron su identidad.

No se podia menos de ceder á la evidencia, pero se convino en que solo un tratamiento secreto y desconocido en Europa, habia podido producir aquel milagro. Empero ¿cuál era aquel método curativo que devol-

via la vida, la juventud y la hermosura?... Porque el príncipe no solo habia regresado con la vida que iba á perder, sino tambien con la juventud y la belleza que ya habia perdido.

Fácil es comprender cuántas instancias se hacian al príncipe para que revelase aquel secreto, pero ningunas fueron tan vivas como las del conde de Charolais, que padeciendo continuamente herpes, estaba amenazado de una cosa igual á la que habia pasado con el príncipe, antes que saliese de París para seguir el misterioso tratamiento á que debia la salud.

De tal modo insistió el conde de Charolais, que el príncipe, que habia contraído con él una amistad muy íntima, sin querer manifestarle el método que habia seguido, le propuso escribir á Moseou, llamando al médico mogolés que le habia librado de su dolencia: aceptó el conde, y autorizó al príncipe para que fijase las condiciones que gustase, y se entendiese con el sabio Aben-Hakil.

Pasáronse dos meses esperando, y al cabo de ellos se presentó el príncipe en casa del conde de Charolais, con un hombre de barba blanca, que parecia tener mas de cien años: á pesar de aquella edad y de su paso vacilante, conservaba unos ojos muy vivos, y se notaba en su semblante cierta expresion satánica.

No era muy difícil conocer que aquel sabio del Mogol pertenecía á la secta de esos hombres que buscan la piedra filosofal, que no retroceden ante ningun obstáculo para encontrarla, y que lo han sacrificado todo á aquel sueño de la alquimia, aun la vida de sus semejantes.

Hé aquí el tratamiento que prescribió aquel médico.

Mr. de Charolais debia durante dos meses interrumpir

pir toda especie de relaciones con sus queridas, no comer mas que pescados, legumbres y pastas ligeras, ni beber mas agua que de cebada y de limon, y tener una habitacion construida de modo, que ninguna persona de la casa estuviese en un piso superior al suyo ni tampoco al nivel. La habitacion debia tener tres puertas y tres ventanas, una al Norte, otra al Oriente y la última al Occidente: no debia entrar en aquella pieza mas que para acostarse, haciéndolo siempre con el pié izquierdo, ni salir de ella sino con el pié derecho, y no comer ni beber allí, ni satisfacer tampoco ninguna de las necesidades de la vida.

Todos los dias al tiempo de levantarse y antes de acostarse, le estaba prevenido que recitase mentalmente y sin que la acompañase ningun movimiento de los labios, una oracion en lengua india, pero escrita con caracteres franceses: y por último, todos los dias, antes de su segunda comida, debia tomar un baño compuesto de yerbas aromáticas, cogidas en ciertos instantes, en ciertos lugares, y con ciertas condiciones de que jamás tuvo entero conocimiento.

Esta era la parte cabalística del tratamiento: veamos ahora la parte material.

Todos los viernes, el médico sacaba al enfermo ocho onzas de sangre, y despues por medio de un instrumento, en vez de las ocho onzas de sangre corrompida, le inyectaba en la vena abierta, igual cantidad de sangre humana: aquella sangre debia extraerse del cuerpo de un niño que no hubiese llegado á la edad de la pubertad, y al cual se le sometia á prácticas misteriosas que permanecieron desconocidas al conde: en fin, el último viernes del mes, el doctor disponia un baño compuesto de tres cuartas partes de sangre de toro, y la restante de sangre humana. Todo esto debia repetirse cuatro

veces, por manera que formase el equivalente de un baño completo de sangre humana.

Al concluirse aquel tratamiento que duraria dos meses, debia encontrarse sano el conde de Charolais.

Inútil nos parece decir, que durante aquellos dos meses fué cuando tuvieron efecto las desapariciones de niños de que hemos hablado y que produjeron el motin que queda referido.

Si hubiésemos de creer al cronista de que hemos tomado estos pormenores, acusado Luis XV de aquel crimen, de que ya lo habia sido Luis XI, se habria visto obligado á mandar que la policia indigase el origen de aquellos rumores, y esta no hubiera podido prescindir de denunciar al monarca el verdadero culpable, que lo seria en un caso un príncipe de su familia.

Aun cuando el conde de Charolais fuese un hombre á quien no era fácil calumniar, nosotros que nunca hemos acusado á nadie sin pruebas y que miramos esta acusacion como histórica, confesamos que la copia de la carta que se cita y en la que el conde refiere el suceso y pide perdon del crimen de que se le acusa y no niega, nos ha parecido de un estilo tan poco noble, que lejos de producirnos una conviccion, nos la hubiera quitado aunque realmente la hubiésemos tenido.

Pero falsa ó verdadera, la copia de aquella carta encontrada en los archivos de la policia, no deja de ser una cosa muy notable: si es verdadera, demuestra hasta qué punto pueden llevar la perversidad los que están seguros de la impunidad: si es falsa, prueba á qué altura habia llegado ya en 1750 el odio popular contra los príncipes y los reyes, inundacion parcial que se convirtió en general en 1793.

Como los grandes acontecimientos que acabamos de referir abrazan los años 1750, 51, 52, 53, 54, 55 y 56,

les agregaremos algunos detalles particulares que completarán la historia de aquellos años, durante los cuales sebre vino también la guerra del Canadá, á la cual dedicaremos un capítulo aparte.

Uno de esos pormenores particulares y que mas distrae el ánimo por su originalidad, fué el matrimonio improvisado de la duquesa de Boufflers con el duque de Luxembourg.

El 48 de julio, se hallaba Luis XV en Bellevue en casa de Mad. de Pompadour, cuando el duque de Luxembourg se presentó rogándole se sirviese honrar con su firma el contrato que habia mandado extender, y que contenia las cláusulas de su matrimonio con la duquesa de Boufflers.

Esta señora, viuda hacia tres años, apareció por primera vez en la corte en 1754, y era dama de palacio al tiempo que Luis XV abandonaba á la reina: amable, seductora y llena de gracias, ocupó bien pronto un lugar distinguido en la licenciosa sociedad de Choisy.

Mr. de Tressan aumentó su notable celebridad con una cancion que comenzaba así:

Boufflers pareció en la corte
Cual la madre del amor;
Cada uno quiso agradarla
Y al cabo lo consiguió.

Mad. de Boufflers cantaba aquella cancion como cualquiera otra, solo que al llegar al último verso, decia que habia olvidado lo demás.

Hé aquí cómo se habia arreglado aquel enlace que debia efectuarse la mañana siguiente.

Algunos dias antes, Mad. de Boufflers cansada de la vida de viuda que nadie debia notar menos que ella, fué á buscar á Mr. de Luxembourg, que era su amante antiguo.

— Señor mariscal, dijo al entrar, esta noche me ha ocurrido una idea.

— ¿Y cuál es, señora marquesa?

— Que no perderiais nada en casaros conmigo.

— ¿Para qué? en la situacion en que nos encontramos me parece que estamos casados ó poco menos.

— Es verdad, pero no es por eso, sino porque deseo llamarme la señora mariscal; el título me agrada, y si vos me le concedeis yo os daré otro y os haré capitán de guardias.

— ¡Pardiez!... ¿porqué no lo habeis dicho desde luego, querida duquesa? ¿Cuándo quereis que se formalice el contrato?

— Esta noche vendré con mi escribano.

— Pues hasta la noche.

— Hasta luego.

Este contrato era el que Mr. de Luxembourg suplícaba que firmase Luis XV, y que firmó en efecto.

Ocho dias despues, Mr. de Luxembourg recibió el nombramiento de capitán de guardias, que habia quedado vacante por muerte del mariscal de Harcourt.

El 1º. de noviembre siguiente, el rey concedió la nobleza no solo á los que llegasen á obtener el empleo de oficiales generales de sus ejércitos, sino aun á los que sirviesen en clase de capitán, y cuyo padre y abuelo hubiesen servido igual empleo. *Patre et avo militibus.*

Aquella concesión era una recompensa gloriosa, para contrabalancear el derecho que tenia cualquier plebeyo de comprar la nobleza á peso de oro.

El 10 de diciembre murió en Chambord el mariscal de Sajonia: habia introducido en el ejército una teoría nueva, basada en el carácter guerrero de la nacion francesa, y consistia en confiar casi siempre á la infantería el buen éxito de las batallas. « En manos de los

franceses, decia, el fusil no es mas que el mango de la bayoneta.»

Como por razon de la religion que profesaba el mariscal de Sajonia, el rey no podia concederle los mismos honores fúnebres que á Mr. de Turena, mandó que fuese sepultado en Estrasburgo, y que los gastos de trasporte, entierro y mausoleo fuesen satisfechos por el tesoro real.

Pigalo recibió el encargo de ejecutar el monumento del vencedor de Fontenoy de Raucoux. El mariscal de Sajonia murió á la edad de cincuenta y cuatro años.

El 22 de enero de 1754, el rey fundó la escuela militar, en la cual debian tener habitacion, alimento y educacion gratuita quinientos nobles franceses, siendo preferibles aquellos cuyos padres hubiesen muerto en el servicio del rey, ó se encontrasen en el ejército: aquella idea era el complemento de la de los Inválidos, solo que Luis XIV habia comenzado por el fin.

El 12 de setiembre, Mad. la delfina dió á luz al duque de Borgoña.

Con motivo de este nacimiento, el rey perdonó cuatro millones de los tributos, y el ayuntamiento de París dotó á seiscientas jóvenes.

Mad. Pompadour siguió aquel ejemplo, y casó de un golpe todas las muchachas de sus tierras que tenian edad para ello, lo cual produjo un total de mas de seiscientos matrimonios. Mr. Montmartel, tesorero real, dió tambien dotes á otras trescientas.

Otro tanto hicieron por su parte las corporaciones de las provincias, como asimismo las personas que querian agradar al rey y á Mad. de Pompadour, por manera que dos mil matrimonios fueron el fruto del feliz alumbramiento de la delfina. El presidente de Levy, autor del *Diario histórico de Luis XVI*, calculó que aquellos

dos mil matrimonios aumentaron en catorce años la poblacion del Estado con quince mil individuos.

Fácilmente comprenderán nuestros lectores que no faltarian canciones con motivo de aquellos enlaces, dotados por la corporacion municipal con 600 libras cada uno.

Como tenemos de costumbre citaremos algunos trozos de aquellas composiciones, limitándonos á presentar el fondo de su idea y su lenguaje, y por ellos se verá que no ha sido Beranger quien inventó el estribillo de vivan los pobres:

« Doscientos escudos son el dote de esos pimpollos comprendiendo en ellos los vestidos y violines, sin empanadas de Perigueux: ¡Vivan los pobres!

» ¿Cuán hermoso será el ver en un mismo dia á tantos afortunados amantes hacer al amor un sacrificio grato á su corazon?... ¡Vivan los pobres!... »

El 4 de febrero de 1752, el duque de Orleans murió en Santa Genoveva adonde se habia retirado ya hacia algunos años, despues de quemar los mejores cuadros de su galería, porque representaban figuras desnudas.

El 29 de junio murió en Roma el famoso cardenal Alberoni. Era el mismo personaje que ya hemos dado á conocer al hablar de la conspiracion de Cellamare, y que puso en conflagracion la Europa, para hacer á la España la potencia que llegó á ser despues: en efecto, al tiempo de su fallecimiento, la España poseia el reino de las Dos Sicilias que habia invadido y los ducados de Parma y Plasencia que reclamaba.

El 28 de febrero de 1753, murió tambien Mad. de Maine.

El 25 de agosto de 1754, la señora delfina dió á luz un príncipe que recibió el título de duque de Berry, y que mas tarde debia ser el rey Luis XVI.

La muerte de Montesquion , de Mr. de Lovendahl y del príncipe de Dombes , son los acontecimientos mas importantes del resto del año 1755. La guerra del Canadá ocupó exclusivamente la atención pública el año 1756, en el cual se introdujo y esparció por Francia la inoculación , protegida por el duque de Orleans.

Durante aquellos seis años se aumentó cada vez mas el valimiento de Mad. de Pompadour. La favorita reunía grandes cualidades á su insaciable avaricia de dinero y de propiedades. Poseía los sentimientos generosos y el gusto artístico que faltaban al rey. Cuando este cedía cobardemente á la Inglaterra prometiéndola el destierro del Pretendiente , y cuando obedeciendo la orden del gabinete de Londres hizo prender en medio de la calle al príncipe Carlos Eduardo y conducirlo á la frontera á donde llegó enseñando en sus muñecas las señales de las cuerdas con que se le había atado , se opuso con todo su poder á aquella prision y destierro. Expuso su crédito y su fortuna en una lucha en que no escaseó las verdades á su regio amante : y por último cuando se consumó la obra , solo ella entre toda la corte , pronunció en alta voz esta palabra que la Europa repitió en voz baja :

— Señor, eso es una infamia.

El infortunio y las artes tenían en ella un poderoso apoyo. Por ella entró Voltaire en la corte , y obtuvo una plaza de gentil hombre , que vendió en 600,000 libras , y por ella continuó en su empleo , á pesar de sus bravatas y sus familiaridades. De cuando en cuando se veía obligado á huir y ocultarse , unas veces en casa de Mad. Duchâtelet y otras en la de Mad. de Maine , mas al llegar la primavera , al aparecer en los labios del monarca una sonrisa que se deslizaba como uno de los rayos del sol , llamaba al fugitivo que volvía con la

mayor timidez , hacia algunos versos ensalzando al rey , á quien aborrecía , y á la favorita , á quien despreciaba , y cuando como *Semiramis* sucumbe , se salva en Prusia , huyendo de *Catilina* , que triunfa , y siempre ávida de nombradía se le muestra á d'Alembert y le hace decir :

— Ved á ese hombre , tiene un millon de gloria , y todavía quiere un cuarto de ella.

El arte era un gran recurso para conservar su poder sobre Luis XV , que cada vez se iba disgustando mas.

Luis XV se hallaba atacado de la única enfermedad que no tiene remedio , del desengaño. Ved el retrato de cuerpo entero de Luis XV , hecho por Vanloo : se aproxima á la época á que hemos llegado : el rey conserva todavía un resto de juventud que va desapareciendo , mas aproximándose á los dos tercios de la edad madura , comienza á percibir la vejez que le aguarda. Todavía se descubre su frente si no espaciosa , al menos noble y erguida : sus ojos azules aun conservan su limpieza y claridad bajo sus negros párpados , y sus arqueadas cejas no pueden mejorarse : en su nariz se reconoce desde luego la familia de los Borbones : su boca pequeña y sus delgados labios , son los de los individuos de la casa de Saboya. Pues bien , preguntad á aquella frente , á aquella boca y á aquellos ojos : buscad en los esfuerzos del pintor la expresion que ha querido encubrir , y encontraréis el cansancio de todo. No le falta á aquel retrato mas que una copa vacía para ser el emblema del desengaño.

Es necesario distraer á este rey á toda costa. Para él , mas que para Mad. de Pompadour , se ha construido á Bellevue como un palacio fantástico. Formadme los jardines de la Alcina , del Ariosto , dijo Mad. de Pompadour á Boucher , y este puso manos á la obra. Mad. de Pompadour suministró el oro , el mármol y el pórvido ,

Leuwine lo labró, y Lemoine y Boucher formaron la mansion de una hada.

Así fué, que cuando Luis XV vió los esfuerzos que se hacian para agradarle y complacerle, se sonrió, alargó un taburete á Mad. de Pompadour, la mandó sentar al lado de la reina, é hizo que las princesas la besaran en la frente: á ella, la hija de la querida del arrendatario Tournehem, de aquella mujer sobre cuyo sepulcro se colocó este epitafio:

« Aquí yace la que salió de la nada, y para hacer una fortuna completa, vendió su honor al rentero, y su hija al propietario. »

A ella, la hija de Poisson, que fué condenado á la pena de horca, y que una noche en una cena, con la cabeza trastornada por los vapores del vino, se tambaleaba en un sillón, diciendo: Sabeis que me causa risa el que nos veamos todos rodeados de tanto tren y magnificencia. Si entrase aquí algun extranjeró nos tomaria por una asamblea de príncipes: y vos, Mr. de Montmartel, sois hijo de un tabernero: vos, Mr. La Valette, el hijo de un vinagrero: tú, Bouret, el hijo de un lacayo: y con respecto á mí, todo el mundo sabe quién fué mi padre.

No solo por ella prescindió Luis XV de las leyes de la etiqueta: dió á su hermano el título de marqués de Vaudieré (Mr. de Maurepas le llamaba el marqués de *antes de ayer*), que despues cambió en el de marqués de Marigny, y para que el hermoso niño tuviese la apariencia de un título, le hizo secretario de la Orden, y le dió el cordon azul que dispensaba de pruebas. Por lo menos, el favor no fué del todo mal empleado en él: se ocupaba en el dibujo, la geometría y la arquitectura. A los diez y nueve años obtuvo la plaza de primer arquitecto: pues bien, en una edad en que otro solo habria

pensado en gozar del favor, comprendió que era necesario hacerse digno de él. Marchó á Italia con Soufflot, Cochin y Leblanc, permanecié allí dos años, y cuando volvió, si no era uno de los primeros artistas, era al menos un apreciador de primer orden. Se le creó marqués de Marigny en el momento de emprender su viaje.

— Bueno, dijo, los franceses me han llamado marqués de antes de ayer, los italianos me llamarán marqués de los marineros, y es muy natural, porque he nacido pescado (Poisson).

— Señor, decia al rey, jamás podria figurarme ni comprender lo que me sucede: si se me cae el pañuelo se bajan á alzármele del suelo veinte cordones azules.

A su regreso de Italia las artes recibieron gran impulso: hizo que se concediesen privilegios á la academia de arquitectura, y creó la escuela de la misma arte en Roma. Quiso que se concluyese el Louvre, y que se colocase en la biblioteca la coleccion de medallas, el Museo y las antigüedades, pero sobre todo quiso que viviesen en él los artistas, porque esos hombres merecen habitar en un palacio.

Si su hermana vive, él realizará todo esto.

Hasta tanto, él fué quien fundó la exposicion pública de pinturas en la gran galería del Louvre: el que reunió la hermosa coleccion de Ruben: el que compró, mediante una pension de diez mil libras, el secreto de Picot, que consiste en trasladar la pintura de un lienzo á otro sin alteracion. Así salvó de la destruccion la obra maestra de Andrés del Sarto, y el San Miguel de Rafael.

El año 1789 lanzó un anatema contra los favoritos y favoritas: debe ser excluido el marqués de Marigny.

Pero durante aquél tiempo, es cierto que su hermana habia hecho cosas menos honorificas. La pobre mujer

había comprendido que la misión de distraer á un hombre á quien nada podia divertir, y que Mad. de Maintenon miraba como imposible, bien merecia alguna indulgencia pontificia. En su consecuencia habia inventado el Parque de los Ciervos.

Era la primera vez que una favorita habia concebido la idea de formar un serrallo á su amante.

Pero la inteligente duquesa habia conocido que su regio amante era un hombre sobre quien ejercia mucho imperio la costumbre, y que la variedad era una distraccion que no ofrecia peligro.

El Parque de los Ciervos era una especie de harem como los de Bagdad ó Samarcanda, del que era desterrada cada esclava en cuanto habian tenido el honor de compartir el lecho con su señor. Las que habian dejado en él su honra, recibian la recompensa, pues se las dotaba, y merced á esta circunstancia solian casarse: las que quedaban en cinta y llegaban á ser madres, veian colocados á sus hijos en el clero ó en el ejército.

Poco importaba, pues, á Mad. de Pompadour, todas aquellas esclavas de un instante, siempre que ella fuese la sultana favorita, ó por lo menos, la que con su talento, su arte y sus cuentos debia divertir al sultan durante Mil y una Noches.

CAPITULO XV.

La Inglaterra y la Francia frente á frente. — Rompimiento. — Mr. de Jumonville. — Washington. — Mrs. de Villiers y de Contrecoeur. — Ataque á los navios franceses por la escuadra inglesa. — Declaracion de guerra. — Proyectos de la Inglaterra. — Mr. de Dieskau. — Mr. de Montcalm. — Toma de Menorca por Richelieu. — Su entrada triunfal en Paris. — Proyectos de Enrique IV para establecer una república cristiana. — Maria Teresa y Mad. de Pompadour. — El abate de Bernis. — Improvisacion. — Reemplaza á Mr. de Rouillé. — Tratado entre la Inglaterra y la Prusia. — Alianza de la Francia con el Austria.

Hace cien años que la Inglaterra y Francia, esas antiguas enemigas de Crecy, de Poitiers y de Azincourt, se aprestaban á proseguir en el Océano la lucha continental que sostenian hacia cinco siglos, y que hemos visto brotar en 1745 de resultas de la batalla de Fontenoy.

Echemos una ojeada sobre el mapa del mundo en 1750, y veamos cuál era su respectivo poderío.

Hace cien años que la Inglaterra no poseia mas que cinco factorías en la India: Bombay, Bejapour, Madrás, Calcuta y Chandernagor. En la América del Norte no tenia mas que Terranova, y la banda del litoral, que como una faja se extiende desde la Acadia hasta las Floridas. Su única posesion en el banco de Bahama eran las islas Lucayas ó pequeñas Antillas. En el golfo mejicano la Jamáica: y por último, la Inglaterra no tenia en el Océano equinoccial mas apostadero que Santa Elena, de homicida memoria.

La Francia, por el contrario, tenía la doble supremacía continental y colonial.

Poseía toda la línea de fortalezas construidas por Vauban, que son las llaves de los Países Bajos, y que se extienden desde Philipsbourg hasta Dunkerque. Sus ejércitos ocupaban la Córcega, y por el tratado de 1748 acababa de adquirir una influencia protectora sobre Génova, Módena, Parma, Plasencia y Guastalla.

Como potencia colonial poseía casi todas las Antillas: sus colonias de la Acadia, del Canadá y de la Luisiana adquirían mas extensión de día en día. Tenía á Quebec, Montreal, Mobila y la Nueva Orleans: en las orillas de los lagos del Canadá, se elevaban como á porfía los fuertes de Fontenay, San Carlos, Pedro y Maurepas. El fuerte de la Reina dominaba el río de los Aneniboenses: á orillas de los lagos Onipeg, tenía los fuertes del Delfin y Borbon. En África la pertenecían el Senegal y Gorea, colonizaba á Madagascar, y tenía puertos de escala en la India, en donde dominaba la isla de Francia, Borbon, Santa María y Rodrigo.

Cuando lleguemos al año de 1748 presentaremos un cuadro comparativo de lo que la Francia ha ganado y perdido desde entonces. Volvamos ahora á las causas del nuevo rompimiento con la Inglaterra.

Esta potencia, por el tratado de Utrecht había recibido una parte de la Acadia. Los límites del territorio que se le había cedido y los del que había conservado la Francia no estaban bien deslindados, y dejaban en litigio cierto espacio de terreno indeterminado.

En aquel terreno, cuya propiedad era algo mas que cuestionable, habían construido los ingleses el fuerte de la Necesidad, y colocado en él una fuerte guarnición, cuyo mando habían confiado al mayor Washington. Mr. de Contrecoeur, comandante de las tropas francesas

del Ohio, ordenó entonces á Mr. Jumonville, uno de sus oficiales, que fuese al fuerte de la Necesidad, con una carta, en que el comandante francés rogaba al mayor Washington, que no turbase con una posesion ilegal la paz que reinaba entre las dos potencias, y que se retirase á la parte de territorio inglés que no era susceptible de discusion. Mr. de Jumonville tomó treinta hombres y se puso en marcha, mas á corta distancia del fuerte oyó descargas de fusilería, y notó que se hallaba completamente envuelto. Entonces se adelantó solo hácia los que le atacaban, dió orden á su escolta para que biciese alto, hizo una señal con la mano, y reconocido como parlamentario, comenzó la lectura de su carta: mas á las primeras palabras, volvieron á romper el fuego contra él, le derribaron muerto con ocho de sus soldados, é hicieron á los demás prisioneros: solo pudo salvarse un canadiense que fué á llevar al comandante la noticia de aquella violacion del derecho de gentes.

Mientras el canadiense corria en busca del comandante Contrecoeur, el mayor Washington daba las mismas órdenes que si estuviese ya declarada la guerra, y poniéndose al frente de cuatrocientos hombres, marchaba contra los puestos avanzados franceses; pero apenas había andado algunas leguas, le avisaron los salvajes, que una fuerza bastante numerosa se dirigia á su encuentro, con objeto de vengar el asesinato de Jumonville.

En efecto, Mr. de Villiers, hermano de la víctima, recibió del comandante el encargo de castigar á los asesinos de su hermano, y hacer que se le entregasen los prisioneros. El mayor Washington se retiró al fuerte y aguardó en él á los franceses.

Mr. de Villiers le puso sitio, mas á pesar de la obsti-

nada resistencia, estrechado vigorosamente Washington se vió obligado á rendirse. La capitulacion fué mas favorable á los ingleses de lo que estos podian esperar, pues en ella se estipuló que la guarnicion se retiraria á su territorio con armas y bagajes, sin ser molestada.

Pero se calificaba de asesinato la muerte de Jumonville : el mayor Washington se obligaba por su parte á entregar los prisioneros franceses que habian sido trasladados á Boston. Mas ¡cosa extraña ! aquellos veinte y dos hombres habian quedado reducidos á siete, y no pudo saberse cuál habia sido la suerte de los otros quince.

El mayor Washington era el mismo á quien la Francia siempre generosa debia ofrecer mas tarde su apoyo en la guerra de la independenciam. El asesinato se cometi6 el 24 de mayo de 1754, y la toma del fuerte fué el 3 de julio del mismo año.

La Francia dirigi6 sus reclamaciones al gabinete de Londres, pero como siempre, aquel gabinete di6 una contestacion evasiva : luego de repente, sin ninguna declaracion de guerra, acelerando el desenlace de una situacion dudosa, y haciendo en el mar lo que Federico iba á hacer en el continente, se supo en París que las escuadras británicas habian apresado buques mercantes y aun de guerra sin ninguna advertencia.

Las hostilidades comenzaron en el banco de Terranova, es decir, en las mismas regiones en donde acababan de pasar los acontecimientos que hemos referido.

El 3 de junio de 1755, un año despues de la catástrofe de Jumonville, el almirante Boscawen, á la cabeza de una escuadra inglesa de trece navios de guerra, encontró á los navios franceses el *Alcides* y el *Lirio*, se aproxim6 á ellos con apariencias amistosas, y de repente los cerc6 y atac6. Mr. Moequart mandaba el *Alcides*, y

Mr. de Lorgeril el *Lirio*; ambos buques formaban parte de la escuadra de Mr. Dubois de la Motte.

El pretexto del ataque fué la pretension del almirante Boscawen, de que los franceses saludasen al pabellon de Inglaterra, á lo cual no quisieron prestarse los dos capitanes.

Despues de una defensa her6ica, fueron apresados los dos navios. Algunos dias mas tarde fué tambien sorprendido el navio la *Esperanza*, que navegaba con pabellon blanco : Mr. Douville que le mandaba, se bati6 como un leon, y conducido á Londres declar6 que no se conceptuaba como prisionero de una nacion civilizada, sino como esclavo de piratas.

Aquellos tres sucesos podian ser un accidente como al que los ingleses habian llamado la *sorpresa* de Jumonville, pero que la capitulacion del fuerte de la Necesidad reconocia ser un asesinato.

Sin embargo, todavia se esperaba conseguir justicia por medio de las negociaciones, y la reparacion de aquella doble violacion del derecho de gentes, cuando se supo en Versalles, que durante el mes que acababa de transcurrir habian sido apresados setenta y cuatro buques que volvian de las islas; cinco negreros cargados con dos mil negros; veinte y seis buques que llevaban mercaderias y provisiones á las islas; otro que iba á la Crimea; dos navios de la compa±a de las Indias, uno que iba al Senegal y otro que volvia; sesenta y seis barcos de Terranova; dos que volvian de la pesca de la ballena; veinte y dos buques que llevaban provisiones al Canadá ó volvian de llevarlas, y veinte y siete embarcaciones que hacian el comercio de cabotaje en las costas de Francia y de las colonias, cuyos buques componian el número total de trescientos.

Por consecuencia de aquella especie de redada mari-

tima habia prisioneros en Inglaterra mas de diez mil franceses.

Era entonces ministro de Negocios extranjeros en Londres, Enrique Fox, que mas tarde fué creado lord Holland, enemigo personal de la Francia, que debia legarla en su hijo Carlos Fox, un enemigo todavía mas encarnizado y terrible.

Forzado en sus últimos atrincheramientos por el gabinete de Versalles, que preguntaba cómo habian podido ejecutarse en plena paz actos semejantes á los que acabamos de citar, respondió Enrique Fox:

— Que el estado de guerra de las naciones no siempre resultaba de los combates reales, sino de ciertas medidas que anunciaban las hostilidades: que eran públicos los armamentos de la Francia: que aprestaba grandes escuadras y trasportaba incesantemente tropas al Canadá, y que en semejantes circunstancias el gobierno británico no debia consultar mas que sus intereses, y obrar vigorosamente por conservar la dignidad de su nacion.

A tan atrevida respuesta acompañaba una nota todavía mas insolente, en la que Fox pedia se desarmase inmediatamente la escuadra francesa, y se derribasen las obras de fortificacion de Dunkerque, hecho lo cual daria explicaciones acerca de los asuntos del Canadá, y en general sobre los de la América del Norte.

Mr. de Rouillé respondió en nombre del rey:

— Que lo que acababa de suceder no era mas que un sistema de piratería en grande, indigno de un pueblo civilizado: que la Inglaterra no solo se habia apoderado de los buques del rey de Francia, sino tambien de otros mercantes, por valor de mas de cincuenta millones, y que el gabinete de Versalles pedia la inmediata reparacion de aquellos actos hostiles.

Negóse á ello el gobierno inglés, y el embajador francés Mr. de Mirepoix pidió sus pasaportes, y quedó declarada la guerra. Las disposiciones de la Inglaterra no tardaron en manifestarse con toda claridad. Un mes despues del combate naval en que el *Alcides* y el *Lirio* tuvieron que sucumbir á la superioridad del número, tuvo lugar un encuentro en el Ohio, cerca del fuerte Duquesne, entre los franceses é ingleses mandados por el general Braddock. En aquella accion fueron completamente batidos los ingleses, muertos sus oficiales, y tomados sus almacenes y provisiones: entre los papeles del general, se encontraron las instrucciones que le habia comunicado el gabinete de Londres: la fecha de ellas probaba que en medio de la mas perfecta paz, el gobierno inglés hacia cuantos preparativos le eran posibles para traspasar los limites de la Acadia é invadir la mayor parte de los establecimientos franceses en América. El plan general era enviar fuertes escuadras inglesas, que cerrasen á los buques de la marina francesa la entrada del rio de San Lorenzo, mientras que cuatro ejércitos acometian por la espalda de las colonias. El encargo especial del general Braddock en aquel plan era el de tomar el fuerte Duquesne, y subir el Ohio, para reunirse por el lago Erie, con Mr. Shirleq que le esperaba en Choagen con cinco mil hombres, barcos y cañones. Efectuada su reunion, debian obrar de concierto y tomar á Niagara y Frontenac. Durante aquel tiempo el coronel Jhonson se apoderaria del fuerte Federico, del lago Champlain, del rio de Richelieu, y se pondria en estado de tomar en la primavera la ciudad de Montreal, mientras otro ejército inglés penetraba hasta Quebec por el rio San Juan. Felizmente aquel inmenso plan quedaba destruido al caer en nuestras manos. La escuadra de Mr. Dubois de la Motte á

que se habia quitado el *Alcides* y el *Lirio*, contaba todavía con siete navios, y habia puesto en tierra á Mr. de Dieskau con tropas de desembarco. Nos encontrábamnos pues en estado de defensa, y los salvajes, que aborrecian á los ingleses, nos prometian ser unos auxiliares poderosos.

Mas por una fatalidad, apenas habia llegado Dieskau fué herido y hecho prisionero, despues de haber batido un cuerpo de 1500 ingleses cerca del lago Jorge, y despues de perseguirlos hasta los atrincheramientos del general Jackson.

Pero contenidos y vigilados los ingleses, se vieron precisados á renunciar al vasto plan que hemos referido, y á mantenerse á la defensiva. Las tropas francesas aguardaban además un nuevo jefe. Este lo era Luis José de Saint-Veran, marqués de Montcalm, uno de los generales mas valientes. En sus venas no habia degenerado la sangre de los Gozon. Todavía eran suyos los grandes bosques de la Dragouniere, en donde su abuelo adiestraba sus perros en el ataque de las serpientes. Su carrera será corta, pero radiante, gloriosa y rápida como la de la bomba que debia abrirle su sepulcro.

Durante aquel tiempo iba á darse á los ingleses en Europa el golpe de mano que intentaban en América. Los ingleses tenian en el Mediterráneo un apostadero que apreciaban tanto como á Gibraltar, y que quizá preferian á este. Felipe V en tiempo de sus desgracias dejó escapársele de las manos aquella perla. Los ingleses la recogieron y añadieron aquella joya á su corona. Aquel apostadero era la isla de Menorca.

Tomando á Menorca cortábamnos las comunicaciones de los ingleses con el rey de Cerdeña su aliado, y perturbábamnos su navegacion en el Levante y en Italia.

El puerto de Mahon, uno de los mas hermosos de Europa, daba seguro asilo á sus escuadras esparcidas por el Mediterráneo, ese gran lago, cuya entrada guardaban, pero de que somos los verdaderos dueños.

En caso de guerra desgraciada, la entrega de Mahon haria desaparecer muchas dificultades para el restablecimiento de la paz: en caso contrario, Mahon, convertido en propiedad nuestra, nos facilitaria tratar con la España, que nos daria en cambio cuanto quisiésemos en el golfo de Méjico.

Verdad es que el fuerte de San Felipe pasa por inexpugnable, pero se enviaria á Richelieu, el general de los ataques bruscos, y de los golpes de mano atrevidos. ¿La columna de Fontenoy no era indestructible? Pues Richelieu la hizo pedazos.

A Richelieu se le confió el mando en jefe de las fuerzas de mar y tierra: se le dieron 50,000 luises, la escuadra de Hyeres á las órdenes de Mr. de la Galissoniere, doce navios de línea y diez y ocho buques de transporte. Aquella magnífica escuadra se hizo á la vela. ¿A dónde iba? Ya se sabrá, cuando haya tomado el fuerte de San Felipe.

La mar es la aliada de los ingleses. Al día siguiente de haberse hecho á la vela la escuadra, se levantó una tempestad que trastornó el orden de la marcha: durante tres dias anduvieron errantes los navios, pero el 19 de abril volvieron á reunirse á vista de Menorca.

El 25 de abril, el mariscal practicó un reconocimiento del sitio en que se encontraba, y al mismo tiempo dirigia una mirada al fuerte Felipe. Hállase este sobre un peñasco con fosos de treinta piés de profundidad cortados á pico en el granito. Es imposible abrir allí la trinchera, y la roca es impenetrable aun á la artillería. Aquella ciudadela debia tomarse por asalto, y la

dificultad estaba en encontrar escalas bastante altas.

Mientras tanto, Richelieu hizo su cumplido á las señoras de la isla, las envió frutas y dulces, y se informó de si entre las producciones de la Francia habia alguna cosa que pudiera agradarlas.

Como temia que sus soldados bebiesen immoderadamente del excelente vino de España que abundaba en la ciudad:

— Muchachos, les dijo el mariscal, el que se achispe no tendrá el honor de presentarse en la trinchera.

Descubrióse á lo lejos una escuadra; era la del almirante Byng que iba á socorrer á Menorca: el mariscal cedió un millar de hombres á la Galissoniere para reforzar sus soldados de marina. Iba á darse el asalto y un combate naval al mismo tiempo. Los habitantes de Menorca iban á presenciar un doble espectáculo.

El almirante inglés fué completamente batido, y el mismo dia se apoderó Richelieu de las obras avanzadas. En fin, en la noche del 27 al 28 de junio, se tomaron tres de los cinco fuertes, y el 28 al medio dia tres diputados presentaron un proyecto de capitulacion, que discutido en el resto del dia, fué firmada en la misma noche. El 29, todos los fuertes se habian rendido, y Mr. de Fronsac, hijo del duque de Richelieu, fué á llevar la noticia á Compiègne.

Mr. de Richelieu ya no tenia que hacer nada en Menorca, pero necesitaba el permiso del rey para abandonar su conquista. Desgraciadamente tenia en la corte menos amigos que enemigos, y Mad. de Pompadour era del número de los últimos.

Mad. de Pompadour habia tenido la feliz idea de casar á su hija Alejandrina con el duque de Fronsac: habló sobre el particular dos palabras con Mr. de Richelieu, quien contestó que se creeria muy honrado con

aquel enlace, pero que como Mr. de Fronsac tenia el honor de pertenecer por su madre á la casa imperial de Lorena, no podia comprometerse sin consentimiento de la emperatriz.

Mad. de Pompadour comprendió la respuesta y se contuvo: pero con aquella respuesta y el poco efecto que habia producido en el duque á primera vista, concibió un profundo rencor contra el vencedor de Mahon. Entretanto se intrigaba con el rey para desacreditar á Mr. de Richelieu.

Por último, el duque se vió obligado á fingir una enfermedad para obtener una despedida, que, merced á las certificaciones de sus médicos y á la amenaza que hacia de dejarlo todo no se atrevieron á rehusarle.

La entrada del mariscal en París fué un verdadero triunfo, pero Luis XV le recibió con frialdad.

— ¿Con que ya estais de vuelta, señor duque?... le dijo. Y bien, ¿qué os han parecido los higos de Menorca?... tengo entendido que son muy buenos.

— Excelentes, señor, contestó Richelieu, pero se necesitan unas escalas muy largas para alcanzarlos. Y volvió la espalda al rey, saliendo inmediatamente de su real cámara.

Quando marchó á su expedicion Mr. de Richelieu, todavía dudaban si se inclinarían para una alianza continental á Federico ó á María Teresa, y á su regreso ya estaban casi decididos por el Austria.

Aunque su hijo tenia el honor, como él decia, de pertenecer á la casa imperial de Lorena, Mr. de Richelieu no era partidario de la alianza austriaca. Todas las tradiciones de los grandes hombres del último siglo consignaban que era necesario abatir el poder imperial, y Enrique IV, Richelieu y Luis XIV, habian obrado en aquel sentido.

En el mismo momento en que el cuchillo de Ravailiac dejó sin efecto la expedición de Juliers, Enrique IV acababa de concertar con Sully un inmenso proyecto de que aquella expedición no era más que el prólogo. Aquel plan variaba la faz de la Europa, que bajo el nombre de república cristiana, llegaba á ser una confederación universal. Señores jacobinos de 1793 y señores montañeses de 1848, dignense Vds. escuchar el proyecto de Enrique IV. Y luego nos dirán si entre sus magníficas teorías han encontrado alguna cosa más liberal, como se decía en tiempo de Carlos X, más radical como se decía en el reinado de Luis Felipe, ni más democrática, como se dice en el día.

Trataba, pues, de apoderarse del Austria que le había causado tanto daño, y que hace un siglo aspiraba al imperio universal, como lo da á entender su divisa *a e i o u. Austria est imperanda orbi universo.*

Poseedor ya de Viena, predicaría una cruzada y arrojaria á los turcos de Europa, y después fundaría una confederación cristiana, compuesta de quince estados:

Seis monarquías hereditarias.

Cinco monarquías electivas.

Cuatro repúblicas.

Las seis monarquías hereditarias eran la Dinamarca, Suecia, Inglaterra, Francia, España y la Lombardia.

Esta última, erigida en reino en favor del duque de Saboya, se compondría de la Saboya, el Montferrato, el Milanesado y el Mantuano.

Las cinco monarquías electivas eran:

Roma aumentada con Nápoles y la Calabria.

El imperio Germánico.

La Bohemia, á la cual agregaba la Lusacia, la Silesia y la Moravia.

La Polonia, aumentada con las conquistas que debían hacerse á los rusos.

La Hungría, aumentada con una parte del Austria, del Tirol, de la Carintia, y de las conquistas que se hiciesen á los turcos.

Las cuatro repúblicas eran:

La italiana, compuesta de todo el norte de la Italia, entre el reino de Lombardia, el papa y Venecia.

La república de Venecia, aumentada con la Sicilia.

La república Helvética, aumentada con el Franco-Condado.

Y por último, la república Belga.

Todos estos estados debían tener un consejo supremo, encargado de mantener la paz universal, evitar las disensiones, dar su fallo en las cuestiones, arreglar las diferencias, defender las fronteras, dirigir los ataques contra el que fuese declarado enemigo común, y por último de velar por la conservación del bienestar y la prosperidad de aquella armonía general.

¿Ravailiac sabía acaso el profundo amor á la humanidad que encerraba aquel corazón que atravesó en la esquina de la calle de la Ferronniere el 14 de mayo de 1610?...

Pues bien, aquel sueño del abatimiento del Austria, concebido por Enrique IV, y que había llegado á ser proyecto, y aun tal vez realidad en manos de Richelieu y de Luis XIV, iba á ser abandonado por Luis XV, merced á la fatal influencia de Mad. de Pompadour.

En efecto, la casa de Austria, oscura y casi desconocida hacia tres siglos y medio, no había podido elevarse á la monarquía de Carlos V, más que combatiendo perpetuamente contra todo principio de libertad. En aquella lucha había perdido la Suiza, la Holanda, la España y Nápoles, pero todavía le quedaban los húngaros, los

bohemios, brabantones, toscanos y los austriacos. Su dominacion se extendia aun desde la Turquía á Philipsbourg, y desde el Océano al Mediterráneo.

Estaba muy distante de ser lo que hacia doscientos años, pero era todavía mucho mas de lo que debia. En 1758 hubo un momento en que aquel imperio habia quedado reducido únicamente á la Hungría, y la Alemania pudo respirar.

María Teresa vió el abismo, midió su profundidad, y cuando volvió á recobrar su poderío, comprendió que no podria conservarle sino con el auxilio de la Francia.

Pero, ¿qué probabilidades tenia de vencer aquella repugnancia instintiva, y de hacer que se mirase como injusta y perjudicial la política de unos hombres como Enrique IV, Richelieu y Luis XIV?...

¿No tenia además en contra suya al rey, al delfín, los ministros y la nacion entera? ¿Quién seria su aliada en semejante lucha? Mad. de Pompadour.

¿Mad. de Pompadour, la hija de Mr. Poisson, aquel empleado medio ahorcado, aquella modista que tuvo á mucha suerte el casarse en primeras nupcias con un cobrador de contribuciones, habia de ser la aliada de María Teresa, hija y heredera de los Césares?...

¿Qué cosa mas admirable es la política, y cómo iguala su egoismo las condiciones!...

Aun cuando Mad. de Pompadour se hubiese elevado hasta colocarse al lado de Luis XV, ¿cuántos grados tenia que bajar todavía María Teresa para llegar á ella?

Sin embargo, María Teresa escribía á aquella mujer y la llamaba *su prima*...

La alianza de la Francia con el Austria era tan extraña, tan inaudita y tan poco probable, que cuando Mr. de Kaunitz, ministro austriaco en Aix-la-Chapelle, habló de ella por primera vez á Mr. de Saint-Severin,

á quien Mad. de Pompadour habia enviado á aquella ciudad, en 1747, para concluir la paz á cualquier precio, se negó á ocuparse de aquel proyecto.

Mas á la primera proposicion que María Teresa hizo á *su prima*, acerca del proyecto de alianza, Mad. de Pompadour, menos fuerte en política que Enrique IV, Richelieu y Luis XIV, quedó seducida al verse apellidar *prima* por María Teresa, cuando Federico no la llamaba mas que *Cotillon II*, epíteto que no la favorecia mucho en verdad.

Ahora bien, ¿qué se necesitaba para llegar á la alianza de la Francia y del Austria?

Una cosa insignificante para la favorita: despedir á los ministros que tenian contra el Austria las preocupaciones de Luis XIV, Richelieu y Enrique IV, y colocar en el ministerio de Negocios extranjeros hombres nulos ó adictos suyos.

Entre los Paulmy, Rouillé, Moras ó Berryer, Mr. de Maurepas era el mas temible: tenia ideas fijas, y segun ellas, el Austria era enemiga de la Francia. Su conversacion era amena, el rey le queria, y como le veia á todas horas del dia, ejercia grande influencia sobre el monarca: además el delfín tambien le apreciaba mucho, y el delfín era indudablemente enemigo del Austria.

Mr. de Maurepas cometió la imprudencia de hacer un epigrama, y fué desterrado. Ya hemos dicho que Mr. d'Argenson fué desterrado: á Mr. de Machaut se le invitó á que hiciese dimision.

Dejando á un lado la oposicion que d'Argenson podia hacer á la política de la favorita, ¿de dónde provenia el odio de esta?...

Vamos á decirlo.

Un dia entró en casa del ministro un amigo de

Mad. de Pompadour, echó una ojeada á una carta que escribía, y vió que trataba de una caricatura que aparecía en aquel momento. Representaba á d'Argenson en una carroza, á Machaut en el pescante haciendo de cochero, y al rey detrás como lacayo.

La carta comenzaba con estas palabras:

« Mi lacayo acaba por fin de despedir á mi cochero. »

En efecto, aquella mañana el rey había escrito á Mr. de Machaut la carta que hemos copiado, mandándole entregar su cartera.

El amigo de Mr. d'Argenson fué á contárselo á Mad. de Pompadour, que se lo refirió al rey, el cual indignado, escribió á Mr. d'Argenson la carta que ya hemos visto, y cuya dureza puede hasta cierto punto hacer disculpable aquella anécdota.

Ya hemos dicho que Mrs. de Paulmy y Moras reemplazaron á d'Argenson y Machaut, y que el abate de Bernis había sido llamado al consejo de Estado.

Era este un hombre muy amable y honrado. Poseía el talento francés en toda su lozanía, y hacía muy buenos versos. Así era, que Boyer, el catedrático del delfín, le aborrecía. Alejado por aquel rencor de las gracias eclesiásticas, Bernis se resolvía á elevar altar contra altar, y á adherirse á la favorita.

Un día que cenaba con el rey y con ella, al destapar esta una botella de vino de Champaña, vertió la mitad sobre la mesa, é improvisó una canción en la cual decía:

« El placer coronado de flores revolotea sobre la mesa, y solo aguarda un momento favorable para encantar nuestros corazones. Hermosa Cefisa, ¿en donde tú no te encuentras podría seducirnos? Para fundar su imperio, necesita tus atractivos.

» Ven á esparcir debajo de este emparrado el talento y la agudeza. Ellos te esperan en un tonel que ha agujereado la locura. El Champaña se halla próximo á marcharse, y humea en su prisión impaciente por cubrirle con su herviente espuma.

» ¿Sabes porqué este trasparente vino, en cuanto le agita tu mano, vuela y se precipita cual deslumbrador relámpago? En vano Baco retiene al rebelde amor en un frasco, el amor sale siempre de su encierro por la mano de una hermosa. »

Un hombre que hacía tan bonitos versos, debía ser un gran político: así fué que en 1757, reemplazó á Mr. de Rouillé en el ministerio de Negocios extranjeros.

La alianza con María Teresa se iba preparando suavemente entre las sombras del misterio. Los tres cómplices eran Mr. de Naremburg, ministro de la reina de Hungría, el abate de Bernis y Mad. de Pompadour.

Hé aquí lo que proponía María Teresa.

La emperatriz daría los Países Bajos al duque de Parma, y de este modo, por medio de un príncipe de la casa de Borbon, separaría á los ingleses de la Holanda: Luxemburgo, el Gibraltar del Austria, sería arrasado. La Francia recibiría á Mons, la Polonia sería declarada libre, y la corona hereditaria: la Suecia adquiriría la Pomerania, y la Dinamarca sería invitada á la union. La Rusia sería parte contratante, y como la Francia estaba en guerra con la Inglaterra, aunque no había todavía declaración formal, aquella liga de las grandes potencias del continente abatía el poder marítimo de la Inglaterra: á cuya alianza declaraba el Austria que renunciaba para siempre.

Este plan, en concepto de María Teresa, era vasto y

atrevido, Luis XV que no tenia unas miras tan elevadas ni avanzadas, le rechazó. Maria Teresa le suplicó que presentase el suyo. Luis XV recurrió á Mr. de Bernis, el cual propuso su proyecto en dos líneas :

Garantía respectiva de los estados de las dos casas comprendiendo á la Prusia y exceptuando á la Inglaterra.

Entonces fué cuando se supo que á principios de 1750 se habia celebrado un tratado entre la Inglaterra y la Prusia.

La Prusia fué excluida del plan, que de este modo se simplificó mucho, y quedó reducido á esta sola línea :

Garantías respectivas de los estados de las dos casas.

El tratado entre la Francia y el Austria se firmó el 9 de mayo de 1756.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE.

CAPÍTULO PRIMERO. — Dos palabras de recuerdo acerca del joven rey. — Lo que pasó cuando murió el duque de Orleans. — Cómo Mr. de Borbon fué nombrado primer ministro. — Su origen. — Su retrato físico y moral. — La duquesa, madre del duque. — Sus canciones. — Mr. de Charolais. — El rey. — Etiqueta de Luis XV. — Rumores injuriosos al rey. — La moneda falsa de Mad. de Condé. — El alma de Duchaufour 5

CAP. II. — La corte de España. — Felipe V abdica en favor de su hijo. — Muere Inocencio XIII. — Enfermedad del rey. — Adopta el duque la resolución de casarle. — Vuelta de la infanta. — Se busca una mujer al rey. — Mad. de Prie. — Su influencia. — Los hermanos París. — La señorita de Vermandois. — Maria Leczinska. — El conde de Estrées. — Casamiento del rey. — Amenazas de escasez. — Intriguilla de Mr. de Borbon y de Mad. de Prie contra Mr. de Frejus. — Caída de Mr. de Borbon y de Mad. de Prie. — Mad. de Prie desterrada. — Cae enferma. — Muere. — El marqués de Prie 17

CAP. III. — Fleury ministro de Estado. — Calma general en Europa. — Muertes. — El gran prior de Vandome. — Voltaire y Mr. de Rohan-Chabot. — El doctor Iser 36

CAP. IV. — Vuelta del duque de Richelieu. — Muerte de Mad. de Nesle, del mariscal de Uxelles, del duque de Villeroy y de Adriana Lecouvreur. — Pormenores sobre la muerte de esta última. — Revolución de la Córcega. — Nacimiento del duque de Anjou. — Las Noticias eclesiásticas. — Arresto y exposicion de tres redactores. — Victor Amadeo abdica en favor de su hijo. — Historia de Mad. de Verrue. — Victor Amadeo conspira para volver al trono.

atrevido, Luis XV que no tenia unas miras tan elevadas ni avanzadas, le rechazó. Maria Teresa le suplicó que presentase el suyo. Luis XV recurrió á Mr. de Bernis, el cual propuso su proyecto en dos líneas :

Garantía respectiva de los estados de las dos casas comprendiendo á la Prusia y exceptuando á la Inglaterra.

Entonces fué cuando se supo que á principios de 1750 se habia celebrado un tratado entre la Inglaterra y la Prusia.

La Prusia fué excluida del plan, que de este modo se simplificó mucho, y quedó reducido á esta sola línea :

Garantías respectivas de los estados de las dos casas.

El tratado entre la Francia y el Austria se firmó el 9 de mayo de 1756.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE.

CAPÍTULO PRIMERO. — Dos palabras de recuerdo acerca del joven rey. — Lo que pasó cuando murió el duque de Orleans. — Cómo Mr. de Borbon fué nombrado primer ministro. — Su origen. — Su retrato físico y moral. — La duquesa, madre del duque. — Sus canciones. — Mr. de Charolais. — El rey. — Etiqueta de Luis XV. — Rumores injuriosos al rey. — La moneda falsa de Mad. de Condé. — El alma de Duchaufour 5

CAP. II. — La corte de España. — Felipe V abdica en favor de su hijo. — Muere Inocencio XIII. — Enfermedad del rey. — Adopta el duque la resolución de casarle. — Vuelta de la infanta. — Se busca una mujer al rey. — Mad. de Prie. — Su influencia. — Los hermanos París. — La señorita de Vermandois. — Maria Leczinska. — El conde de Estrées. — Casamiento del rey. — Amenazas de escasez. — Intriguilla de Mr. de Borbon y de Mad. de Prie contra Mr. de Frejus. — Caída de Mr. de Borbon y de Mad. de Prie. — Mad. de Prie desterrada. — Cae enferma. — Muere. — El marqués de Prie 17

CAP. III. — Fleury ministro de Estado. — Calma general en Europa. — Muertes. — El gran prior de Vandome. — Voltaire y Mr. de Rohan-Chabot. — El doctor Iser 36

CAP. IV. — Vuelta del duque de Richelieu. — Muerte de Mad. de Nesle, del mariscal de Uxelles, del duque de Villeroy y de Adriana Lecouvreur. — Pormenores sobre la muerte de esta última. — Revolución de la Córcega. — Nacimiento del duque de Anjou. — Las Noticias eclesiásticas. — Arresto y exposicion de tres redactores. — Victor Amadeo abdica en favor de su hijo. — Historia de Mad. de Verrue. — Victor Amadeo conspira para volver al trono.

— Es arrestado y conducido al castillo de Rivoli. — El rey de Prusia hace arrestar á su hijo. — El duque de Orleans se separa de los negocios. — El rey se hace jardinero. 57

CAP. V. — Estado de la corte. — Luis XV y la reina. — Las señoras de Charolais. — De Clermont. — De Sens. — La condesa de Tolosa. — Las cacerías de Rambouillet y de Satory. — Mr. de Melun. — Libertades de lenguaje. — Lapeyronie y la señorita de Charolais. — Conducta de Fleury. — Se conspira contra la reina. — El brindis de Luis XV. — Ansiedad de Fleury. — Mr. de Richelieu. — Mad. Portail. — Lugeac. — El despacho de pension de la cábala de Mr. Fleury. — Los ayudas de cámara del rey. — Mad de Mailly. — La casa de Nesle. — El rey enamorado. — Su timidez. — Falta de la reina. — Mr. de Richelieu. — La primera entrevista. — Mr. de Fleury proporciona otra. — Mad. de Mailly victoriosa. — Su retrato. — Jansenitas y jesuitas. — San Luis Gonzaga. — Maria Alacoque. — El padre Girard. — Catalina Lacadiere. — El concilio y el parlamento. — Mr. Herault lugarteniente de policía 78

CAP. VI. — Muerte de Federico Augusto II. — Declaracion de la dieta sobre las condiciones de la eleccion. — El rey Luis XV sostiene á Estanislao. — La czarina y el imperio presentan al príncipe Augusto, hijo del difunto rey. — Marcha de Estanislao. — Su disfraz, su viaje. — Estanislao es elegido. — Un ejército ruso marcha sobre Varsovia. — Estanislao se retira á Dantzick. — Sitio de Dantzick. — Interés de la Francia en tener en el Norte un contrapeso al imperio de Rusia. — Expedicion de Mr. de Plelo. — Huida del rey Estanislao. — Guerra contra el imperio. — Plan de campaña de los ejércitos franceses. — Berwick y Villars. — El conde de Belle-Isle. — El duque de Noailles. — El caballero de Asfeld. — El conde de Sajonia. — El rey Carlos Manuel. — El duque de Broglie. — El duque de Coigny. — El príncipe Eugenio. — El conde de Mercy. — Muerte del duque de Berwick. — Toma de Philipsburgo. — Batalla de Parma. — Promocion. — Los calzones de Mr. de Broglie. — Batalla de Guastala. — Toma de Nápoles y conquista de la Sicilia por don Carlos. — Situacion de los ejércitos franceses á fines del año de 1735. — Juego de la Europa. — La paz de Viena. — Manejo de Europa. — Casamiento del duque de Richelieu. — Nacimiento del duque de Fronsac. — Alzira. — El hijo prodigo. — Los legados. — Las falsas confidencias 101

CAP. VII. — Toma posesion el emperador de los ducados de Parma y Plasencia. — Muerte del último de los Médicis. — Del duque de Berwick, del señor de Villars, del duque del Maine y del conde de Tolosa. — Sociedad íntima del rey. — Lemoine, Pigalle y Bou-

cher hermocean la casa de campo que el rey habia comprado en Choisy. — El señor Chauvelin pierde el favor. — El señor Maurepas. — Las hermanas de la señora de Mailly. — Las señoras de Vintimille y de Lauragnais. — Se da la plaza de gentil hombre que tenia el señor de la Tremouille. — Muerte de la señora de Vintimille 138

CAP. VIII. — Muerte de la señora de Mazarino. — Señoras de la Tournelle y de Flavacourt. — Su expulsion del palacio Mazarino. — Resolucion de la señora de Flavacourt. — La silla de manos. — El señor de Gesvres. — El rey cede una habitacion á la señora de Flavacourt. — Buscan á la señora de la Tournelle. — La señora de Flavacourt rechaza los homenajes del rey. — Amores del señor Agenoir y de la señora de la Tournelle. — El duque de Richelieu favorece la inclinacion del rey hácia la marquesa. — Intriga contra el señor de Agenoir. — La señora de la Tournelle capitula. — Desgracia de la señora de Mailly. — El sermón del padre Renaud. — Humillacion de la señora de Mailly. — Últimos momentos del cardenal de Fleury 156

CAP. IX. — Declara Luis XV que quiere gobernar por sí mismo. — Honores fúnebres de Fleury. — Retrato del rey. — La corte íntima. — Los caballeros y las señoras. — La señora de Maurepas. — La señora de Pica. — Las condiciones de la señora Tournelle. — Versos del señor Maurepas. — Estado de la Europa. — El señor de Belle-Isle. — Se declara la guerra. — Maria Teresa. — Federico II. — El elector de Baviera. — Mauricio de Sajonia. — El señor de Broglie. — Chevert en Praga. — El señor de Maillebois. — La retirada del señor de Belle-Isle. — Guerra en Italia. — Los españoles. — Los ingleses. — Versos del señor Turgot. 171

CAP. X. — El rey quiere marchar al ejército. — Maurepas, Richelieu y la señora de Chateauroux le excitan á que lo verifique. — Marcha del rey. — Su escolta. — La señora de Chateauroux permanece en Paris. — La señora de Etioles. — Jornadas del rey. — Partida de las señoras de Chateauroux y de Lauragnais. — Mal efecto que produjo su presencia en el sitio de Ipres. — Se marchan á Dunkerque. — Pasa el Rhin el príncipe Carlos. — El rey en Metz. — El señor de Suze aposentador general. — Enfermedad del rey. — El señor de Richelieu. — Los tres partidos. — Sentimiento del pueblo. — El padre Perusseau, confesor del rey. — Boletín de la enfermedad de Luis XV. — El conde de Clermont. — El señor de Richelieu y Luis XV. — El señor de Soissons. — La Peyronie. — El señor de Champcenez. — El señor de Bouillon. — Triunfo de los enemigos de la duquesa. — Se les manda salir á ella y á su hermana. — La reina. — El señor de Chatillon. — El delfin. — El señor de Chatillon cae en desgracia. 185

CAP. XI. — Capitulacion de Friburgo. — Vuelta del rey á Paris. — Alegria de los parisienses. — La señora de Chateauroux escribe á Richelieu. — La hora de recogerse la reina. — Excursion nocturna de Luis XV. — Entrevista del rey y la señora de Chateauroux. — Los enemigos de la duquesa caen en desgracia. — Enfermedad de la duquesa 205

CAP. XII. — Matrimonio del delfin. — Se casa con la hija de Felipe V y de Isabel Farnesio. — Temores de Richelieu despues de la muerte de la señora de Chateauroux. — Silencio del rey. — El duque se conserva en la gracia de Luis XV. — La señora de Flavacourt. — La señora de Rochechouart. — Fiestas que dió la villa de Paris. — Paisanos y paisanas. — El baile de la villa. — Los cazadores. — Los disfraces. — El pié de la señora de Chateauroux. — Los talentos de la señora de Etioles. — La cena del 22 de abril. — El señor Normand de Etioles. — La correspondencia del marido. — La correspondencia del rey. — Vuelven á romperse las hostilidades. — Ingleses y holandeses. — El arresto de los señores de Belle-Isle. — Mauricio de Sajonia. — La batalla de Fontenoy 214

CAP. XIII. — Familia real. — Los nombres de las hijas del rey. — Choisy y Trianon. — Etiqueta. — La prueba de los manjares. — Las entradas. — Las funciones. — La frutera del castillo y el gobernador. — La sociedad de la reina. — El juego del rey. — La cena. — El cocinero del rey. — El señor delfin. — Su infancia. — Lisonjas que se le prodigan. — Orgullo del jóven principe. — Dicho del delfin á la reina. — Cambio de su carácter. — Su ánimo. — El señor de Fleury. — Orri pierde su gracia. — Fortuna de la marquesa. — Los parisienses. — Las fiestas de la señora Pompadour 245

CAP. XIV. — Situacion apurada de la hacienda. — Estado deplorable de la marina. — Mr. Rouillé sucede á Mr. de Maurepas. — Mr. de Machaut. — Asunto de los bienes del clero. — Decreto del veinteno. — El parlamento. — Respuesta de Luis XV á las representaciones. — Quejas de la nobleza, del clero y de los estados de las provincias. — Bretaña. — Artois. — Languedoc. — Destierro de algunos nobles. — Cristóbal de Beaumont reemplaza á Mr. de Bellefonds en el arzobispado de Paris. — Su retrato. — Escuela filosófica. — La negativa de los Sacramentos. — Murmuraciones del pueblo. — Mr. Berryer jefe de la policia. — Bando contra los vagos y mendigos. — Raptos. — Motines. — Mad. Berryer. — Reorganizacion de la ronda. — Plan de fortificaciones y cuarteles al rededor de Paris. — El camino de la *Rebellion*. — El knés ruso. — Los baños de sangré. — Mr. de Charolais. — Matrimonio de Mad. de Boufflers y de Mr. de Luxembourg. — Nobleza mi-

litar. — Muerte de Mauricio de Sajonia. — Creacion de la escuela militar. — Nacimiento del duque de Borgoña. — Mad. de Pompadour. — Su hermano el marqués de Marigny. — El parque de los Ciervos 263

CAP. XV. — La Inglaterra y la Francia frente á frente. — Rompimiento. — Mr. de Jumonville. — Washington. — Mrs. de Villiers y de Contreccœur. — Ataque á los navios franceses por la escuadra inglesa. — Declaracion de guerra. — Proyectos de la Inglaterra. — Mr. de Dieskau. — Mr. de Montcalm. — Toma de Menorca por Richelieu. — Su entrada triunfal en Paris. — Proyectos de Enrique IV para establecer una república cristiana. — Maria Teresa y Mad. de Pompadour. — El abate de Bernis. — Improvisacion. — Reemplaza á Mr. de Rouillé. — Tratado entre la Inglaterra y la Prusia. — Alianza de la Francia con el Austria. 297

FIN DEL ÍNDICE.

NUEV
LIOTEC